

## Jamás con temor





# Jamás con temor

Por

Merle Greene Robertson

Prólogo de Peter R. Mathews

Publicado por primera vez en 2006 con el título *Never in Fear*

© 2006 The Pre-Columbian Art Research Institute

Derechos reservados

Producido, diseñado y editado por Joel Skidmore, Lee Langan y  
Chip Breitwieser para Precolumbia Mesoweb Press

Portada y portadilla por Chip Breitwieser

Traducción de Patricia G. Aguirre

ISBN 978-0-934051-14-9

Para  
Joann Andrews





# Índice

AGRADECIMIENTOS . . . . .	12
PRÓLOGO . . . . .	13
JAMÁS CON TEMOR. . . . .	19
SE ATREVIERON ANTES QUE YO . . . . .	21
EL GRAN CIELO AZUL . . . . .	25
CAMPAMENTOS . . . . .	36
MATRIMONIO Y DIVORCIO . . . . .	39
UNA NUEVA VIDA Y NUEVAS ESCAPADAS. . . . .	42
EL PETÉN . . . . .	45
TÉCNICAS DE CALCAS . . . . .	49
MOTUL DE SAN JOSÉ . . . . .	52
LA LIBERTAD A SAYAXCHÉ . . . . .	53
SAYAXCHÉ. . . . .	54
DOS PILAS. . . . .	57
BOB AMA LA SELVA. . . . .	62
AGUATECA . . . . .	62
ALTAR DE SACRIFICIOS . . . . .	64
TAMARINDITO . . . . .	68
ITSIMTÉ . . . . .	69
NARANJO . . . . .	71
IXKÚN . . . . .	73
IXTUTZ. . . . .	75
ACCIDENTE EN EL PETÉN. . . . .	76

AL PERÚ . . . . .	77
IXTUTZ MAPEADO . . . . .	78
SEIBAL . . . . .	83
YAXCHILÁN. . . . .	85
A EUROPA Y EL MUSEO BRITÁNICO. . . . .	87
BERLÍN OCCIDENTAL. . . . .	88
LONDRES, EL MUSEO BRITÁNICO . . . . .	88
UAXACTÚN. . . . .	90
JIMBAL . . . . .	90
BILBAO Y EL BAÚL. . . . .	93
OTROS SITIOS . . . . .	95
LUBAANTUN Y NIMLI PUNIT. . . . .	95
LAMANAI . . . . .	96
CARACOL . . . . .	96
EL PALMAR . . . . .	97
CALAKMUL . . . . .	98
QUINTANA ROO . . . . .	101
COPÁN. . . . .	102
RÍO USUMACINTA AL ANOCHECER. . . . .	103
PALENQUE . . . . .	105
MOISÉS MORALES. . . . .	113
EL DR. SHIELDS. . . . .	117
LA VIDA EN PALENQUE . . . . .	118
EL PROYECTO DE LA FLORIDA . . . . .	122
MESAS REDONDAS DE PALENQUE . . . . .	126
DOS DESASTRES . . . . .	138
VOLCÁN EL CHICHÓN. . . . .	140
PROYECTO GRUPO DE LAS CRUCES. . . . .	148
SECUESTRO DE PETER EN EL CAYO . . . . .	154
N.G.S. Y LA LLUVIA ÁCIDA. . . . .	157
YUCATÁN . . . . .	159

CHICHÉN ITZÁ . . . . .	161
VIAJANDO POR EL MUNDO . . . . .	171
PARÍS Y AIX-EN-PROVENCE . . . . .	171
LA COSTA AZUL . . . . .	177
LA VUELTA DE MATT . . . . .	180
LOS FIORDOS DE NORUEGA . . . . .	181
TURQUÍA . . . . .	185
INDIA . . . . .	189
CHILE . . . . .	194
LA ISLA DE PASCUA . . . . .	196
JAPÓN . . . . .	198
ESCOCIA . . . . .	200
ANGKOR WAT . . . . .	201
AUSTRALIA Y NUEVA ZELANDA . . . . .	206
ESPAÑA . . . . .	208
ROMA . . . . .	210
SUIZA . . . . .	211
PRAGA . . . . .	213
GRECIA . . . . .	214
VENECIA . . . . .	216
EL VIAJE DE ODISEO . . . . .	217
BÉLGICA . . . . .	221
UNIVERSIDAD DE TULANE . . . . .	228
MÁS PUNTOS ÁLGIDOS . . . . .	233
P. A. R. I. . . . .	233
PREMIOS Y GALAS . . . . .	234
MI FAMILIA Y AMIGOS . . . . .	239
PINTANDO CON ACUARELA . . . . .	248
UNA NUEVA YO . . . . .	250
PUBLICACIONES PRINCIPALES . . . . .	252
EXHIBICIONES DE LAS CALCAS . . . . .	253



Figura de estuco de la cripta de Pakal el Grande

## CRÉDITOS DE LAS FOTOGRAFÍAS

Todas las imágenes son de los archivos de Merle Greene Robertson excepto:

John Bowles . . . . .	Página 192
David Dressing . . . . .	Página 231 (abajo)
Susan Dutcher . . . . .	Página 220
Blair Greene. . . . .	Página 182 (abajo)
David Greene . . . . .	Páginas 234 (abajo), 235 (arriba y centro)
Ron Henggeler . . . . .	Páginas 251, 252
Doris Jason . . . . .	Página 131 (abajo)
Justin Kerr . . . . .	Página 150 (abajo)
Lee Langan . . . . .	Páginas 36, 104, 133, 148, 149 (arriba), 206, 236 (abajo), 237 (arriba), 238 (arriba), 239, 244 (abajo), 247 (abajo)
Claudine Marken . . . . .	Páginas 178, 181, 242
Jim Metzler . . . . .	Página 243 (centro)
Courtesy of the University of Pennsylvania Museum . . . . .	Página 48 (abajo)
Bob Southwick . . . . .	Páginas 226, 227 (abajo)
David Sturdevant . . . . .	Página 246 (abajo)
Khristaan Villela . . . . .	Página 169

## AGRADECIMIENTOS



Por largo tiempo mis amigos han tratado de que me ponga a escribir un libro acerca de mi vida cuando trabajaba en las selvas de México y Centroamérica, pero que incluyese también recuerdos de mi niñez e ilustraciones de las pinturas que he ido haciendo al viajar alrededor del mundo. Agradezco a Cristin Cash por haberme ayudado a comenzar. Cristin pasó una hora diariamente durante dos meses trabajando para mí en San Francisco, grabando las historias que le iba contando. Luego las transcribió en la computadora para que yo pudiera trabajar con ellas. Martha Macri, Maureen Carpenter y Dana McClutchen pasaron meses poniendo todas las fotografías y las diapositivas de mis calcas en una base de datos para que pudiera yo encontrarlas. Por ello les estoy sumamente agradecida. Mucho se ha obtenido de los diarios de mi esposo Bob, que muy meticulosamente llevó con todo detalle. Agradezco a todos mi becantes, quienes hicieron posible el trabajo en la selva: La American Philosophical Society, El Edith Stern Fund, La Zemurray Foundation, La Lende Foundation, N.E.H., La National Geographic Society, FAMSI y El Explorers Club.

Mis numerosos estudiantes de la escuela Stevenson quienes tuvieron una parte muy importante en el relato de todo esto —los quiero a todos. Agradezco a Peter Harrison y a Pat Culbert por haber convertido a esta gringa neófita en una mayista. Y con nuestra amistad de 45 años, Peter Mathews, gracias por escribir tan generoso prólogo.

Finalmente, a Lee Langan y a Joel Skidmore, por haberse encargado de que esto se llevara a cabo, y que se publicara. Reconozco que sin dicho par, el viaje hacia esta nueva aventura no habría despegado. Muchas gracias.



Con Cristin Cash

# MERLE GREENE ROBERTSON

## UNA OBRA EN PROGRESO

Por Peter Mathews



Merle Greene nació en Montana y creció en Great Falls, una hermosa región de los Estados Unidos que se distingue por sus maravillosos pastizales y las majestuosas Montañas Rocosas —un paisaje muy distinto al de las selvas de México y América Central en donde ha pasado la mayor parte de su vida.

Dos aspectos de su juventud en Montana tuvieron gran influencia sobre la dirección que tomaría su vida. Uno fue su interés en las culturas de los Nativos Americanos. La familia de Merle pasaba sus vacaciones cerca de un lago de montaña en las afueras del Parque Nacional Glacier. Frecuentemente iba Merle con su papá a visitar a sus amigos, jefes de la tribu Blackfoot, con quienes aprendió el lenguaje indio de señas. Su otra influencia fue el gran artista Charles M. Russell, quien vivió en Great Falls. La joven Merle pasó muchas tardes en el pórtico de la casa del artista observando y aprendiendo el arte de pintar. Sus padres la apoyaron mucho en su interés por el arte; cuando su madre le dijo que podía seleccionar algún papel tapiz para redecorar su recámara, ella quiso conservar el viejo tapiz que tenía, ya que era de un color verde oscuro y así podría pintar sobre él ¡con gises de colores!

Cuando estaba en plena adolescencia, la familia de Merle decidió mudarse a Seattle, en donde completó el bachillerato y comenzó la universidad; la terminó en California y se graduó en artes plásticas. Durante, y después de su carrera, Merle trabajó como artista comercial y también pintó anuncios con hoja de oro en ventanales.

En las vacaciones, durante sus años en Seattle, a Merle lo que más le gustaba, era remar canoa y acampar en la vasta naturaleza de la península Olympic, en donde dirigía un campamento privado.

Después se fue al Instituto Allende, de San Miguel de Allende, en México. Allí estudio durante tres veranos las técnicas de acuarela, óleo, fotografía y pintura mural con un destacado muralista mexicano. Obtuvo el título de Maestra en Bellas Artes (MFA en inglés) por la Universidad de Guanajuato.

Después de San Miguel, Merle se fue a Tikal para trabajar en el gran proyecto que la Universidad de Pensilvania estaba llevando a cabo allá. Pasó tres veranos dibujando la arquitectura de la Acrópolis Central, y también comenzó a registrar algunos monumentos por medio de calcas. Esta técnica ya había sido utilizada anteriormente en el área Maya, principalmente por John H. Denison Jr. en Chichén Itzá y en otros sitios en el área central de la península de Yucatán. Sin embargo, Merle elevó esta técnica al nivel de arte, y también mostró lo útiles que pueden ser las calcas como un medio para documentar los relieves de las esculturas mayas.

Buena parte de la vida de trabajo de Merle, la pasó dando clases en la Escuela Robert Louis Stevenson, en Pebble Beach, Monterey, en la península de California; su esposo Lawrence "Bob" Robertson fue decano de esa institución. En los años 60's, Merle y Bob comenzaron a llevar algunos de sus alumnos a Guatemala y México en las vacaciones de verano. Esto es lo que debieron pensar la mayoría de los estudiantes al inicio del viaje: "vacaciones de verano." Pero cualquiera que haya trabajado con Merle sabe que nada que ver. Horas de arduas caminatas en caminos lodosos para solamente llegar a establecer el campamento en medio de un aguacero torrencial, seguido de días de trabajo a puro machetazo para clarear la maleza y poder mapear los sitios arqueológicos y dar espacio suficiente para las fotografías y las calcas de Merle. Por supuesto que ninguno de los estudiantes se lo hubiera perdido por nada del mundo, y con quienes he hablado, me han dicho que esos viajes fueron de las experiencias formativas más importantes de su vida entera. Algunos, como Arlen Chase, siguieron su carrera en la arqueología maya.

El propósito principal de aquellos viajes a la selva, fue registrar en fotografías y calcas los magníficos monumentos que esculpieron y grabaron los antiguos mayas. En los 60's, el saqueo de sitios mayas se estaba convirtiendo en una "industria en crecimiento." A pesar de los esfuerzos de las autoridades nacionales, como el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) en México, y el Instituto de Antropología e Historia (IDEAH) de Guatemala, muchos de los monumentos estaban siendo despedazados con sierra, y llevados a todos los rincones del mundo. Algunas veces eran abandonados en pleno atentado: Merle halló la mitad inferior de la Estela 18 de Yaxchilán dentro de una choza a la orilla del Río Usumacinta; lo reportó a las autoridades y hoy día se encuentra unida a su otra mitad en el Museo Nacional de Antropología en la Ciudad de México. El peor de los modos de saqueo y robo de monumentos era cuando prendían una fogata bajo el monumento y luego le arrojaban agua fría, lo cual quebraba la piedra caliza destruyendo por completo el monumento. En las expediciones de Merle había siempre presente un cierto elemento de "carrera contra el tiempo" para tratar de encontrar y registrar los monumentos antes de que se perdieran para siempre. El hecho de que Merle haya hecho ya más de 5,000 calcas, indica la escala de la tarea que asumió durante aquellos primeros años, y la perseverancia que ha mostrado al completar la documentación. Su trabajo estuvo sustentado por el INAH de México y el IDEAH de Guatemala, así como por varias agencias financiadoras, tanto públicas como privadas; también por la Universidad de Tulane, en los E.U., en donde se encuentran las calcas que ahora forman la Colección Merle Greene Robertson, en la sección de Libros y Manuscritos Excepcionales de la Biblioteca Latinoamericana de Tulane.

La misma Merle escribirá acerca de su método de creación de las calcas, de modo que no me adentraré en ese fascinante proceso aquí. Es suficiente decir que ver a Merle trabajando es tanto placentero como exhaustivo: limpiar las piedras, los suaves golpecitos que usa para humedecer el papel arroz, obteniendo el grado justo de humedad en el papel para finalmente,

mirar la imagen labrada emerger poquito a poco por medio de los golpecitos de aquella “torunda” (maraña) de seda empapada en tinta, que daba con todo cuidado la mano maestra de Merle.

La inmensa colección de las calcas de Merle representa un archivo muy importante de los monumentos de lítica maya. Las calcas son vitales al lado de los métodos de documentación más usuales como lo son las fotografías y los dibujos. Muchas veces, en las calcas de Merle, se pueden ver detalles que en una fotografía aparecen sombreados o no son claros. Desde 1993, las calcas de Merle están disponibles en un soberbio set de CD-Roms para que el mundo las pueda disfrutar y se maraville ante ellas, además de acceder a este maravilloso recurso archivístico.

Es perdonable el que uno pudiera pensar que pasar la mitad del tiempo explorando y la otra mitad haciendo calcas sería más que suficiente para llenar una vida, pero apenas se comienza a hacer un recuento de los logros de Merle. Su primer amor de la selva fue Tikal, y en México siempre ha sido Palenque. Durante los 70's trabajó incansablemente documentando la escultura de Palenque. En ello fue hábilmente asistida por su esposo Bob, y también por huestes de ayudantes —los esclavos de Merle, como con orgullo nos hacemos llamar. Cuando Merle está trabajando, está totalmente enfocada, completamente, en la tarea que tiene entre sus manos —al grado de rehusarse a tomar aunque fuera un pequeño descanso para comer o beber algo. Para tomar las fotos de las pilastras del Palacio y del Templo de las Inscripciones en Palenque, y lograr que estuvieran en cuadro, se hizo un enorme andamiaje de vigas de caoba, y se tuvieron que hacer tablonces también. Estos andamios fueron hábilmente construidos por otro amigo y compañero de toda la vida de Merle: Ausencio “Chencho” Cruz Guzmán, un maya chol residente de Palenque. Los andamios de Chencho eran absolutamente sólidos, pero con tablonces relativamente estrechos que iban desde las pilastras hacia el vacío abierto debajo. Uno de mis más vívidos recuerdos de Merle es, cuando estaba con el ojo pegado al ocular de su cámara, dando pasos hacia atrás en uno de esos tablonces para poder tomar la pilastra entera en la foto, mientras que varios “esclavos” estábamos ahí al lado asegurándonos que no se saliera por completo del andamio ¡cayendo 20 metros hacia la plaza!

El resultado del trabajo de Merle en Palenque está brillantemente documentado en la bella (suntuosa) serie de *La escultura de Palenque*, que publicó la Princeton University Press. En dicho estudio, Merle mostró con detalle otras cosas, como las hermosas esculturas de estuco, que capa tras capa modelaban los artistas de Palenque. Ella ha investigado las pinturas que eran usadas para colorear las esculturas, buscando las fuentes de pigmentos en la región de palenque y, exhaustivamente experimentando hasta reproducir el color exacto que usaron los artistas palencanos. En ese proceso, pudo documentar el método completo para esculpir en estuco, por el que Palenque es tan famosa.

Al principio de los años 70, cuando Merle y Bob trabajaban en su casa de Palenque, su hogar se convirtió en un paraíso para los estudiosos de lo

maya, y para todo turista que mostrara interés. En agosto de 1973, Merle y Bob tuvieron una reunión con varios amigos en el patio-pórtico de atrás—Gillet Griffin, David Joralemon y Linda Schele (quien en aquella época era una novata con interés comenzando apenas su propia gran odisea entre los mayas)— con los “gin-and-tonic” de Bob y cacahuates fríos y los pájaros chirriando en la exuberante vegetación que los cobijaba. Fue en común acuerdo de todos ellos que debía llevarse a cabo, cuanto antes, una reunión llamada la Mesa Redonda de Palenque.

Para la mayoría de la gente, ese acuerdo podría significar “en uno o dos años,” pero debemos recordar que esta fue una producción Merle Greene Robertson. Para septiembre las invitaciones estaban enviadas, y a mediados de diciembre, treinta y cinco participantes y en total unos sesenta o setenta residentes locales interesados estaban reunidos para la conferencia. Yo tuve la suerte de estar allí, y ese fue, por mucho, el evento más importante de mi carrera académica. (En aquél momento no me había graduado aún, y Merle había invitado a mi maestro David Kelley, quien respondió que le sería imposible asistir porque estaría en Europa, pero le preguntó a Merle si consideraría invitar a uno de sus estudiantes que estaba trabajando con las inscripciones de Palenque.)

La Mesa Redonda terminó una semana después, justo antes de Navidad. Habían presentado muchos artículos excelentes, y Merle se puso a trabajar de inmediato para publicarlos. Para la mayoría de la gente ese proceso tomaría de tres a cuatro años, sin embargo uno debe recordar nuevamente que esta seguía siendo una producción de Merle Greene Robertson. En un año, las memorias de aquella conferencia estaban publicadas en dos volúmenes (por la Escuela Robert Louis Stevenson, con Merle como editora) e intituladas *Primera Mesa Redonda de Palenque*. Por supuesto, aquella “Primera” en el título significaba que seguirían más. Pues, para mucha gente, esto querría decir “en unos dos o tres años,” pero una vez más debemos considerar que continuaba la producción de Merle Greene Robertson. La Segunda Mesa Redonda de Palenque se llevó a cabo en el cabal aniversario de la primera, en 1974. En los años que siguieron, ocho Mesas Redondas fueron organizadas por Merle, y todas ellas han sido publicadas, constituyendo así uno de los acervos más importantes en cuanto a memorias de simposios de estudios mesoamericanos. Las Mesas Redondas de Palenque se siguen llevando a cabo hasta la fecha, con Merle Greene Robertson como su Presidenta Honoraria oficial.

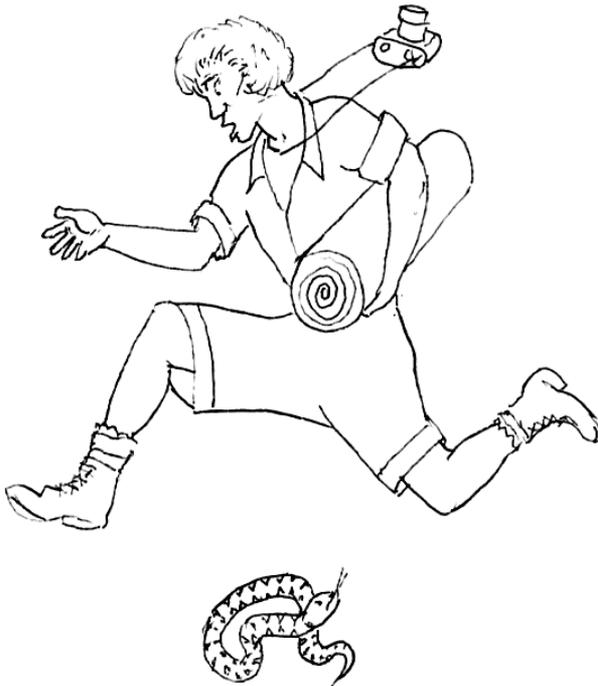
Merle es también Presidenta del Consejo del Instituto de Investigaciones en Arte Precolombino (PARI por sus siglas en inglés), el cual ha promovido y apoyado durante los últimos veinticinco años, la investigación en estudios mesoamericanos. Ha publicado también las memorias de las Mesas Redondas, así como una serie de monografías y la edición trimestral del *PARI Journal*. PARI también tiene su propio sitio *web* coordinado y organizado por Joel Skidmore, [www.mesoweb.com/pari](http://www.mesoweb.com/pari), que ofrece todo el corpus de las calcas de Merle en línea, así como extensivos recursos para el estudio de Palenque y variada información relacionada con otros sitios mayas.

Hoy día, Merle continúa trabajando activamente en el área maya, y pasa

varios meses del año continuando su documentación en calcas, principalmente ahora en Chichén Itzá y en Palenque, en donde las investigaciones patrocinadas por el PARI siguen bajo su dirección y con la habilidosa guía de Alfonso Morales como investigador en jefe.

Merle también pasa gran tiempo creando bellas pinturas en acuarela, tanto de paisajes como de edificaciones en diversas partes del mundo como México, Noruega, Australia, Turquía, India, Chile, Francia —para nombrar sólo algunas, muchas veces acompañada de su nieta Blair. Sus pinturas han sido exhibidas en los E.U., Europa y Australia. Sus calcas han sido exhibidas en más de veinticinco museos de los E.U. incluyendo el Museo de Arte Primitivo en Nueva York, el Museo Field de Chicago, y el Palacio de la Legión de Honor en San Francisco. También en Holanda, Grecia, Francia y Australia.

Merle recibió un Doctorado Honorario de la Universidad de Tulane, y por sus contribuciones al entendimiento de la cultura maya en el mundo, el gobierno de México le otorgó el *Águila Azteca* en 1993. Merle es uno de los tesoros vivos del mundo, parafraseando un título que denota la más alta estima en la cultura japonesa; para todos aquellos que tenemos el honor de conocerla, ella es plenamente, una obra maestra en progreso.



Merle saltando sobre una barba amarilla (dibujo de Gillett Griffin)



## JAMÁS CON TEMOR



Encontraron sus huesos dos años después. Su cámara Hasselblad también estaba allí. Este fotógrafo alemán no conocía las reglas de la selva. Nunca, nunca te sientes en ningún sitio sin estar cierto de que es seguro. Eso es —sin serpientes. Nunca te salgas de un camino tú solo. Este hombre, sin duda, jamás había estado en Tikal anteriormente, ni tampoco le había dicho a nadie a dónde iba a ir. Se había ido a hacer sus cosas, él solo, y necesitaba cambiar el rollo de su cámara. Caminó fuera del sendero, el primer “no debes.” Entonces buscó un sitio para sentarse. Se sentó en este tronco para cambiar de rollo, y sin duda alguna fue mordido por una coralillo.

Sí me salí del camino en Tikal, pero nunca me salí del sendero o lo que parecía un sendero. Conforme avanzaba por donde solamente quedaban rastros borrosos de lo que muchas veces parecía como veredas abandonadas de hormigas guerreras, me volvía para dibujar un árbol o cualquier elemento notorio que pudiera ver. Cada vez que llegaba a una vereda dudosa, hacía la misma cosa, de modo que pudiera encontrar mi camino de regreso. Y claro que le decía a alguien hacia dónde iba a ir en mis excursiones por la selva.



Merle al mes de nacida



Merle a los 3 años



Ada cuando nació



Mamá Ada y Abuela Foote

## SE ATREVIERON ANTES QUE YO



Pues pasaron muchos años antes de todo esto, y durante esos años, sucedieron muchas cosas que me prepararon para seguir amando, durante toda mi vida, la selva y el estar al aire libre.

Nací, hija de Ada Emma Foote y Darrell Irving McCann, en un pueblo de vaqueros y ganado llamado Miles City, en Montana, el 30 de agosto de 1913. Mis padres habían llegado de Duluth, Minnesota, en donde mi madre daba clases en una escuela. Ella me dijo en una ocasión que cuando vio a mi padre por primera vez, pensó que ese guapo muchacho era un gran barón de embarque. De hecho, trabajaba para la Swift & Company, una planta empackadora de carne con planta en Chicago, para la que más tarde sería el representante occidental.

Mi abuelo, Montello Allen Foote, creía que si sus hijos Wilbert y Vain podían ir a la universidad, también lo podría hacer su hija. Mi madre se graduó de la Escuela Normal de Minnesota en Minneapolis, una de cinco chicas en su clase.



Mi madre, Ada, a los 25 años



Mi padre, Darrell McCann, a los 21 años



Mi papá, con su Ford de Swift & Co.

Mis abuelos pasaron largo tiempo lejos de su casa, en Wilmington, North Carolina. Mi abuelo era arquitecto, que entonces se les conocía como dibujantes, quien diseñó aserraderos y otros edificios grandes. En esos días, los dibujantes iban al lugar donde se erigiría el edificio y se quedaban hasta que se terminaba de construir. Mi madre había nacido en una de esas ocasiones. Mi abuelo debía construir un aserradero en Moorhead, Minnesota, que está en el Río Le Croix, que marcaba el límite con el territorio indio. Los troncos se transportaban flotando en el Le Croix, y allí fue donde mi abuelo debía ir a construir el aserradero que había diseñado. Como mi abuela, Barbara Elizabeth Anez, estaba con él, allí fue donde mi madre nació el 31 de diciembre de 1883.

En 1995, fui invitada por la Maya Society en Minneapolis-St. Paul, a dar una conferencia de los mayas. Mi anfitriona, Nancy Dell Lund, se ofreció amablemente en llevarme a Morehead cuando estuve allí. Era un hermoso pueblito a la vera del río, con muchas de las casas originales todavía en pie. La persona del archivo en la suprema corte local fue de lo más de eficiente; nos platicó cuales casas estaban allí cuando mi abuelo estuvo. Me dio además un mapa para localizarlas. Hasta pude encontrar el viejo hotelito, hoy día un restaurante muy elegante, que debió ser en donde mi mamá nació ya que no habían hospitales en aquel lugar y tiempo. En una vieja librería encontré dos mapas de Moorehead, hechos en 1800s y que muestran el aserradero que construyó mi abuelo.

Recuerdo que mi mamá me contaba acerca de la vieja plantación donde vivieron en Carolina del Norte, que tenía dos salones, uno para la familia y el otro para visitas. El gran comedor no estaba al lado de la cocina. Un corredor cubierto de flores lo conectaba con la cocina al aire libre, lo que era para evitar las estufas de madera candente de calentar la casa y también para protección contra incendios.

Tenían una buena variedad de comida rica, galletas, pasteles y cuanto les hacía su moreno cocinero a quien quisieron mucho.

Una de las historias que me contaba mi mamá de cuando era niña, fue de cuando tenía seis años y un canto muy fuerte la despertó. Se levantó en camisón y todo, salió a la baranda de arriba, y miró a una multitud de gente marchando en ropa blanca y con capuchas llevando antorchas. Le dio mucho miedo. Esto era el Ku Klux Klan que venía a quemar las casas. Afortunadamente no se detuvieron en la casa de mi mamá.

Durante la Guerra Civil, mi tatarabuelo era el Comodoro Foote, quien estaba a cargo de la Flota de la Unión en la Costa del Atlántico. Por el lado de mi papá, mi abuelo, Harry Irving McCann y su esposa, Delila Maxson (Lila) vivían en West Liberty, Iowa. Mis tatarabuelos, John y Mary McCann, llegaron de Londonderry, Irlanda, por ahí de 1819 o 1820. El escudo de armas de los McCann (que anteriormente se conocían como MacAnna), es un escudo entrecruzado con un jabalí rojo.

Mi tatarabuela Sarah Hemingway, la mamá de mi abuela Lila, llegó de Inglaterra y se casó con Helan Kirts Maxson. Mi trastatarabuelo Jonathan Maxson vino a las Colonias antes de la Revolución y peleó con George Washington durante la guerra, y se quedó con él todo ese terriblemente helado invierno en Delaware.

Mi trastatarabuelo, John



Mis bisabuelos Maxon



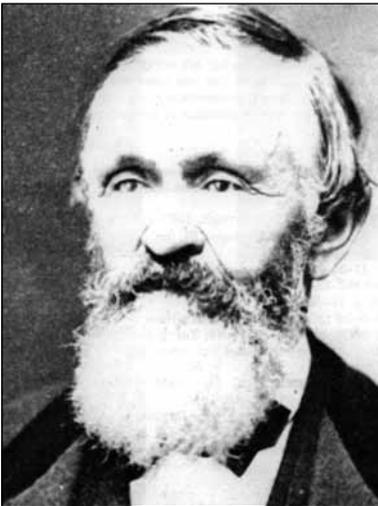
Bisabuelo Helan Kirts



Ada, en su graduación del colegio



Ada, a los 2 años (en el escalón al frente), Will y Vane



Mi 4° abuelo Maxon, hijo de Jonathan de la Guerra de Revolución

Stanclift, quien nació en Connecticut, también peleó con Washington en la Guerra de Revolución. Después, emigró y se estableció en Canadá (en un lugar bellissimo, totalmente silvestre) hasta la guerra de 1812. Él y su hermano estaban a punto de ser reclutados por el ejército británico, pero —jamás con temor— cruzaron el Lago Erie totalmente congelado en lo más crudo del invierno con los oficiales británicos detrás de ellos, con armas de fuego y espadas, determinados a traerlos de regreso, ya fuera “vivos o muertos.” Llegaron justo a tiempo al lado estadounidense. Fue una hazaña muy intrépida y apenas lograron escapar.

Mi gran amor por la naturaleza y por estar al aire libre debo haberlo heredado de aquellos ancestros quienes, en su tiempo, se atrevieron a entrar en territorios entonces desconocidos.

## EL GRAN CIELO AZUL



Mis padres no se quedaron por mucho tiempo en Miles City; se mudaron a Butte, Montana, un pueblo minero de cobre y carbón, y después a Helena. La casa en Helena está tan vívida en mis recuerdos que podría dibujar un plano de ella. Mis papás acababan de comprar esta casa de dos pisos en la esquina, y estaban en el proceso de hacerle varias mejoras. A mi mamá no le gustaba ninguno de los papeles tapíz en las habitaciones, así que mis papás iban a ir al pueblo a comprar el nuevo papel tapiz. Le dijeron a su hija de seis años (yo), que podía ir con ellos y escoger el que yo quisiera para mi cuarto. Curiosamente, mi recámara estaba empapelada con un tapiz de color verde oscuro, como los pizarrones. Le pregunté a mi mamá si de verdad podía tener el papel que yo quisiera, y ella me dijo, “sí, claro.” Entonces le dije que me gustaría quedarme con el papel que tenía porque podría hacer dibujos con gis. Ella estuvo de acuerdo. Debo decir que realmente les debo a mis papás el que no truncaran mi creatividad dejándome hacer lo que quería en mi cuarto mientras iba creciendo. Pasé muchos días dibujando felizmente en esas paredes, y hasta me paraba en la cama para poder dibujar más alto.

En Great Falls están mis recuerdos más queridos de la infancia —mis cuates, Kay Hull y Suthers (Suds) Smith, el Río Missouri, las Giant Springs, los cerros de arena, las grandes montañas, las cabras montesas, esos grandes cielos azules de Montana y esos inmensos espacios abiertos. Nos mudamos allá cuando tenía 8 años y viví allí hasta mi segundo año de preparatoria.

Mi primera tarea fue hacer muñequitas de papel. La compañía Jello había sacado una muñequita de papel en cada caja de cartón de las gelatinas, y dentro del paquetito, venía un vestido para la muñeca de la caja. Nosotros pensábamos que la ropa que hacíamos era mucho mejor, así que nos pusimos a hacer una buena cantidad de muñecas y ropa con crayolas de colores (no habíamos avanzado a la



Con nuestras muñecas

pintura todavía) y las enviamos por correo a Jello. Recibimos una carta muy amable del presidente de la compañía agradeciéndonos por nuestras lindas ropitas de muñecas, pero diciendo que sentía mucho el que su presupuesto para publicidad estaba totalmente agotado hasta el siguiente año. Sin embargo nos envió una gran caja de gelatinas, lo cual para nosotros era un excelente pago.

En la primavera llegó la limpieza de primavera. Sacamos todo de la casa. Toda la casa se raspaba y pintaba —suelos, estantes, paredes, todo. Se colgaban los tapetes en los tendederos de atrás y se golpeaban fuertemente con escobas, dejándolos después varios días tendidos al sol. Sacamos todos nuestros muebles de muñecas, y los pusimos debajo de los toldos que proveían los tapetes, y jugábamos a la casita en el patio trasero. Esta era la única época del año en que nos podíamos quitar esa horrible ropa interior de lana que nos picaba tanto, y que teníamos que usar durante todo el invierno. ¡Cuánto la detestábamos! Cuando llegaba la pascua, me compraban todo un conjunto nuevo de ropa —vestido, zapatos, abrigo y sombrero.

Central Avenue, donde vivíamos, no estaba lejos del límite del pueblo, cerca de lo que se conocía como "Sand Hills" (cerros de arena), que cubrían un área bastante grande. Por la noche, algunas veces podíamos oír a los lobos aullar. No se nos permitía subir a los cerros de arena, ni tampoco podíamos jugar con los niños Wolf —de hecho, había unas personas allá que se apellidaban Wolf (lobo) y que tenían muchos hijos. Nosotros queríamos saber cómo eran. Pensábamos que eran unos lobitos. Finalmente nuestra curiosidad nos venció y un día nos trepamos pecho tierra en los cerros de arena. Una vez en la cima pudimos ver a la distancia una cabaña de madera. Pronto salieron de ahí unos niñitos. Tenían caras como niños de verdad y vestían ropas de niños. Entonces supimos que estos niños lobo algunas veces se vestían como nosotros, pero si nos acercábamos a ellos, de repente se convertirían en lobos y probablemente nos comerían.

Mucho tiempo después le preguntamos a mamá acerca de los niños lobo que vivían al otro lado de las dunas. Ella se reía sin parar, aunque para nosotros no era nada gracioso, pero al final nos convenció de que ellos eran niños de verdad y no lobos. De algún modo, esto nos echó a perder nuestra "creencia." Creíamos que éramos muy especiales al saber de lobos que algunas veces se convertían en niños. Habíamos platicado mucho acerca de ellos entre nosotros, y casi habíamos decidido que tal vez no eran lobos malos, sino que podrían ser nuestros amigos y tal vez podrían enseñarnos a hablar "lobo." Después de todo estábamos aprendiendo el lenguaje de señas de los indios Blackfoot, porque el esposo de mi líder de los Blue Birds (una especie de scouts) era guardia en la reservación de los indios blackfoot. Enterarnos que nuestros amigos lobos no eran realmente lobos, fue toda una decepción para dos niños.

Cuando llegó la primavera y yo estaba un poquito mayor, cavé en el patio trasero haciendo unas cuevas. Que no eran tan chiquitas, eran unas cuevas enormes, algunas veces tenían dos o tres cámaras. Esto, por supuesto, significaba grandes pilas de tierra en todo el patio trasero. Mi papá estaba fuera casi toda la semana y regresaba los viernes. Cada vez me decía: "Merle, quiero esa cueva rellena para cuando vuelva la semana que entra." Mis amigos y yo la rellénabamos, pero la siguiente semana estábamos otra vez con lo mismo, pero esta vez una cueva más grande y mejor lograda. De nuevo: "Merle, quiero esa cueva rellena para la semana próxima." La rellenas, pero empezamos otra que iba de nuestro patio al patio de los vecinos (este niño Sherman, estaba más que puesto también en mis juergas de excavación).

Nuestro siguiente quehacer fue el mejor. Excavamos una enorme cueva en túneles por debajo de toda la casa y salía en nuestro semi-sótano que era de tierra. Había un espacio de unos 120 cm. donde uno se encaramaba a la salida del túnel. Habíamos botado la tierra de la excavación en el patio de Sherman. Ya habíamos construido una chocita de dos pisos cerca de la ventana de mi recámara, que tenía un cable eléctrico conectado a mi cuarto. La entrada a la cueva estaba en esa choza. Podíamos entrar por allí, bajar por el túnel y salir en el sótano de nuestra casa. Pasó mucho tiempo en lo que mi papá cayó en cuenta de cómo era que, cuando me llamaba a entrar del patio trasero, sabiendo que yo estaba ahí en algún sitio, de pronto me aparecía en la casa mientras él seguía parado en la puerta. Bueno, cuando se enteró, me hizo que quitara la entrada de la cueva a la casa. Su razonamiento era que los ladrones podían entrar a la casa de la misma manera. Rellenamos la entrada de la cueva, aunque nunca me hizo sentido, ya que jamás hubieron ladrones. Nadie en el pueblo cerraba sus puertas.

Cuando estaba en el quinto año, y llegábamos a tiempo al colegio durante toda la semana, los viernes nos permitían bajar por el conducto de la salida de emergencia, que bajaba en un cilindro cerrado desde el tercer piso. Me esmeré en nunca llegar tarde. Tan pronto sonaba la campana el viernes, echaba una carrera a la salida de emergencia, de modo que pudiera ser la primera, o casi la primera en la fila. Entonces, cuando me sacaban por abajo, me apresuraba otra vez para arriba y me volvía a formar. Casi siempre lograba bajar dos veces.

Teníamos una cabaña de verano en el Cañón Sun River, y otra en Lake Five, un pequeño lago cerca del Lago McDonald en el Parque Nacional Glacier. Mi hermano Irv y yo, teníamos caballos y nos fascinaba montarlos a pelo. Aquí fue donde aprendí a amar las montañas. Las colinas de Sawtooth estaban justo detrás de

nuestra cabaña. Muchas mañanas, muy temprano, podía ver una o dos hermosas cabras montesas blancas en un risco, a unos 30 metros sobre de mí.

Yo quería llegar a la cima de esa montaña tan empinada, pero la subida era casi vertical. Un día, cuando cabalgábamos al pie de la colina, se me ocurrió que podríamos escalarla. Mi hermano Irv y yo amarramos nuestros caballos en unos árboles en la base de la montaña y comenzamos a subir. Mínimamente puedo decir que esto fue tarea difícil. En algunos momentos hasta tuvimos que deslizarnos en plataformas de granito para encontrar otra saliente donde poner los pies para seguir trepando. En un momento dado debimos gatear por las rocas salientes hacia una caverna donde pudimos ver la luz del otro lado. A medio camino adentro, nos encontramos con una trincerita de zorros de apenas unos días de nacidos, y nos hubiera encantado quedarnos a jugar con ellos, pero nos dimos cuenta que la mamá zorro podría regresar en cualquier momento.

Finalmente caímos en cuenta que nunca llegaríamos ni cerca de la cima, y comenzamos a preguntarnos cómo le haríamos para bajar. Eso fue todavía más difícil que la subida. Hicimos pequeñas fogatas de pasto seco como hacían los indios, para mandar señales de humo con la esperanza de que algún guardia se diera cuenta. No tuvimos suerte. Al final llegamos abajo, mayormente deslizándonos en las asentaderas de nuestros pantalones, sobre las salientes de granito. Era de noche cuando finalmente llegamos a la cabaña. Nuestra madre estaba frenética, aunque aliviada al vernos vivos. El guardabosques había estado buscándonos por todas partes, sin jamás imaginarse que dos niños trataran de trepar las Sawtooth. Tuvimos prohibido montar nuestros caballos por muchos días.

El otro sitio al que íbamos por el verano durante muchos años era Lake Five, un pequeño lago cerca el Lago McDonald en el Parque Nacional Glacier. Cuando mi papá venía al lago los fines de semana, remábamos hasta Apgar para encontrarlo. Una vez resultó que el pintor Charles Russell venía también en el tren. Él y su esposa tenían un lugar de descanso muy cerca, se llamaba Bull Head Lodge. Me daba tanta emoción el ver a Charley Russell que hasta se me olvidó que mi papá



5º grado, Merle extrema derecha, escalón de enfrente, Key a la izquierda atrás



Nuestra cabaña en el Cañón Sun River

era el que llegaba. Para mí no había Picasso, Rembrandt, Van Gogh o Miró, sólo Charley Russell, el pintor de los vaqueros. Desde que tengo uso de razón, siempre he querido ser artista. Charley Russell era mi ídolo. Algún tiempo después, cuando nos mudamos de la Avenida Central a la Avenida Cuatro, vivíamos a unas cuantas cuadras del lugar donde él tenía su casa. Solía sentarme en la escalerita de su casa a verlo pintar.

Cuando Charley Russell murió el 24 de octubre de 1926, yo tenía 13 años.



Mi hermano Irving a los 8 años

Todos los negocios y las escuelas cerraron el día del funeral. Dos caballos totalmente negros jalaban la carroza. Mi salón estaba formado en una línea sobre la Avenida Central cuando el cortejo fúnebre pasó. Lloré muchísimo.

Habíamos vendido nuestra casa de la Avenida Central y estábamos construyendo una nueva que no quedaría lista sino hasta justo antes de que comenzara la escuela en otoño. Se suponía que podríamos quedarnos en nuestra casa de la Avenida Central hasta que acabara la escuela, y luego nos iríamos a la casa del lago. Mi papá había tenido que ir a Chicago. Justo después de que se había ido, la gente que había comprado nuestra casa la quería de inmediato, pero todavía quedaban dos semanas de escuela. Mi papá le dijo a mi mamá que nos alojara en el Hotel Great Falls,

el mejor que había, hasta que acabara la escuela. No me podía imaginar lo que era vivir en un hotel. ¿Qué pensarían mis amigos? Mi hermano y yo convencimos a mi mamá de mudarnos mejor al campamento de remolques. La convencimos de que iríamos a comprar todo lo que necesitaríamos en la tiendita del campamento, lo que sería de todos modos muy bueno de tener a mano, ya que a todos nos encantaba ir a acampar, y allí saldría mucho más barato. En esos días no habían moteles, ni lugares bien para acampar. Solamente campamentos de remolques que tenían áreas comunes como: cocina, mesas para comer, y servicios de bañeras y escusado. Cada quien traía su tienda de campaña, sus sillas, sus mesas, su linterna, etc.

Nos mudamos al campamento de remolques. Mamá nos llevaba a la escuela en el coche todos los días. No le habíamos dicho nada a mi papá. Llovió cada uno de los días que estuvimos allí. Era aburridísimo no poder hacer nada con la lluvia, así que decidí que debíamos poner un show en el que participaran todos los niños del parque. Practicamos todos los días al salir de la escuela. El gran día llegó. Comenzó la función, y allí estaba yo trepada en una mesa dando el anuncio, cuando entró mi papá. Iba furioso, no conmigo, sino con mi mamá por dejarnos mudar al parque del remolques. ¿Qué iba a pensar la gente? Mi hermano y yo pensábamos que era fantástico. Nosotros nos lo estábamos pasando maravillosamente. Nosotros más bien pensábamos, ¿qué pensarían nuestros amigos si viviéramos en un hotel?

Tuve la mejor maestra en mi primer año de secundaria. Su nombre era Helen McLaren. De ella heredamos el amor por la historia y la literatura, y todo eso ha quedado en mí toda la vida. Actuamos muchas obras de teatro, poemas e historias. *La historia de dos ciudades* hizo la Revolución Francesa tan real que podía haber



Pescando en Lake Five



Pintura de Charles Russell

estado sucediendo ahí mismo. Hice un gran dibujo de “La Toma de la Bastilla.” *El ultimo de los mohicanos* fue otra de las historias que actuamos vívidamente.

Lo más increíble que hizo esta maestra fue dejarnos hacer un reporte de la historia de Great Falls, la cual resultó tan bien hecha, que fue publicada en el diario Great Falls Tribune. Mi parte era acerca de “Charles Russell,” así que empecé en “The Mint,” la famosa cantina con molduras de caoba macisa, barandal de bronce en la barra, un reloj que caminaba al revés (de modo que se tenía que leer mirándolo a través de la enorme luna de espejo detrás de la barra), pero lo más importante de todo, era la gran colección de cartas ilustradas y pinturas de Charley Russell.

Era los sábados por la mañana que iba a la cantina, antes de que llegaran los hombres para comer y tomar cerveza. En aquellos tiempos las mujeres no iban a las cantinas. El encargado me saludaba y antes de que pudiera comenzar mi investigación entre los recuerdos de Russell, me sentaba en el inmenso bar departiendo el banana split más grande que había visto.

Más tarde, cuando toda la clase había terminado el proyecto, fue publicado en el periódico, con mis dibujos a color en primera plana, escenas de vaqueros por los cuatro lados.

Era tan frío el invierno en Great Falls, que siempre tenía mis mejillas y manos heladas. Un caminito era paleado en plena calle para que los niños pudiéramos caminar a la escuela y los hombres al trabajo. Usaba yo guantes forrados de piel, capa forrada de piel y botas forradas de piel. Dejábamos nuestras botas en los lockers, y nos poníamos las pantuflas para estar en clase. Cuando llegó a estar a 50 grados bajo cero, más el factor de congelación por el viento, mi madre dijo “hasta aquí.” No se quedaría ni un invierno más en Great Falls. Nos cambiamos a Seattle.



Merle a los 17, Preparatoria Roosevelt, Seattle

## UNIVERSIDAD DE WASHINGTON Y LA DEPRESIÓN



Cuando nos mudamos a Seattle, fui a la preparatoria Roosevelt en mi primer año. En mi último año, obtuve empleo como diseñadora en la Sheetwood Company de Washington. Diseñé papel para escribir cartas, tarjetas, bloques de notas y libretas —todo era fabricado en celulosa (hojas de madera). Estaba ganando bien, o eso decía mi contrato. Durante la depresión, cualquier cosa era buena. Después de trabajar seis meses sin recibir mi pago, me informaron que estaban en banca rota, pero me pagarían con hojas de madera. ¿Qué podía hacer? Nada. Así que tomé las hojas de madera; todo un clóset lleno, de arriba a abajo.

Afortunadamente, mi papá todavía tenía su empleo, pero muchos de los papás de mis amigos no. Durante la depresión, en Seattle, no estaba permitido que las mujeres trabajaran, porque sería quitar el puesto a un hombre que podía tener una familia que alimentar.

Mi mamá era una excelente cocinera. Sabía cómo hacer una comida gourmet con los cortes de carne más baratos del mercado. Nos fascinaba su hígado encebollado, su corazón relleno al horno, sus rollitos tipo Parker House que eran simplemente los mejores; los comíamos frecuentemente.

Me encantó la Universidad de Washington, a donde fui después de prepa. Estaba en el programa de diseño, del cual una parte era gráfico, lo mismo que en arquitectura. Esto era fácil para mí, porque era visual, no como álgebra y trigonometría, que me costaban muchísimo trabajo. Los gráficos me ayudaron mucho



Mi papá

después, cuando dí clases en la Academia Militar de San Rafael, en donde daba dibujo técnico para ingeniería, y arte.

Mi primer período de lo que se dice: ganar dinero, fue precisamente en mi primer año de la universidad. En aquellos días, cada baile tenía elegantes programas, mientras más distinguidos y elaborados, mejor. Diseñé e hice programas para casi todas las fraternidades y hermandades y bailes de graduación en el campus. Muchos de ellos los confeccioné en ante blanco, grabado con el escudo de la fraternidad en oro y cerradura con borlas doradas. Algunos los hacía en madera, cortados con la silueta de un granero y pintados en rojo. Una vez hice 1500 programas de madera para el baile de graduación de secundaria, los pinté con aerosol verde, y los terminé en el último momento. Estaba tan cansada,



Mi mamá a los 93

que simplemente ya no pude llegar al baile. Por suerte mi pareja para el evento entendió. Durante varias semanas estuve escupiendo pintura verde. En esa etapa del negocio, no sabía que debía haber estado usando mascarillas especiales y un aditamento especial para la pintura en spray, que succionaba el aire contaminado. Afortunadamente de eso no me sucedió nada serio.

Mi mejor momento de ingreso económico, lo tuve en la Universidad. Sin embargo no fue hasta que me hice artista de pintura de escaparates. Vi un anuncio en el diario, buscando un pintor de hoja de oro en vitrinas; era para las dos ventanas de cinco metros en el centro, en el edificio de Fourth and Pike para la compañía de seguros de vida George Washington Mutual. Iban a dar el puesto al mejor postor, quien lo hiciera más barato; las propuestas iban a abrirse el siguiente lunes. Entonces era un jueves. Dibujé un diseño que me pareció bueno. Llamé a varias compañías de pintura de publicidad, y pregunté en cuánto saldría pintar un anuncio de ciertas dimensiones que tendría un gran caballo en él. Después que me dieron los estimados, mandé mi propuesta con mucho menor costo.

Nunca había trabajado en hoja de oro, sola, pintando anuncios en ventanales. Fui a la Fuller Brush Company y compré bastantes paquetes de hoja de oro, la brocha con la que la aplicaría, y demás cosas que necesitaría. Regresé a casa y practiqué en las ventanas hasta que supe cómo hacerlo. Esperé. El lunes sonó el teléfono con la llamada avisándome que tenía el puesto.

Todavía era yo una niña flacucha, que parecía más de preparatoria que universitaria. La gente de la compañía de seguros aparentemente pensaba que era yo la hija del pintor de anuncios que simplemente estaba llevando el equipo. Ya



Wally, Merle e Irv, nuestros días en  
la Universidad de Washington

llevaba un buen rato trabajando, cuando uno de los oficiales entró a preguntarme a qué hora llegaría mi padre. Le dije que yo era la pintora de anuncios, Merle McCann. Ellos habían asumido que Merle McCann era un hombre, jamás les pasó por la cabeza que podría ser una mujer, o viéndome ahí sola, una niña. Parecía que no sabían qué hacer, y como se veía que me estaba yendo muy bien, y estaba avanzando en el trabajo, se fueron, supongo para decidir qué hacer. Cuando terminé todo cuatro días después, estaban impresionadísimos y encantados. Tenía yo un galante George Washington en un enorme caballo que desplegaba un blazón a lo ancho de las dos vitrinas, con el nombre de la compañía. Eso fue, por mucho, el trabajo mejor pagado que hice estando en la universidad. Los oficiales de la compañía de seguros estaban tan complacidos, que en cuanto terminé el trabajo, me llevaron a comer a un elegante restaurante.

Ahora ya era yo una verdadera pintora de anuncios. Con este escaparate como referencia, ya podía hacer anuncios en hoja de oro con imágenes en muchos ventanales de la University Avenue cerca del campus. Una que recuerdo particularmente era en la ventana de una peletería en la que hice un oso grizzly en oja de oro y pintura marrón. Me las arreglé para continuar en la escuela, aunque me preguntaba cómo le iba a hacer ahora que tenía tanto trabajo entre la pintura de anuncios en escaparates y la hechura de los programas de los bailes.

## CAMPAMENTOS



Pasé los veranos de mi estancia en la Universidad de Washington, siendo consejera del campamento Tapawingo, un campamento privado en el Estrecho de Juan de Fuca, en el sitio en donde se llevó a cabo el último *potlatch* de los indios salish de la Costa Noroeste.

Un *potlatch* era una elaborada ceremonia en la que se daban cantidades increíbles de regalos. El jefe indio que ofrecía el *potlatch*, daba tan pródigamente como le era posible, aunque para tal efecto, muchas veces hasta tenía que pedir prestado a toda su parentela. Cada indígena que recibía regalos en un *potlatch*, estaba obligado a ofrecer un *potlatch* algún día, en el cual tendría que dar más regalos de los que se habían dado en el *potlatch* al que había asistido. Todo aquello estaba rebasando límites; algunas tribus estaban quedando empobrecidas. El último *potlatch* de los Salish que se llevó a cabo en nuestra playa fue prohibido por la ley unos cuantos años antes de que se construyera el campamento Tapawingo. Desde entonces se reestableció, pero usualmente por unos cuantos días de duración solamente, y sin requerir que se den y reciban regalos recíprocamente.

El Campamento Tapawingo pertenecía a los papás de mi buena amiga Mary Gates (ahora Mary Ashby). Habían veinte caballos para montar. Cada niño podía montar diariamente. Esta era también una granja de labor con ganado, pollos, cerdos y un granero grande que tenía un tapanco de heno donde era muy divertido jugar. El campamento también tenía varios botes en los que poníamos canastas para atrapar cangrejos, e íbamos por toda la costa donde tenía su casa de verano la famosa antropóloga que estudiaba a los indígenas de la Costa Noroeste, la Dra. Erna Gunther, mi profesora en la Universidad. Mis clases de antropología, aunque se enfocaban en los indígenas de la Costa Noroeste, fueron de gran beneficio cuando estudiaba las



Mary Gates Ashby y Merle



Campamento Tapawingo

comunidades indígenas de Mesoamérica, como la preparación de alimentos.

Cuando me iba a graduar de la preparatoria, muchos de mis amigos y yo nos íbamos en bicis a Victoria, y de ahí por toda la isla hasta Nanaimo y Qualicum Beach y a los lagos del interior; todo era bosque virgen. Habían hostales a un día de camino uno del otro; ahí nos daban una sábana limpia, una choza, cena y un buen desayuno por la mañana. Me fascinaban estos recorridos en la naturaleza en donde no veíamos ni un alma en todo el día. Los caminos que tomábamos estaban flanqueados por todo tipo de hermosas flores de primavera, y ocasionalmente veíamos un zorro, una liebre u otro animal pequeño.

Uno de los paseos más grandiosos que hacíamos era al Olympic National Forest y un viejo rancho cercano a Port Angeles llamado la propiedad de los Forsene. De ahí iríamos a Sol Duc Hot Springs y al Lago Quinault. Antes de que comenzara el campamento, algunos íbamos allá al empezar la primavera y acampábamos a la orilla del lago en la nieve. Los guardabosques habían construido refugios adyacentes a sus cuarteles a lo largo del camino, y ahí podíamos acampar todas las noches, ya que estaban a un día de camino uno del otro. El campista anterior siempre dejaba madera seca para la siguiente persona, pero también dejaban guardadas algunas cosas que usarían en su viaje de regreso. Nadie jamás hubiera pensado en tomar algo que no le perteneciera, y siempre dejábamos también leña seca para el siguiente que llegara. Quemábamos lo que más podíamos de nuestra



Paseo de domingo en el Campamento Tapawingo

basura, y cavábamos lo más profundo posible para depositar lo que no era posible de quemar. Las latas las atábamos a una viga, y las recogíamos al regresar para llevárnoslas y tirarlas en los contenedores apropiados. Hoy día, tienen empleados especiales que se dedican a ir de un lugar a otro recogiendo la basura que los descuidados campistas dejan atrás. Ese método de tener consciencia de los alimentos y la basura se convirtió en mi modelo cuando construíamos campamentos en los sitios arqueológicos de la selva.



Marion Ibach, mi amiga por más de cincuenta años

Varios años después, yo misma arrendé el campamento Tapawingo durante el verano de dos años, cuando mis hijos Bárbara y David eran chicos. Entonces, mi amiga de toda la vida, Marion Ibach llegó como enfermera del campamento, y ella también traía a sus dos hijos Chris y Jim. Fue Marion quien me enseñó a tomar todas las precauciones y cuidados de salud y primeros auxilios que mantuvieron siempre sanos a mis trabajadores en la selva del Petén.

## MATRIMONIO Y DIVORCIO



En diciembre de 1936, me casé con Wallace McNeill Greene (Wally) con quien había estado saliendo desde la Universidad. Fui muy feliz durante los trece años que duró nuestro matrimonio, ya que no sabía que estaba teniendo romances con diferentes mujeres. Poco a poco se hizo evidente que nuestro matrimonio no podía continuar. Pasamos muy buenos tiempos, especialmente pescando en las áreas silvestres de Idaho y haciendo caminatas por el Olympic Forest.



Wally, Merle, David y Bárbara



Merle, Bárbara y David



Bárbara a los 2 años, con Tucker

## UNA NUEVA VIDA Y NUEVAS AVENTURAS



Los niños y yo nos mudamos a Greenbrae, California y así comenzamos una nueva vida. David fue a la Academia Militar de San Rafael por dos años y Barabara fue a la escuela Kentfield. Allí en Kentfield construí una nueva casa en la que pasamos muchos años felices.

Fue en la Academia Militar de San Rafael donde dí clases, que conocí al director Bob Robertson (Lawrence W. aunque todo el mundo en la escuela lo llama Robby) con quien me casé unos años después. Estaba dando clases de dibujo en ingeniería y llevando a los cadetes a México durante el verano. Entonces, en el verano de 1954 fuimos con los niños y unos amigos a San Miguel de Allende, en México, al Instituto Allende de Arte. Mientras tomé un curso de fotografía, los niños tomaron talleres de plata y hojalata. Ahí fue como aprendí a revelar e imprimir mis propias fotografías. En 1959 volví a San Miguel de Allende habiendo sido aceptada por la Universidad de Guanajuato para recibir mi título de MBA, el cual obtuve en 1964.

Estaba en clases de pintura mural y óleo, con uno de los profesores mexicanos



Bárbara en la escuela Kentfield



David en la Academia Militar de  
San Rafael



Merle en 1952

más destacados, James Pinto. Acuarela la tomé con Fred Samuelson; tomaba también historia de México y español. Era una escuela estupenda. Tenía la atmósfera perfecta para desarrollar la creatividad en la pintura. Uno de los requerimientos de la maestría, era que si tomabas pintura mural, entonces debías realizar un mural en alguna pared de la escuela. Esto significaba el preparar la pared, aplicar la primera capa de yeso burdo, luego la capa de caliza, moler los pigmentos diariamente, llevar el dibujo a la pared en “una sólo pieza” (lo que significaba “en un sólo día”), justo como lo hacían los griegos en la antigüedad, y terminarlo con barniz.

Esto ha sido desde entonces muy útil para mí al trabajar con los murales mayas, ya que he podido determinar la manera en que algunos murales fueron elaborados, ya fueran simplemente pintados sobre las paredes, o verdaderos frescos.

Hice muchos amigos cuando estuve en San Miguel de Allende; especialmente

recuerdo a Doris Jason y a Waldemar Sailer. Wally se convirtió en profesor de la Escuela Internacional de Arte en Bangkok, y es un historiador de arte que ha escrito varios libros en arte tailandés. Ha hecho calcas de cuatrocientas de las “Huellas de Buddha” en Tailandia, Sri Lanka y Myanmar, durante más de 23 años. Las más antiguas son de Sri Lanka y datan de hace 2100 o 2200 años.

Sailer fue encomendado para hacer un libro conmemorativo del 60 aniversario de Su Majestad la Reina Sirikit, en donde se reprodujeran muchas de las hoy famosas Huellas de Buddha. Sailer me invitó a Bangkok para entrevistarnos con los representantes de la reina para convencerlos de la importancia de que el libro no fuera más pequeño de un formato de 13 x 18 pulgadas, de manera que se pudieran apreciar las inscripciones. Él le había dicho al comité que yo debía estar allí como “la máxima autoridad mundial en calcas.” El libro se imprimió como Sailer dijo, y para la Exhibición de la Reina hizo una reproducción de la huella más grande en hoja de oro de 24 kilates.



Waldemar Sailer ayudándome en Yaxchilán

## EL PETÉN



Durante mi estancia en el Instituto Allende, una amiga y yo decidimos tomarnos unos días para ir a Guatemala y visitar Tikal. Empacamos ropa suficiente para un fin de semana, y volamos desde la Ciudad de México a la Ciudad de Guatemala, y de ahí a Flores, en una avionetita llena de cajas de Chivas Regal, en donde apenas había suficiente espacio para nosotras dos y no tenía ventanas. El whiskey de contrabando se descargaba en Flores y la avioneta se volvía a llenar con “chata,” un helecho que se usaba para las casas funerarias en Los Angeles. Solamente al desembarcar de la avionetita en Tikal, mi amiga vio una víbora, se dio media vuelta y se trepó de vuelta en el avión para regresar a casa lo antes posible. Sin embargo ninguna viborita me iba a molestar en lo más mínimo, así que recuperé mi maleta y saqué mi ropa, la empaqueté en mi backpack y me aventuré a entrar en el sitio. Por fortuna para mí, justamente necesitaban un dibujante, así que me quedé allí el resto del verano. Comencé en 1961 y fui la número 71 en el Proyecto Tikal. Podría terminar la escuela más adelante.

Tikal, el sitio maya más grande y misterioso, se encuentra en la Reserva Nacional de 222 millas al norte del Petén, un distrito de Guatemala. Una enorme área en donde habitan el jaguar, el ocelote, el pecarí silvestre, el venado, el puma, el mono, el quetzal, la guacamaya, el águila, la víbora y muchas especies más que están protegidas. Los cinco templos de Tikal que se conectan entre sí por *sacbé*s (caminos de caliza hechos por los mayas), sobresalen por encima del dosel de la selva con caobas en segundo crecimiento que sobrepasan los treinta metros de altura. Tan densa es la vegetación que devora todo. Este sitio es mundialmente reconocido por sus templos únicos, altísimos, su multitud de finas estelas, y sus cerámicas bellamente pintadas.

Patrick Culbert y Peter Harrison eran los directores de campo. En mi primer año allí estuvieron, además de Pat y Peter, Bill Haviland, Hans-Ruedi Hug, Hattula Moholy-Nagy, Wilbur Pearson, Christopher Jones, Edward Hinderliter, Vivian Broman y Dennis Puleston, quien murió después electrocutado por un rayo cuando estaba en la parte superior de la escalinata del Castillo de Chichén Itzá, sólo tres días



Templo 1 de Tikal



Pat Culbert, director del Proyecto Tikal cuando estuve allí

después de que había dado una conferencia en la Tercera Mesa Redonda de Palenque en 1978. Otros que trabajaron en Tikal cuando yo estuve allí fueron Stanley Loten, Kent Day, Marshall Becker y Helen Trick. Muchos de ellos son buenos amigos míos hasta la fecha, especialmente Peter Harrison y Patrick Culbert, quienes hicieron de esta neófita una mayista para toda la vida.

Tengo tantos recuerdos tan gratos de los templos con sus torres, lugares espléndidos, selva, selva, selva. Me fascinaba, especialmente el entusiasmo y la

dedicación de todos los que trabajaban allí. En esos primeros años en Tikal, cada nuevo hallazgo era una maravilla, acerca de la cual la especulación se alargaba en discusiones hasta altas horas de la noche en la sala. Todos estábamos llenos de emoción por nuestros logros. Pasamos mucho tiempo discutiendo los misterios de Tikal con arqueólogos que dedicaban a ello su vida. Tuvo que haber sido uno de los tiempos más felices de mi vida, y con toda seguridad eso sí, fue un parteaguas.

Hoy día, cuarenta y seis años más tarde, se sabe mucho más acerca de los mayas, cuando las discusiones tienden a ser más comparativas que especulativas, basados en lo que se sabe hoy comparado con lo que se sabía décadas atrás. Con la arqueología mayista tan a la vanguardia en esta época, se necesitan en los sitios disciplinas de diferentes géneros para entender mejor lo que allí ha sucedido.

Mi primera tarea, fue hacer detallados dibujos de las esculturas del techo del Palacio de Maler en la Acrópolis Central. Eso fue pura delicia, trabajar en lo alto de los andamios sobre una edificación con más de 1300 años de antigüedad. Ahora que el Palacio de Maler se ha reconstruido, ya no es el mismo. Me gustaba más con sus piedras cayéndose, todo cubierto de moho, con sus oscuros interiores que olían fuertemente a la humedad de los años que guardaba celosamente los secretos de su noble pasado, trayendo consigo silentes memorias de los señores y sus familias que allí vivieron. Simplemente estaba cautivada.

Vivíamos en las chozas de mosquitero cerca de la aguada, en donde también vivía un cocodrilo. Un día,



Peter Harrison, director del Proyecto Tikal cuando estuve allí



Personal de Tikal en 1962: Merle, Pat, Chris Jones, Bill Hinderliter, Peter, Hans-Ruedi Hug

uno de los guajolotes del campamento se acercó demasiado a la orilla, cuando aquella criatura tan poco amigable lo agarró de una pata. Uno de los trabajadores que estaba casualmente allí cerca, sujetó la otra pata del ave y jaló. La guerra comenzó y, naturalmente, cenamos guajolote rostizado esa noche.

Nos divertíamos muchísimo en Tikal después de trabajar. Nos subíamos a la Plaza Central cuando había luna llena, poníamos una grabadora con música en el Templo I, y trepábamos al Templo II a bailar a la luz de la luna. La acústica era perfecta.

Habían muchos chultunes en Tikal, y hacíamos grandes debates acerca de qué uso se les daba —pilas de agua, almacenar maíz, u otras cosas. Una noche nos fuimos volados en el jeep (manejando Peter) bajando por el camino y adentro del bosque hasta donde estaba un enorme chultún. Bajamos a una increíble caverna subterránea de varios recintos (me recuerda algunos lugares que he visto en



Palacio de Maler en 1962

Capadocia, Turquía). Una vez que bajabamos al primer recinto, al que se entraba pasando sobre una jamba de la puerta, había otro recinto mucho más grande, de forma un tanto cuanto circular, con estrechas gradas de unas 15 pulgadas de altura, que estaban en todo el rededor del espacio. Habían unos pequeños nichos en los muros en donde supongo que los mayas ponían sus lámparas de aceite. Pusimos velas allí, y nos sentamos a beber unos roncos hasta que resolvíamos todos los enigmas de los mayas. Todo el interior estaba encalado, de modo que salíamos de ahí como si hubiéramos estado en un barril de harina.

Durante mi primer año en Tikal, principalmente me dediqué a registrar arquitectura y absorber como loca todo cuanto podía de mis eminentes profesores acerca de cómo convertirme en mayista. También hice algunas pinturas en acuarela, siendo la mejor una de la Acrópolis Norte antes de que tiraran el Templo 32. El original de esa pintura hoy pertenece a Peter Harrison, así como también algunas otras de mis pinturas de Tikal.

Comenzando en la selva de Tikal y siguiendo con los casi cien sitios en los que he trabajado, desarrollé mi técnica de registro de monumentos por medio de calcas, un método utilizado por los antiguos chinos antes de que se inven-



Peter Harrison



Mi pintura de la Acrópolis Norte antes de que el Templo 32 fuera desmantelado

taran los periódicos. Sobre todo, he hecho más de 4000 calcas, usando diversos tipos de papel y técnicas diferentes. Con el tiempo se han reproducido en cientos de publicaciones, en varias películas de televisión, en CDs y en Mesoweb, FAMSI, Tulane y otros sitios web.

## TÉCNICAS DE CALCAR

He desarrollado dos técnicas propias, una usando tinta sumi de consistencia más espesa, y la otra usando pintura de aceite (óleo) Windsor Newton mezclando negro con siena quemado. El usar una u otra era determinado por varios factores. En la selva profunda, como en el Petén, era necesario usar la técnica del óleo, porque en su mayoría, los monumentos era muy grandes y estaban cubiertos de moho que tenía que ser quitado con mucho cuidado, dejando un papel humedecido que no absorbía la tinta sumi que es soluble en agua. También tuve que usar la técnica del óleo en la tapa del Sarcófago de Palenque debido a sus dimensiones, casi 2.45 x 3.65 metros. Hubiera resultado imposible empalmar los lienzos sin que la tinta se escurriera sobre la lápida. En el Altar 5 de Tikal, también tuve que usar óleo porque fue hecho en tela, que no absorbe la tinta. En los grabados más delicados, como el trono del Templo XIX de Palenque, se usó un papel arroz muy fino. El trabajo delicado se puede hacer tanto en óleo como en tinta sumi.

Las grandes hojas de papel arroz grueso (1 x 2 m) se sujetaban a la piedra



Calca de la Estela 31 de Tikal

experiencia. Para llegar al cuartito, donde acababan de quitar el escombros que lo rellenaba, tenía yo que cruzar por un estrecho tablón de madera con todo mi equipo a cuestas sobre un vacío. La única luz en esa caverna era lo que pasaba por la abertura de la entrada, de modo que tenía que esperar hasta que mis ojos se acostumbraban a la poca luz, y me mantenía de espaldas a la entrada para no deslumbrarme con la luz. En tiempos antiguos se había encendido un fuego ceremonial en la base de la estela para “matarla.” Esta bella estela que retrata a Siyaj Chan K’awiil (Cielo Tormentoso), el 11° Gobernador de Tikal, es una de las más finamente trabajadas en toda el área maya.

Una de mis calcas favoritas es la del Altar 5. Presenta a dos figuras cara a cara; la de la izquierda es Jasaw Chan K’awiil, la figura en la Estela 16 que acompaña al altar, el vigésimo sexto gobernante de Tikal. La figura de la derecha puede ser

con cinta para ductos. En ambos métodos, se humedecía luego el papel usando una brocha ancha de pelo de castor, después se golpeaba para que quedara bien pegado a la piedra, con un pañuelo suave de señor, o con varias toallitas de American Airlines (quienes generosamente nos las regalaban). Entonces, cuando el papel estaba casi seco, pero no del todo, se ponía la tinta usando una torunda de algodón cubierta en seda, tamando la tinta suavemente de la paleta en la que previamente se había untado con una espátula. Finalmente cuando el papel estaba totalmente seco, se quitaba de la piedra.

Con el método de pintura de óleo, la mezcla de pintura se untaba finamente sobre un pedazo de estaño, y entonces, con mi pulgar, presionaba suavemente en el estaño con el óleo y de allí sobre el papel arroz o la tela, subiendo gradualmente la intensidad del color hasta alcanzar el efecto deseado. Esto tomaba una eternidad, ya que se necesitaban miles de impresiones con el pulgar para completar un simple monumento. Con ambos métodos, si se hacía correctamente, no quedaría tinta en la parte posterior pegada a la piedra.

El hacer las calcas de la Estela 31 de Tikal mientras que todavía estaba en el Templo 33-2° era toda una

alguien de Calakmul. Se piensa que el argumento tiene que ver con la exhumación de los huesos de la esposa de Jasaw Chan K'awiil. Como el altar era tan grande, le pedí a Peter que iba a Guatemala por abastecimientos, que me trajera dos sábanas blancas.

Al día siguiente, Peter y yo sujetamos con una cuerda fuertemente amarrada a la orilla del altar, una de las sábanas. Esa reproducción la trabajé al óleo, pero antes pasé suavemente un rodillo por toda la cara labrada de la piedra, para establecer los bordes. A partir de allí procedí a la tardada tarea de oprimir mi pulgar entintado sobre la tela. Solo se han hecho dos calcas del Altar 5, una que está en la Universidad de Tulane, y la otra en el Museo De Young en San Francisco.

Los dinteles de madera en los Templos I y IV fueron los más difíciles de hacer. Eran inmensos. El dintel 4 del Templo IV tiene 180 x 199 centímetros y se encuentra en un techo muy alto. La Universidad de Pensilvania acababa de mandar andamios de acero que podían ajustarse a la altura necesaria. Los trabajadores pusieron los barrotes superiores de modo que pudiera yo trabajar a la altura de mi cabeza, cosa muy difícil por lo grande del dintel. Cuando estaba haciendo esas calcas, a menudo pensaba en Miguel Angel trabajando en la Capilla Sistina en el siglo dieciséis. Al terminar el día, me era prácticamente imposible bajar del andamio y



Calca del Altar 5 de Tikal

a continuación del templo, agarrándome de las raíces y los árboles que salían de entre las piedras. Me encantaba trabajar en la madera labrada, se sentía diferente que la piedra caliza. Como tenía que estar sumamente atenta a cada detalle que aparecía al aplicarle la tinta o el óleo, después fue muy fácil para mí entender las maneras distintas de esculpir que tenían los antiguos mayas.

Además del trabajo diario en Tikal que, para mí era un placer, habían muchos eventos “no arqueológicos” —como tomar un desayuno maravilloso en el pueblo de los trabajadores alguna mañana de domingo; ir a todo lo que daba el jeep para la llegada semanal del avión; jugar con nuestra mascota que era un mono aullador tan listo, que podía abrir el cerrojo de la bodega de cerámica (una vez vació todas las botellas con los líquidos que se empleaban para restaurar las vasijas); o simplemente mecarme en la hamaca, visualizando lo increíble que debía haber sido para los antiguos vivir allí, claro, sin tener que considerar problemas como el refrigerador, el coche, la luz eléctrica; sin televisión, ni computadoras ni teléfonos. Pensándolo bien, tal vez estaban mejor sin todo aquello. Esto era para mí Tikal.

Había hecho calcas de toda la escultura de Tikal, cuando una mera sugerencia casual cambió el curso de mi trabajo futuro. El Dr. Alfred Kidder, el afamado arqueólogo de la Carnegie Institution, famoso por sus excavaciones en Kaminalhuyú (que significa “montañas de los muertos” en maya quiché) cerca de Guatemala, estaba de visita por Tikal. Estaba fascinado con la manera de registrar esculturas y monumentos en mis calcas y me dijo: “Merle, ¿porqué no recorres los ríos y haces calcas en todos los demás sitios?” Así que, sin pensarlo dos veces, eso fue lo que hice. Me fui a la selva con un par de nativos, y no me molestó en lo más mínimo. Mi primer fondo de trabajo me lo otorgó la *American Philosophical Society*; me dieron mil dólares. El Dr. Kidder fue uno de mis patrocinadores. Ese dinero fue suficiente para terminar un verano completo trabajando en el Petén —mis boletos de avión ida y vuelta, el papel arroz y mi material para las calcas, alimentos para cuatro hombres y para mí, nuestra lancha a motor, y los salarios de los hombres para todo el verano. Hoy día esa cantidad no cubriría siquiera los pasajes del avión. He hecho calcas en más de cien sitios mayas en todos estos años, pero voy a seleccionar algunos de ellos; no podría hablar de todos.

## MOTUL DE SAN JOSÉ

Uno de los primeros lugares a donde fui después de Tikal fue Motul de San José, através del Lago Petén de la isla en que está Flores. Tenía que caminar una hora desde la orilla, más aún hasta que logré encontrar el monumento. Habían pasado muchos años de destrucción por un hombre que estaba quemando el área para hacer terreno de siembra de maíz. En aquella ocasión lo encontré oculto a una cierta distancia del camino, por donde tuve que agacharme y llegar a gatas. Estaba ya en proceso de ser robado. Vi que la estela ya tenía cortes, y cerca había una lata de aceite y sierras usadas, lo mismo que el mango roto de una hacha. Sabía que los ladrones regresarían, pero como era el medio día, pensé que tendría suficiente tiempo para hacer la calca. Si hubiera sabido que unos cuantos años después uno de los hombres de Ian Graham iba ser asesinado a tiros por los saqueadores cuando los sorprendió en pleno robo, no hubiera estado tan emocionada de hacer aquella calca.

## LA LIBERTAD A SAYAXCHÉ

De todas las veces que pasé entre Flores y Sayaxché a través de La Libertad yendo a los sitios del Petexbatún, fueron experiencias tan únicas que debo hacer memoria de, al menos, uno de esos recorridos. La primera vez, claro, fue la más extraordinaria, única. Nos tomó muchísimo tiempo dejar Flores. De hecho pasamos seis veces por la misma calle en San Benito, una de esas veces para recoger a tres señoras que tardaron cuarenta y cinco minutos empacando sus maletas, además de recoger unos sacos de 100 libras de maíz que eran, literalmente, aventados al techo junto con todo tipo de cosas, luego de vuelta a Flores a recoger más pasajeros que tampoco habían empacado y, finalmente, dos horas después, salimos para Sayaxché. El camión, que en realidad era más bien un motor rodeado de la más mínima y rudimentaria carrocería, cascabeleaba con singular alegría. De hecho, el chofer tenía que aferrarse fuertemente a la palanca de velocidades para evitar que se saltara de una velocidad a otra. No había techo, sino una linterna amarrada de un lazo sujetado desde el asiento del chofer. Debe de haber tenido un modo de prenderla y apagarla, pero a mí me dejó con la duda.

A modo de piso, habían dos tablonos de madera al centro del vehículo. Una señora sujetaba a su bebé sobre las maderas cuando tenía que hacer popó. Los niñitos pequeños simplemente hacían pipí entre los tablonos. Otra mujer tenía una canasta con una mamá gallina sentada sobre sus huevos y con una docena de polluelos a su alrededor. El señor detrás de la señora llevaba un gallo que saltó sobre la mamá gallina. Plumas volaron por todas partes, y pollitos piando salieron aventados por los aires.

En La Libertad, un pueblecito a medio camino, las calles eran de pasto, las casas todas muy parecidas —la mayoría de techo de guano, y una que otra con techo de lámina acanalada. Muchas estaban encaladas, pero algunas estaban pintadas de un verde París que enfermaba, pero del que ellos parecían gustar mucho, ya que las puertas estaban casi todas pintadas de ese color, lo mismo que las molduras verticales de las ventanas. Un señor estaba encalando su casa con un atado de tela amarrado en la punta de un palo, sin brocha. Conforme nos acercábamos a la puerta en donde el chofer iba a entregar tres tapas de cilindros de aceite automotriz en las que se cocinan los tamales, pude ver que al menos la pared de atrás estaba toda tapizada de periódicos viejos. Entre las casas, las cercas eran palos atados con hiedras para mantenerlos en su derechos y en su sitio. Varias de las cercas eran el chasis inferior de viejos y oxidados tractores de la FYDEP, que era la agencia gubernamental a cargo del Petén.

Habíamos recogido a dos vendedores, uno que vendía peines baratos, y el otro tenía una bolsa llena de jabón y polvo facial. Ninguno tenía mucha suerte en sus ventas. Uno de los pasajeros entró a una tiendita, de la cual salió con un zapato plástico de niño. Aparentemente había comprado un par en su viaje anterior y, o había dejado uno de los zapatitos allí, o su niña había perdido el zapato antes de salir de la tienda.

Pensé que dejábamos atrás el pueblito cuando pasamos una pequeña panadería. Una mujer tenía que tener un pan de allí, así que el ayudante del chofer se bajó y le trajo uno, pero entonces otro señor decidió que él quería dos. Los compraron y ya nos íbamos, pero ¡ay no! Una señora decidió que quería una caja entera de pan, así que nos echamos en reversa, conseguimos los panes, y sí,

finalmente nos pusimos en camino. Niñitos en solamente una camiseta, o de plano sin nada, corrían por todos lados emocionados de que el camión estuviera en el pueblo. A poco de haber dejado el lugar, nos topamos con lo que a primera vista parecía un pueblo de juguete. Era el cementerio del pueblo. Sobre cruces de tres patas, techitos puntiagudos corrugados, todos iguales.

## SAYAXCHÉ

Nuestro campamento base por varios años fue la casa de Julio Gadoy en Sayaxché, en la rivera del Río Pasión. Ahí guardábamos nuestras cosas entre temporadas, en lugar de cargarlas en el regreso hasta Flores. Julio se convirtió en un gran amigo con quien pasamos muchas veladas tranquilas platicando con él y con otras gentes interesantes que iban rumbo a Seibal, Dos Pilas u otro de los sitios a lo largo del camino.

Allí fue cuando conocimos por primera vez a Trudy Blom. Este hotel en la selva tenía solamente un baño, y estaba en la terraza. Como no servía el cerrojo, había un letrero por dentro que avisaba a la gente no cerrar la puerta para que no se quedara atrapado. Durante la noche, mi esposo Bob y yo escuchamos gritos y un florido



Sayaxché, El Petén

léxico como de oficial militar. Por la mañana nos enteramos que era Trudy quien se había quedado encerrada en el baño. Esa misma mañana la conocimos. Trudy y yo terminamos siendo muy buenas amigas. Ella vino a muchas de nuestras Mesas Redondas en Palenque, siempre vestida como para ir a un baile, elegantísima, con muchas joyas.

Una vez que Linda Schele, Mario León (el “jefe” de Palenque) y nuestro grupito habíamos ido en excursión a Chinkultic, nos quedamos en casa de Trudy. En la cena, Trudy se sentaba en la cabecera con sus dos perrazos flanqueándola. Yo estaba al lado de Trudy, y Linda, que había estado enferma durante todo el viaje estaba al lado mío. La muchacha pasó la soper y pan recién horneado, y cuando vino a recoger los platos, vio que Linda solo había comido un poquito de su pan. Trudy miró a Linda, se levantó y, en una enérgica voz dijo: “A mí siempre me enseñaron a comerme *todo* lo que hubiera en mi plato.” La

pobre Linda se encogió en la silla. Yo le dije a Trudy que había estado enferma durante todo el viaje, y que su pan era la primera cosa que probaba.

Pues claro que a partir de ese momento todo cambió, y Trudy se ocupó de complacer a Linda constantemente, así como a nuestro perrito que nos había costado diez pesos que le dimos a un indígena en Comitán. Trudy dijo que el perrito no iba a comer solamente restos de comida. Inmediatamente se fue para la cocina y cortó un enorme pedazo de carne asada para el perrito, justo como los que nosotros habíamos comido. Después de eso, siempre dije que para ir a visitar a Trudy, era mejor estar enfermo, o tener un perrito consigo. Como el asunto de la enfermedad no procedía, mi consejo era el perrito.

Conocimos a mucha gente interesante en la terraza de la casa Gadoy, ya que ese era nuestro campamento base para quienes trabajábamos en los sitios del Río Pasión y Petexbatún. Jacques y Parny Van Kirk tenían su pequeño campamento sobre pilotes en el borde del Petexbatún. Él era un cazador de jaguares que había huído a México con su esposa, sus dos hijas y su pistola, seguro de que su ex-socio lo iba a encontrar y a matar. Nos contó que antes había sido vaquero y cazador de bisontes en Montana, cazador de osos polares en Alaska y otros extraños quehaceres por el estilo. Qué estaba haciendo en México, eso nunca nos lo dijo. Su campamento de 3 x 3 m tenía tres camastros contruidos dentro, uno doble,



Trudy Blom



Don Robertson, mi mentór

una mesita de centro y un pequeño clóset. No había mucho espacio alrededor de la mesa que servía de comedor, mesa de trabajo y todo para lo que se pudiera necesitar una superficie plana. Tenían una lámpara de butano. Cocinaban debajo de esta suerte de “casita en el árbol.” En ese espacio tan pequeño, vivían Jacques, su esposa, dos hijas y un amigo. La única manera de entrar era subiendo por una escalera y a través de una puerta de escape en el suelo. Me acuerdo muy bien de Jacques diciéndole a Parny que si alguien se acercaba, disparara primero y pensara después.

Podemos sumar dos más dos uniéndolo a esta otra historia: Cuando conocí por primera vez a mi futuro mentor Don Robertson, de la Universidad de Tulane, estábamos en México, en donde él y Martha su esposa (con quien también hice una entrañable amistad) estaban haciendo investigaciones un verano. Yo estaba haciendo ilustraciones de cerámica para Bob Rands, y fui al departamento de Don y Martha en las Lomas. Él me contó la extraña forma en que se había hecho del apartamento. La señora que se los rentaba, les dijo que los inquilinos anteriores se acababan de ir, dejando todas sus cosas, incluyendo mucha ropita de niñas, todas sus pertenencias y un tapete de oso polar. Nunca regresaron y, como ya habían pasado los meses, dejaron que los Robertson se quedaran con el departamento.

## DOS PILAS

El primer sitio al que fuimos en el Petexbatún fue Dos Pilas. La única persona que había trabajado ahí anteriormente era Ian Graham, de Suffolk, Inglaterra, quien el año anterior había comenzado el registro de glifos en Dos Pilas. Ambos



Un cafecito en el camino a Dos Pilas

éramos los dos únicos que estábamos registrando los monumentos del Petén en aquella época, Ian registrando los glifos y yo los monumentos o el arte de los sitios. Siempre hemos sido buenos amigos, y yo admiro mucho su gran contribución al estudio de los glifos mayas en el “Corpus” de Harvard.

Mi primera estancia en Dos Pilas no podía haber sucedido en un tiempo más inclemente, lluvias incesantes y un lodazal bárbaro por todos lados. El simple hecho de subir al Petexbatún desde Sayaxché, hacia la pequeña ensenada oculta en donde se suponía que encontraríamos el camino, era exhaustivo. Antes de comenzar ya se estaban absolutamente empapados. El camino no había tenido uso por más de un año, y la hierba nueva estaba tan crecida que no tengo la menor idea de cómo fue que mis trabajadores, Tranquilino Flores y sus hermanos, Juan, Pancho y Jesús, hicieron para encontrar el camino. Nos tomó una eternidad, diecisiete kilómetros, pero tal vez más por todas las veces que tuvimos que regresarnos debido a que la tormenta había derribado muchísimos árboles. Mis botas pesaban una tonelada, tan enlodadas que me era casi imposible levantar los pies. No tuvimos tiempo de descansar al llegar, ya que una tormenta aún más fuerte estaba por caer. Teníamos que clarear un lugarcito en la selva para poder construir una champa que nos sirviera para cocinar y comer, otra palapa se debía construir para las hamacas de los trabajadores, y otra que sería para mí. Debíamos hacer la cina; nos moríamos de hambre, pero no podíamos parar ni un segundo hasta que todo estuviera hecho.

A media noche la tormenta se hizo mucho peor —truenos, rayos que pasaban hasta entre los árboles. “¡Crash!” La champa de los hombres derribada con el poste central que cayó justo sobre mi hamaca. No resulté herida, pero ahí en medio de la oscuridad tuvimos que construir otra nueva champa. Por la mañana todo estaba claro ya. Yo estaba a punto de bajarme de la cama cuando ví, justo en mis narices, encima del mosquitero, una sepiente coralillo, como si no hubiera sido suficiente



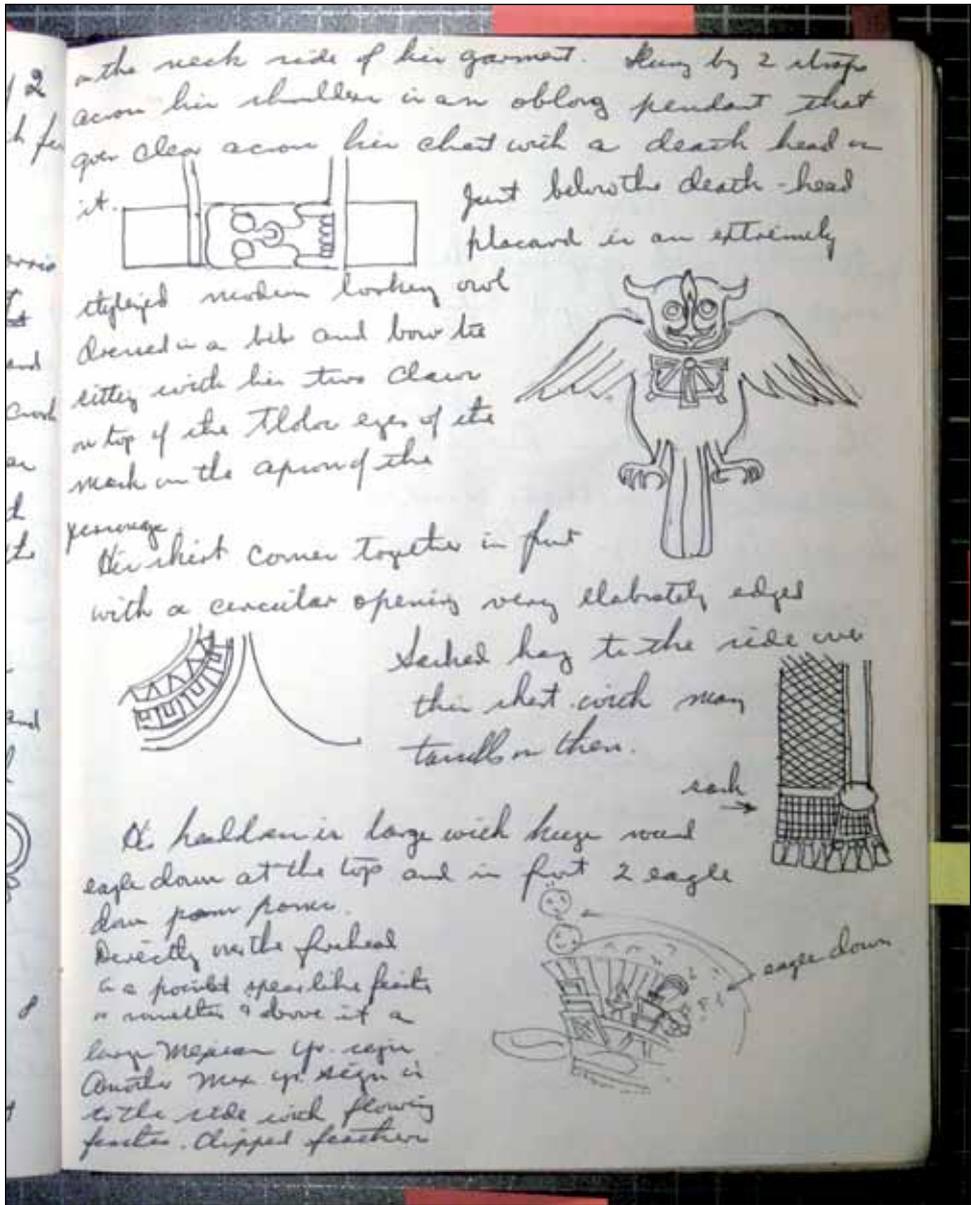
Las Escalinatas de la Procesión en Dos Pilas

con la nohecita que habíamos pasado. Tranquilino rápidamente se deshizo de la serpiente, y después del desayuno estábamos listos para comenzar el nuevo día trabajando.

Echando un vistazo por los alrededores descubrimos ese mismo día la bella “Escalinata Procesional.” Tuvieron que clarear la vegetación frente a ella para que se secase la piedra y yo pudiera tomar fotos. Esos escalones quitaban el aliento, y estaban en un excelente estado de conservación. Algunos señores mayas en elegantes vestidos largos con bello movimiento, marchaban a lo ancho de la escalinata. Hilera tras hilera de preciosos glifos, algunos con el glifo emblemático de Tikal. De todo esto hice un minucioso registro y lo dibujé en muchos de mis cuadernos de campo.

Al año siguiente, cuando trabajé en Dos Pilas fue todavía más difícil llegar, porque había habido un huracán que derribó muchos árboles justo a través de nuestro disque camino. Cruzamos tres arroyos, que ni siquiera están allí todo el tiempo, y los últimos tres kilómetros era todo de subida, arriba y arriba, sin tener un camino visible cuando menos. Pero en esta ocasión tenía mi tienda de campaña que había comprado en Suiza, verdaderamente una dádiva de los dioses. Los mosquitos eran los peores en el mundo entero. Esas feroces criaturas no habían tenido un banquete de jugosa sangre humana durante todo un año, por lo que fui inmisericordemente devorada en vida. Ni siquiera las fogatas calmaban aquellas codiciosas sabandijas. El único lugar en el que estaba a salvo era en mi casita. Durante aquel año, la selva había crecido tan espesa que tuvimos que usar brújulas para localizar los monumentos, y mis trabajadores usaron los machetes para abrir camino para llegar a ellos.

Trabajé todo el día en la preciosa Estela 2 (5.55 metros de alto al juntar las piezas). El relieve estaba en excelentes condiciones. ¡Qué placer estar trabajando en esa magnífica pieza, pero qué trabajo! No tengo idea cómo fue que terminé, con esos desagradables mosquitos devorándome. Tranquilino me llevaba sopa caliente al medio día, ya que cuando empezaba, no podía parar o se arruinaba toda la calca. En otros momentos del día, me traía café caliente. Mi camisa y los pantalones estaban completamente empapados en sudor, además de la sangre por



De mi libreta de campo

los mosquitos.

A la mañana siguiente estaba lloviendo. No tenía caso ponerme mi otra muda de ropa, pues en cinco minutos estaría tan enlodada como la que había usado al hacer la Estela 2. Solamente me puse las ropas enlodadas de vuelta. Tenía tan hinchada la cara que parecía que tenía paperas. Finalmente paró la lluvia y pude hacer la Estela 16.

Fue de lo más descorazonador cuando encontramos que una gran parte de la Estela 17 había sido robada. Había hecho una calca de ella el año anterior, pero como quiera tenía ganas de volver a verla. El frente completa había sido aserrado



Merle con la Estela 16 en Dos Pilas

con una sierra de poder, y las inscripciones laterales estaban completamente dañadas. Envié a uno de mis hombres a Sayaxché para reportar el robo (ya que aparentemente lo habían hecho ese mismo día). La policía anduvo de arriba para abajo en el Río Pasión pero no encontró rastro alguno de la Estela. Después la descubrieron hecha "sandwich" entre dos placas de mármol, lista para ser embarcada en Puerto de Barrios hacia algún destino ilegal, pero de todos modos faltaba la parte inferior de la estela, de la que había hecho la calca, en donde estaba la figura del prisionero en cuclillas.



El papel ya pegado para hacer la calca de la Estela 16



Calca terminada de la Estela 16

## BOB AMA LA SELVA

Como Bob Robertson fue conmigo en muchas de mis expediciones a la selva, debo aclarar quién es. Lo conocí (Lawrence W., aunque todos sus estudiantes le decían "Robby") cuando era director de la Academia Militar San Rafael, y yo daba clases de dibujo en ingeniería y arte. Sin embargo fue hasta 1964 que comencé a salir con él.

Después de la Academia Militar, Bob fue decano de la Escuela Robert Louis Stevenson en la Seventeen Mile Drive de Pebble Beach, California. Nos casamos el 19 de diciembre de 1966, en la Iglesia de Wayfarer, Carmel, justo antes de que tomara el cargo como decano en la Stevenson. Ambos dimos clases allí durante nueve años, hasta su retiro como Decano Emerito. La Stevenson estableció un fondo para cada uno de nosotros. Era, y sigue siendo, una gran escuela. "Robby" fue muy querido

por todos sus estudiantes ya que era un hombre muy justo, siempre entendía a los chicos y, les daba una segunda oportunidad. También era el entrenador de carreras en pista, y era profesor de historia. Yo dí arqueología de Mesoamérica.

Debo admitir que al estar casada con el decano, pude tomar la ventaja de ir a México para trabajar en mis proyectos arqueológicos. Bob estaba impaciente por alcanzarme allá. Para alguien que había pasado toda su vida trabajando en un puesto administrativo, podría parecer increíble que verdaderamente se fascinaba trabajando conmigo en la selva de México, Guatemala y Honduras.

## AGUATECA

Llegar a Aguateca era toda una dificultosa experiencia. Estaba en la parte alta del Petexbatún, pero el simple hecho de llegar al lugar en donde se suponía que estaba un camino hacia el sitio tomaba muchísimo tiempo. Constantemente teníamos que agacharnos para pasar por debajo de las ramas de los árboles hasta que llegábamos a una laguna poco profunda en la que teníamos que ayudar a remar y empujar con palos para que uno de nuestros hombres caminando en la laguna nos jalara en la cayuca. El camino estaba tan lodoso que tenía que hacer un esfuerzo para despegar las botas del suelo. Llegando al final del escarpado camino, todavía nos quedaba una milla más por subir andando.

Pasamos a través de dos puentes naturales hechos por los mayas, muy resbalosos, de unos 90 centímetros de ancho, unos 22 o 23 metros de largo y sobre un abismo que algunos dicen que tiene casi 50 metros de profundidad. Este foso, aparentemente reodeaba la ciudad como medida defensiva. A mí no me molestan las alturas, pero un camino tan estrecho, cubierto de escombros y tan resbaloso, definitivamente me producía temor cada vez que miraba hacia abajo. De haberme resbalado ahí, no hubiera habido modo alguno de sacarme.



Bob Robertson (Lawrence W.) "Robby"



La Estela 3 de Aguateca, en lo profundo de la selva

La selva era tan espesa, con maleza en primero y segundo grados de crecimiento, que era muy difícil pasar a través de ella. Raíces de grandes árboles envolvían varias de las estelas. Pero al menos no llovía, y los mosquitos prácticamente no habían recibido aún la invitación de sus amigos de Dos Pilas.

La segunda vez que estuve allí, Carl Landegger y su hijito de diez años estuvieron con nosotros. Carl, uno de mis benefactores, quien había descubierto un antiguo sitio en Bolivia, estaba bien acostumbrado al terreno de la densa selva. Era presidente de una compañía que construía maquinaria para la elaboración de



Carl Landegger y Cary con la Estela 10 de Seibal

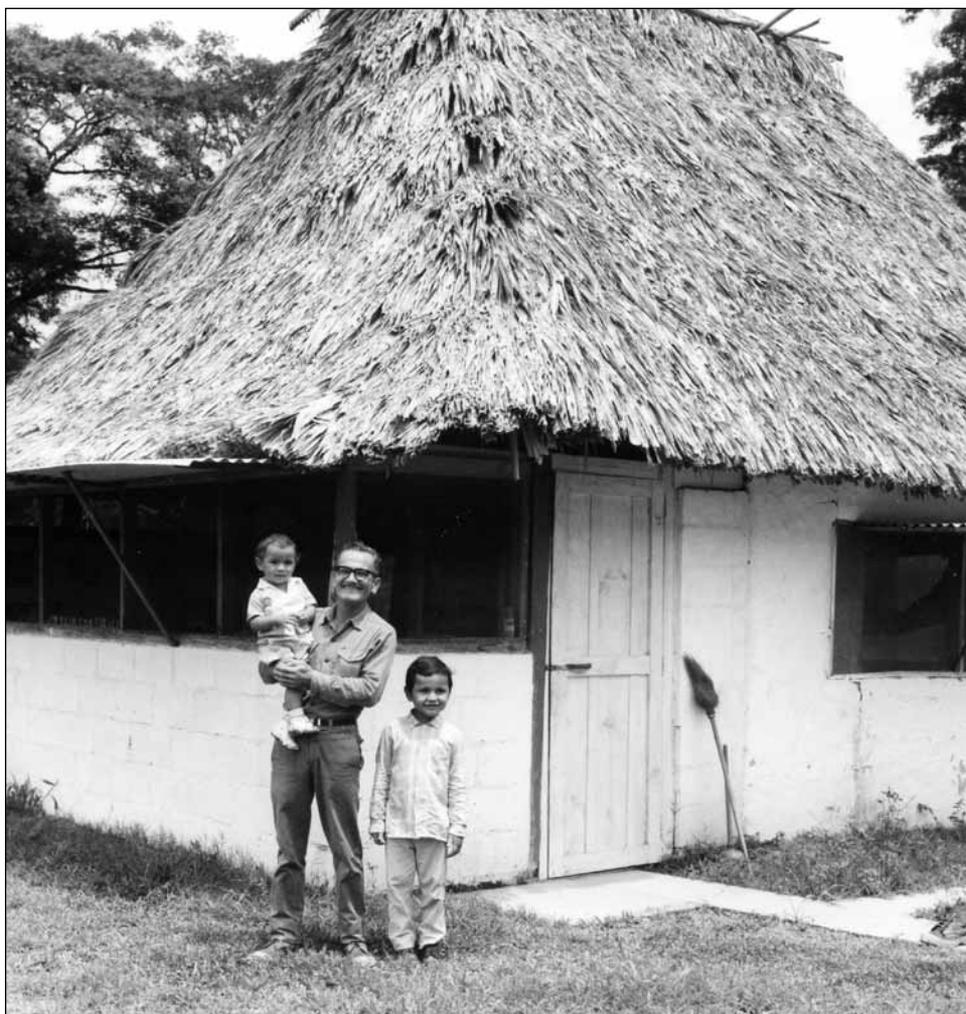
papel, y tenía oficinas por todo el mundo. Cuando lo recogí en el aeropuerto de la Ciudad de Guatemala, no podía creer que hubiese traído consigo a su aparentemente frágil niño de diez años. ¿Qué iba yo a hacer? El área del Petexbatún no es fácil. Bueno, pensé: Carl tendrá que convertir a su hijito en un hombre de un día para otro. Sorpresa —que Cary era todo un explorador; jamás se quejó, siempre cargó el mismo su mochila, y se ocupó de recoger leña para mantener nuestra fogata encendida todo el tiempo en Aguateca. Era un niño encantador, y estuvo muy contenta de tenerlo con nosotros. A menudo me pregunto qué andará haciendo ahora.

Los monumentos en Aguateca eran tan grandes y estaban tan cubiertos de los mismos despojos de la selva y moho, que tenían que ser raspados minuciosamente con las puntas abiertas de ramas verdes, de modo que no se dañara la piedra, que al estar tan húmeda, se raya

muy fácilmente. Esto nos tomó muchísimo tiempo, pero Bob, Carl y Tranquilino se mantuvieron diariamente en la labor mientras que yo trabajaba en la estela que habían limpiado el día anterior. La mayoría de las estelas de Aguateca tuvieron que hacerse con óleo, debido a la humedad de la piedra. Mortíferas serpientes salían por todos lados, pero estábamos tan al pendiente de ellas, que no nos agarraban de sorpresa y, afortunadamente, no nos dieron ningún susto.

## ALTAR DE SACRIFICIOS

La primera vez que fuimos a Altar de Sacrificios fue en 1969, cuando John Graham de Harvard y de la Universidad de California en Berkeley, me había mandado para hacer un registro en calcas de los monumentos. Conmigo fueron Bob,



El "Paraíso de Harvard" con Mechel y sus dos hijos en Altar de Sacrificios

Tranquilino y nuestros dos hombres que manejaban el bote. Nos quedamos en la casa de Harvard, cerrada, con ventanas de mosquitero, piso de cemento y catres del ejército en los que dormíamos, una mesa y sillas; pero por supuesto, lo mejor de la casa era que podíamos escapar de los abominables mosquitos. En los cinco años desde que Harvard había trabajado allí, la selva había crecido tanto en Altar, que nos fue difícil orientarnos. Por suerte, con el mapa de John y nuestras brújulas, no estábamos tan perdidos, literalmente. Durante el día entero, mientras yo hacía una calca, Tranquilino detenía un nido de termitas encendido y ahumante, para que yo pudiera trabajar sin que me picaran tanto los mosquitos. El humo no ayudaba mucho; me comieron en cada centímetro de mi cuerpo, hasta a través de la soble capa que hacían los bolsillos de mis jeans. Era un desastre, pero Bob estaba peor.

Las tardes eran divertidas; jugábamos póker y bebíamos ron junto con algunas cositas ricas, como ostiones ahumados, sardinas en aceite, con Mechel chico (hijo del señor Mechel quien estaba al cargo del área) y su esposa, dentro de nuestra casa con el "glorioso mosquitero." Altar es la estación meteorológica establecida por el

gobierno para la región del Pasión. Una tarde, temprano, llegó un Guardia Rural para “chequear” —como dicen en Guatemala— y dar su reporte de Altar y las áreas aledañas del Pasión, además de reportar nuestra presencia. Le informamos de nuestro permiso oficial dado por el Sr. Carlos Samayoa Chinchilla, director del Instituto Guatemalteco de Antropología e Historia, y del reporte especial del Sr. Romero Samayoa Rivera, quien nos proveía con la transportación.

Después de nuestro trabajo en Aguateca, regresamos a Altar de Sacrificios para quedarnos mucho más tiempo, diez días. Si pudiera ser, el clima estaba diez veces peor, y los mosquitos habían invitado a todos sus amigos de todos los rincones del mundo a la Convención Internacional de Mosquitos. Era increíble. Tranquilino y Bob clarearon el Altar 1 el primer día, e hice una calca de él. Como la vez anterior que estuvimos allí, quemábamos nidos de termitas, troncos podridos, hasta manteníamos una fogata constante en pleno calorón para poder continuar trabajando. Nada servía. El repelente para mosquitos solamente les servía de botana.

La única manera de secar las calcas en ese clima tan húmedo, en donde todo estaba lluvioso y empapado, era poner a varios de los hombres a secarlas a mano. Esto era con hojas de palma secas a modo de batientes abanicos ardientes sobre ellas. Casi todas las calcas de Altar tienen quemaduras y gotitas de mi sangre extraída por los mosquitos. Algunas veces, cuando estaba haciendo una calca, el mosquito se quedaba picando mi cara durante tanto tiempo que el infeliz ya no podía volar. Entonces escurría la sangre sobre mi calca.

Una noche, cuando los niños de Mechel estaban jugando cartas con nosotros, llegó el papá Mechel, preguntando quienes éramos aún antes de ser presentado. Le enseñé todos mis papeles oficiales, mis permisos y hasta la calca del Altar 1, que estaba hasta arriba de las calcas. El hombre se atacó y dijo: “Yo no recibo órdenes de nadie. Y ustedes se van de aquí mañana en la mañana o voy a hacer que la policía venga a sacarlos.” Claro que no podía hacer eso. Su jefe, Romero Samayoa, ya le había mandado los papeles diciéndole que íbamos a estar allí. Sin embargo, cuando le pregunté acerca del monumento que nadie había encontrado, me aseguró que allí estaba pero naturalmente no me dijo en dónde. Todavía tengo mis sospechas acerca de ese personaje; nunca confié en él.

El cuidador de medio tiempo del sitio, junto con su esposa, los Mina, nos invitaron a cenar a su casa una noche, y fue una experiencia inolvidable. Ya nos conocíamos bien, puesto que Bob estaba ayudando a sus dos niños con sus estudios para que no fueran a estar muy atrasados cuando regresaran a Sayaxché.

Los Mina cocinaron arroz, frijoles, tortillas, café y de postre nos dieron guanábana. Nosotros les llevamos *corned beef* enlatado. Estábamos tan a gusto y congeniamos tanto estando allí sentados, haciendo la visita en una mezcla de inglés y español.

Su casa maya tenía techo de guano, postes laterales con hiedras para sostener las estacas derechas, y una sola puerta con un caparazón de tortuga colgando al lado. El interior se dividía en dos secciones; en una de ellas, la pared estaba cubierta de periódicos a modo de papel tapiz. La habitación principal tenía una mesa grande en una esquina, con repisas sobre ella, y en la otra esquina, una base de cemento que sostenía los aparatos de cocina: dos bloques grandes de cemento, con una barra de hierro doblada en tres direcciones para sostener cualquier pedazo de comida que se fuera a cocinar. El fuego lo controlaban empujando gavillas de leña debajo de aquella barra de hierro. Bajo la estufa, una mamá gallina estaba sentada sobre su canasta de huevos, y una docena de pollitos estaban por ahí



Trabajando en la lluvia en Altar de Sacrificios



Secando las calcas en Altar



En lo profundo de la selva del Petén, en Altar de Sacrificios

alrededor. Una hamaca estaba amarrada a lo largo de una esquina, y troncos de madera completaban los asientos. Tenían varias lámparas hechas con frascos de medicina con una tapa de metal atornillada arriba, a la que le habían hecho un hoyo. Un trozo de tela se insertaba por el hoyo hacia adentro de la botella, la cual llenaban de queroseno. Para ahuyentar a los mosquitos, tenían dos cuencos con nidos de termitas ahumando, uno en la puerta y otro al interior de la casa. Nos hicieron sentir como en casa. Altar de Sacrificios me trae muy gratos recuerdos, por la gente, no por los mosquitos.

## TAMARINDITO

En abril de 1970, llevé a algunos de mis estudiantes de la Stevenson a Tamarindito: Paul Saffo, Jeff Smith, Don Hart, Dick Millard, Steve Hyde y Jim Kinslow. Nos impactó la escalinata; era más hermosa de lo que esperaba, y casi en perfecto estado.



Las Escalinatas de Tamarindo

Aparecen a todo color en la portada de mi libro *Maya Sculpture* que se publicó en 1972. Era tal la subida al sitio, que Paul todavía platica de cómo le contestaba cada vez que preguntaba: ¿Cuánto falta para llegar? A lo que yo respondía: “Está aquí a la vueltecita.” Estábamos tan acalorados y tan cansados al llegar de vuelta al río, que todos no echamos con todo y ropa.

## ITSIMTÉ

El mismo grupo fue conmigo a Itsimté en un viaje aterrador. Salimos a las seis de la mañana, pensando que teníamos que transbordar a un camión en La Libertad, pero no —sólo tomamos un guía que conocía el camino. Salimos a toda velocidad a través de los altos pastizales de la savana. No tenía yo idea de cómo era que nuestro guía sabía hacia dónde iba. Al pie de una elevación muy empinada, paró su jeep. A partir de allí sería a pie. Parecía que íbamos casi totalmente de subida por seis kilómetros, en un camino en el que habían pasado mulas cuando estaba muy lodoso. Cuando pasamos por allí, el camino se había secado justo como lo habían dejado las mulas —con profundos huecos duros en la tierra, lo que lo hacía sumamente difícil para caminar. Tenía ampollas en los talones cuando llegamos al sitio.



Itsimté, donde nos secuestraron a punta de revólver: Paul Saffo, Steve Hyde y Jeff Smith

A todos lados a donde volteábamos, veíamos que habían estado saqueando. La primera estela que vimos, tenía un corte de sierra en toda la parte superior, y la base estaba a un metro o dos de distancia, con un corte de sierra de lado a lado en donde iban a cortarla en dos piezas. A otra estela ya le habían aserrado tres pulgadas de la cara frontal. Solamente una estela estaba todavía intacta. Debe de haber estado trabajando allí toda una tropa para causar todo ese daño al mismo tiempo. Había tan poca protección en los sitios del Petén que los monumentos estaban siendo robados o cortados todo el tiempo, poniendo en peligro su desciframiento al perder tantas inscripciones tan importantes.

Mientras que yo hacía calcas de todo lo que podía, los estudiantes andaban por ahí colectando evidencia acerca de quiénes podrían ser los saqueadores. Habían latas de aceite, cartones de cigarros, latas vacías de sardinas en aceite, y trapos grasosos.

Terminamos tan pronto pudimos, y comenzamos a bajar por aquel terrible camino hacia nuestro jeep. Al estar comenzando a quitarme las botas, un hombre uniformado con una ametralladora vieja en sus manos llegó corriendo hacia mí.

Segundos más tarde de todas partes se apresuraban hacia nosotros, también con ametralladoras, y comenzaron a revisar cada centímetro del jeep. No me dio miedo, porque tenía los papeles de Romero Samayoa en mi bolsillo, en los que se solicitaba protección de la policía en El Petén, y yo pensaba que estos cuates eran de la policía. Estaba a punto de sacar mis papeles cuando Tranquilino me hizo la seña de que no lo hiciera. Finalmente ya no soportaba más el tener una ametralladora apuntándome al estómago, así que de todos modos le mostré al líder mis papeles. Brevemente les echó un vistazo y vio la nota para la policía hasta abajo. Ninguno de ellos tenía las esposas que tantas veces había yo visto que usaba la policía de la región. A regañadientes nos dejaron ir. Se me hizo extraño que no se hubieran disculpado cuando vieron quiénes éramos.

Nos quedamos en silencio por un rato cuando comenzamos el regreso, hasta que Paul dijo: "Saben, al menos uno de esos tipos tenía una insignia de papel en el brazo." Tranquilino no dijo nada. Fuimos a ver a Julio Godoy, quien llamó al jefe de la policía de Sayaxché.

Si esos hombres eran de La Libertad, tanto el chofer del jeep como nuestro guía los hubieran reconocido ya que siempre habían vivido allá. También, los saqueadores de Itsimté los hubieran reconocido a ellos. El mayor peligro era para los cuatro guatemaltecos que venían con nosotros, ya que ahora sus vidas corrían peligro, y hasta las de sus esposas e hijos, quienes podían ser asesinados porque aquellos hombres sabían que los habían reconocido. Dijeron que había sido un milagro que no nos mataran a todos. Sin embargo, en lo que a los americanos nos concernía, podríamos fácilmente haber sido secuestrados con el fin de pedir un rescate por nosotros.

## NARANJO

Se decidió que nos iríamos del área de Sayaxché inmediatamente. Por suerte, también tenía permisos conmigo para trabajar en Naranjo. Contactamos a Samayoa por radio, e hizo los arreglos necesarios para que un vehículo techado nos recogiera y nos llevara a San Benito donde podríamos tomar el camión hacia Melchor de Mencos, desde donde saldríamos para Naranjo.

Pasamos casi toda la noche despiertos empacando nuestro equipo para Naranjo. Cuando llegamos a Melchor, cerca de la frontera con Belice, el chofer nos dejó a la orilla del camino, afuera de un pueblito, ya que no sabíamos aún para dónde ir. Los estudiantes se quedaron con la pila de equipaje y equipo, mientras que Tranquilino y yo fuimos al pueblo para ver dónde podíamos quedarnos y de alguien que nos llevara a Naranjo. No habían hoteles en el pueblito, pero encontramos a una mujer que tenía tres cuartos para que ocupáramos. De todos modos quedaron dos sin camas, por lo que Paul Saffo, por ser el más joven, y Tranquilino fueron elegidos para dormir en el desvencijado balcón. Las camas nos costaban un dólar cada una por noche. El servicio de baño estaba en una letrina doble que se había caído en un ángulo de 60 grados, por lo que la puerta no cerraba. La cena de cada quién costaba 35 centavos, pero a cualquier precio era excepcionalmente buena: armadillo, huevos revueltos, frijoles, tortillas y café. Ese lugar debe de haber sido el mejor del pueblo, porque varios policías cenaban al mismo tiempo que nosotros. Venían diario a cenar, y también a desayunar.



Mis trabajadores de Naranjo:  
Paul Saffo, Don Hart, Dick Millard, Steve Hyde, Jeff Miller, Jim Kinslow

El catre de mi cuarto no tenía sábanas, pero había una funda de almohada sucia y una cobija delgadita. Ponía mis ropas sucias sobre la cama y dormía sobre ellas con la ropa que traía puesta. Los chicos no la pasaron tan bien, pues sus camas estaban llenas de chinches. Así que casi no dormían. Paul y Tranquilino dormían bastante bien en sus colchoncitos en el balcón, sin chinches.

Finalmente encontramos a un señor que había estado en el sitio antes; de hecho había llevado a Ian Graham para allá el año anterior, por lo que conocía la carretera. Bueno, bien a bien no era una carretera, sino más bien un camino de dos surcos, en el que nos tomó dos horas y media llegar al sitio.

La preciosa, fabulosa selva nos dio la bienvenida en Naranjo —palmas que parecían casi de 30 metros de altura, un verde denso y exuberante por doquier. El campamento de Ian estaba casi intacto —mesa, bancas, sillas, repisas y una silla hecha de piel de venado. Y champas en las cuales los chicos podían colgar sus hamacas. Puse mi tienda y me fui a buscar los monumentos.

Nuestros guías estuvieron ocupados trayendo agua para limpiar las estelas. Pude hacer calcas de casi todo lo que había. Algunas eran inmensas. Los chicos limparon los monumentos, me ayudaron a pegar el papel, y también ayudaron a traer el agua. El único problema eran las garrapatas, que probablemente venían de la silla de piel de venado en el campamento. También habían estado mulas allí, y siempre hay garrapatas con las mulas. Todos teníamos, pero Jeff fue quien tenía

que quitarse la gran mayoría, docenas de garrapatas cada noche.

El último día que estuvimos en Naranjo, había yo trabajado desde el amanecer hasta que anocheció, tratando de terminar las calcas antes de irnos. Estaba cansada. Cuando llegué al campamento, la cena estaba lista. Uno de los muchachos me sentó en la silla de venado y hasta me quitó las botas. Ahí debía sospechar. Cada noche habíamos tomado nuestros roncitos con Tang. El mío ya estaba listo y todos nos alegramos. Iba hacia mi tienda para cambiarme a una camisa seca para cenar, cuando me tropecé con el cordel que sostenía la tienda con la estaca. Aquí es cuando nuestras historias difieren. Hasta el día de hoy, estos chicos (ahora hombres) juran absolutamente que estaba yo emborrachada con el ron. Habían puesto todo el ron en mi bebida y ellos nomás estaban bebiendo Tang. Debido al color amarillo no era posible notar la diferencia.

## IXKÚN

Recibí una llamada de Romero Samayoa estando en Sayaxché; me dijo que habían estado saqueando en los alrededores de Poptún, y que le gustaría mandarme a Ixxún para hacer una calca de la Estela 1 si fuera posible, antes de que le hicieran más daño. Bob se quedó en Flores y yo me fui con todo mi equipo en una mochila de lona en el autobús a Poptún, bajándome en el kilómetro 79, en donde hay un camino que entra hacia el pequeño pueblo de Dolores. Primero llegué a la estación de policía preguntando en dónde vivía Tortutiano Huil, mi amigo del Proyecto Tkal. El policía me preguntó a dónde iba, y cuando le dije que a Ixxún, me dijo que al menos necesitaría dos hombres y tres caballos para llegar ahí. Cuando pregunté a qué distancia estaba de Dolores, me dijo que a nueve kilómetros, pero en un camino muy difícil. Le dije que estaba acostumbrada a caminar en la selva mayores distancias que esa, y que no necesitaría caballos. La casa de los Huil era la primera en una hilera de casas similares con techo de guano en una callecita de pasto.



Mis niños del "Flautista de Hammelin" en Dolores, El Petén



Estela 1 de Ixkún

Tortutiano estaba en la Ciudad de Guatemala con su hijo, a quien estaban dando tratamiento para el “oído de chiclero,” pero llegaría en la mañana. La señora Huil me invitó a quedarme con ella esa noche. Su hijita de nueve años, Ofelia, se me echó a los brazos como si fuera una tía que hubiera vuelto de un largo viaje. Ella quería presentarme con sus abuelos, que vivían al final de la calle. Tan pronto salimos de la casa, otros niñitos salieron de las suyas y también se colgaron de mí. Iban a compartir con Ofelia el dar la bienvenida a esta extraña de pelo rubio. Conforme pasábamos las casas, el número de mis seguidores se acrecentaba. Cuando llegamos al final de la calle ya tenía 25 pequeños seguidores. Y de regreso fueron aún más. Me sentía como “El Flautista de Hamelin.”

Temprano por la mañana, con el sol brillando a pleno, estábamos listos para empezar el camino a Ixkún —Huil, su hermano y yo. La niñita Huil y su prima nos acompañaban, pensé que hasta donde comenzaba a bajar el camino. Pero no, para mi sorpresa, nos siguieron a pie descalzo durante todo el recorrido hasta Ixkún.

Mientras que los hombres construían andamios para que pudiera yo trabajar en esa estela de casi tres metros de altura, puse mi tienda, hice la fogata para la cena y comencé a prepararla. Les dije a las niñas que íbamos a comer carne, la sonrisa de oreja a oreja no se hizo esperar. Pero cuando abrí los paquetes de carne seca, las sonrisas se fueron para abajo. Sin embargo, una vez cocinada, les pareció deliciosa. Helado liofilizado, como nunca habían probado el helado, era algo nuevo con sabroso sabor a chocolate que podían masticar. Les gustó. Estaban emocionadas por mi casita. Pero, ¿cómo íbamos a dormir las tres con solamente dos cobijitas? Pues nos la arreglamos. Como enfría mucho en la selva por las noches, simplemente nos acurrucamos juntitas las tres esas dos noches en mi tienda.

Temprano por la mañana, comencé a hacer la calca de la Estela 1. Primero la analicé un buen rato antes de siquiera empezar; tomé muchas fotos en Polaroid de los glifos labrados. Como amenazaba lluvia, los hombres pusieron un plástico cristal enorme sobre de la estela, de los andamios y de mí. El tomar las fotos Polaroid me ayudó muchísimo, ya que al ser una pieza de iconografía tan intrincada, hubiera podido faltarme algo. Quedó perfecta. Mientras estábamos ahí, los hombres me dijeron que sabían de otro sitio, en dirección opuesta a Dolores, que también tenía una estela pero ninguno de los dos había estado allí.

Esto resultó no ser precisamente verídico. Cuando regresamos a Dolores sobre aquel camino que parecía una nimiedad para dos niñitas descalzas, pero que según el policía era demasiado difícil para mí sin caballos, estaba lloviendo bastante fuerte. Estábamos todos empapados tanto de la lluvia como de lodo, y las dos niñitas se veían como si hubieran estado revolcándose con los marranitos

## IXTUTZ

A la mañana siguiente, los dos hombres y yo agarramos camino hacia Ixtutz, ocho kilómetros al sureste de Dolores. Eventualmente me enteré que el sitio había sido visitado por el Coronel Modesto Méndez y Eusebio Lara en 1852. El último había hecho unos caprichosos dibujos de las estelas. También fue visitado en 1946 cuando pasó por allí Merando Contreras para atender su milpa, la que pasamos en el camino antes de llegar. Nadie había estado allí desde entonces hasta que llegué en 1970. Pasando con trabajos a través de la vegetación de segundo crecimiento,



Mi casita y las dos niñas, Ixkún

llegamos a una densa selva. Este era el sitio que los hombres llamaban Ixtutz. El resto del día lo pasamos limpiando el monumento caído y haciendo una calca. Me dí cuenta que estábamos junto a lo que parecía una serie de escalones, en otras palabras, al menos había un edificio. Iría al Instituto en la Ciudad de Guatemala para pedir un permiso de trabajo para el siguiente año en el sitio.

## ACCIDENTE EN EL PETÉN

Cuando llegué a casa después de Ixkún e Ixtutz en julio del 70 estaba tan emocionada por lo que había encontrado, que le estaba platicando todo a Bob al mismo tiempo que me daba una ducha. Me resbalé, me caí y se me rompieron las costillas, pero lo peor fue haberme golpeado el muslo tan fuertemente que tuve un hematoma del tamaño de un balón de fútbol. Bob me llevó a la cama, pero cuando entré en shock llamó al Dr. Baldizone. Nuestro amigo Antonio Ortiz, el doctor, Don Hart y Bob lograron bajarme en un colchón por las estrechas escaleritas, ponerme en un camión y llevarme al hospital de la selva en El Petén. Volví a entrar en shock cuando me estaban transfundiendo de Don y otros dos jóvenes de las Bahamas. Encontraron dos enfermeras, de modo que hubiera una enfermera conmigo las 24 horas. Nadie más estaba en el hospital; era principalmente para emergencias como

esta. Bob tuvo que salir a comprarme hielo. A la mañana siguiente estaban al pie de mi cama discutiendo que debía ir al hospital de la Ciudad de Guatemala para que me operaran el muslo, pero que probablemente no aguantaría el viaje.

Después de cuatro días, me trasladaron a la casa de Toño para que me pudieran cuidar y que me repusiera con algo de alimento sano, ya que no había comida en el hospital. En la mañana del tercer día en casa de Laura Luz y Toño, se decidió que me llevarían a la Ciudad de Guatemala. Conocíamos al piloto de la avioneta. Le había quitado tres asientos para hacer espacio y que cupiera con mi camilla. Toño, el doctor y Bob, vinieron en la avioneta conmigo. Al llegar nos estaba esperando una ambulancia que me llevó al Hospital La Bella Aurora, en donde operaron mi muslo para drenarle toda la sangre. Pasé ocho días en el hospital y después me llevaron a casa de nuestros buenos amigos Eileen y Robert Schaps. Él era presidente de la Asociación Guatemalteca de Cafetaleros, y propietario de la finca cafetalera más grande en todo Guatemala. Al año siguiente, cuando regresamos al Petén, trajimos una muy necesitada bomba estomacal para el Hospital del Petén como un agradecimiento para el Dr. Baldizone por haber salvado mi vida.

## HACIA PERÚ

El sábado 2 de agosto de 1970, recién sacadas las puntadas, abordamos el avión hacia Lima para ir al Congreso Internacional de Americanistas (ICA). Con nosotros estaban Ed Shook, Guillermo Guillermon y mi estudiante de la R.L.S. Flint Stickney, quien acababa de empezar su carrera de Historia del Arte en Stanford.

Después de la reunión de la ICA volamos a Cusco, y en lugar de descansar como me habían indicado, anduvimos por allí siguiendo las manadas de llamas y alpacas. De pronto no pude respirar. La presión en mis costillas rotas resultó demasiada por la altura, entonces nos fuimos al hotel y volamos de regreso a Lima por la mañana. Flint se iba a ir a Machu Picchu y acordamos que nos encontraría después en Lima.

A media noche sonó el teléfono. Era Ed Shook para decirnos que la avioneta que volaba de Machu Picchu a Cusco se había estrellado. Bob se fue volado con Ed a la oficina de la aerolínea, pero no sabían nada más que la avioneta se había estrellado y parecía que todos a bordo habían muerto. Lo primero que hizo Bob por la mañana fue ir a la embajada de E.U. para averiguar si Flint iba en ese vuelo y darles los nombres de sus papás. Diariamente iba Bob a la embajada y al aeropuerto para ver cuándo llegaría el avión con los cuerpos. Aparentemente nadie sabía nada. Nuestro embajador en Perú se había ido de vacaciones justamente el día del terrible accidente. Bob estaba furioso. Escribió cartas bastante desagradables a nuestro Departamento de Estado al respecto.

Todo el tiempo yo me quedé en el cuarto del hotel para contestar las llamadas telefónicas de los papás. Casi todos los pasajeros en la avioneta eran estudiantes universitarios que habían estado de intercambio en Perú durante el verano, y ese viaje a Machu Picchu iba a ser su último desliz. Los únicos que no eran parte del grupo de universitarios eran la hija del presidente de Perú y Flint. Todos murieron, incluidos el piloto y el co-piloto.

Nunca he querido regresar a Machu Picchu.

## MAPEO DE IXTUTZ

En abril de 1971, cuando fui a pedir el permiso al Sr. Luján para hacer el mapa y las calcas de Ixtutz, ni él ni nadie más sabían en dónde estaba Ixtutz. No se encontraba en ningún mapa. Sin embargo, sí me dieron el permiso para trabajar allí aunque no sabían nada del lugar excepto por la foto de la calca que había yo hecho allí y un mapa en el que les mostré en dónde se encontraba el sitio.

Entonces llevé a mis estudiantes de la Stevenson Arlen Chase, Tom Gardner, George Wing, Kevin Monahan y Corey Smith, además de Bob. En Dolores recogimos a José, Victor Manuel, Telmo Contreras, Merardo Huil, Hugo Trujillo, Félix Quixchan y Olivia Mogul, nuestra cocinera (esposa de Félix), su hijito y el nuevo bebé. Nuestros víveres y el equipo iban en tres caballos. No podíamos haber encontrado un equipo más entusiasta.

Ixtutz estaba en una selva harto densa, tanto que lo primero que debimos hacer fue clarear un espacio para construir nuestro campamento, al menos para que tuviéramos champas para dormir esa noche. En dos días, creo que hicimos el mejor campamento en la selva de cualquier sitio. Claro que no cuento lugares grandes como Tikal, Seibal o Caracol en Belice. Se construyeron firmemente buenas champas para todos, además de otra grande para nuestras mesas de dibujo y mapeo, y otra más para el area de cocina. Con una madera de balsa partida por la mitad y bien alisada, los hombres hicieron una mesa de 2 metros y medio de largo. Todos comíamos juntos, mis estudiantes, los de Dolores y Bob y yo. Cada noche, después de comer, los muchachos y los trabajadores se sentaban a la mesa para aprender español e inglés, respectivamente. Cantaban canciones en ambos idiomas. También habían clavado un pedazo de cartón en un árbol, y tenían ahí la



El equipo de Ixtutz:  
George Wing, Corey Smith, Tom Gardner, Bob, Kevin Monahan, Arlen Chase y Merle



Nuestro campamento de Ixtutz, en lo profundo de la selva

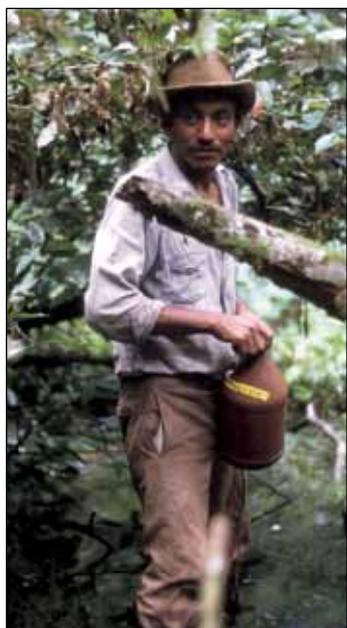
lista de las serpientes que cada quién había matado. Era algo así:

SERPIENTES		
lunes	2 barba amarilla	Arlen, Manuel
	1 coral	Tom
martes	2 barba amarilla	Kevin, Félix
jueves	3 barba amarilla	Corey, Arlen, José
	1 coral	Félix

Así fue día tras día. Algunos días ni siquiera veíamos serpientes. A ninguno nos mordieron. Los muchachos fueron entrenados para estar alerta y además se hicieron buenos con el machete.

Corey estaba a cargo de construir la letrina con postes de madera, lo mismo que el asiento alisado y con un hueco redondo. La fosa era profunda y siempre manteníamos ahí una cubeta de cenizas para arrojarla a la fosa después de cada uso. Nuestra ducha era muy ingeniosa. Estacas de bambú armaban los lados, el piso era de tablillas de madera con un asiento en el que nos podíamos sentar, y un palo con una horqueta u horquilla nos servía perfectamente para colgar la ropa. Una cubeta estaba suspendida por encima colgada de una cuerda, y con otra cuerda amarrada a un lado para inclinarla. Nuestra idea era que la cubeta se llenara con agua de lluvia, entonces, al jalar la cuerda cayera el agua sobre el bañante. Esperábamos que lloviera. No llovió. Día tras día, y no llovió.

El agua que pudimos conseguir fue de una vieja aguada que estaba a un kilómetro de distancia. Diariamente uno de los trabajadores tenía que ir para traer el agua en una bolsa impermeable que se cargaba en un mecapal amarrado a la cabeza. Entonces la colábamos en mi sombrero tipo Panamá para quitar los bichos;



El agua tenía que ser llevada a pié desde un kilómetro de distancia



Haciendo tortillas

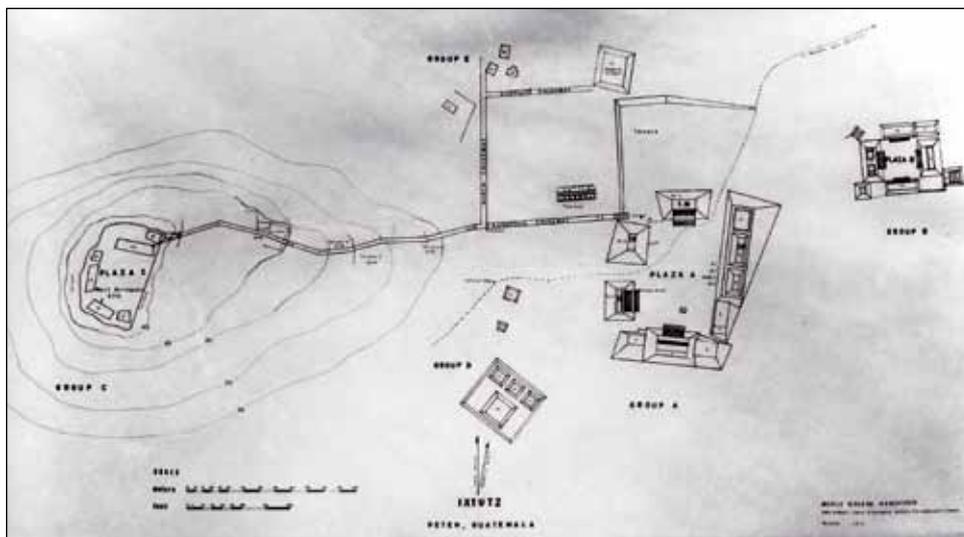
de ahí la vaciábamos en bolsas de agua transparentes para racionar, beber, hacer el café y principalmente, para cocinar. No había agua para bañarnos ni para lavar la ropa. Cada quien tenía una taza de distinto color que colgábamos en una rama con nuestras cucharas dentro, de modo que no los lavábamos. En vez de usar nuestros trastes de plástico, usábamos los contenedores de la comida liofilizada tirándolos después en una fosa profunda para basura. Cada mañana, se servía un cuenco de agua fresca para que nos laváramos las manos y la cara; todos usábamos la misma agua. Al medio día nos volvíamos a lavar todos con aquella agua, ya un poco lodosa, pero en la noche eso era ya lodo puro.

Cuando llegábamos para cenar, todos estábamos cubiertos de lodo y empapados de sudor. Colgábamos esa ropa para que se secase el siguiente día al sol, y nos poníamos la ropa ya seca del día anterior. Dormíamos en esa ropa y la usábamos al día siguiente. Cualquiera se hubiera ido y no hubiera soportado esa situación. Pero no ese grupo, ni los estudiantes de la Stevenson ni los hombres de Dolores. Era increíble.

Todos tenían una brújula Fluid Bezar, y habían tomado un semestre de mapeo con el Coronel Houghton, anteriormente del ejército de los Estados Unidos, quien daba clases en la Stevenson. Habíamos ya mapeado todo en el bosque de Pebble Beach, que no estaba para nada tan construido como hoy día. El clarear y mapear en Ixtutz fue muy rápido.

Ixtutz resultó ser un sitio bastante grande. La plaza principal, que llamamos Plaza A, donde teníamos el campamento, era un área de aproximadamente 70 x 55 metros. Contando los basamentos en la Plaza A, el área se extendía a 170 x 70 metros. Desde ahí, los *sachés* (caminos mayas) iban hacia los otros cuatro grupos: B, C, D y E.

Para llegar al Grupo C, la Acrópolis, se pasaba por una serie de escalones que



Nuestro mapa de Ixtutz

subían por el oeste hacia cinco terrazas que eran afloramientos naturales de rocas, algunas inmensas, como la que estaba hacia la Terraza 4. George, Kevin y Félix maparon la Acrópolis, y encontraron que la única estructura a la que pudieron acceder tenía una bóveda maya.

El hallazgo más emocionante de la temporada fue el encontrar once bloques de glifos cerca de la base de la Estructura 1. Cuando se aproximaba el momento en que debíamos irnos, mandé un mensaje de radio al Sr. Samayoa para informarle



Arlen Chase en Ixtutz

de nuestro hallazgo. El mandó otro mensaje diciendo que un helicóptero del ejército iría a recoger los bloques, y que deberíamos clarear y nivelar un lugar para que pudiera aterrizar. El helicóptero nunca llegó, y como no queríamos dejar los bloques de glifos sin el cuidado debido para que los saqueadores se los llevaran, los cubrimos con zacate y le pagamos a uno de los hombres para que se quedara allí una semana hasta que un equipo de recate llegara por ellos. Una persona de Dolores iría a relevarlo llevando más comida.

Había hecho las calcas de todas las estelas y tomé fotografías de todo. Me parecía que la Estela 4 no tenía relieves en ninguno de los lados visibles. Hasta cavamos unos 30 centímetros por debajo pero no sentimos que hubieran grabados, así que rellenamos la zanja. Cuando salimos de Ixtutz fuimos a Tikal para hacer una rápida visita del sitio. Vimos a Ian Graham así que le dijimos de Ixtutz y de



Haciendo una calca en la Estela 10 de Seibal

cómo llegar ahí. Poco después fueron él y Eric von Euw. Afortunadamente para ellos, nosotros habíamos clareado y limpiado todo, por lo que todavía no estaba crecido. Ellos hicieron su propio mapa (aunque no encontraron el Grupo D, que estaba un poco más hacia el suroeste), pero voltearon la Estela 4 usando un aparejo de poleas. Encontraron el hermoso panel doble de glifos que yo no ví. Si no fuera por la falta del Grupo D, el mapa de Ian y el mío son muy similares.

## SEIBAL

Una de las experiencias más maravillosas que tuve en la selva, fue el trabajar en Seibal con Ledyard Smith. Fue para mí un gran honor el que Ledyard me pidiera que trabajara con él. Era un gran director de campo, muy querido y admirado por todos. El viernes 26 de Marzo, de 1968, a las 7:30 a.m. salimos de nuestro campamento en la casa de Don Julio Godoy en Sayaxché y tomamos la lancha de la Peabody río abajo por el Pasión hacia Seibal. Cómo me encanta ese río. Excepto por uno que otro claro, todo era a través de la hermosa selva con áltos árboles de caoba y zapote que alojaban docenas de diversas orquídeas. Cientos de aves tropicales mantenían su constante sinfonía durante todo el camino. ¡Qué afortunados éramos al escuchar tan maravillosa sinfonía en un esenario de verde, naranja, mandarina y oro!

Cuando llegamos a la orilla de desembarco para Seibal, tuvimos que subir una empinada pendiente hasta el sitio 2.3 kilómetros adelante. Cuando llegamos al muelle, nos encontró un grupo de niños nativos cuyo deber era cargar todo nuestro equipaje, nuestras provisiones para el campamento, y el abastecimiento diario de agua en seis grandes tinas. Estos niños pusieron agua en cinco grandes contenedores además



Calca de la Estela 10 de Seibal



Calca de la Estela 3 de Seibal

de todo el equipo. Cada uno de ellos dio diez viajes, por cada uno de los cuales se les pagaron diez centavos. Me parecía que no era mucho para tan difícil subida. El procedimiento en Seibal era que se nos sirviera café o té al llegar. Eso era rico. Además de Ledyard, el personal del campamento cuando estuvimos consistía de Gair Tourtellot, Richard Rose, Norman Hammond, Bob y yo.

La cena se servía exactamente a las 6 p.m., ni un minuto más tarde. La comida era gourmet. Excepto por las frutas y verduras locales, todo venía de S.S. Pierce, Londres. Antes de ese año (el último de los cinco que Ledyard estuvo allí), cuando se hacían las órdenes del licor para Londres (con un año de antelación), siempre las habían enlistado como "armas y municiones." Este último año, Ledyard puso (en lugar de "armas y municiones") en su orden de licor —tantas botellas de Whisky, tantas botellas de Brandy, tantas de ginebra, etc.— y eso fue lo que recibió.

La bella y larga mesa de zapote estaba siempre puesta como para una cena formal y elegante. Al centro de la mesa había una larga fila de todo tipo de botellas de licor y tantos condimentos y especias que uno podía soñar que estaba en la India o en algún lugar exótico. Los platos de porcelana blanca, al igual que las copas y los vasos, se ponían hacia abajo en cada lugar. Aquello era como cenar en Maxim's. Por ejemplo, con todo y lo que comíamos de por sí, a cada uno nos tocaba media lata de salmón de seis pulgadas de diámetro. Habían traído un refrigerador y un generador grande por esa empinada y lodosa pendiente. Qué lujo. Hasta nos daban gelatina y demás comida que necesitaba refrigeración. Sin embargo, había una regla silente que jamás se mencionaba, pero que todos sabíamos: sólo se permitían dos bebidas.

Nos levantábamos temprano, ya que el desayuno se servía a las 5:30 y después a trabajar. Los monumentos de Seibal

estaban en su mayoría bien preservados, por lo que era un gusto hacer las calcas. Especialmente disfruté la gran Estela 10, que muestra a un señor que no tiene rasgos mayas, con un bastón de serpiente y unas hermosas botas de piña; la Estela 8 que retrataba a un señor con garras de jaguar y pantuflas, y la Estela 7, la cual muestra la accesión de un gorberrnante jugador de pelota, con todo su elegante traje, faldellín abierto, un yugo enorme, y rodilleras. La Estela 3, única en Seibal, que ni siquiera parece muy maya, es una obra maestra de la escultura de Seibal. Sus tres paneles divididos, nos muestran unos personajes de tipo oriental que estan discutiendo animadamente. Era apasionante ver cómo cada detalle aparecía al aplicar la tinta.

Luego llegó el día en el que se desató la tempestad y el caos, justo después de la comida. El final de la calma y la tranquilidad. Un enorme bulldozer amarillo entró derribando los árboles de la selva, preparando el camino para la nueva carretera desde Sayaxché. Al principio, todo lo que podíamos ver era ese horrible y ruidoso monstruo amarillo entre los árboles. Me alegra haber trabajado en Seibal antes de que la civilización cambiara ese precioso sitio, hogar del jaguar, del tucán, el mono y la serpiente.

El último día de la temporada, habíamos regresado a Sayaxché, y justo al llegar, otro bote llegó con un mensaje de Ledyard diciendo que me necesitaba de vuelta en el sitio para hacer unas calcas de ciertas cosas que se le habían olvidado. Y allá fui de vuelta. Bob se quedó en Sayaxché. En la tarde del segundo día había terminado las nuevas calcas. Se veía que llovería, pero decidimos que los motoristas me podrían llevar a Sayaxché antes de que cayera la tormenta. No fue exactamente el caso. Llovía tan fuerte, que la lona que llevaba encima no me servía de nada, y pronto quedé totalmente empapada. No había luna. Estábamos en total oscuridad. De vez en cuando asomaba la cabeza debajo de la lona, pero no podía ver nada, aunque me parecía que los hombres iban directo a encallar en una orilla. Claro que no era así. Estos hombres conocían bien su río.

Bob y Julio Godoy estaban cómodamente sentados en el porche de la casa en Sayaché, cuando escucharon un motor. Bob dijo: "Esa no puede ser Merle, nunca se regresaría en plena tormenta." ¿Y quién entonces se apeó de la lancha? ¡Pues, yo! Absolutamente escurriendo. Vaya que se sorprendieron. Pero finalmente, lo logré.

## YAXCHILÁN

He pasado gran cantidad de tiempo en Yaxchilán, en la gran curva del Río Usumacinta, el afluente que divide a México y Guatemala. Siempre ha sido uno de mis lugares favoritos. Es un sueño de sitio que, si uno llega en avioneta, aparece como una visión espectral que trajeran del espacio exterior.

Uno de los tiempos más interesantes en Yaxchilán fue cuando llegué por el Río Usumacinta desde Sayaxché. Me quedaba con la familia de Miguel de la Cruz en la parte más alta de la orilla. El clima era totalmente impredecible; en un momento estaba lloviendo y en el siguiente instante el sol brillaba. Por eso comenzaba a trabajar con la aurora, ya fuera con Miguel o con alguno de sus hijos. El agua del río estaba demasiado revuelta y sucia con las crecidas. El agua la obtenía yo cortando un extremo de liana de dos o tres pulgadas; era pura y cristalina.

Una mañana, cuando iba por la veridita hacia el Templo 33, me encontré con un jabalí salvaje (o lo que creí que era un jabalí) sentado en el camino. Sabiendo lo peligrosos que pueden ser, esperé un momento a que se fuera. Ya que no se movió, decidí dar la vuelta por otro lado a buena distancia. De regreso, en el camino, resultó que el “jabalí salvaje” era un cerdo de Miguel que acababa de tener media docena de cerditos.

Fue más o menos el tiempo en el que también decidí darme un baño en el río. Ya me había quitado la ropa y encontré un sitio menos resbaladizo en el que había un tronco en la orilla para sentarme. Me senté en el tronco para lavarme los pies, cuando el tronco se empezó a mover. El tronco subió su cabeza. Era un cocodrilo. Decidí quedarme mugrienta.

Las seis semanas que pasé en Yaxchilán en junio y julio de 1970 fueron las más productivas. Bob estaba conmigo, y mis estudiantes de la Stevenson: George Wing, Nick Dodge y Kevin Monahan. Esa fue una temporada de seis semanas sin lluvia; en mucho tiempo no había sucedido algo así. El río estaba muy bajo, tanto



Nick Dodge y George Wing tomando notas en Yaxchilán

que uno podía cruzarlo saltando de piedra en piedra. Eric Thompson me dijo que era lo más bajo que había estado desde que se llevaban registros del nivel del río. Pudimos ver los restos del puente maya que alguna vez cruzaba el río.

La familia de Miguel de la Cruz nos lavaba la ropa y nos preparaban la comida diariamente. De hecho, nos tomaron a todos como parte de la familia. Qué gente tan maravillosa y generosa. Miguel tenía plantas afuera de su casa que nos curaban de cualquier dolencia o mordedura que uno pudiera padecer —mordeduras de serpientes, dolor de estómago, diarrea con sangre, dolor de oído, constipación estomacal y muchos más padecimientos. Tenían una planta de *Dorstenia contrajerva* creciendo al pie de un árbol en la puerta de su casa, en caso de emergencias. La parte inferior de las raíces se hervían en agua y se usaban para diarrea con sangre, las raíces más pequeñas para dolor de estómago, y las duras hojas aserradas (la flor) se usaba para la mordida de serpientes. Además del campamento donde los de la Cruz, habían muchas otras estructuras, estelas y un juego de pelota. Todo eso se extendía a lo largo del río en un área de unos 500 metros. Luego hay una elevación. Es una subida muy empinada para subir a la estructura 33, que tiene una crestería hermosa y grandes dinteles sobre las entradas. Los dinteles 1, 2 y 3 sobre los accesos de este edificio son espectaculares, pero fue sumamente difícil hacer las calcas.

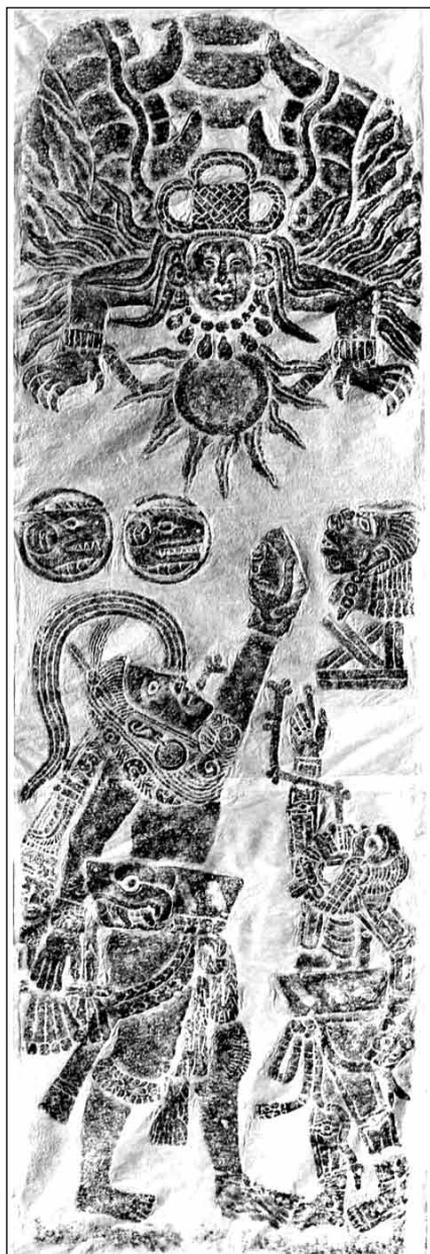
Los templos 29, 30 y 31 están a unos 210 metros subiendo por la montaña, un asenso difícil. Todavía habían bastantes restos de pintura de color rojo, azul y amarillo ocre, tanto en el interior como en el exterior cuando trabajé allí.

Las calcas más fascinantes que hice en aquél tiempo fueron las Escalinatas Jeroglíficas de la estructura 44, las cuales fueron excavadas y dejadas al descubierto. El excavarlas y limpiarlas significó hacer un trabajo muy minucioso, ya que teníamos que ser extremadamente cuidadosos para no pisar los escalones ni dañarlos en ningún momento. Nick era estupendo en esto. Para cuando dejamos Yaxchilán, había yo hecho 50 calcas.

Los dinteles más bellos de Yaxchilán están en el Museo Británico, así que, por supuesto tenía que ir a Londres para hacer calcas de ellos.

## A EUROPA Y EL MUSEO BRITÁNICO

Podría parecer que Bob y yo tomamos el camino más largo para llegar a Londres, pero el itinerario de nuestro vuelo nos llevaba a Estocolmo primero. Llegamos allá el 8 de junio de 1969. Yo llevaba ya el permiso del Dr. Bengt Danielson, director del Museo de Antropología, para hacer allí las calcas de los monumentos que formaban parte de la exhibición de los mayas que estaba allá. Junto con todos los monumentos que estaban en la exhibición, hice calcas de dos paneles de un juego de pelota que provenían del Usumacinta y que tiempo después vi en una casa particular en Ginebra. Unos años después de que la exposición de los mayas cerró en Estocolmo, esas piezas fueron adquiridas por un hombre en Ginebra. Fui invitada a la preciosa casa del nuevo dueño, a las orillas del Lago Ginebra, para una comida con mi amiga suiza Silviane Sandoz, y en cuanto nos saludaron en el recibidor, lo primero que noté fueron esos paneles. El dueño estaba muy sorprendido de que los conociera y más aún de que hubiera hecho unas calcas de ellos en Estocolmo.



Calca del Monumento 3 de Bilbao

## BERLÍN OCCIDENTAL

De Zurich, fuimos a Berlin Occidental (entonces todavía no derribaban el muro), y de allí a Dahlem. Bajo la dirección del Dr. Dieter Eislib, director de arqueología en el Museo für Völkerkunde en Dahlem, registré todas las inmensas estelas del area de Santa Lucía Cotzamalhuapa, que habían sido llevadas a Alemania por los exploradores de principios del siglo. Eran los monumentos del juego de pelota de El Baúl. Mientras que los trabajadores estaban martillando incesantemente durante la construcción de la nueva ala del museo, yo trabajaba en andamios que me habían mandado a hacer para hacer las catorce calcas de esas maravillosas piezas. Qué deleite. Estan en condición prístina.

## LONDRES, EL MUSEO BRITÁNICO

Finalmente llegamos a Londres un sábado, en 1970, y tomamos el tren hacia Audley End, en donde nos encontraríamos con Sir Eric Thompson, para ir de allí a Saffron Walden. Al día siguiente nos llevó en su carro por todo el país, a través de pequeños pueblitos, empapándonos de historia inglesa como nadie excepto Eric podía contarla. Las fechas de las viejas catedrales, todo acerca de la Mansión Audley que era ahora propiedad del estado; el viejo colegio de Santa María —que lo habían convertido en casa de retiro para sacerdotes con bellísimos jardines— y la Iglesia de San Pedro y San Pablo. La casa de los Thompson, llamada "Harvard," era pequeña pero muy confortable. Para comer, Florence, la esposa de Eric, nos hizo un delicioso pay de pollo

y, de postre, un pay de grosellas espinosas (uva crispa) que fue el delirio de Bob. Claro que le hizo el mismo pay el día siguiente. Estando en casa de los Thompson, recibí una llamada de Carl Landegger, mi benefactor en Nueva York preguntándome en dónde estábamos ya que su chofer estaba listo para llevarnos al Museo Británico todos los días.

Llegamos a la estación en Londres, y claro, ahí estaba el Sr. Davies esperándonos en un brillante Bentley color plata. Estábamos muy sorprendidos.



Sir Eric Thompson

Antes de registrarnos en nuestra habitación del Hotel Swiss Cottage, fuimos al Museo Británico para presentarnos y saludar al Dr. William Flagg, director del Departamento de Etnografía. No llegamos a la entrada principal, sino por la parte posterior al estacionamiento privado para los directivos del museo, y directamente al elevador que sólo ellos usan.

Todo estaba ya listo y me estaban esperando, el área de esculturas acordonada para que los turistas no interrumpieran mi trabajo o se tropezaran con tanto equipo. Cuando llegué a la mañana siguiente, había allí un hombre que estaría conmigo todo el tiempo en caso de que necesitara agua, té o cualquiera otra cosa. Nuestro chofer, el Sr. Davies, llevó a Bob por todas partes de Londres y a los mejores pubs.

Era un placer tan grande estar haciendo las calcas de los famosos dinteles de "auto-sacrificio" de Yaxchilán: 24, 25, 15 y 16. Especialmente porque había estado tanto tiempo en ese templo; luego la Escalinata Jeroglífica del Naranja, y 26 esculturas más. La hospitalidad del Museo Británico tenía que ser simplemente



Calca del Dintel 25 de Yaxchilán

la mejor. Una vez terminadas las calcas en el Museo, fuimos a sus bodegas, a las afueras de la ciudad, para hacer las calcas de todas las esculturas que tenían de otros sitios. Eso fue muy diferente. Trabajar en fríos galerones entre filas y filas de monumentos apilados.

La segunda ocasión que trabajé en el Museo Británico fue en 1979, cuando estaba haciendo la investigación para el Vol. I de *La Escultura de Palenque*. Estaba haciendo correcciones a los dibujos de Maudslay. Elizabeth Carmichael y todo el personal del Museo de la Humanidad tenían todas las fotografías y los negativos de Maudslay listos para que yo los revisara en un cuarto especial. Estaba sumamente impresionada, ya que eso era un privilegio muy especial.

## UAXACTÚN

De regreso en la selva de Guatemala. Bob y Don Hart fueron conmigo a Uaxactún. Nada se había hecho desde que el personal de la Carnegie, Ed Shook, Jesse Jennings, y Robert y Ledyard Smith estuvieron allí.

Nos trataron como reyes. Los visitantes simplemente no pasaban por allí. El guardia del sitio, el Señor Aldana, muy generosamente nos hospedó a los tres en su casa. Don dormía en un catre en una esquina del cuarto. Aquella casa con techo de guano era inusualmente grande, una construcción de entramados de cáñamo y palos pintados de blanco con yeso. El área principal de la vivienda consistía en un cuarto de 8 x 4.5 metros en donde estaban nuestra cama y el catre de Don, más una mesa grande en donde comíamos. La mitad del cuarto estaba dividido por una tela en dos palos, haciendo otra área de dormir y para la máquina de coser de Juanita, la esposa del Sr. Aldana.

Los Aldana tenían dos hijos, una niña llamada Blanca, que tenía diez años pero se veía como de siete, y un niño un par de años menor. Cuando la lluvia se ponía tan fuerte que no podía seguir trabajando en los monumentos, me ocupaba de entretener a los niños. Como Blanca no tenía una muñeca, le hice una rompiendo una de mis camisas viejas para hacer el cuerpo, y rellenándola con pochote, pintándole la cara y dándole el toque final haciéndole pelo con el relleno de una cuerda de nailon. Luego hicimos muñecas de papel. Corté una muñeca muy simple de cartón, le pinté la cara y el cuerpo, y luego hice pilas de ropa de papel para la muñeca.

## JIMBAL

En junio de 1970, volví al mismo territorio. John Graham de Harvard y de la Universidad de California en Berkeley, me había pedido ir a Jimbal y registrar una estela allí. Don Hart fue conmigo otra vez. Pasamos por Tikal para recoger unos guías que nos llevaran hasta Jimbal, que está a medio camino entre Tikal y Uaxactún. Cuando fui a ver al guardia de Tikal, Sandoval, y le dije lo que pretendía hacer, él me dijo que no quería ir allí. Quería cobrar una ridícula cantidad de dinero por llevarme, y se rehusaba a rebajar el precio, pensando que yo no lo pagaría, y así no tendría que ir. Sin embargo Harvard ya me había pagado para hacer el trabajo, y me habían dado para el boleto de avión de dos personas. Así que tuve que aceptar. Le dije que estuviera listo con un ayudante y una cantimplora con agua para cada quien, y que saldríamos a las 6 a.m. Me habían dicho que no era necesario llevar agua, ya que encontraríamos suficiente en la aguada. Don y yo llevamos nuestras cantimploras de todos modos, además de cuatro latas de coctel de frutas, y cuatro de jugo de tomate. El resto de nuestra comida era liofilizada.

Si alguna vez existió un camino, ya no estaba allí, entonces el andar sobre ese duro terreno, en el calor, con árboles caídos y hojas en descomposición era muy difícil. Apenas dejando Tikal, nos encontramos con una serpiente coralillo. Luego, como a la mitad del camino, de pronto me topé con una enorme barba amarilla, justo delante de mí, en donde iba a poner el pie. Di un salto bien alto sobre la serpiente y grité “¡barba amarilla!”. Cuando Don cuenta esta historia, empieza a traducir rápidamente, “barba amarilla —fer-de-lance— ¡serpiente mortal!” y se echa para atrás con ímpetu.



Bebiendo de una liana

Cuando finalmente llegamos a Jimbal, completamente deshidratados, miramos en la aguada. Totalmente seca, ni una sola gota de agua. Tampoco había agua en las lianas. Era una estación de extrema sequía y muchísimo calor. Sandoval nos dijo que no sabía en dónde estaba la estela, así que Don y yo comenzamos a buscar, y por supuesto que la encontramos. *Pero*, el tercio superior había sido aserrado para desprenderlo muy recientemente. Cuando señalé el evidente intento de robo y la grave destrucción de la pieza a Sandoval, solamente se encogió de hombros y dijo que entonces deberíamos regresar a Tikal.



La Estela de Jimbal en donde se ve la porción robada, Don Hart y Huil

Estaba muy molesta. Todavía tenía mi agua en la cantimplora. Decidí usarla para hacer una calca de los restos de la estela, y eso fue lo que hice; no compartí mi agua con los hombres. Les dije que no, ni íbamos a regresar a Tikal hasta la mañana siguiente.

Don y yo tendimos mi tienda, pero como no iba a llover, no pusimos la cubierta para lluvia sobre ella. Simplemente nos acostamos en el suelo y tratamos de dormir. A media noche nos despertó el sonido de la lluvia. Rápidamente salimos de la tienda para tratar de coger el agua de la lluvia en nuestros utensilios de cocina. Pero la lluvia paró. Pensando que podría volver a llover, pusimos todos los utensilios alrededor de la tienda para que captaran el agua que pudiera caer, y nos metimos de nuevo a la tienda. Sin la cubierta para lluvia, el agua se había permeado y hecho un charquito lodozo. Recogimos lo más que pudimos de aquella agua lodoza y la bebimos.

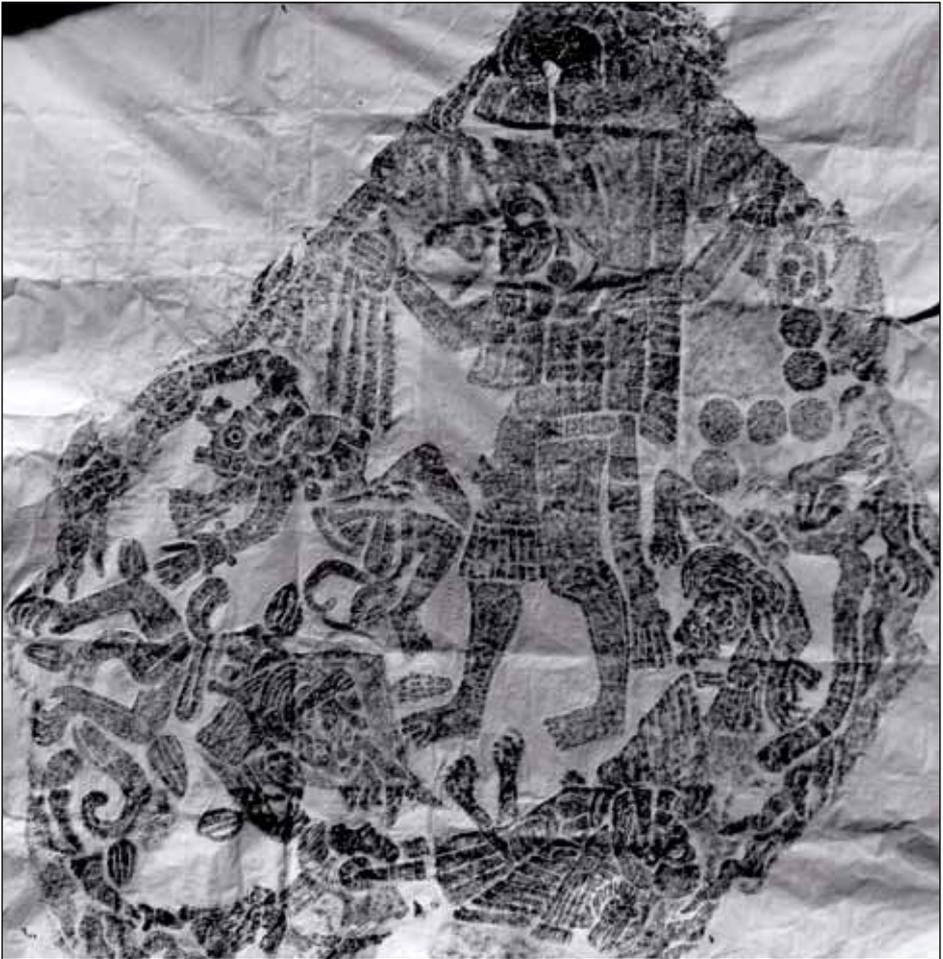
De regreso la mañana siguiente buscamos agua en las lianas, pero ninguna produjo ni una gota. Cuando aparecimos caminando en la pista para avionetas de Tikal, apenas podíamos mantenernos de pie. Habíamos caminado catorce kilómetros de ida y catorce de regreso, más dos kilómetros hasta la aguada. Uno de los muchachos de Tikal nos vió y fue volado por nosotros en un jeep. Nos paramos bajo una regadera con todo y ropa y simplemente dejamos que el agua nos cayera encima.



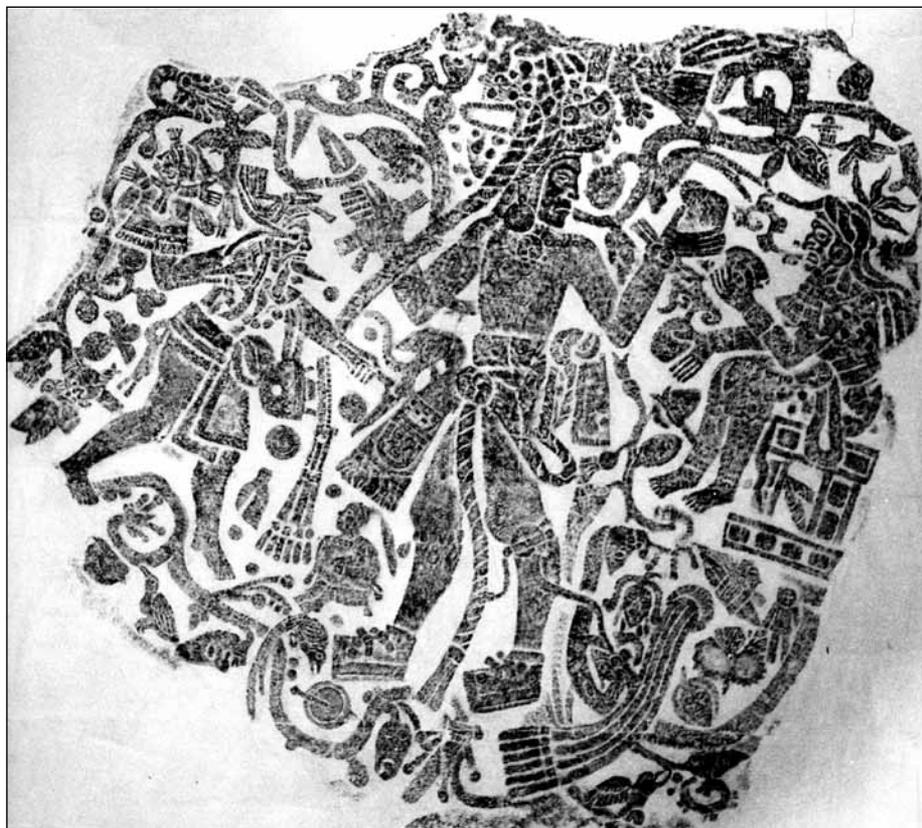
Con mis estudiantes arriba del Monumento 4 de El Baúl:  
Merle, Don Hart, Jim Kinslow, Paul Saffo, Dick Millard, Steve Hyde, Jeff Smith

## BILBAO Y EL BAÚL

El viaje al pie de monte del Pacífico guatemalteco fue una experiencia totalmente diferente, en un tipo totalmente diferente de terreno. Lee Parsons, mi amigo arqueólogo de Harvard, me había platicado acerca de los monumentos de Santa Lucía Cotzumalhuapa, en donde él había trabajado algún tiempo. Tenía el permiso para hacer las calcas de ellos, y me dieron una carta de presentación para Don José Ricardo Muñoz Gálvez, el dueño de la finca de café Las Ilusiones, en donde se encuentran muchos de los monumentos de Bilbao. Nos quedamos con la familia Muñoz cuando estuve trabajando en el área. Fuimos totalmente acogidos por la familia. El desayuno era bien temprano. El café era delicioso; era la "esencia" del café, lo primero que se hace por la mañana con el puro líquido de los granos de café (sin agua) recién molidos. Se hace fresco diariamente, lo ponen en una botella y se usa solamente ese día. El proceso se repite cada mañana. La finca Las Ilusiones es el único lugar en donde he tomado esta deliciosa bebida.



Calca del Monumento 4 de El Baúl



Calca del enorme Monumento 21 de Bilbao con la escena del jugador de pelota

Fuimos a caballo hasta el Monumento Bilbao 21, el más grande (4.02 x 3.38 metros de superficie plana) y el más elaborado de las composiciones narrativas de Cotzumalhuapa. La figura central principal era un jugador de pelota, usando un elegante turbante y borlas y un cinturón muy grande atado al frente. Lleva un cuchillo en una mano y una vaina de cacao en la otra. La figura a su izquierda, probablemente un hechicero, lleva un títere y un cuchillo de hueso. A la derecha, un viejo sentado en un trono sostiene vainas de cacao en ambas manos. Este gravado en bajo relieve en una de las caras de una peña de basalto está inclinado a unos 35 grados. Lo cual hacía muy difícil el poder trabajar en él, pero al mismo tiempo era muy emocionante, ya que cada florecita y cada detalle aparecían poco a poco al aplicar la tinta. Ya que el peñasco estaba a pleno sol, se ponía demasiado caliente para trabajar descalza sobre él, y como no iba a usar mis tenis, tuve que trabajar todo el tiempo en calcetines. Estaba en el peñasco durante ocho horas seguidas, sin parar, comenzando a las 7:30 a.m. Bob me llevaba el agua, tanto para hacer la calca como para beber, pero no me bajé de ahí una sola vez. El agua que bebía la sudaba casi tan pronto la tomaba. Usé siete lienzos de papel arroz de tres metros por un metro para hacer esa calca.

## OTROS SITIOS

### LUBAANTÚN Y NIMLI PUNIT



Karl taube y yo fuimos a Lubaantún y Nimli Punit en el sur de Belice en 1983. Joann, la hija de Bob, nos había ido a visitar en Palenque con su nuevo jeep. Karl también estaba allí. Decidimos ir manejando a Belice y visitar los sitios en el camino —Xpuhil, Chicanná, Kohunlich y la Ciudad de Belice, y de ahí a otros sitios en Belice. Nos quedamos en el Hotel St. George, en la Ciudad de Belice, el cual era demasiado elegante para nosotros, pero Joann quería quedarse allí. Tratamos de convencerla de prestarnos su jeep, ya que no lo iba a usar, pero no hubo manera, no dejó que nadie lo manejara.

Terminé contratando una avionetita privada para que nos llevara a la villa Indian Creek, el lugar de aterrizaje más cercano a Nimli Punit. Era una caminata de solamente media milla (unos 8 kilómetros). Primero, claro está, teníamos que encontrar un lugar para quedarnos. No fue fácil, no habían hoteles. El único que pensamos que era un hotel, resultó ser un burdel, así que eso quedó descartado. Finalmente encontramos un lugar bastante primitivo para dormir, el cual no podría para nada llamarse hotel. La mayoría de los 25 monumentos en el sitio Clásico Tardío de Nimli Punit eran inmensos; el más alto, la Estela 14, tenía 17 metros de altura. Hicimos calcas de las estelas 1, 2, 14 y 15. El primer día, un niño de unos diez años llegó pidiendo ayudarnos. Lo dejamos ayudarnos limpiando el monumento en el que estábamos trabajando. Era tan bueno, y además no se quejaba de ir a traernos agua, que terminamos contratándolo. Para él, eso era mucho mejor que ir a la escuela. Lo llevábamos a su casa todos los días después de trabajar. Un día no llegó hasta que ya casi nos íbamos. Su madre dijo que él no podía continuar trabajando para nosotros, tenía que ir a la escuela.

Lo que era único de Nimli Punit y Lubaantún es que no usaron ningún tipo de mortero en las estructuras. Los bloques de piedra estaban cuidadosamente cortados para que ensamblaran justo en su lugar.

## LAMANAI

Lamanai es un sitio muy interesante de Belice en donde también hice calcas, en la orilla occidental de la laguna New River, la cabecera del río New River. David Pendergast había estado a cargo del sitio desde 1974. Cuando estuve allí, en 1976, Stan Loten, un arquitecto amigo mío de Ottawa, y Elizabeth Graham (la esposa de David) también estaban allí, quienes hicieron infinitamente más agradable mi estancia en su campamento justo a la orilla de la laguna.

Había dejado mi coche en una casa de los menonitas, cerca del New River. Los menonitas son absolutamente honestos —gente maravillosa. Había dejado todas mi cosas que no necesitaría dentro de mi coche, frente a la casa de una de las familias. Los contraté, por una módica suma, para que me llevaran en bote río arriba, a través del hermosamente calmo New River, en donde cada curva abría nuevas vistas, nuevas aves y nueva vegetación. Era profundamente apacible.

La calca más interesante que hice en Lamanai fue de la Estela 9, los dos tercios superiores de una alta estela con una figura usando un gran tocado de plumas. Estaba intacta, y fue un deleite hacerla. Estar alojada con los Pendergast, con mosquitero en las ventanas, sentada entre buenos amigos, con un ronquito en la mano, será algo que nunca olvidaré.

## CARACOL

Por más de 19 años, Diane y Arlen Chase han sido directores del enorme, muy publicitado y filmado sitio de Caracol. La expansiva construcción piramidal de dos cuerpos, con 48 metros de altura, conocida como Caaná, ha sido reconocida mundialmente por sus métodos constructivos y las modificaciones que ha tenido a través del tiempo. Arlen era uno de mis estudiantes en la Stevenson, quien ganó una beca total de la Universidad de Pensilvania, en donde también recibió su Doctorado y conoció a su esposa, Diane. Tienen un campamento perfectamente bien puesto, y fueron los primeros en usar paneles solares para abastecerse de



Diane y Arlen Chase con nosotros en Palenque

electricidad.

En 1987, los Chase me pidieron que fuera para hacer calcas de los monumentos. Algunos estaban tan erosionados, que en las fotografías no aparecían los relieves. Los Chase pensaban que las calcas podrían revelar algunos glifos. Nikolai Grube y yo debíamos estar allí al mismo tiempo, yo para hacer las calcas y Nikolai para ver si podía interpretar alguno de los glifos. El trabajar juntos funcionó realmente bien. Ed Kurjack y Rafael Cobos estuvieron conmigo haciendo ese trabajo.

## EL PALMAR

Prácticamente en la esquina donde México, Belice y Guatemala se juntan, está el sitio El Palmar. Ed Kurjack, quien había estado haciendo mapeos satelitales para la NASA, pensó que era buena idea que, mientras hacíamos calcas en varios sitios de Yucatán y Quintana Roo, podíamos ir a El Palmar, en donde nadie había trabajado desde que Eric Thompson había estado allí. El gobierno mexicano estaba reubicando a campesinos de una región demasiado poblada de Tabasco en el área de El Palmar. Por seguridad de los documentos, pensamos que sería bueno



Ed Kurjack tomando fotos del altar de El Palmar



Tomando fotos del altar de El Palmar en la cancha de tenis de Joann

registrarlos.

Además de Ed y yo, estuvieron con nosotros Alejandro Martínez del INAH, Karl Taube, Louise Nevar y Juan Briceño. Inmediatamente comenzamos a buscar los monumentos que Thompson había encontrado.

Una buena parte del tiempo lo pasamos excavando el Altar 1, que no había sido registrado por Thompson. Entre todos cavamos una zanja de medio metro alrededor del gran altar para poder hacer las calcas de los glifos de la circunferencia. Los muchachos construyeron un soporte alto para que Ed pudiera colgarse desde allí y tomar una fotografía a ojo de pájaro. Después tomamos fotografías de la calca en la cancha de tenis de Joann Andrews en su casa de Mérida.

Un día iba pasando un convoy de jeeps del ejército. El último jeep en pasar se quedó varado en el lodo y no podía salir. Nuestros hombres les ayudaron a sacar el vehículo del lodo. Los soldados estaban tan agradecidos que querían pagarnos, adivinen cómo —con un saquito de marihuana. Les agradecemos la intención pero, dijimos que no.

## CALAKMUL

En 1982 llevé a mi amigo, el arquitecto John Bolles de la Carnegie Institution a Calakmul y La Muñeca. John había hecho el mapeo de Yaxchilán, Calakmul y Chichén Itzá. John tenía, desde hacía mucho tiempo, ganas de regresar a La Muñeca, pero no habíamos podido dar en cómo llegar ahsta allá, hasta que Alfonso Morales encontró a alguien que sabía dónde estaba un camino de leñadores que entraba



John Bolles, el arquitecto de la Carnegie, mi amigo



Ben Bolles, el nieto de John

al sitio. Teníamos dos safaris, una sierra eléctrica con motor portátil, y nosotros nueve —John, su joven esposa Gail, Juan Briceño, nuestro guía, su hermano, Bill Lende, quien estaba financiando la expedición, Alfonso y Berto Morales, y Chenko Cruz Guzmán. No había un camino formal en esa época que fuera a Calakmul, solo una ruta que pasaba por los altos pastizales de la sabana, luego, a través de unas ciénagas que tapaban los rines de los autos. Todo el tiempo estábamos cortando enormes árboles que se habían caído sobre el camino. De pronto, después de lo que pareció un interminable camino de a través de la selva, John dijo: “da vuelta a la izquierda, 15 metros más, alto.” Allí estábamos. Cómo supo John, jamás lo entenderé, ya que habían pasado 50 años desde que había estado allí.

Dijo John que se veía exactamente igual excepto por algunos árboles que se habían enredado completamente sobre los monumentos. Tendimos el campamento en las ruinas y algunos prepararon la cena en lo que John caminaba por los alrededores, y yo hacía una calca antes de que oscureciera.

Juan Briceño, su hermano y Chenko se habían levantado muy temprano, habían ido a buscar carne para comer ese día. Al salir de mi tienda, los vi llegar cargando un pavo ocelotado y dos faisanes crestudos, todos en peligro de extinción. Me quedé helada. Para ellos era sólo comida, pero qué lástima. Quitaron las plumas del lomo del guajolote en una sola pieza, bastante grande, de unos 60 centímetros, hermosa. Azules iridiscentes, verdes, y dorados. El daño ya estaba hecho, así que no iba



Chencho con el pavo ocelotado

a dejar esas magníficas plumas en el suelo. Las puse en mi tienda y me las llevé de regreso a Palenque, en donde estuvieron sobre la mesa de la biblioteca durante dos años.

Cuando me mudé a San Francisco, en 1982, al año siguiente de la erupción del volcán El Chichón, las puse hasta arriba de mi maleta y las cubrí con una toalla para protegerlas. Se me había olvidado que estaba absolutamente prohibido traer cualquier tipo de plumas a los Estados Unidos. Jamás habían habido ningún tipo de garrapatas o ácaros en ese perfecto plumaje, por lo que en realidad no había hecho ningún daño, solamente que no debieron haber sido traídas al país. Las tenía sobre la mesa en mi sala de San Francisco, cuando un amigo me preguntó cómo había hecho para traerlas. No fue sino hasta ese momento



Cortando nuestro camino hacia Calakmul con una sierra de motor

que me cayó el veinte. Ahora las tengo en una gran caja de cristal colgadas en la pared con iluminación especial. Están tan hermosas como el día que aquella oronda ave las lució abiertas en la selva.

Al día siguiente sí llevamos a John a La Muñeca. El fue quien descubrió el sitio, y alguien había escrito un artículo diciendo que el templo de La Muñeca había sido construido con arco completo. John recordaba muy bien ese templo, y no podía creer que tuviera arco completo. Lo tenía que ver con sus propios ojos. Para ir allá, seguimos las lodosas huellas que había dejado un camión de leñadores en la selva. De nuevo, John de pronto dijo: "Alto. A unos seis metros adelante está el templo." Cómo lo supo, de nuevo es un misterio. Tuvo gran dificultad en subir al templo, con su bastón y la pierna mala, pero estaba absolutamente determinado a hacerlo. Por supuesto tenía razón. El templo tenía arco maya, no un arco completo. Bajó del templo como en resbaladilla, de trasero, pero la cara de ese hombre brillaba de contento y felicidad.

## QUINTANA ROO

Xcaret es un pequeño sitio, al lado de una caleta rocosa en la costa este de Quintana Roo, a la orilla del mar, en la laguna de Chacalal. Probablemente era el antiguo puerto maya de Polé donde salían embarcaciones a la Isla de Cozumel. Anthony Andrews, quien había trabajado en todos esos sitios de la costa, llegó a contar hasta 38 capas de estuco en uno de los dinteles de un pequeño templo junto al mar. Cuando estuve allí, en 1985, pude contar a simple vista nueve capas, pero cuando en 1987 estuve registrando las pinturas y el grado de destrucción de las estructuras para la *National Geographic*, pude contar con mi lupa todas y cada una de las 38 capas de Tony. Los colores variaban entre un fuerte tono de rojo ladrillo, anaranjado, y varios tonos de azul y amarillo.

Tancáh está también allí, pero no se ve desde el camino. Hay una estructura muy especial, el Templo de las Figuras Procesionales (Estructura 12), un pequeño templo que sale justo al camino, que tiene los restos de un hermoso mural al interior de la pared oeste. Un grupo de figuras en procesión marchan en la pared. Una de las figuras tiene una fina mano con sus uñas bellamente ciudadanas, y sostiene un cuenco azul.

Una vez, cuando Rocío González y yo íbamos manejando en el jeep hacia Chetumal, nos topamos con un enorme bulldozer removiendo tierra y ya dándole duro a la estructura. Rocío, una mujer chaparrita en shorts y



Rocío González



Jugadores arrodillados en el Marcador del Juego de Pelota de Copán

paliacate, saltó del auto y corrió hacia la máquina gritando al operador que parara. El hombre se bajó furioso con toda la intención de poner a Rocío en su lugar por interferir con su trabajo para la ampliación de la carretera. Ella sacó su credencial del INAH, y le dijo que si él no retiraba su maquinaria de aquella estructura maya cuando ella volviera, podía estar seguro de que se quedaría sin trabajo. Cuando pasamos de regreso, el camino rodeaba la estructura maya y esta se había salvado. Estoy esperando regresar allá para ver si ese bello altar sigue ahí, o si ya intervino el “progreso.”

## COPÁN

Copán no está cerca al lugar que acabo de mencionar, pero no debo olvidar esta grandiosa ciudad, para mí, uno de los tres sitios ideales en los que los mayas construyeron sus ciudades —Palenque, Copán y Chinkultic. Todos tenían agua, valles fértiles donde se podía cosechar alimento, una localización que les brindaba

protección, hartos bosques, además de ser *per sé*, estéticamente bellísimas. La primera vez que estuve allí fue en 1953, cuando llevé conmigo a un grupo de cadetes militares de la Academia San Rafael. Se hicieron algunas calcas, pero la que a todos nos gustó más fue la del Altar Q, con todos los gobernantes de Copán en los bordes laterales.

El trabajo fue difícil en Copán porque muchas de las estelas están tan profunda y ricamente grabadas, casi por todos sus lados, que hacer las calcas era casi imposible. Las estelas en las que era posible hacer calcas, como las que tienen textos jeroglíficos, estaban tan cubiertas de líquen que era muy difícil trabajar en ellas. Así que el líquen tenía que quitarse. Varios días de árdua labor ayudaron para que pudiéramos quitar gran parte del líquen. Hice calcas de 16 de los bloques con glifos en la Escalinata Jeroglífica. Los tres Marcadores del Juego de Pelota fueron el trabajo más hermoso que hice en Copán. Me llevó tres días hacerlos en papel de morera, eran tan delicados —quedaron divinamente.

## RÍO USUMACINTA AL ANOCHECER

Al hablar de gente maravillosa, recuerdo la ocasión en que bajaba por el Río Pasión de Sayaxché a Yaxchilán con siete de mis estudiantes de la Escuela Stevenson. Próximos al ocaso del día, estábamos en la unión de los ríos Pasión y Usumacinta. Una hora más tarde en la lancha, llegamos a la orilla en plena oscuridad. Todo negro. Nos habían dicho que trepáramos por la empinada loma hacia donde vivía un amigo. Cuando llegamos la familia ya dormía, pero vinieron a la puerta a recibirnos, nos hicieron pasar, pusieron chocolate caliente para todos, nos cedieron sus camas y se mudaron afuera, al cobertizo para el maíz. No lo podía yo creer. Eramos simples desconocidos, ciertamente huéspedes sin invitación. Nos hicieron una maravilloso desayuno antes de que continuáramos nuestro camino a la mañana siguiente.

De regreso en la Escuela Stevenson, se les pidió a los estudiantes escribir un reporte acerca de nuestra expedición. El estudiante que debía entregar el reporte no habló de todos los sitios mayas que habíamos visitado, ni del trabajo que me habían ayudado a hacer. Sino de aquello que más lo había impactado, esa ocasión cuando la familia junto al río, a media noche, nos abrió las puertas de su casa, y siendo totalmente desconocidos, nos dieron de comer y nos cedieron sus camas. Terminó su escrito diciendo que si un montón de extraños llegara a su casa a media noche, especialmente unos que parecieran tan estrambóticos y abandonados como nosotros seguramente lucíamos, su mamá les hubiera cerrado la puerta en la cara.



Con mi Volumen I de Palenque

## PALENQUE



Creo que ya es tiempo de saltarme, por ahora, muchos otros sitios mayas en los que trabajé, e ir a Palenque. La primera vez que fui a Palenque, en 1962, no habían calles pavimentadas, solo una vereda de lodo cerca del centro del pueblo. No había alumbrado en las calles, solamente un hotel (el Le Croix), solamente una tienda, la de Socorro Córdoba, que vendía productos básicos como sal, huevos que traían a caballo (cada huevo envuelto y atado en hoja de maíz), cerillos, harina y manteca de cerdo. Y había sólo un restaurante, un sitio con mosquitero en el que ofrecían huevos, café y tortillas.

Palenque era el centro de mucho de lo que sucedía, y también el lugar base de donde partieron muchas de las expediciones de calcas, fotografías y lluvia ácida a partir de 1964. Por aquella época, y ya desde antes, sabía que iba a dedicar mi vida al arte de Mesoamérica, donde quiera que mi campamento fuera a estar. El gobierno de Guatemala nos había ofrecido un terreno ya fuera en el Río Pasión o en la pequeña isla del Lago Petén, al este de la Isla de Flores, y lo estuvimos considerando por un tiempo, especialmente lo de la isleta. Pero Bob y yo seguíamos regresando a Palenque, nos gustaba muchísimo, y yo ahí me sentía como en casa.

Finalmente tomamos una decisión —Palenque. Fue en junio de 1970 cuando Bob y yo decidimos comprar una propiedad en Palenque y construir allí nuestra casa, un lugar de retiro, pero principalmente, un centro de trabajo para proyectos relacionados con el área maya. Nos asentamos en una propiedad que estaba entre la casa de Carlos Morales y un cuarto en el otro lado que le pertenecía a Moisés Morales. Cuando estábamos desayunando, mandamos llamar a Alejandro, quien era un constructor y el dueño de la compañía que vendía todos los materiales de construcción en el área. Se sorprendió de que nos hubiéramos decidido tan rápido. Dibujé un plano de la distribución y el tamaño de las habitaciones, pagué a Moisés por la propiedad y a Alejandro por el material, y me fui a Yaxchilán dos días después confiando en que todo se iba a llevar a cabo tal como dije.

Tres meses después volvimos, por el camino largo —Yaxchilán, Altar de Sacrificios, el Petexbatún, la Ciudad de Belice, Chetumal, Mérida y de ahí en tren a Palenque. Pedro y yo tuvimos que ir a ver al gobernador de El Petén para obtener visas y poder salir de Guatemala, ya que habíamos llegado por el Río Usumacinta,



Nuestra calle en Palenque —Calle Merle Greene

y nadie nos había revisado los pasaportes, estábamos en Guatemala de ilegales. Pedro, bendito sea, arregló eso con el gobernador, de modo que pudimos salir.

Cuando llegamos a la frontera de Belice con México, la situación fue muy distinta, aunque sí teníamos las visas correctas. Estaban por cerrar, el oficial a cargo dijo que teníamos que regresar a Belice y pedir que nos sellaran nuestros pasaportes allá. Eso nos hubiera significado dos horas de viaje en un camino terrorífico, y cuando llegáramos, las oficinas de migración ya estarían cerradas, por lo que tendríamos que pasar la noche allá y esperar a que abrieran las oficinas al día siguiente. Y luego las otras dos horas de regreso para llegar justo hasta donde estábamos en ese momento. Saqué un billete de diez dólares de mi bolsillo y le dije: “sé que esto es muchísimo trabajo extra para usted, y que usted ya quisiera llegar a su casa, pero me gustaría pagar por su amabilidad y gentileza de quedarse un poquito más de tiempo para que nos selle nuestros pasaportes.” Dos minutos más tarde, tenía los pasaportes en mi mano, *sellados*.

Cruzamos la frontera, pero entonces el problema fue encontrar a alguien que nos llevara con todo el equipo, que era bastante, ya que traíamos todas nuestras cosas de Sayaxché. Creo que el ver a Nick, Kevin y George sentados a la orilla del camino, con cara de no poder dar un paso más de lo exhaustos que estaban, hizo que aquel chofer de camión parara y llevara todo el equipo aquel más cinco viajeros mugrientos y cansados. Pasando la noche en Chetumal, pudimos llegar a Mérida en ese camión. Muy a regañadientes, el chofer nos dejó

llevar todo nuestro equipaje. Él no iba muy feliz que digamos.

El panorama en camino a Mérida era muy distinto de lo que veníamos acostumbrados. Pasamos casa mayas en todo el camino, siempre con sus esquinas redondeadas y sus muros encalados, con sus techos de guano muy prolijos, no como los techos hirsutos del Petén. Todas las casitas estaban pintadas de rojo ladrillo hasta un metro de altura en todo alrededor. Pero viéndolas de cerca, pudimos darnos cuenta que no era pintura, sino que, curiosamente, la lluvia caía sobre la tierra roja y esto la salpicaba sobre los muros de manera muy pareja. Muchas de las casas tenían al frente cercas de piedra de un metro de altura. Muchas tenían pozos con tapa de madera, que tenían un sistema de poleas y cuerdas. La cubierta de madera cóncava, tenía un hueco al centro por donde podía entrar la lluvia, pero mantenía la evaporación a un mínimo.

Un pueblito que pasamos tenía un cementerio todo pintado de azul, y otro estaba pintado en ese hórrido verde París. Estaban bien ciudadados. Los mexicanos sí cuidan y veneran a sus muertos. De Mérida tomamos el tren a Palenque con todo nuestro equipo.

Nuestra casa ya estaba construida hasta la parte superior de las ventanas. Los métodos de construcción son muy diferentes a los que estamos acostumbrados en los E.U. Aunque mi dibujo de planta de la casa tenía indicados los sitios en que se pondrían los enchufes eléctricos, en México, cuando están ya terminadas las paredes de cemento, regresan a romper el cemento para hacer hendiduras para poner los enchufes. Es impresionante la manera en que construyen los techos de cemento. Primero, yerguen polines de madera verticalmente —a unos 60 cm. de distancia entre uno y otro— en el piso de cada habitación. Luego, clavan tablas de madera sobre los polines, vacían cemento encima y dejan allí los polines hasta que el cemento haya fraguado completamente. Luego tiran los postes con las tablas.

Ver a los carpinteros serruchando la madera parecía el mundo al revés. En lugar de serruchar hacia su cuerpo, serruchan hacia fuera. Es muy extraño. Cuando uno de los hombres me dio un serrucho para hacer el intento, mi corte quedó tan chueco, que se reían a carcajadas.

Esa Navidad llevamos a mi mamá a Hawai por dos semanas. Le fascinó, y a nosotros también. No había nada que hacer más que tirarse en la arena, nadar, comer delicioso, leer un buen libro (yo leí "Zinacantán" de Evon Vogt, que estaba recién publicado), ir a los campos de lava y mirar bailar a los nativos. Por otro lado, realmente queríamos ver si ya habían terminado nuestra casa en Palenque, así que, tan pronto regresamos a Pebble Beach, reservamos los boletos para regresar a México. Nos llevamos a Carolyn, mi nieta, que entonces tenía ocho años. La casa estaba casi terminada, pero aún no estaba habitable —no tenía electricidad, no había agua corriente, las puertas no tenían bisagras aún— pero estaba quedando muy bien. Los tres nos quedamos en una unidad de cuarto con baño que estaba cruzando la calle, con una hamaca colgante separada para Carolyn y otra para Yax Pek, nuestro perro que se creía persona, no perro. A él le gustaba todo lo que nosotros comíamos, especialmente la ensalada de lechuga con jitomate.

Hicimos un trato con Alejandro, si podía tener otro cuarto construido para el primero de junio, le daríamos el trabajo. Bob Rands y su esposa Bárbara vendrían el 1° de junio a trabajar conmigo (o yo con él), pero teníamos que tener una habitación lista para ellos.

Para el mes de junio, el día que los Rands llegaban, los trabajadores aún no



Bob y Carolyn llegan a Villahermosa

habían puesto la puerta de La Selva (nombre de la nueva adición que hicimos a la casa con una gran recámara y un baño), y la base de la cama todavía no estaba terminada. Estaba yo en el cuarto martillando los clavos para armar la cama, cuando Moisés Morales apareció por la puerta, entró volado al cuarto, agarró el martillo y terminó la cama. No podía soportar la idea de que una mujer trabajara construyendo algo. Yo estaba acostumbrada a usar el martillo, todavía lo hago; en mi casa no podían faltar martillo, serrucho, tornillos y un taladro.

Claro que Bob tenía muchos talentos —mantenía organizada nuestra biblioteca, contrataba a nuestros empleados, se encargaba de la correspondencia (tanto de la suya como de la mía), trataba con la gente de los periódicos, y cocinaba (de hecho, tomó la cocina como su nuevo hobby cuando nos retiramos a Palenque). Habiendo sido director de una preparatoria, y el decano de la escuela Stevenson durante tanto tiempo, tenía un excelente trato con la gente. Cuando yo trabajaba todo el día en la biblioteca preparando *La Escultura de Palenque*, y llegaban visitantes a la puerta, Bob inmediatamente les tomaba la medida. Si le caían bien, los invitaba para tomar algo a las 5:00 p.m. Sino, los despachaba. Pero usar un martillo y clavos, o cambiar un foco —esos no eran parte de sus talentos.

Trabajé en Palenque mucho antes de que construyéramos allá nuestra casa, y antes de casarme con Bob en diciembre de 1966, comencé a trabajar allí con Robert (Bob) Rands, ilustrando la cerámica de Palenque y haciendo calcas de las esculturas en junio de 1965.

El 9 de junio de ese mismo año, estuve en la ciudad de México. Había recibido mi permiso para hacer las calcas de Palenque, incluyendo la tumba y la tapa del sarcófago. Escribí en una carta a mi mamá: “Estoy segura de que podría entrar en China más fácilmente que obtener un permiso para hacer calcas en México. Tengo

suficientes documentos sellados, cartas y misivas con listones, como para llenar una vitrina; hasta las del abogado y de la Embajada de los Estados Unidos, pero finalmente tengo el "SÍ." Y no tengo que preocuparme de que alguien más quisiera hacer calcas en México, ya que nadie pasaría por todo esto, ni siquiera sabría cómo."

Los años que trabajé en las calcas de Palenque, produjeron algunas de las mejores que haya hecho en cualquier lugar del mundo. La escultura tan finamente detallada reprodujo excelentes



Bob se vuelve un experto panadero

reprodujo excelentes calcas. Cientos de las calcas de Palenque y de otros sitios han sido usadas por muchos arqueólogos y otros investigadores para ilustrar sus libros. Pude hacer excelentes calcas de todos los tableros de los templos, así como del Tablero de los 96 Glifos.

Solamente estábamos Bob Rands, Ed Sisson y yo trabajando en las ruinas. Con lo primero que comencé fue con la tapa del sarcófago, abajo, en la cripta del Templo de las Inscripciones. Nunca antes se había hecho una calca, y por ello nunca había sido fotografiada desde arriba, solamente en ángulo por Alberto Ruz. Cuando Bob Rands vio mi calca, dijo que era la primera vez que de hecho miraba claramente lo que estaba grabado. Trabaje encerrada bajo llave en la cripta, solamente con una linterna para alumbrarme. Fue todo un truco subirme en la tapa. Ya que las hojas de papel arroz eran grandes (de 1 x 2 metros), usé siete hojas para hacer la calca. También tuve que usar pintura de aceite, en lugar de tinta sumi; no había modo de que pudiera trabajar en tanto espacio y evitar que un área entintada se corriera hacia la otra hoja. Esto resultó en muchísimo trabajo al hacer esa calca, pero también me dio la oportunidad de intensificar el sombreado y resaltar detalladamente el contorno de la figura, lo que no hubiera podido hacer usando tinta sumi. Un par de semanas después de estar trabajando en la tapa del sarcófago, sentía que Pacal no era solamente mi amigo, sino un pariente al que hacía mucho que no veía.

Mientras que Rands y Ed estaban en las ruinas, yo me levantaba todas las mañanas a las 5:00, y Ed me recogía en la camioneta a las 5:30, demasiado temprano como para desayunar en algún lugar del pueblo. En el campamento donde trabajábamos, cenábamos plátanos, café y coca-cola. Mientras trabajé en la tumba, tenía que limitarme a una sola taza, ya que estando bajo llave, no había modo de salir si tenía la necesidad. El día que terminé la calca de la tumba, fue el mismo día que Ed y Bob se iban para Agua Clara por dos semanas, así que estuve yo sola



Bob Rands separa sus tepalcates

en las ruinas todo el tiempo que estuvieron fuera.

Un grupo de zoólogos de la Universidad de Kansas levantó su campamento frente al nuestro. Estaban haciendo un estudio de los parásitos que portaban los monos, los murciélagos, los venados y las serpientes. Los investigadores salían por las noches con sus brillantes linternas para cazar a los monos, les disparaban y los traían al campamento, y los colgaban en un lazo que tendieron en medio de nuestro patio. Yo había aprendido a querer a esas criaturas tan parecidas a nosotros y de ninguna manera me gustaba ver a esos alegres y bulliciosos amiguitos, colgando sin vida, cada vez que salía por la puerta.

Cuando Bob y Ed me dejaron sola, se llevaron nuestra estufa Coleman, nuestra tetera y la única olla que teníamos. También se llevaron las llaves de la camioneta. Tenía toda una penca de plátanos, veinticuatro botellas de coca-cola, y galletas que debían durar hasta que ellos regresaran. No teníamos agua, y el río estaba tan bajo que no había nada que beber; tampoco había lluvia.

Los zoólogos tenían una sandía que compartieron conmigo, y nos sentamos a platicar bajo el mismo árbol del que colgaban aquellos monos cual ropa en tendedero. También tenían un poco de agua, y lo mejor —café. Que también me compartieron.

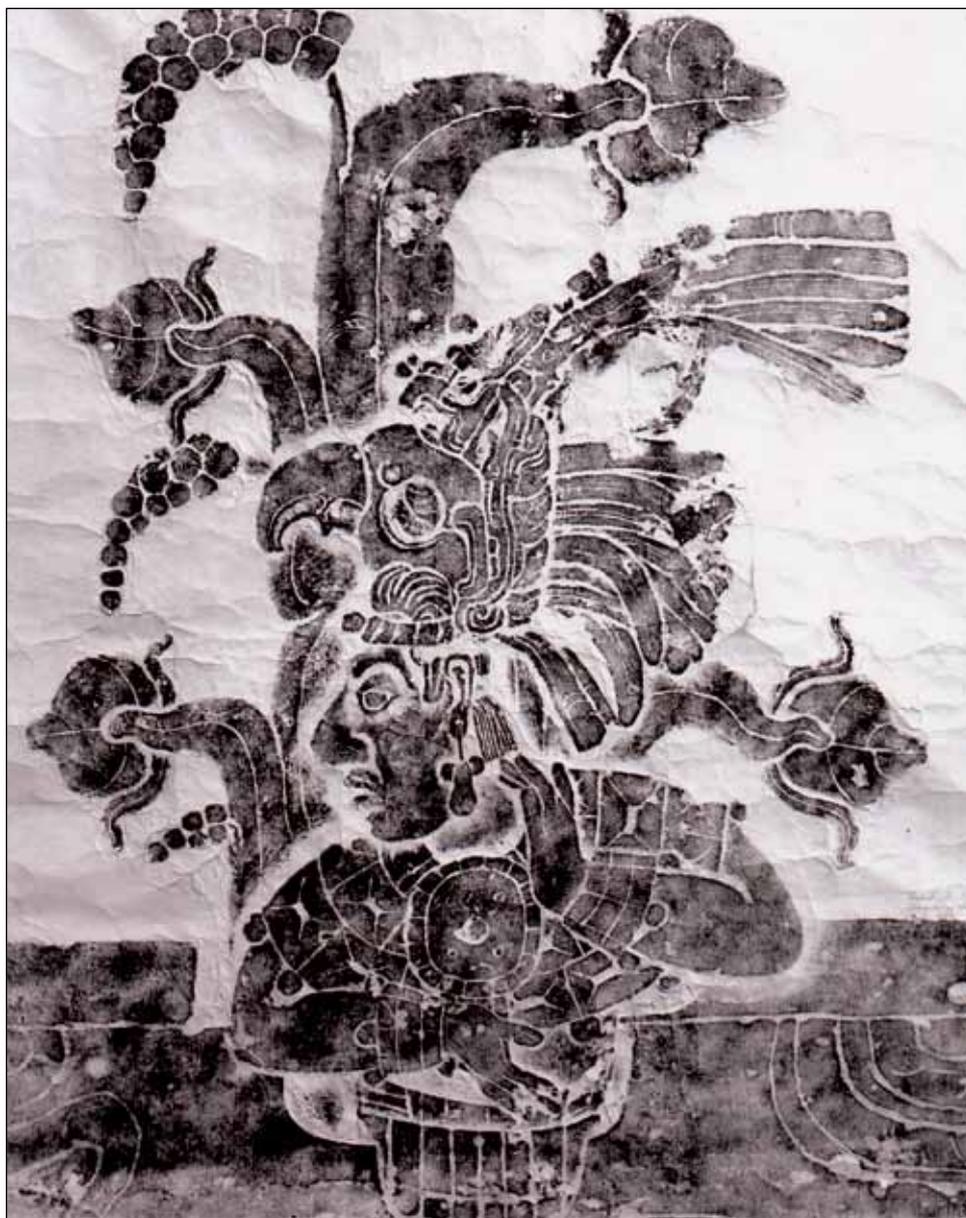
Mario León, el entonces nuevo jefe de la zona arqueológica, y su esposa Amalia, acababan de mudarse a una casita a la orilla del río, al otro lado del campamento. Se apiadaron al verme viviendo de plátanos, así que me invitaban a comer hotcakes (panqueques) y muy a menudo me llevaban café.

Para cuando regresaron Bob y Ed, yo estaba lista para hacer las calcas de los glifos alrededor del borde de la tapa y de las figuras a los lados de la tumba. No fue nada fácil tratar de hacer las calcas estando parada en el agua del suelo de la cripta, evitando que el papel se empapara, sobre todo porque el espacio entre el sarcófago y las paredes era muy reducido, apenas cabía yo parada allí. Todo el equipo para mis calcas tenía que estar sobre la tapa del sarcófago, lo que me hacía difícil alcanzarlo cuando lo necesitaba.

Pulgada a pulgada, conforme iban apareciendo los rasgos de los ancestros de Pacal, era como si estuviera hablando con aquellos reyes que habían muerto siglos antes —ahora los conocía, podía darles un nombre. Al estar sola en la tumba me sentía como en su mundo, muchos años atrás. Todo el tiempo pensaba en lo que debía haber sido el vivir en Palenque en sus días de gloria y prosperidad. Me



Tapa del Sarcófago



Calca de un lado del Sarcófago de Pacal

preguntaba cómo habrían hecho para encontrar o entrenar a tantos artistas tan buenos, y tantos dibujantes que diseñaron, construyeron y esculpieron templos como éste, modelaron con tanta precisión la figura humana —en tantas y tantas representaciones— e hicieron en sus paredes vívidas pinturas murales diseñadas y delineadas antes de pintarse. No fueron artesanos que aprendieron un oficio, sino artistas que vestían a sus figuras desde la piel hacia fuera, poniendo cada pieza de ropa como si se vistieran ellos mismos, poniendo una pieza encima de la anterior. Deben haber tenido maestros que les enseñaron asegurándose que cada cosa que

hacían era correcta. A menudo he pensado en lo acertado de la frase de Longfellow en “The Builders”:

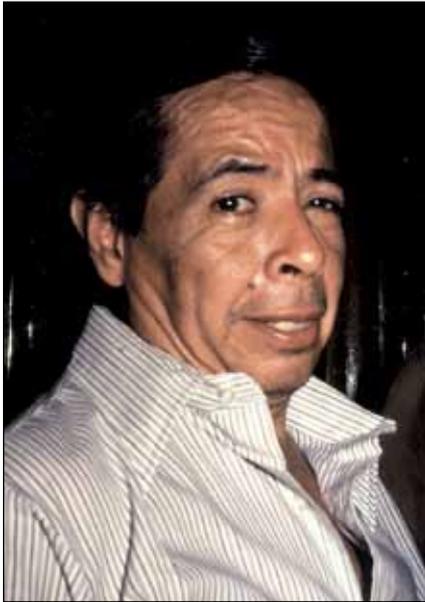
*En los primeros días del Arte  
Los constructores labraron con el mayor cuidado  
Cada minucia y cada imperceptible parte,  
Porque los dioses lo ven todo.*

## MOISES MORALES

Palenque era también su gente, aquellos que vivían allí cuando llegué. La familia Morales se apoderó por completo de La Cañada —Moisés y Alicia con sus once hijos, y el hermano de Moisés, Carlos, con su esposa Socorro y su prole de diez. Yo era la única forastera, pero pronto me convertí en parte de esa grande y extensa familia —primos, tíos y abuelos. Aunque Bob, Ed y yo pasábamos mucho tiempo en las ruinas, renté uno de los cuartos de Moisés para dormir. Carlos nos daba de comer en su restaurantito de una sola mesa. Nunca sabíamos qué íbamos a cenar, pero siempre algo bueno; estaba segura que sería lo que iba a cenar la familia.

Esos primeros años que estuve en Palenque, Moisés me contó las historias más increíbles; qué tan ciertas sean, no tengo manera de saber, excepto que las dos primeras son verdad y parte de la tercera también, porque estuve allí cuando el hombre aquél estuvo como loco sobre del caballo frente a la casa de Mario.

Historia # 1: En el otoño de 1968, dos ex-chicleros de las cercanías de Palenque, fueron a Chinikihá y robaron un panel y la parte superior de una estela con todo y la figura. Dos hombres los vieron, por lo que se asustaron. Uno de los ladrones le dijo a Moisés lo que había hecho, y estaba muy preocupado de qué le iba a pasar cuando se supiera. Moisés le dijo que si hacía lo que él decía, iba a tratar de ayudarlo en lo que pudiera. Le dijo que trajera el panel y el fragmento de la estela porque irían (él y Moisés) a llevarlos al Palacio Municipal. Primero que nada, Moisés vería si el Presidente Municipal perdonaría al hombre aquél por regresar las piezas.



Moisés Morales

El Presidente estuvo de acuerdo en ayudar a recuperar las piezas, pero de cualquier manera quería saber quiénes eran los hombres que las habían robado y de todos modos quería ponerlos en prisión. Moisés le dijo al Presidente que no diría quiénes eran los hombres. Como el Presidente dijo que de cualquier manera los encarcelarían, Moisés le dijo que todo debía hacerse con sigilo, poner las piezas en su coche (del Presidente), llevarlas al Palacio Municipal, y luego decir a las autoridades que la policía de Palenque había descubierto a dos hombres robando unas piezas, pero que al tratar de

capturarlos se habían fugado.

Una de las piezas estaba en el camión de aquel hombre, y la otra estaba en la casa de su cómplice, la cual estaba rodeada por la policía. El señor había convencido a su vecino de ayudarlo apilando paja en una mesa que, por debajo tenía amarrada la pieza. Sacarla y llevarla a su casa. Y de allí fue llevada al Palacio Municipal. Moisés jamás dijo quiénes habían sido los saqueadores. Unos días después, hice un calca de ambas piezas en el Palacio Municipal.

Historia # 2: Unos cuantos días después, la policía agarró a Moisés y lo llevaron a la cárcel. Le preguntaron: “¿Tienes algo que decir?” Moisés dijo: “No tengo nada que decir.” La siguiente pregunta: “¿No quieres saber cual es tu crimen?” Respuesta: “No.” Y así siguieron por un buen rato, con los policías cada vez más enojados. Finalmente se llevaron a Moisés en avión a Tuxtla, a la espantosa cárcel estatal. Cuando salía de Palenque, no pidió ningún abogado ni nadie que le



La familia Morales en 1964. De pie (de izquierda a derecha): Kiki, Berto, Alicia, Moisés, Alfonso, Chato  
Sentados: Aidee, Aracely, Adriana, Anabel, Amalia, Alicia Chica con la bebé Alhena



El panel robado de Chinikihá

ayudara. Me dijo: “¿Porqué he de defenderme, si no he hecho nada que amerite defenderme?”

Habían otros 150 prisioneros en la cárcel, por crímenes que iban desde asesinato, hasta haber robado unos pollos. Como no les daban nada de comer, un congresista amigo de Moisés enviaba diariamente grandes cantidades de comida, las cuales Moisés compartía con sus siete compañeros de celda.

La prisión era bien conocida por ser un verdadero asco, y porque eran bien sabidos los homicidios a sueldo que ocurrían dentro de sus muros. Moisés se hizo muy buen amigo de Anide, conocido como “El Tigre de Chiapas,” un jovencito convicto por asesinato que saldría de la cárcel cuando tuviera cincuenta y cuatro años de edad. Estaba lleno de cicatrices por todo su cuerpo, había perdido un ojo y tenía una cicatriz muy profunda en la cara, que iba desde la nariz hasta la frente, bien hendida en el hueso. Todo esto le había sucedido dentro de la cárcel, cuando recién había entrado, al tener una terrible pelea con uno de los convictos quien le enterró una varilla de fierro a través del estómago la cual salió por su espalda, y le dio un tubería en el ojo, dejándolo casi muerto. Sobrevivió. Se convirtió en el líder, quien mandaba en la cárcel. Hizo que los prisioneros construyeran una letrina decente, tallaran diariamente el suelo y las paredes, construyeran bancas y mesas, e insistió en terminar con las matanzas de los unos y los otros. Sabían que obedecían, o se morían.

Cuando el juez liberó a Moisés de prisión, le preguntó si había robado las

piezas. Moisés contestó: “No.” También le preguntó si podría robar algo como eso. Y Moisés contestó: “Supongo que podría si supiera con seguridad que no me iban a agarrar, pero soy un cobarde y tengo miedo, y no me gusta estar en la cárcel.” El juez le dijo: “Eres un hombre honesto.” La respuesta fue: “No, no lo soy.” Entonces el juez dijo: “Sí, lo eres. Quien admite que no lo es, es un hombre honesto.”

Moisés terminó por convencer a la Junta de Gobierno de que redujeran la sentencia de Anide a diez años, con base en todo lo que había hecho en beneficio de la cárcel. Pero Anide murió unos pocos años después de este evento. Esta historia es parte del relato, tomado de mi cuaderno, en una versión mucho más larga que escribí cuando Moisés me la estaba contando.

Historia # 3: Resulta que estaba yo en las ruinas un día, cerca de la casa de Mario León, cuando un verdadero loco, Harry Tangy, llegó a todo galope y un gran sombrero, dando giros y haciendo piruetas a caballo frente a la casa de Mario, actuando como loco, subiendo los escalones y metiéndose a su casa y saliendo y entrando de nuevo varias veces. Parecía que Mario no podía hacer nada, pues le habían dicho que Harry era alguien muy importante, que podía estar a sus anchas en las ruinas y hacer lo que le placiera. Como era domingo, habían muchas familias de mexicanos haciendo día de campo en esa área, por lo que Mario estaba muy avergonzado. Harry llevaba a su novia con él, Juliete Echanez. También tenían un permiso para hacer una calca. No tengo idea quién haya podido darles el permiso, pero realmente me preocupé cuando pusieron la tela encima del monumento y empezaron a pasar un crayón encima. Estaba segura que iban a dañar la piedra.

Ahora Moisés me contó lo que pasó luego. Poco antes, Moisés había sido acusado de robo de artefactos, lo cual no hizo, pero Juliete y Harry sabían al respecto.

Llegaron al restaurante y se presentaron con Moisés, diciéndole que tuviera cuidado porque podrían causarle muchos problemas. Le dijeron que estaban en el negocio de la compra-venta de artefactos, y que más le valía no delatarlos. Le dijeron que iban para Bonampak, sacaron un fajo de billetes (mil dólares) y le dijeron que serían suyos si cooperaba. Moisés les hizo saber que no estaba interesado en cooperar con ellos. Harry le dijo que iban a ir al Hotel Palenque, y que debería ir con ellos porque tenía algo que quería mostrarle. Una vez en el hotel, Harry llevó a cabo una transacción frente a todo el mundo, de esa manera, estaba implicando a Moisés.

Al día siguiente, llegó un citatorio para Moisés y Carlos, por lo que se fueron a la Ciudad de México a ver a un abogado. Se les dijo que debían ir con su abogado a casa de Juliete y Harry. Aquello era un palacio de tres pisos, lleno de artefactos, estelas, cerámica y mucho más. Al morir el esposo de Juliete, les había heredado en partes iguales a ella y a sus dos hijas. Cuando Harry aparece en la escena, era evidente que pensaba irse con la mayor parte posible. Una noche, los dos yernos atacaron a Harry y casi lo matan. Lo tuvieron que llevar a Chicago en un avión privado. Cuando me contaban esta historia, el hombre todavía estaba en el hospital en estado crítico.

Historia # 4: Parece que una mujer amiga de Moisés, insistía en que tenía un jaguar por compañero de vida. Un jaguar real, que la amaba y al cual ella también amaba muchísimo. Ella lo podía visitar en la selva cerca de Palenque cada día. Un día él desapareció, lo cual la puso sumamente triste. Le dijo a Moisés que seguramente estaba herido y que tenía que encontrarlo. Cada noche ella iba a la selva y lo llamaba. Un día ella tampoco regresó, por lo que Moisés se fue a

buscarla. Después de varios días de buscarla, la halló muerta abrazada a un jaguar. Bueno, esa es su historia.

Y al hablar de Moisés, no puedo dejar de mencionar el que se enamoraba de cada mujer bonita que llegaba a Palenque, especialmente si eran francesas. Él le dijo a su esposa Alicia que esa era su manera de ser, así que tenía que aceptarlo. Y bueno, ¿qué podía hacer Alicia con once hijos por criar? Nada.

A pesar de todas las locuras y defectos de Moi, él era el único que siempre estaba allí cuando se le necesitaba. Si estabas enfermo, necesitabas un doctor, medicinas o había algo que debía arreglarse, Moi venía a cualquier hora del día o de la noche para ayudar.

Algo por lo que Palenque, o más bien La Cañada era conocida, era por sus fiestas. Con cualquier excusa o pretexto se hacía una fiesta. Las fechas usuales como Navidad o Pascua eran solamente el comienzo. El cumpleaños de alguien, el santo de alguien, el nuevo bebé, el nuevo coche, el nuevo perro, el nuevo traje o vestido, la carta de un viejo amigo después de mucho tiempo, pero especialmente, si alguien iba a venir de visita, o llegaba de improvisto. Los asados del vecindario era lo que se hacía los domingos. Delgadas rebanadas de carne de res a la parrilla, entre tortillas, con mucha salsa, cerveza y tequila (aunque yo no lo tomaba) y ron con coca (cuba libre) para mí. Si se trataba de una fiesta seria, había una marimba, o sino, guitarras. No había límite de edades. Todo el mundo venía. No eran fiestas en las que los niños no participaban. En realidad no era importante el tener o no una invitación, si conocías a la persona, solamente llegabas y listo; si no los conocías, ibas con alguien que los conocía y listo. Si la invitación decía: Cena a las seis, no se esperaba a nadie hasta las siete, las ocho o las nueve.

Una de esas fiestas de “*impromptu*,” se celebró una vez que tuvimos que mover el poste del teléfono para poner un nuevo árbol frente a la casa. Esa hazaña necesitó a todos los varones de La Cañada para mover el poste, lo mismo que para plantar el árbol —así que por supuesto que hicimos una fiesta, esta vez todos los señores en ropas sucias.

David Morales, primo de Alfonso, fue el artista de Palenque quien modeló la gran cabeza maya de cemento blanco que está en la intersección de los caminos que van hacia las ruinas y hacia el centro de Palenque. Alfonso y el Chato (hermano de Alfonso) también echaron una mano a la escultura. Hoy día, sirve como punto de referencia para los turistas que llegan a un lugar desconocido.

## LA DRA. SHIELDS

Conocimos a la Dra. Karena Shields, médica especialista en enfermedades tropicales y antropóloga de la Universidad de San Diego. Su padre, en un momento dado, fue propietario de todo el terreno de los que hoy es la Zona Arqueológica de Palenque. Ella tiene un rancho en un valle a donde debe llegar en avión un trecho, y luego a caballo por más de una hora hasta el rancho.

Nos platicó de un viaje que hizo a pie sobre un *sacbé* (camino maya), desde Yaxchilán hasta Ciudad Antigua en Nicaragua, siguiendo un cierto tipo de marcador, el mismo que habíamos visto en Yaxchilán. El “*marcador*” era un disco de piedra de unas 20 pulgadas de alto y lo mismo de diámetro, con un hueco labrado al centro. Nos dijo que esos marcadores estaban dispuestos a 20 millas de distancia entre uno y otro hasta Nicaragua. George Wing, mi estudiante, se interesó en lo que ella nos decía, convencido que la mujer sabía de qué hablaba, aunque

ningún arqueólogo en realidad lo estábamos. La Dra. Shields tenía muchísimas ganas de encontrar un arqueólogo joven que quisiera seguir el mismo camino que ella, treinta años atrás, y no había tenido mucha suerte de encontrar a alguien dispuesto a recorrer ese largo camino, si es que existe tal. Estaba esperanzada en convencer a George para que fuera, pero él tenía que pensar en su ingreso a la universidad.

## LA VIDA EN PALENQUE

Pasaron tantas cosas en Palenque, especialmente después que hicimos nuestra casa Na Chan-Bahlúm. Desde el comienzo, Chencho Cruz Guzmán fue mi brazo derecho en todo cuanto trabajé en Palenque. Cuando estaba registrando las esculturas de la crestería del Templo del Sol, él sostenía la escalera en la que estaba yo parada, haciéndola lo más atrás posible para que pudiera yo ver lo que hacía. Nunca tuve miedo, ya que siempre supe que Chencho jamás me dejaría caer.

Na Chan-Bahlúm se convirtió en el lugar de encuentro para cada arqueólogo que trabajaba en Chiapas, en la Península de Yucatán, y en Belice; y también fue el sitio que recibía a multitud de huéspedes de todo el mundo. Unos se quedaban unas cuantas horas, otros unos cuantos días y otros unas cuantas semanas.

Uno de esos visitantes fue el etno-micólogo Gordon-Wasson, autor de *Soma: Hongo Divino de la Inmortalidad*, y de *María Sabina y su Velada Mazateca de Hongos*, quien vino a entrevistarme acerca de mi investigación de los hongos alucinógenos del Usumacinta, que se refiere a una ceremonia lacandona. Wasson me preguntó de mis hallazgos, y había ido con un guía a Lacanhá. Estuvo allí media hora preguntando a los indios acerca del ritual que describí. Claro que no le dijeron nada —llegando así en una avioneta, un desconocido, con un guía local. Wasson, su esposa, mi Bob, Bob Rands y yo, pasamos un par de noches sumamente agradables platicando con él y tomándonos unos cocteles en el porche de Na Chan-Bahlúm.

Eric Talladoire y su esposa, de la Sorbonne de París, siempre paraban en la casa de camino a Toniná. Estuve haciendo calcas del material de Toniná mientras que él



Chencho

estuvo allí. Y también cuando Claude Baudez, también de la Universidad de París, estuvo allí. Luego estuvo Annagrette Hohmann de Graz; Beatriz de la Fuente, de la Ciudad de México (la primera historiadora del arte en trabajar en Palenque); Paul Gendrop, también de la Ciudad de México; y David Kelly y Karen Bassie-Sweet de Calgary. Karen también fue una pieza crucial en las Mesas Redondas de Palenque. Ursula Jones y Andrew Weeks venían a menudo de Londres, así como Hans-Jurgen Kramer de Alemania.

No debo olvidar a George Stuart, quien anduvo por Palenque tantas veces, que no puedo precisarlo, ni aquel verano que David y su madre Gene pasaron con nosotros. Gene estaba escribiendo acerca de los osos polares en pleno calorón de Palenque mientras que David sufría con los jeroglíficos en la biblioteca, y Linda lo regañaba: "tú arréglatelas como puedas para entenderle."

Me acuerdo muy bien de una ocasión en la Ciudad de México, que una vieja librería muy famosa había quebrado y estaban rematando todo, George tan fanático de los libros como yo, con David y conmigo vestidos los tres en pantalones blancos, estábamos sentados en el suelo todo mugriento escogiendo libros, con el trasero cubierto de tizne.

Linda Schele, quien entonces era profesora de arte en la Universidad de Alabama, iba de paseo en coche por México con su esposo David y uno de sus estudiantes. Tomaban fotografías de las ruinas de México para el archivo de la escuela. Cuando llegó a Palenque se quedó fascinada, como me había pasado a mí también. La mañana en que partieron a Uxmal nos despedimos con la esperanza de volvernos a ver. A las cinco de la tarde, adivinen quién apareció por la puerta: Linda. Habían ido a Uxmal, pero se dieron la vuelta y regresaron a Palenque. Este fue el comienzo de una larga, muy profunda amistad entre nosotras. Eventualmente, Linda hizo construir un cuartito atrás de la casa, pero nunca tuvo oportunidad de usarlo, ya que siempre estaba ocupado por alguien más. Así que ella vivió con Bob y conmigo cada vez que fue a Palenque. Me ayudó muchísimo con las fotografías, así como también John Bowles, Alfonso Morales, Malcom Cleary (la estrellita marinera de Bob en las carreras de pista de la Stevenson), y Gilette Griffin de Princeton.

Lo mejor para Linda y para mí, fue la compañía, compartir nuestras ideas, y simplemente divertirnos, encontrar un día todas las respuestas a los enigmas de Palenque, y cambiar de parecer al día siguiente. Linda y yo estábamos prácticamente de acuerdo en todo, pero cuando no lo estábamos, acordábamos estar en desacuerdo. Conversábamos largo y tendido por teléfono en las noches. Con Linda nunca pasaba nada antes de las 11 a.m., pero a



Linda Schele



Tomando fotos de noche



Mi equipo de fotógrafos:  
John Bowles, Merle, Alfonso Morales, Bob, Linda



Fotografiando las pilastras de la Casa A

media noche no había ningún problema. También estaban las cartas “Crazies,” pedacitos de información entre Linda, Floyd Lounsbury, Mike Coe, Betty Benson, Dave Kelly y yo. Todavía conservo muchas de ellas.

Pasaban un montón de cosas en Palenque, que también eran sumamente divertidas. Por ejemplo, el verano en que Peter Mathews estaba viviendo en Na Chan-Bahlúm con nosotros, cada mañana antes de desayunar, y quiero decir cada mañana, Bob y Peter jugaban una partida de cartas loquísima, casi imposible de ganar. Llevaban una libreta en la cual registraban diariamente su puntaje. Ninguno ganó jamás.

Me habían estado azuzando, tratando de convencerme para jugar, pero no iba a jugar su estúpido juego. Finalmente dijeron: “Ándale, juega con nosotros una sola



Wiggie y David Andrews, de 6 y 4 años, ayudando en su primer proyecto arqueológico, el Proyecto Florida

vez y ya no te volvemos a insistir.” Así que dije: “Bueno, una sola vez y ya.” Jugué. Gané. ¡Vaya que se enojaron! Dijeron que era pura casualidad y que no podría pasar de nuevo. Debía jugar otra partida para que el asunto fuera justo. Pues bien, jugué una vez más. Gané. Me reí muchísimo. Claro que ellos no pensaban que era algo como para reírse. Estaban furiosos. Ni siquiera me dirigieron la palabra en todo el día. —Nota: tampoco me volvieron a pedir que jugara con ellos otra vez.

## EL PROYECTO DE FLORIDA

Además de hacer calcas, ilustraciones de cerámica y fotografías de todo en Palenque, me las arreglé para poder pintar también y estar en el Proyecto Florida del Fondo Nacional de las Artes. Se hicieron réplicas de 7/8 del tamaño original, primero en arcilla y luego vaciado a moldes, de dos pilastras del Palacio, el Recinto de la Serpiente Bicéfala de la Casa H, y un medallón de la Casa C. Mark Turner y Peter Mokler fueron de gran ayuda al hacer esto, al trabajar en las casitas construidas frente a cada pilastra.

El Museo del Estado de Florida envió un par de ayudantes quienes sabían trabajar con el peligroso material necesario para hacer los moldes. Mucho de esto se tenía que hacer antes de las ocho de la mañana, antes de que el calor se hiciera muy intenso. Como no teníamos tiempo para desayunar, llevábamos un exprimidor de naranjas y bebíamos continuamente jugo de naranja. Compramos costales y costales de naranjas. Estas réplicas se ponían luego en cajas de caoba, y se enviaban a Gainesville para instalarse allá en el Museo. Hice tres pinturas de 1.80 metros. De altura, mostrando cómo Palenque debía haberse visto en su época de florecimiento.

Como Wiggie y David Andrews, de seis y cuatro años respectivamente,



Haciendo una réplica de una de las pilastras para el Museo Estatal de Florida

estaban allí con nosotros, los puse a trabajar en su primer proyecto arqueológico, cortando gasas y poniendo barniz a los moldes. Su mamá Joann, estaba en casa recuperándose de unas quemaduras terribles causadas por el radiador hirviente de su carro. Tuvimos una Pascua feliz con Modesta que hizo el pavo estilo yucateco.

Las dos pinturas reconstructivas que hice, "Comercio Antiguo en Palenque" y "El Templo del Sol," se ven pequeñas en la página impresa, pero en realidad miden 1.80 metros. Lo mismo que la tercera de estas: "La Vida de la Familia Maya," que se encuentra en Victoria, en la casa de David Greene. Estas pinturas fueron hechas para el Museo del Estado de Florida en Gainesville, en 1976, y allí residieron por 25 años, junto con las réplicas que hice de las pilastras de Palenque, del Recinto de la Serpiente Bicéfala y un medallón de la Casa C. Hice esas pinturas cuando viví en Palenque, trabajando todo el día en ellas, y al caer la noche, todos los arqueólogos que estuvieran trabajando allí se unían en la sesión de crítica. Me acuerdo de una ocasión en la que Bob Rands me dijo: "Merle, no puedes tener esa vasija que está en el extremo inferior izquierdo, porque todavía no ha sido hallada." La residencia de esas dos pinturas ahora es en mi departamento.



Mi pintura reconstructiva del Templo del Sol



## LAS MESAS REDONDAS DE PALENQUE



1973 fue un momento crucial para el estudio de los mayas, especialmente para la epigrafía. David Joralemon, un mayista de Nueva York, Linda Schele, Gillett Griffin, Bob y yo estábamos sentados en nuestro patio trasero de Na Chan-Bahlúm tomando una cuba libre. Como todos los allí presentes estábamos muy interesados en el arte y en la iconografía de Palenque, pensamos que sería grandioso si pudiéramos congregar a un grupo de estudiosos que también estuvieran interesados en el arte de Palenque. Enviamos cartas a un grupo de personas que pensábamos sería posible que vinieran, explicándoles nuestro plan.

Cuando Bob y yo regresamos a Pebble Beach, estábamos apenas abriendo la puerta cuando sonó el teléfono. Era Mike Coe. Dijo: "Merle, hagamos la conferencia en diciembre." En ese momento era septiembre. Escribí otras cartas a todos los que habíamos enviado las primeras, diciéndoles de los planes inmediatos para llevar a cabo la Primera Mesa Redonda de Palenque, del 14 al 22 de diciembre de ese año 1973. Era poca antelación, y más considerando que a todos se les pidió que tuvieran lista una ponencia para la conferencia, acerca del arte, de la arquitectura o de la iconografía de Palenque.

El entusiasmo crecía a lo bárbaro. No cobramos por entrar a la conferencia. Cada quien hizo su reservación de hotel (o cuarto), cada quien pagó lo suyo, y pagaron sus alimentos. Increíblemente, la primera conferencia tuvo representantes de 14 universidades de los Estados Unidos, México y Canadá. Las reuniones se llevaban a cabo en nuestra casa Na Chan-Bahlúm. Compramos metros y metros de tela negra (toda la que había en el pueblo), para cubrir las ventanas. La gente se sentó en nuestras camas, en las sillas y en el suelo. La cafetera estaba conectada todo el tiempo, y cada quien se servía.

Los temas variaban entre arte, historia, cronología, iconografía, exploradores antiguos, inscripciones, sacrificio, comercio y el área circundante. Pronto se supo acerca del evento que tenía lugar en Palenque. Todos los guías de la zona llegaron. Pronto tuvimos estudiantes de universidades de la Ciudad de México, de Villahermosa, Campeche, Mérida, Tuxtla, y de la Universidad de las Américas. Después del primer día, tuvimos que mover las juntas a la champa abierta de Carlos Morales.

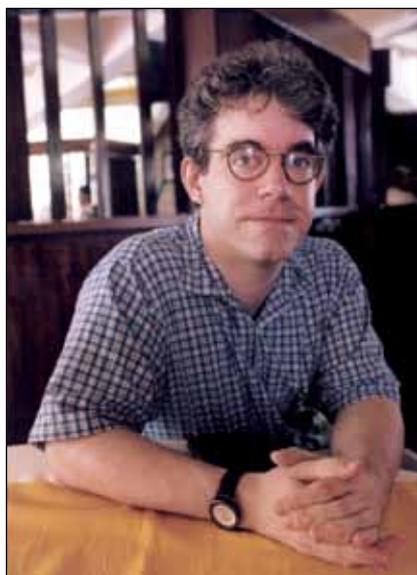
En la conferencia fue de especial relevancia el descubrimiento que hicieron Floyd Lounsbury, Linda Schele y Peter Mathews de los nombres de los gobernantes de Palenque. Como sugirió Fray Facundo Ramírez de la Misión Franciscana de



La Mesa Redonda en Na Chan-Bahlúm



La Primera Mesa Redonda que se llevó a cabo en nuestra casa en 1973



David Stuart



Peter Mathews y Merle

Tumbala, les habían dado nombres en Ch'ol, ya que era el lenguaje que hablaban allí. Esto fue el inicio de los estudios concentrados en epigrafía maya. Inmediatamente se convirtió en "El tema de conversación del mundo de lo prehispánico." De pronto, todo mundo se interesó en leer los glifos. Estudiosos del tema, como David Stuart y Peter Mathews, ambos recipientes del Premio MacArthur a la Genialidad, Victoria Bricker, Simon Martin, Nicolai Grube, Stephen Houston, Bill Ringle and Martha Macri han pasado la mayor parte de su tiempo descifrando los jeroglifos. A pasos acrecentados se ha acelerado esto, siendo ahora el tema de interés principal de estudios mayas en todo el mundo.

El promedio de asistentes a la primera reunión fue de 50 personas, pero estuvieron 104 el día que el Dr. Manuel Velasco Suárez, neurocirujano y gobernador de Chiapas, fue a la Mesa Redonda. El gobernador se hizo buen amigo nuestro, y a menudo venía a la casa a relajarse, y escapar de todas las peticiones que le hacían cada vez que se paraba por Palenque.

Las conferencias eran tan exitosas, y toda la gente estaba tan emocionada de conocer el nombre de su más ilustre ancestro, que la pequeña villita a la orilla de las vías del tren, cambió su nombre a Pacal Na.

La mayoría de los asistentes se quedaron a pasar la Navidad. Los hijos de Mike y Sophie Coe, dormían en hamacas en los cuartos abiertos en la parte alta de la casa, lo mismo que los dos hijos de Don y Martha Robertson, Fred y Becky. Cada niño hizo una esfera para decorar nuestro árbol, cada quien quiso hacerla a su manera.

Muchas cosas locas pasaron durante las Mesas Redondas de Palenque. Antes de llegar a la parte de las conferencias, hay una historia simpática acerca de nuestro "lavado del auto" que sucedió durante la Primera Mesa Redonda de Palenque. Floyd Lounsbury, Linda Schele, Peter Mathews y Jeffrey Miller estaban en las ruinas. Betty Benson y yo estábamos sentadas a la mesa de la cocina, haciendo los planes de algunos eventos que debían llevarse a cabo.

Había un indígena “no muy brillante” que no era un guardia, sino que siempre andaba “por ahí.” Todo el tiempo me traía figuritas que quería que le comprara, cosa que nunca hice, claro. Ese día, él solamente quería que le diera trabajo. Como Betty y yo estábamos muy ocupadas y no quería que nos estuviera interrumpiendo, le di una cubeta con agua y jabón, un trapo, y le dije que nos lavara el jeep. A cada rato volvía a la casa por más agua del fregadero, y siempre salía exageradamente encorvado. No podíamos ver lo que hacía, pero mientras no nos molestara, no le poníamos mayor atención. Cuando nos asomamos por la puerta para ver porqué se demoraba tanto, el hombre estaba parado junto al coche, sacudiendo el trapo en el aire, levantaba la cubeta y bebía de ella. Eso era realmente extraño. Lo que había estado sucediendo cada vez que entraba a la casa, en lugar de echar agua en la cubeta, le ponía ron (manteníamos nuestra botella de ron debajo del fregadero). ¡Fin del lavado del auto!

Todo mundo votó por que hubiera una segunda serie de conferencias el siguiente año, en las mismas fechas, del 14 al 21 de diciembre de 1974. Las reuniones se llevaron a cabo en la champa de arriba del Restaurante La Cañada, de Carlos Morales, al final de la calle de nuestra casa. Sin embargo, la conferencia fue formalmente inaugurada en el Auditorio y Museo Municipal de Palenque, en el zócalo, por el Gobernador, el Dr. Manuel Velasco Suárez.

El Dr. Velasco Suárez estaba en la oficina del alcalde de Palenque, el Sr. Esteban Corzo Blanco, recibiendo la retahíla de peticiones de todo y todos quienes querían que hiciera cosas, o dar financiamiento para sus cooperativas. Sabiendo que nunca lograría salir de allí por sí mismo para llegar al auditorio a inaugurar la Mesa Redonda, me había dado instrucciones de ir a la oficina del alcalde, abrirme paso entre la multitud de hombres ahí parados. Al verme allí, me tomaría del brazo y saldríamos los dos, abriéndonos paso entre la multitud. El hombre solo, jamás lo hubiera podido hacer, ya que ante los demás hombres no hubiera sido posible que el gobernador se levantara y saliera de la oficina como lo hizo conmigo.

El Gobernador Velasco Suárez había ordenado una placa de bronce para ser instalada en la entrada del Auditorio Municipal. En esencia, la placa decía que Pacal el Grande, antiguo gobernador de la región, al haber sido protector de la tierra y de la agricultura, estaba esperando que ahora sus descendientes habitantes de la región, protegiera sus tierras y sus campos como él lo había hecho.

Otro evento a destacar dentro de esta conferencia fue la presencia del Dr. Alberto Ruz Luhillier, el famoso arqueólogo descubridor de la tumba del Templo de las Inscripciones, que contiene el sarcófago de Pacal el Grande, el más famoso rey de Palenque, el cual nació en el año 603 d.C., y gobernó Palenque del 613 al 683, cuando murió.

Alberto Ruz y yo nos hicimos amigos desde que estuve con Bob Rands en la Ciudad de México ilustrando los cientos y cientos de figurillas y tepalcates de Palenque. Ruz a menudo llegaba a visitar a Bob, quien era su buen amigo. Nos sentábamos alrededor de la mesa de hojalata en la cocina, y discutíamos acerca de Palenque toda la tarde. Yo prácticamente oía la conversación solamente. Aprendía muchísimo.

Otra amiga mía, la Dra. Beatriz de la Fuente, quien tuvo la distinción de ser la primera mujer haciendo investigación en Palenque, también estuvo en la Segunda Mesa Redonda, y continuó viniendo cada año después. Fuimos muy buenas amigas. En esos años, se convirtió en Directora del Instituto de Investigaciones

Estéticas de la UNAM, y fue autora de muchos libros acerca de los olmecas, los huastecos, los mayas y la pintura mural de México.

Ahora la mayoría de la gente prefería el mes de junio para hacer la siguiente Mesa Redonda. Así que la Tercera Mesa Redonda de Palenque, se llevó a cabo del 11 al 18 de junio de 1978, con el nuevo Gobernador de Chiapas, Salomón González Blanco inaugurando las ceremonias en el gran Salón de los Ganaderos. Niños marcharon llevando las banderas de los 14 países participantes: México, Estados Unidos, Guatemala, Honduras, Venezuela, Canadá, Inglaterra, Australia, Alemania, Francia, España, Italia, Bélgica y Argelia. Llegaron representantes de tres embajadas en México: la de Estados Unidos, la de Canadá y la de Argelia. Verdaderamente era impresionante; parecía que todo Palenque estaba ahí.

Además de las sesiones regulares, Kathryn Jossierand y Nicholas Hopkins tuvieron, cada tarde, una sesión especial para los ciudadanos de Palenque, lo cual fue inmensamente apreciado por los palencanos. Por el éxito que tuvieron, hicieron esto en cada una de las Mesas Redondas que siguieron.

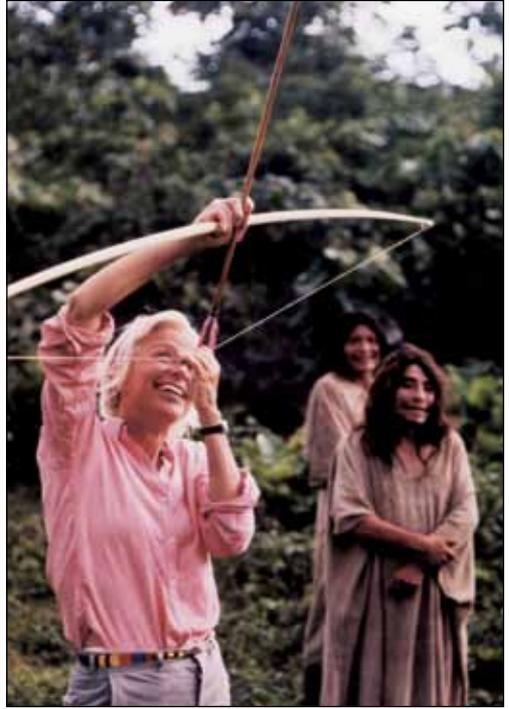
Giles Healey, quien es famoso por su descubrimiento de los murales en Bonampak, fue el invitado de honor, viniendo desde Bignor, Inglaterra, para el evento. Un día enviamos cinco avionetas llenas con visitantes a Bonampak, con Giles. Él no había regresado allá desde 1946, y estaba absolutamente feliz de estar allí de nuevo. Me dijo, cuando estábamos sentados en la banca del primer recinto: "Ahora soy feliz, ya me puedo morir." La declaración resultó casi demasiado real. Nos había invitado a Bob y a mí, a visitarlos a él y a su encantadora esposa Sheila, en su preciosa casita antigua de piedra, en Bignor el siguiente verano. Conocía a Giles de tiempo atrás, y tenía recuerdos muy lindos de cuando estuve en su casa de Big Sur, California, en donde el gigantesco conejo blanco de sus hijitas gemelas salía a la puerta a saludarnos. Giles tenía una gran biblioteca, y siempre me prestaba sus libros.

Justo antes de que regresara a Inglaterra, me había prestado sus volúmenes de Maudslay. En aquel momento me dijo: "Merle, ya que estás aquí, también llévate todos los volúmenes de la Carnegie." Le dije que prefería llevarme solamente el que necesitaba, regresarlo después y entonces llevarme otro, y así sucesivamente. Pero debí haberle tomado la palabra, ya que dejó a unos "hippies" quedarse en su casa mientras estaba fuera. Esa gente echó tubos de hule a la chimenea, lo cual causó un terrible incendio. Toda su casa quedó hecha cenizas, incluida la biblioteca.

En septiembre de 1979, Bob y yo estuvimos con los Healey en Inglaterra. Nos llevó a todas las ruinas romanas del sur de Inglaterra, en donde nunca antes habíamos estado. Una tarde, Giles y yo estábamos sentados frente a la enorme chimenea, cuando me dijo que quería platicarme toda la historia acerca del descubrimiento de los murales de Bonampak, ya que habían demasiadas historias en torno a ello. Quería que lo fuera escribiendo. Para empezar, me dijo que no había sido él quien descubrió las ruinas, sino un jaguar. Iba él a través de la selva con un guía a quien le había proporcionado armas. De pronto atisbaron a un gran jaguar, y por supuesto que en ese instante, se volvió lo único que les interesaba. El jaguar se escabulló entre los arbustos más bajos, con Giles y su guía siguiéndolo. El jaguar, afortunadamente se escapó, pero de pronto Giles y el guía se encontraban en un claro de la jungla en donde resultó estar la entrada al Recinto 1 del Edificio de los Murales. Escribí todo lo que Giles me dijo acerca de su descubrimiento de Bonampak. Giles murió cinco meses después. Mary Miller se ha encargado de



Giles Healey



Intentando tirar con el arco de los Lacandones en Bonampak



Junto a la calca de la Estela 1 de Bonampak

hacer un registro extensivo de los Murales de Bonampak.

Justo después de presentar su ponencia en la Mesa Redonda, Dennis Puleston, un brillante investigador en el auge de su carrera, fue golpeado por un rayo estando en la parte superior del Castillo, en Chichén Itzá. Sus dos hijitos que lo habían acompañado a Palenque y luego a Chichén, estaban de pié en la entrada Norte del Castillo. A ellos no les dio el rayo, pero sí fueron testigos de la tragedia que acaeció a su padre. Dennis estuvo en el Proyecto Tikal cuando yo estuve allí. Su cuarto junto a la aguada, estaba al lado de mi cuarto.

La Cuarta Mesa Redonda se llevó a cabo dos años más tarde, en Junio de 1980, inaugurándose nuevamente en el Auditorio de la Asociación de Ganaderos, con toda la "pompa y circunstancia" de un carnaval medioeval, hermoso, preparado por los habitantes de Palenque, quienes habían trabajado todo un año preparando este evento. Socorro Córdoba de Martínez, Amalia Huerta y Ofelia Morales de Sánchez, fueron la fuerza trabajadora detrás de las festividades, y no solamente en esa ocasión, sino en cada conferencia que siguió. Para aquel momento, nuestras Mesas Redondas de Palenque, se habían convertido en las conferencias más reconocidas a nivel mundial en cuanto a estudios Mesoamericanos. La lista de ponentes parecía un listado de "Who's Who" (literalmente: Quién es Quién, y es una importante publicación de datos biográficos en E.U.).

No solamente se hablaba acerca de Palenque, sino de todas las áreas de arqueología mesoamericana. El contingente completo vino desde Belice —el Comisionado de Arqueología Harriot Topsey, y todos los miembros del proyecto de Diane y Arlen Chase en Caracol. También hubo ponencias acerca de Tikal, Bonampak, Cacaxtla, Uxmal, Lagartero, Tayasal y Piedras Negras, más otras cuantas de tema histórico, lingüístico y de códices.

La presentación de Don Robertson acerca de Cacaxtla tomó un matiz no tradicional acerca de la pintura mural. Nos mostró cómo los artistas mayas presentaban a los seres humanos en el período Clásico Tardío. Don, quien fue mi mentor, fue el historiador de arte con la mayor sapiencia que haya conocido. Tanto él como Martha siempre estaban cuidando a los estudiantes, o aquel personaje solitario, o a quien hicieran a un lado o lo trataran mal. Cuando ellos vivían, me quedaba en su casa en Nueva Orleans, y pareciera que todas las tardes era punto de reunión para estudiantes. Era increíble cómo cabía tanta gente en su casita, estando tan retacada de libros y demás cosas, prácticamente no había espacio para caminar.

Cuando Martha y Don hacían una fiesta, invitaban tanto a estudiantes como a profesores, y eran tratados de igual manera —sin diferencias. Él realmente escuchaba a sus alumnos, y créanme, ellos hacían lo que él les dijera "al pié de la letra." Si yo escribía un artículo, siempre pedía consejo a Don. Se tomaba las horas entrando con verdadero cuidado y profundidad a mi tema. Algo que recuerdo muy particularmente es que siempre me decía: "Merle, quítate tu 'el cual y lo cual.'" ¡Creo que mejor rescribimos todo esto!

Un juego de gruesos diccionarios, junto con lentes de aumento, estaban siempre en el estante junto a la mesa de la cocina en donde comían la mayoría de las veces. Cualquiera palabra que se dudara en cuanto a su significado: sacaban los diccionarios justo a la mitad de la comida.

Siempre me hicieron sentir parte de la familia. Fui aceptada en la Universidad de Tulane para estudiar bajo tutela de Don, pero entonces me casé con Bob, y

como era director de una escuela preparatoria en California, pensé que mejor debía quedarme allá. Don murió de repente, en octubre de 1984. Diseñé su tarjeta mortuoria y regresé para estar al lado de Martha en el funeral. Esta fue una pérdida enorme para los futuros estudiantes de Tulane. Y después, cuando murió también Martha en 1992, significó otra pérdida irreparable para Tulane.

Hal Ball murió el mismo año que Don. Era un piloto retirado de Pan American, quien tenía su propio avión, "Le Quetzal," y se lo pasaba llevando provisiones para los arqueólogos, hasta en las excavaciones más remotas. Alberta y él vinieron a muchas Mesas Redondas, pero otras veces vinieron solamente a visitarnos. Hal sobrevolaba muy bajito sobre la casa, hacía un par de círculos y yo oía el avión. Sabiendo que eran ellos, echaba un brinco al jeep y salía volada al aeropuerto para recogerlos.

El tema de conversación en la Quinta conferencia, en 1983, fue la erupción del volcán Chichón, que comenzó el Domingo de Ramos, 28 de marzo de 1982. Bob acababa de morir el año anterior, y estaba yo sola en esa ocasión. Como hay muchísimo que decir acerca de ambos desastres, volveré a ellos más adelante.

La Sexta Mesa Redonda que se llevó a cabo en 1986, tuvo un registro de 285 participantes; era entonces la conferencia mesoamericana más grande del mundo. Ese año fue especialmente bueno, debido, en gran parte, a que Lois y Don Benke, estuvieron organizando las ponencias durante todo el año. El hijo de Lois, Tim McGill, trabajó conmigo dos años en las calcas del Gran Juego de Pelota y del Templo Inferior de los Jaguares en Chichén Itzá. Fue una gran ayuda, especialmente al montar los andamios para el Templo de los Jaguares.

Ese también fue el año en que mi nieta Anne fue directora financiera, un trabajo que jamás podré terminar de agradecer, ya que ese año el cambio del peso estuvo variando diariamente. Un día Anne fue al banco, y el empleado le dio más dinero del que era. Anne insistió en que le estaban dando demás; la dependienta sostenía que estaba dando la cantidad correcta. Para esto había una larga fila de gente esperando detrás de Anne y claro, ya estaban un poco desesperados.



Anne fue la Jefa de Finanzas en la Mesa Redonda

Finalmente la cajera revisó toda la cinta con las cantidades de Anne y resultó que esta última estaba en lo correcto. Durante todo este tiempo, ya el gerente del banco había salido y se dio cuenta de lo que sucedía. Después de esa ocasión, cada vez que Anne llegaba al banco, el gerente la hacía pasar directamente a su lugar para que no tuviera que esperar en la fila. Quién había oído alguna vez en México que alguien devolviera un dinero de más en lugar de quedárselo.

Mi nieto, Jim Metzler también estuvo allí. Entonces era estudiante de prepa. Era uno de los choferes de las camionetas de la Mesa Redonda. Un estudiante de su edad alguna vez le preguntó: ¿cómo obtuviste este trabajo? Y Jim contestó: "Merle es mi abuela." ¡Como si fuera un privilegio! Blair, mi otra nieta, también estuvo allí atendiendo la mesita del té y vendiendo libros.

Ese también fue el año que la presa hidroeléctrica del Usumacinta estuvo en los encabezados. Parecía como que el proyecto de la presa sí iba a llevarse a cabo. Significaría que muchas zonas arqueológicas iban a ser cubiertas por el agua, pero también iba a causar una terrible devastación del área ecológica. Desplazarían una enorme cantidad de gente, e iba a hacer un daño inconmensurable a la tierra y al hábitat de muchos seres humanos y animales. Todos los presentes en la cena de despedida en el Restaurante La Selva, la última noche de la Mesa Redonda, firmaron una petición de oposición al proyecto de la presa. Y por parte de las embajadas de cada uno de los países que participaron, se enviaron cartas de oposición al proyecto.

Finalmente el proyecto no se llevo a cabo, y todos esperamos que nuestro granito de arena haya tenido que ver en ello.

También, gracias al Dr. Arnulfo Hardy, nos enteramos acerca de la historia de la campana de Palenque que está en la iglesia del centro. Palenque fue descubierto en 1740 por el sacerdote de Tumbala, que lo fue también de Palenque, Don Antonio Solís. La mayoría de las fuentes acreditan a Ramón Ordóñez y Aguilar por el descubrimiento, pero Ordóñez ni siquiera conocía Palenque. Su información la obtuvo de su tío, Antonio de Solís.

Fray Pedro Lorenzo fundó el pueblo de Palenque en 1567, cuando llevó indios ch'ol a poblar el sitio. Él supo de las ruinas casi 200 años antes de su "descubrimiento." Entre 1567 y 1573, Fray Pedro hizo dos viajes a España para registrar y legalizar la fundación de Palenque, y trajo consigo tres campanas: una grande, una de mediano tamaño y un pequeña.

La pequeña campana en la iglesia tiene forjada la fecha 1573, por lo que sabemos con seguridad que ese es el año de fundación de Palenque.

Fue después de aquella Mesa Redonda, que Elizabeth Benson, directora de los Estudios Precolombinos de Dumbarton Oaks, inauguró las "Mini Conferencias de Palenque." Estuvimos en la Primera Mini Conferencia de Dumbarton Oaks: Floyd Lounsbury, George Kubler, Tatiana (Tania) Proskouriakoff, David Kelly, Peter Mathews, Linda Schele, Joyce Marcus y yo.

En la primera conferencia, todos podíamos sentir la tensión de los puntos de vista en oposición entre los individuos. Casi todos se fueron temprano. Sin embargo Floyd, Linda, Peter, David, Betty y yo nos quedamos hasta bien tarde. Estábamos de rodillas en el suelo, con mi calca de los lados del Sarcófago extendida, cuando de pronto nos dimos cuenta que los mayas estaban alineando a sus reyes. Fue muy emocionante. A la mañana siguiente, Linda y yo nos levantamos temprano y fuimos al comedor. No había nadie más que Tania. Nos sentamos con ella y realmente



Palenque en 1573

tuvimos un muy agradable desayuno con ella. Era una persona encantadora, pero sumamente tranquila, y no estaba acostumbrada a estar en grupos de personas peleando cada quien por su punto de vista. Linda y yo estábamos realmente contentas de haber conocido, aunque brevemente, a Tania.

Ella había nacido en Siberia, durante un turbulento período de la Historia de Rusia, y llegó a América con su familia durante la Primera Guerra Mundial, ya que el Zar Nicolás II había enviado a su padre. Al darse la Revolución Rusa poco tiempo después, la familia se quedó en América. Se hizo ilustradora de arte para la Universidad de Pensilvania y el Instituto Carnegie, trabajo que mantuvo hasta que murió, el 30 de agosto de 1985.

El éxito y la cantidad de Mesas Redondas, llevaron a lo que seguía: los Talleres Jeroglíficos de Texas, que dirigió anualmente Linda, desde 1978. Esos talleres tan exitosos, continúan hasta hoy día en memoria de Linda.

La Séptima Mesa Redonda que tuvo lugar en el Hotel Misión, tuvo 325 asistentes, lo que era ahora sí, una conferencia mundialmente reconocida. El Gobernador de Chiapas, el Lic. Patricinio González Garrido, dio apertura a la ceremonia en el Auditorio del Palacio Municipal de Palenque. La Dra. Beatriz de la Fuente hizo homenaje a la Dra. Martha Foncerrada de Molina. También se reconoció a Trudy Blom, la salvadora de la Selva Lacandona, y también de los indígenas, por haber estado en casi todas las Mesas Redondas. Al morir Trudy en 1993, muchos de nosotros perdimos a una gran amiga.

Un programa de danzas profesionales fue dado en nuestro honor. Socorro Córdoba de Martínez, Ofelia Morales de Sánchez y Amalia Huerto de León dirigieron. Incluía danzas regionales y floreo de cuerda. Robert Laughlin de la

Smithsonian, trajo nuevamente a su grupo de indígenas de San Cristóbal, quienes representaron la obra "Monkey Business" (Cuestión de Changos) que cautivó a todo mundo. Patricia Amlin nos mostró su última versión del filme "Popol Vuh."

Una gran fiesta con cócteles se sirvió alrededor de la alberca, patrocinada por la Asociación de Hoteleros de Palenque.

La Octava Mesa Redonda, el Vigésimo Aniversario ("Un Katún"), 1973-1993, fue la Mesa Redonda más grande que se llevara a cabo. Tuvo 425 participantes registrados, de dieciséis países. Se expusieron 64 ponencias. El Lic. Carlos Salinas de Gortari, Presidente de México en aquél momento, estuvo representado por el Dr. Santiago Oñate Laborde y el Dr. Arturo Gómez Pompa en la ceremonia inaugural que presidió Elmar Setzer Marseille, gobernador de Chiapas. Beatriz de la Fuente dio el discurso inaugural. Este evento tuvo lugar en el jardín frente al Museo de Sitio, seguido por un elegante banquete. Carpas blancas, mesas y sillas cubiertas por fundas blancas y profusiones de flores dieron asiento a todos los presentes en aquella fabulosa cena. Fue más como una boda que como una conferencia.

Al haber estado a cargo de las Mesas Redondas de Palenque por veinte años, pensé que ya era tiempo de entregar la labor a México. El honor fue aceptado por la Lic. Ma. Teresa Franco, quien fungiría a través del INAH como patrocinador de las Mesas Redondas de Palenque. Fue triste el saber que yo ya no iba a supervisar las Conferencias de Palenque, pero al mismo tiempo fue gratificante ver el entusiasmo que mostró Teresa Franco por continuarlas. Fue un tiempo muy feliz aquellos veinte años; se logró poner al frente el estudio de Mesoamérica y el desciframiento de los textos mayas. Mesoamérica estaba al frente en los programas de televisión, y constantemente aparecían nuevos libros. Pero lo mejor de todo fueron los cientos de amigos que hice a través de los años, todos quienes presentaron ponencias, tanta gente que trabajó diligentemente para promover las conferencias, aquellos que regresaban cada vez que había Mesas Redondas, y los ciudadanos de Palenque y del estado de Chiapas quienes me ayudaron tanto. Estos son mis tesoros de ese tiempo.

Se llevó a cabo una elegante cena al lado de la alberca, en donde se presentó un ballet folklórico que habían preparado durante todo el año, bajo el patrocinio de Socorro Córdoba de Martínez. Bob Laughlin trajo nuevamente su grupo de San Cristóbal, que esta vez presentó "La Dinastía del Jaguar."

En una de las conferencias, los bailarines entraron en escena para recibir a Peter Mathews quien iba a dar su ponencia, esto enmarcado por brillantes luces y un cerdito rosado chillando en brazos de Blair Greene. El auditorio se volvió loco. A Peter se le conoce por su amor a los cerdos. Cuando lo visité en Melbourne, tenía en la entrada de su casa unas estatuas de 90 centímetros de altura, de cerditos vestidos como personas que había traído desde Holanda.

Un área del nuevo Museo de Sitio de Palenque fue llamada "Biblioteca Merle Greene Robertson" en una ceremonia en el jardín de enfrente del Museo. El evento me conmovió profundamente.

En el banquete final en el Restaurante "La Selva" de Zacarías Hardy, di reconocimientos a Linda Schele, Beatriz de la Fuente, Alfred Bush y Moisés Morales, por haber asistido a cada una de las Mesas Redondas desde su inicio. Betty Benson y Gillett Griffin recibieron menciones por haber ido a todas excepto una de las Mesas Redondas. En una ocasión llevé a David Kelley a la cripta de Pacal, y le enseñé el único lugar en donde el escultor había dejado caer su cuchillo

en la lápida; era justo a la mitad de la uña del dedo gordo del pié izquierdo de Pacal. Pero Dave me dijo: “No, no. Eso es congénito. Yo tengo el mismo corte justo en medio de mi dedo gordo.” Como esta historia se había hecho pública en las Mesas, alguien pidió a Dave en el banquete que demostrara su “Dedo de Pacal.” Dave se trepó en la mesa, se quitó el zapato y el calcetín y nos mostró el dedo de sus ancestros. El salón entero se enloqueció. El baile continuó hasta no sé qué hora.

American Airlines había donado dos boletos viaje redondo para quien encontrara el número de la suerte en su boleto de entrada al banquete. Lynn y George Pitcher se ganaron el viaje. Vaya que me alegré de no haber sido yo quien seleccionara el número de boleto, ya que eran los papás de Derek, el esposo de mi nieta Anne. Si yo hubiera escogido el número, seguramente habrían pensado que era chanchullo.

La página de dedicatoria en el último volumen de nuestra Mesa Redonda se lee:

En memoria de los  
Fundadores de la Primera Mesa Redonda de Palenque  
Quienes ya han partido al Otro Mundo.  
Siempre estarán en nuestros recuerdos.  
Jeffrey Miller  
Charles Smiley  
Paul Gendrop  
Bob Robertson  
Donald Robertson  
Martha Foncerrada de Molina  
Horst Hartung  
Martha Robertson  
Gene Stuart  
Sophie Coe

Y ahora, con tristeza, debemos agregar cuatro más:

George Kubler  
Floyd Lounsbury  
Linda Schele  
Beatriz de la Fuente

## DOS DESASTRES



Por supuesto que sucedieron cientos de cosas más durante esos veinte años de las Mesas Redondas, y muchas de ellas las compartimos Bob y yo antes de su muerte, el 12 de mayo de 1981.

Iba yo caminando en la acera frente a Na Chan-Bahlúm cuando un perrito se atravesó justo frente a mí, y como si fuera una cuerda en mis pies, caí en mis codos. Me llevaron al doctor en Palenque, y cuando puso mi brazo sobre la mesa de rayos X, me desmayé. Y cuando el doctor puso de nuevo mi brazo sobre la mesa, me volví a desmayar. Así que me mandó a casa diciendo que era solamente una caída severa. Solamente pude sentarme en una silla y así pasé toda la noche. A la mañana siguiente, Bob comenzó a sentir un terrible dolor en el estómago. Llamamos a otro doctor, quien dijo que Bob tenía apendicitis y que era necesario operarlo de inmediato. Cuando le dije que a Bob le habían extirpado el apéndice a los 21 años, se fue. En ese momento, nuestro amigo el médico de San Cristóbal entró a la casa, examinó a Bob y dijo que era sumamente necesario irnos de inmediato a la Ciudad de México para que atendieran a Bob en el hospital.

Llamamos a nuestro amigo, Augusto Molina, quien era el dueño de la Clínica Londres en la Ciudad de México, y cuyo hermano era el médico director. Unos amigos nos pusieron una muda de ropa en una mochila, me la colgaron al hombro y nos llevaron a Villahermosa para tomar el avión a la Ciudad de México. Nos esperaba una ambulancia en el aeropuerto. Atendieron inmediatamente a Bob. Luego un doctor me vió y me dijo: “¿Qué le pasa en sus brazos?” Hasta ese momento, nadie se había percatado de mí de lo preocupadas que estaban por Bob, como lo estaba también yo. Cuando me tomaron las radiografías, me dijeron que tenía los dos codos con fracturas severas. A lo que respondí: “Claro que no, podré tener uno, pero no los dos.” Lástima, cortaron mi blusa y me llevaron a la sala de operaciones.

Mi hija Bárbara llegó a México ese mismo día, y me sacó del hospital para poder atenderme en el hotel en que estaba quedándose. Me tenía que dar de comer como a un bebé, lavarme los dientes, etc. Estaba con yesos que salían perpendicularmente desde mis hombros. Era lo peor. Cada día, después de desayunar, íbamos al hospital y nos quedábamos allí todo el día con Bob. Después de la operación parecía ir de lo más de bien, y planeábamos regresar a Palenque diez días después de su operación, así que Bárbara regresó a California. Entonces me quedé con Kathryn Josserand y Nick; ahora era Kathryn quien me lavaba los dientes y demás. (Recordaba perfectamente toda esa bondad cuando repentinamente murió Kathryn en Palenque, en julio del 2006).

El día que íbamos a regresar a Palenque, Kathryn, Nick y yo fuimos al hospital para que dieran de alta a Bob y llevárnoslo. Había muerto quince minutos antes de que llegáramos de una embolia pulmonar. Eso fue el 12 de mayo de 1981.

Los Molina, Augusto y Martha, me llevaron a su casa. Su mucama se encargó de bañarme y darme de comer. Qué buenos amigos tenía. Debía yo ir al Ministerio para firmar el certificado de defunción. ¿Cómo podría hacerlo sin la posibilidad de usar mis manos para nada? Pero el empleado insistía en que debía yo firmar. Augusto trató de explicarle que estaba yo absolutamente imposibilitada para firmar o hacer cualquier cosa, y que él, Augusto, firmaría por mí. Pero el empleado seguía insistiendo en que solamente podía yo firmar el documento. Augusto en ese momento se volvió dándole la espalda, y aparentando tomar mi mano, firmó el papel. El empleado no se dio cuenta.

Bárbara y David llegaron inmediatamente, lo mismo que Jo Ann la hija de Bob y su hijo Jim. Bob fue cremado en México, y sus cenizas puestas en una urna que David llevó a Palenque. Todos mis amigos en Palenque se encargaron de organizar y arreglar todo; yo estaba totalmente inutilizada con los codos rotos en esos horribidos yesos. De la siguiente historia me enteré después, ya que mientras se hacían las negociaciones nunca supe nada. Fueron a la única iglesia de Palenque para solicitar el servicio para Bob, pero el sacerdote de allí se negó rotundamente debido a que su cuerpo había sido cremado. Todos sabíamos que tal “regla” no era cierta, pues la mamá de Martha Molina que era devota católica, había sido cremada cuando murió. Mis amigos fueron entonces con el padre que estaba en Escárcega, quien gustoso se ofreció a officiar, pero el padre de Palenque se rehusó a dejarlo entrar en su iglesia. Lo mismo sucedió con el padre de Catazajá.

Entonces mis amigos se pusieron en contacto con Fray Facundo Ramírez, el sacerdote de origen Ch’ol en la Misión Franciscana. Él había asistido a nuestra Primera Mesa Redonda y había conocido bien a Bob. Para él, era un honor asistirnos en el funeral. Pero cuando el padre de Palenque se enteró que iría, amenazó con prohibirle la entrada al cementerio en el que se llevaría a cabo la ceremonia. Para entonces, nuestro amigo, el presidente municipal de Palenque, Esteban Corzo Blanco, le dijo al sacerdote en cuestión que si se atrevía a impedir el funeral de Bob de algún modo, él mismo lo iba a meter a la cárcel. El presidente ya tenía a todo el cuerpo policial de Palenque estacionado entre la iglesia y el cementerio, con un buen número de elementos en la puerta del panteón. Tanto Fray Facundo como cuatro ch’oles más en sus hábitos cafés de la Orden, estaban presentes en el sitio de la tumba de Bob. Officiaron en ch’ol y los cantos fueron en Ch’ol. La música fue con marimba. Para mí fue sumamente conmovedor, precisamente como debía ser. Chéncho y sus parientes pasaron dos días enteros cocinando una tina enorme de tamales muy especiales. Otra tina del mismo tamaño estaba llena de cervezas, y una tercera con refrescos. Nos dijeron que era la ocasión en que más personas asistían a un funeral en el panteón de Palenque —docenas de la gente de allí, nuestros amigos de la Ciudad de México, de Villahermosa, Mérida, Escárcega y de todas partes. David Morales talló un busto de Bob que verdaderamente era idéntico a él.

Cuando acabó la ceremonia, me dijeron que debíamos arreglar una mesa con el retrato de Bob, que tuviera todas las cosas que más le gustaban, su pipa, su comida favorita, y grandes velas encendidas. Que tuviéramos mucha cerveza, cocas, tortillas y botanas porque la gente seguiría viniendo a dar sus condolencias

durante varias semanas. Todo esto era completamente novedoso para mí. ¿Pero saben a quién le hubiera gustado más que a nadie esta ceremonia ch'ola? A Bob. Realmente le hubiera fascinado.

## VOLCÁN EL CHICHÓN

Diez meses después de la muerte de Bob, sucedió otro desastre —la erupción del volcán El Chichón, el 28 de marzo de 1982. Los eventos que describo acerca del volcán son tomados de las notas que escribí en Palenque durante la erupción y mensajes de correo con algunos amigos. La noche del sábado 27 de marzo, estaba yo tomando un refresco con Chencho, Deleri y Charlotte Alteri en el patio de la casa de Chencho, adyacente a mi casa, cuando oímos un fuerte estruendo: “¡Búm, búm!” Pensamos que era un raro trueno de un relámpago, pero éste nunca se vio. Seguimos escuchando este “búm, búm.” Salimos al frente de la casa, y vimos al oeste, a lo lejos, una especie de fuegos pirotécnicos. No parecían rayos. Se vieron varias veces, pero definitivamente no eran rayos, ni cayó lluvia, así que nos fuimos a dormir.

Me desperté a las 6:00 a.m., cuando escuché que tocaban a la puerta. Era Moisés con un polvo blanco en las manos, preguntándome: ¿Qué crees que sea esto? Dije: “talco.” Al mismo tiempo vi una camioneta frente a la casa cubierta de polvo blanco, con unas 18 personas a bordo, todos cubiertos de blanco, como si los hubieran enharinado en un costal con harina. Ese era el primer carro que había podido salir de Pichucalco a la 1:30 a.m. cuando había comenzado a brotar lava del volcán El Chichón. Hice cuatro jarras de café, y salí corriendo a la tienda a comprarles roles de canela para que comieran algo. En el pueblo vi doce carros más. Un Volkswagen, camiones, unos cuantos coches y un autobús ADO de Villahermosa. Todos cubiertos con aquella blanca ceniza. No podíamos averiguar nada en la radio. No estaban transmitiendo noticias.

Pronto comenzó a caer ceniza sobre Palenque, y luego paró. Pensamos que eso sería todo. Para ese momento ya se escuchaban noticias de que dos pueblos cercanos al volcán estaban completamente sepultados bajo las cenizas. Nadie sabía cuánta gente había muerto. Algunos damnificados habían sido enviados a hospitales en Villahermosa, pero la mayoría había muerto.

El miércoles, Alfonso decidió ir a Villahermosa para conseguir llantas nuevas para mi Safari, ya que se habían desgastado demasiado en ese terrible viaje a Comalcalco y La Muñeca. Creo que la verdadera razón por la que quería ir a Villahermosa era para ver qué información podía obtener con respecto al volcán. El clima se veía bien, excepto que a un lado del camino en el tramo del aeropuerto hubo una colisión de tres vehículos: un Volkswagen “bocho,” un Renault, y otro coche. Alfonso vio todo esto suceder frente a él. Por lo que pudo frenar y hacerse a un lado antes de llegar a los autos en pleno choque. Ahí estaba Alfonso, sentado en mi coche, a un lado del camino pavimentado, cuando un camión que venía desde atrás a toda velocidad, para esquivar el accidente dio un volantazo y se impactó con toda fuerza contra mi coche con Alfonso dentro. Levantó y lanzó mi carro unos seis metros adelante, estrellándolo contra los otros tres vehículos que acababan de chocar.

Alfonso estaba totalmente noqueado, desmayado, y tenía una abertura de diez cm. en la parte posterior de su cabeza, en la base del cráneo. Tenía varias

costillas contusionadas y un gigantesco moretón en la parte interior del muslo. Cuando volvió en sí, se bajo del auto en shock, sin saber lo que hacía tomó los papeles del coche, el estuche de herramientas, y de entre todo, una de las llantas viejas que estaba en el asiento trasero. Comenzó a caminar llanta en brazo y todo ensangrentado en el medio de la carretera. Había mucha gente alrededor pero nadie ayudaba a Alfonso, hasta que un chofer de un autobús se paró y lo subió al camión para llevarlo al hospital en Villahermosa. Sin embargo, Alfonso insistió en llegar primero al Hotel Maya Tabasco para buscar a Luis Arreola, nuestro amigo reportero. Finalmente llegó al doctor, en donde le dieron varias puntadas en la cabeza. Como había tenido una conmoción, le dijeron que debía quedarse en absoluto reposo, en el hospital. Claro que Alfonso no iba a seguir esas órdenes.

Alfonso no tenía dinero. La policía le había quitado los 4000 pesos que yo le había dado para comprar las llantas. También se habían llevado el coche y no lo querían liberar para la compañía de seguros. En México, uno es culpable del crimen hasta que se demuestre lo contrario, y no al revés. Un amigo de Alfonso le había dado “mordida” al policía para evitar que lo metieran a la cárcel por una causa con la que no tenía nada que ver. Lo tenían retenido por tres cargos de negligencia criminal, primero por estar en un accidente, con el que nada tuvo que ver ya que estaba a un lado de la carretera. El segundo cargo por abandonar el vehículo, pero estaba en shock, y realmente no era muy recomendable que se quedara en el auto apilado sobre los otros tres accidentados. Había tenido suerte de no morir ahí mismo. Y el tercer cargo, era porque los papeles del coche no estaban en el coche, claro, porque los tenía él porque los iba a necesitar para conseguir las llantas. Lo que hacía y argumentaba la policía era totalmente ilegal, pero Luis finalmente lo arregló todo con una buena “mordida.”

Alfonso se quedó en cama en el hotel, como le había indicado el médico, pero todo el tiempo estuvo tratando de comunicarse con la compañía de seguros. Para entonces, no había suministro de luz eléctrica en Villahermosa, estaba tan oscuro como en Palenque. La compañía de seguros no dejaría que nadie más que el dueño se llevara el automóvil, y el dueño era yo. El sábado 3 de abril, a las 7:00 a.m., Manuel León iba a llevarme en su coche a Villahermosa para tratar de ver al abogado, y a la gente de la compañía de seguros. Ese mismo día, el presidente de México iba a volar a Villahermosa para ver los daños causados por el volcán. Había tantos damnificados de Pichucalco que los hospitales en Villahermosa ya no podían hacerse cargo de tanta gente. Se escuchaba por ahí que el gobernador pensaba que las erupciones ya habían acabado, por lo que había mandado a la gente de regreso a sus casas (más tarde lo corroboramos con la información que tenía nuestro amigo el periodista). Y fue justo entonces cuando sucedieron las erupciones más fuertes, el domingo 4 de abril, cuando los cientos de personas que habían regresado a sus casitas de las cercanías del volcán y todos murieron.

Por ahí de las 7:45 a.m., Manuel y yo notamos que se estaba poniendo muy oscuro. Chenchó pudo escuchar en la radio que El Chichón estaba teniendo más erupciones. En Palenque comenzó a caer ceniza nuevamente, por lo que tuvimos que abandonar en viaje, pero hice fotocopias de los papeles del coche, y una carta poder para que le regresaran el auto a Alfonso. Puse los papeles en el autobús de ADO que iba para Villahermosa. Nunca supimos qué pasó con esos papeles. Alfonso regresó a Palenque como a las 5:00 p.m. en un autobús de segunda. Como



Nuestra calle cubierta de ceniza del volcán El Chichón

la estación de policía permanecía cerrada, no podía hacer nada allí y no vio razón para quedarse en Villahermosa.

Estaba totalmente oscuro; así había estado desde recién entrada la tarde. La ceniza caía como si fuera una tormenta de nieve. Todo el siguiente día pareció como en constante media noche. Por la mañana había una pulgada de ceniza sobre todo Palenque. El porche de la casa, la acera, los árboles estaban tan pesados por la ceniza que habían caído al suelo, y nuestro gato Cele (que quiere decir “cola torcida” en cho’ol), que parecía un plumero lleno de polvo y le costaba mucho trabajo respirar. De pronto hubo un poco de luz durante un ratito, pero de repente



Cenizas del Chichón en Palenque

otra vez tan oscuro como a la media noche y con un silencio extraño —los pájaros no cantaban, los insectos no chirriaban, los perros no ladraban, no había ni un sonido. Los árboles más grandes empezaban a tronar por el peso de la ceniza. Ahora eran tres pulgadas encima de todo. Yo me quedé en la biblioteca todo el día, ya que estaba entrando mucha ceniza a la casa. Sellé todas las ventanas de la biblioteca con cinta para ductos, aunque las ventanas estaban ya selladas. Pero no podía arriesgarme a que entrara ceniza allí, por lo que tampoco podía encender ni el deshumidificador ni el aire acondicionado. Tenía una sola vela, y la estaba cuidando ya que no tenía idea de lo que iba a suceder, ni de qué iba yo a hacer.

Los bananos estaban tronando por el peso de la ceniza, y el bello árbol de tulipán frente a la casa se había caído al suelo. Tenía muy poca agua, así que no podía jalar el escusado, ni lavar los trastos, ni bañarme. Los ganaderos estaban muy preocupados, pues pronto perderían su ganado, y Palenque es un lugar de mucho ganado.

A veces, escuchaba un fuerte “búm,” pero no sabía qué era. Saqué mi linterna por una rendijita de la puerta y todavía parecía como si cayera una terrible tormenta de nieve como las que ocurren en el noroeste de los Estados Unidos. Toda la gente estaba ahora tratando de palear la ceniza de los techos, lo cual era difícil en la oscuridad. Chencho vino a decirme que un restaurante estaba abierto en el pueblo “El Maya,” pero que era necesario andar a través de los dos pies de ceniza acumulados en la entrada. Era imposible caminar sobre la ceniza —los pies se hundían totalmente hasta el suelo, por lo que la ceniza llegaba hasta nuestras rodillas.

El siguiente día, el 5 de abril, probablemente fue el peor. Había un poquito de luz, pero la tormenta de ceniza continuó todo el día y la noche. Las ventanas de mi casa eran de pestañas y manivela, y como algunas pestañas de vidrio estaban rotas, se metía la ceniza y estaba sobre las mesas, las camas, los gabinetes, los trastes y en todo el piso. Paleaba ceniza de la entrada, pero diez minutos después estaba apilada nuevamente. Era imposible de controlar. Cayeron seis pulgadas más durante la noche. Para la mañana siguiente ya tenía dos pies de profundidad en nuestra calle. Todos en La Cañada estaban tratando de palear la ceniza de sus techos antes de que cedieran bajo el peso. Mi techo parecía aguantar; supongo que debido a que recientemente le habían cambiado el guano. Al día siguiente, todos nuestros 18 árboles de banano habían caído.

Los pájaros y los animalitos pequeños, y nuestros amados monos que diariamente venían a la casa debían haberse muerto, pensábamos, ya que no se oía absolutamente nada. Mantenía a mi perrito Chinkultic encerrado en el Xibalba bajo la biblioteca, por lo que creía que podría sobrevivir, pero acerca de mi pobre gato, tenía serias dudas. Una amiga vino a decirme que estaba muerto sobre la ceniza frente a la casa. Salí con mi linterna para ver. Cele no había muerto aún. Lo traje a la casa, le lavé toda la ceniza de los ojos que ya se le habían sellado, le cepille la que tenía en todo el pelaje, y comenzó a moverse de nuevo. No sabía qué hacer para evitar que se saliera. Los ganaderos estaban ya preocupadísimos porque todo su ganado estaba muriendo.

Una peor erupción ocurrió el lunes. En Palenque fue donde pegó durísimo en cuanto a la caída de ceniza en todo el estado de Chiapas, excepto por las cuatro rancherías cercanas al volcán: Francisco León, Niapa, Volcán y Guayabal, que resultaron cubiertas de lava. El mismo camión que estaba frente a mi casa lleno de gente cubierta de ceniza el primer día había recogido niños en los caminos, cuyos padres previendo que morirían; los habían dejado a la vera del camino esperando que alguien los recogiera. Algunos fueron salvados de ese modo.

Palenque fue declarada área de desastre. Los soldados estaban en el camino para evitar que nadie entrara al pueblo. No había agua. Cuando todo comenzó, teníamos un botellón y medio de agua, de los de cinco galones. Pensábamos que sería suficiente si lo usábamos solamente para tomar agua y hacer café. Al principio lavábamos trastes, pero antes de secarlos ya estaban cubiertos de ceniza. Nos dimos por vencidos y usábamos platos desechables que manteníamos al revés hasta que servíamos la comida en ellos, ya que de otro modo estaríamos comiendo mitad alimento y mitad ceniza. Cada quien usaba su vaso que mantenía boca abajo, nunca lo lavamos. Lavar la ropa no entraba siquiera en consideración. Todo el tiempo usaba un paño húmedo sobre mi boca y nariz, excepto cuando estaba en la biblioteca. Mantenía un tapete grueso en la entrada, y cuando entraba, me

quitaba la ropa llena de ceniza y la colgaba en un gancho, entraba en la biblioteca y me ponía pantalones y playera limpios sobre otra toalla enrollada contra la puerta. La bastilla de mis pantalones se desprendió, como si la hubiera cortado con tijeras. Las suelas de mis tenis se deshicieron. Esa ceniza era como cristal molido.

Había sellado las ventanas de mi recámara, y había apilado todo lo que quería proteger en un lado de la cama. Yo trataba de dormir del otro lado, sobre la sábana con ceniza, que por más que la sacudía, se volvía a cubrir. Estaba a 29 grados centígrados, y encerrada en esa recámara a las 4 de la mañana, no podía soportarlo más. Así que me iba a la biblioteca. Si hubiera habido electricidad hubiera podido usar un ventilador, pero ahí también la temperatura era de 29 grados centígrados. Casi todo el tiempo tenía mi velita solamente, pero eso era mejor que estar encerrada en la recámara.

Deleri se enfermó, y también su bebé. Tenían ceniza en los pulmones. Sólo Chencho podía ayudar. Todos los parientes de Chencho en el Valle de Tulijá habían perdido sus casas; se habían colapsado todos los techos. Así que estaban o quedándose en la casa de Chencho en el pueblo, o con Chencho y Deleri en mi casa.

Casi toda la gente que tenía coche en Palenque se había ido para Cancún, huyendo de la ceniza. El alcalde y su familia. De las dos grandes familias Morales, todos se habían ido, menos Moisés. Muchos trataron de convencerme para que me fuera con ellos, pero no me podía ir dejando todo mi trabajo, mis dibujos, mis fotos y mis negativos, y mis libros, más todo el material de investigación que tenía para *The Sculpture of Palenque* de la Princeton Press.

Charlotte estaba ahí conmigo, lo que me era de gran ayuda. Pero todos los demás se habían ido. Alfonso me había dado una pistola para tener bajo la almohada, ya que había muchísimo saqueo, sobre todo de gente que no era de Palenque. Afortunadamente nunca tuve que usar ese revólver. A decir verdad me daba miedo, porque soy muy buena tirando con rifle o escopeta, y me daba miedo ir a matar a alguien si le apuntaba.

Mi amigo Guillermo Aldana, de la National Geographic fue a hacer un reportaje del desastre de El Chichón. Necesitaba a una persona que conociera bien al área y a la policía para protegerlos. Así que Alfonso fue, con su cabeza todavía vendada. Regresaron reportando haber visto perros, gatos y vacas muertos sobre un paisaje que parecía la superficie lunar. Recuerdo que Alfonso me dijo con lágrimas en los ojos que había visto el brazo de un pequeño niño sobresaliendo de la capa de cenizas.

Nuestra poca cantidad de agua no duró mucho con tanta gente necesitándola. Así que nos quedamos sin agua. Un amigo pasó en su jeep esa tarde, realmente era un milagro, porque nadie con coche había pasado por allí en días. Como ofreció ayudarnos, le pedí que fuera a la compañía de agua a ver si tenían algunos botellones. Por suerte tenían dos, ya que nadie había podido llegar allá para comprar agua. Pero luego, con todos los parientes de Chencho que necesitaban agua en la casa, también esa se acabó pronto. Chencho resolvió el asunto —nos robamos el agua del tanque de la casa de atrás. No nos sentimos culpables, ya que en ese momento no había nadie viviendo allí.

Lo que había pasado era que el abastecimiento del agua de la ciudad, que viene desde las ruinas y del Río Chacamax, no corría en las tuberías porque estaban totalmente tapadas con cenizas. Tanto que en algunos puntos se habían quebrado.



La Casa C del Palacio llena de ceniza volcánica

La ceniza estaba tapándolo todo. La ciudad había pedido camiones que vinieran a quitar los cuatro y a veces cinco pies de ceniza que cubría la calle principal. Se las llevaban y las echaban a las afueras de Palenque, de modo que cuando soplabla el viento, las cenizas regresaban al pueblo.

Algo muy notable era la ausencia de cucarachas, arañas y lagartijas en todas partes. Hasta mi lagartija de cinco centímetros que vivía al lado del fregadero se había ido. Estaba segura de que se había muerto, pero unas seis semanas después apareció justo en el mismo sitio. En esos mismos días, el pajarito amarillo que venía al pretil de la ventana junto a la estufa, estaba de vuelta. De algún modo la habían librado.

Las cosas seguían bastante mal, ya que después de dos semanas no había muchas cosas de comer que uno pudiera comprar en las tiendas. Los camiones repartidores no habían venido a Palenque aún. Teníamos algo de comida enlatada, pero no gran variedad, así que comíamos lo que fuera sólo para mantenernos vivos. Perdí varios kilos, lo cual ciertamente no era lo mejor para mí. La pascua llegó y se fue. Nadie estaba en las ruinas, cuando en esas fechas el año anterior habían estado 6000 visitantes. No había llovido aún. Ya nos estábamos hartando de usar trapos mojados sobre la nariz y la boca. Aunque ya no caía ceniza, con cada viento, por más suave que fuera, soplabla la ceniza de la calle hacia dentro de las casas. Algunos techos más seguían desplomándose. El de Pemex en el pueblo, y varios más ahí mismo en La Cañada. Yo pensaba que había estado protegiendo mis pulmones usando los trapos mojados, pero de repente me di cuenta que si se me había ido ceniza a las vías respiratorias, porque cada mañana tosía como tres horas, y me dolían mucho los oídos, así que también debían estar llenos de ceniza.

Cuando tomé un taxi para ir a las ruinas —todavía no tenía coche— el paisaje era increíblemente bello. Blanco, todo blanco —los edificios, los árboles, el suelo. Tomé muchas fotografías. El Patio del Este estaba divino, todo bañado de blanco. Las figuras de los prisioneros en el lado este, en lugar de mostrar sus restos de pigmento rojo, brillaban en blanco. Y el piso del patio parecía como lleno de nieve, que nadie había pisado aún. Así que simplemente me paré ahí en medio, en aquel silencio, admirando profundamente esa belleza, resultado de tan terrible desastre.

No tuvimos lluvia durante seis semanas, luego, cuando finalmente cayó, también lo hicieron muchos techos más que ya de por sí estaban cargados de cenizas. En las ruinas, especialmente en las figuras del Patio del Este que están en inclinación, la lluvia mezclada con las cenizas que eran como vidrio molido, hicieron un trabajo de desbaste. Toda la pintura roja se limó. Mis fotografías son el único documento que existe ahora para probar que alguna vez aquel pigmento estuvo allí.

La segunda erupción, el 3 de abril, duró 30 minutos, pero la tercera, el domingo de ramos, duró 45 minutos y esta vez estuvo acompañada de flujo piroclástico, gas hipercaliente, polvo y vapor de agua, que alcanzó temperaturas de 788 grados Celsius, y salía a una velocidad de cien millas por hora en brotes de 60 por 150 metros. La ceniza que expelía, duró unos 14 días más. Cuando ocurre una erupción de este tipo, hay una gran cantidad de piedra pómez pulverizada con los gases que salen, incluidos ácido sulfúrico, carbón y óxido sulfúrico. Así que hay muchos ácidos tóxicos que se expulsan a la atmósfera con gran fuerza. Esto afectó el clima del mundo entero durante varios años.

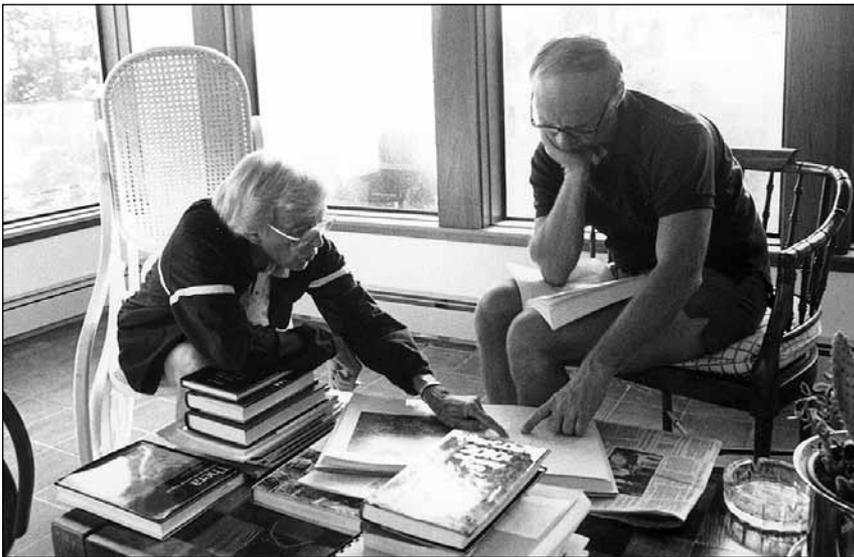
## PROYECTO GRUPO DE LAS CRUCES



Iniciamos las investigaciones arqueológicas del Grupo de las Cruces en 1996, principalmente por el interés de Don Marken, quien proporcionó buena parte de los fondos para las investigaciones en los años que siguieron. Este era un proyecto conjunto entre el Pre-Columbian Art Research Institute (PARI) y el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México (INAH). Lo llamamos Proyecto Grupo de las Cruces.

El Radar de Gran Penetración de Suelo (GPR por sus siglas en inglés), fue utilizado para el Proyecto del Grupo de las Cruces por Bill Hanna y Pete Petrone. Lo coordinó Lee Langan. Alfonso Morales fue el director de investigación, y ha sido así hasta el presente. Durante este proyecto me he dado a la tarea de pintar varias vistas de las familiares ruinas.

Desafortunadamente Don murió antes de que pudiéramos completar nuestra investigación en el Templo XIX. Fue en este raro templo que se descubrió la plataforma tipo altar que tiene gran cantidad de textos glíficos y los retratos de tres figuras en su lado oeste y siete en el sur, y la figura central que es un rey muy



Merle con Don Marken planeando el Proyecto Grupo de las Cruces



Equipo del GPR: Pete Patrone, Roger Helmandollar, Bill Hanna con Merle

importante de Palenque: K'inich Ahkal Mo' Nahb. El otro importante hallazgo en este templo fue el panel vertical de piedra caliza tallada con K'inich Ahkal Mo' Nahb y dos figuras de otros personajes presentes en un lado, y del otro lado una bella figura de estuco policromado. Con la restauración de este templo se ha podido constatar que la preservación del pasado que permite dar acceso al turismo produce que otros investigadores hagan lo mismo.

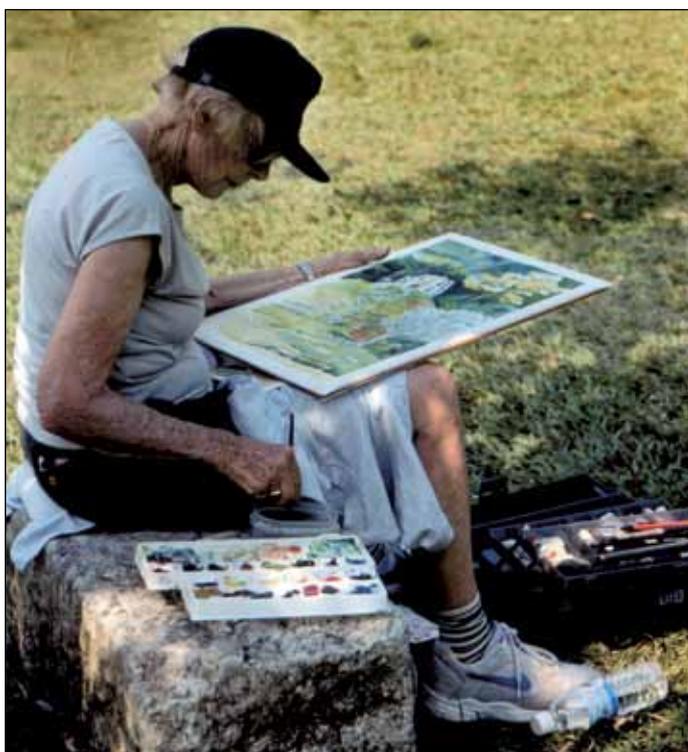
Las últimas calcas que hice en Palenque, fueron de los intrincados y finamente esculpidos paneles en las caras sur y oeste de la plataforma del Templo XIX. En total hay diez figuras, más varias líneas de glifos que incluyen los nombres de las figuras. La figura central en el panel del sur es el gobernante de Palenque K'inich Ahkal



Julie Miller y Alfonso Morales, Director de Investigación



El Templo de las Inscripciones



Merle en la Plaza Stephen, pintando mientras se hacían los recorridos con el GPR



Réplica del relieve de la columna del Templo XIX en el lugar del original



La presentación de Merle de una de las figuras rojas en los muros de la tumba del Templo XX



Calca de una porción de la plataforma del Templo XIX



Mo (Maureen Carpenter, Directora de Excavación del Templo XIX) con Kirk Straight

Mo' Nahb, en su representación que los arqueólogos conocen hoy como la deidad GI, quien se inclina a recibir de la figura a su derecha la banda que colocarán en su cabeza. Este rey gobernó, aparentemente, por dos décadas. El texto en la cara sur es único en la epigrafía maya, porque es un registro de episodios míticos que no se encuentran en ningún otro lado de Palenque, o del mundo maya.

Las calcas de esta plataforma fueron elaboradas en fino papel de morera, o papel arroz, con tinta sumi para poder plasmar los intrincados detalles de los glifos. El simple hecho de ver cómo aparecía cada pequeña línea conforme aplicaba la muñequita entintada era sumamente emocionante.

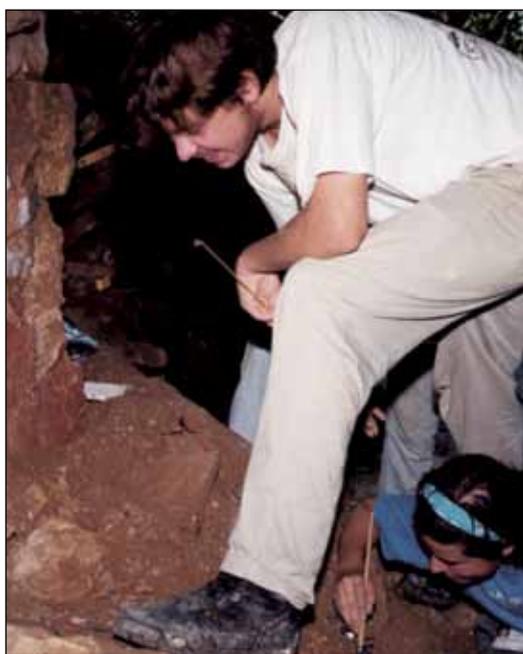
El cercano Templo XX tiene una tumba más temprana bajo una etapa constructiva más tardía. Aunque no hemos estado físicamente dentro de la tumba, sabemos lo que hay dentro: nueve figuras de tamaño natural



Merle y Lee Langan llevando la Bandera del Club de Exploradores #139



Viendo por primera vez el interior del Templo XX en la computadora



Damien Marken excavando en el Templo XIX

pintadas sobre muros de color rojo, por un artista estupendo que trabajaba muy rápido. Hemos podido ver todo esto a través de una pequeña camarita digital suspendida dentro de la tumba mediante un hueco de 10 cm. a la altura de la piedra angular de la bóveda. Para hacer los dibujos de estas figuras, usé varias fotografías que finalmente mostraron la figura completa tal y como estaba pintada en el muro. Maureen Carpenter estuvo a cargo del proyecto entonces. Debo hacer una nota aquí, acerca de que Lee Langan y yo llevamos la Bandera No. 139 del Club de los Exploradores en 2003, cuando se estaba llevando a cabo el trabajo en el Templo XX.

## SECUESTRO DE PETER EN EL CAYO



Hubieron tantas versiones distintas acerca del secuestro de Peter Mathews con todo y sus trabajadores (a todos los mantuvieron como rehenes) en El Cayo en junio de 1997, que cuando fueron liberados, Peter y yo nos sentamos en mi recámara en Palenque, donde no lo interrumpieran, y me dictó la verdadera historia acerca de lo que sucedió en El Cayo. El Cayo está a dos tercios del camino río abajo yendo de Yaxchilán a Piedras Negras. Había un buen número de ch'oles de diferentes procedencias viviendo en el área, quienes no eran del todo amigables los unos con los otros.

Antes de que Peter saliera para El Cayo con su colega de Palenque Mario Aliphath, Peter me dijo que iría para allá, y que esperaba llevar el bello Altar 4 de El Cayo, un monumento que conmemoraba la terminación del katún de veinte años 9.5.0.0.0 (731 AD) por Aj Chak Wayib, un subordinado del gobernante de Piedras Negras, a la comunidad maya en Frontera Corozal. La parte superior del Altar está labrada con la figura de aquel señor cargando una cabeza humana a modo de mochila al hombro. El texto se encuentra en toda la parte superior del altar, alrededor de la circunferencia y en los tres soportes. El altar de 1.2 metros de diámetro y 60 cm. de altura está en condiciones prístinas. Los planes eran que Mario vendría por mí a Palenque para ir a hacer una calca para registrarlo. El trato era que si en cuatro días no sabía yo nada de ellos, sería indicio de que algo andaba mal, y mandaría a alguien para averiguar.

Peter y Mario habían trabajado en El Cayo en dos temporadas previas. De hecho fue en 1993 cuando hallaron el altar. Acababan de estar en El Desempeño para platicar con los habitantes y convencerlos de que los dejaran continuar trabajando en El Cayo, cuando les informaron que habían sucedido atentados de saqueo en el altar, y lo habían reportado al Consejo de la Comunidad Lacandona, que a su vez informaba al INAH. La seguridad del altar inmediatamente se convirtió

en prioridad máxima. Los habitantes de El Desempeño estuvieron de acuerdo en que debía llevarse a un lugar más seguro. Frontera Corozal, río arriba de El Cayo y Yaxchilán, era el lugar más lógico, ya que ahí estaba la oficina principal de los asuntos de la Comunidad Lacandona. De Frontera Corozal mandaron a dos representantes de su consejo, y cinco hombres más para acompañar a Peter en su regreso a El Cayo. El plan era transportar el altar a vuelo en helicóptero, hasta Frontera Corozal, de modo que estuviera a salvo, resguardado por los mayas ch'oles, cuyos ancestros habían labrado el altar. Tenían el permiso del INAH para llevar esto a cabo.

Peter, Mario y otros tres arqueólogos mexicanos llegaron el miércoles 25 de junio, y fueron bien recibidos por la comunidad. Al día siguiente comenzaron a re-excavar el altar (el cual habían re-enterrado previamente para su protección). El viernes 27 de junio, cuando llegaron ante el altar, fueron recibidos y confrontados por entre sesenta y setenta ch'oles de diferentes comunidades de los alrededores de Desempeño. Los tuvieron prisioneros todo el día.

Para entonces, en Palenque, sabíamos que algo había sucedido a los arqueólogos. Alfonso Morales, el investigador en jefe de nuestro Proyecto Grupo de las Cruces, mandó exploradores para averiguar su paradero y ver si alguien sabía qué estaba sucediendo. Sabíamos que los tenían como rehenes, pero eso era todo. Na Chan-Bahlúm pronto se convirtió en la cede de atentos para rescate, así como para la comunicación entre México, Canadá, Australia y los Estados Unidos. La red de soporte y noticias entre los cuatro países estaba o en nuestra casa físicamente, o por teléfono las 24 horas. Teníamos que tener las líneas libres.

Contratamos un camión de uso rudo, lo llenamos con cobijas, comida y un buen botiquín de primeros auxilios. Alfonso Morales y Christopher Powell se fueron en coche y se internaron en la selva. Llegaron hasta Nuevo Jerusalem tratando de encontrarlos. Se habían llevado a varios jesuitas que sabíamos que la gente en el área de El Desempeño consideraba amigables, de modo que pudieran hablar con ellos y obtener información, si es que sabían algo. Contratamos una avioneta para explorar a lo largo del río. Peter y Mario la escuchaban sobrevolando cerca, pero entonces ya se habían escapado y habían cruzado el río al lado guatemalteco y se estaban escondiendo. Pero esto se me está adelantando.

El grupo de Peter con todo y sus trabajadores estaban como cautivos en la Plaza de El Cayo. A pesar de que tenían los papeles de autorización del INAH y se los habían mostrado a la gente de las aldeas que estaban en confrontación, y por más que les habían dado explicaciones acerca de que estaban tratando de proteger el altar, no los habían escuchado para nada. Dos de los hombres de El Desempeño habían sido atados a un árbol por un día entero por haber tratado de explicar la situación. A Peter le ordenaron pagar diez bultos de cemento y varios más de arena para cubrir el altar. Luego les dijeron que deberían pagar 15,000 pesos (la paga de 100 de sus hombres por tres días). Como Peter no tenía suficiente dinero en El Cayo para pagar dicha suma, se llevaron sus novecientos dólares en cheques de viajero, el efectivo de todos los presentes, las cámaras, el equipo de campo, las notas de campo, sus mochilas personales y sus botas, esto último para prevenir que escapasen vivos. Les dijeron entonces que ya se podían ir, pero al acercarse al río, les dispararon por detrás, a todos los golpearon con las culatas de los rifles. A Peter le rompieron la nariz y los lentes, Aliphath quedó mal herido, y las costillas de Martín Arcos rotas, lo mismo que su bazo.

Cuando les dijeron que todos se debían formar, Peter pensó que los iban a matar ahí mismo. Fue entonces que les dijo a los hombres de Frontera Corozal que corrieran tan rápido como pudieran, porque sabía que no podían nadar. Los demás corrieron hacia el agua tan rápido como les fue posible en plena oscuridad. De casualidad encontraron una canoa de tronco en el río, en la que pusieron a Martín que de verdad estaba mal, y a Mario Aliphath (que no sabía nadar), mientras que Peter y los otros dos arqueólogos mexicanos guiaban la canoa en el alto río Usumacinta, en la plena oscuridad de la noche, hacia el lado guatemalteco. Se escondieron en la selva hasta que amaneció, y partieron a pie descalzo y en gran dolor hacia Piedras Negras. Escucharon la avioneta que habíamos enviado, pero no se atrevieron a acercarse a la orilla del río porque temían que les dispararan o que los persiguieran desde el otro lado. Como uno de los hombres todavía traía su sombrero de piel, lo cortaron en cachos y se los amarraron a los pies con lianas; las serpientes venenosas de la selva son mortales, pero afortunadamente no encontraron ni una.

Caminaron todo el día a través de la selva, y en plena lluvia durante buena parte del día. Peter dijo que estaban andando en círculos. No tenían ni agua ni comida. Al día siguiente, un bote que iba río abajo para llevar provisiones al campamento de Piedras Negras rescató a Peter y a sus cuatro compañeros. Al día siguiente el bote los llevó de nuevo río arriba; al acercarse al área del ataque, se escondieron bajo una lona para que no los fueran a ver. Llegaron a Frontera Corozal el 30 de junio, luego fueron transferidos a un camión que los llevó a Palenque con una escolta militar. Un grupo que daba pena mirar, todos golpeados, con la ropa rota, sin zapatos, ojos morados, y Peter sin lentes.

Inmediatamente llevaron a Martín Arcos al hospital, en donde lo operaron por una fisura del bazo. Fueron varios días de incertidumbre en cuanto a si viviría o no. El doctor que había operado a Martín lo sacó del Hospital General de Palenque, y lo ingresó en su clínica privada a las orillas del pueblo. Fui a ver cómo estaba evolucionando Martín, pero el doctor me hizo entrar primero en su oficina. Quería que ahí le pagara por la cirugía y la hospitalización de Martín, lo cual ya había pagado en el otro hospital. Le dije que no iba a pagarle dos veces, a lo que me respondió que entonces no dejaría que Martín saliera del hospital hasta que no se hiciera el pago.

Yo le dije que eso le iba a costar muy caro, porque no pensaba yo pagar doblemente. Un par de días después, los parientes de Martín llegaron de Frontera Corozal exigiendo que se le diera de alta del hospital. Simplemente sacaron físicamente a Martín, y no había nada que el doctor pudiera hacer. A mi siguiente arribo a Palenque, el hospital ya estaba cubierto de tablas en puertas y ventanas; por supuesto estaba fuera de servicio y aquel doctor se había ido de la ciudad.

## N.G.S. Y LA LLUVIA ÁCIDA

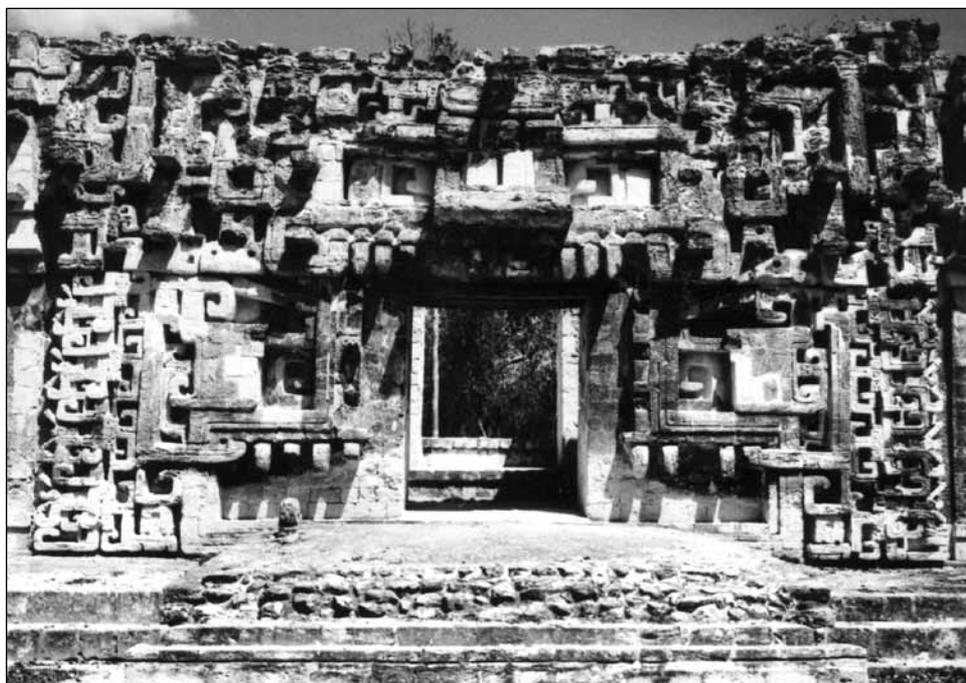


La lluvia ácida y la deposición de partículas estaban devastando las esculturas mayas en todo Mesoamérica. La National Geographic Society me otorgó dos becas, una en 1985 y otra en 1987 para corroborar las causas de tanta destrucción en los monumentos. Ya se sabía desde un tiempo antes que la lluvia ácida estaba arruinando las esculturas de todo el mundo, como nuestro Lincoln Memorial en Washington, y las famosas catedrales góticas en Europa. Los contaminantes químicos de las refinerías y áreas industriales que, cuando sopla el viento, son llevados a cientos de kilómetros de distancia de los lugares en que se producen, son la herramienta más poderosa para la destrucción de la piedra.

La lluvia ácida en la Península de Yucatán y en Chiapas resulta de los óxidos de nitrógeno y el dióxido de sulfuro que viajan en la atmósfera superior, afectados químicamente por el sol y la lluvia, y finalmente caen sobre los monumentos en



Impacto de la Lluvia ácida en una pilastra del Templo de las Inscripciones



Erosión por la lluvia ácida en Chicanná

forma de dióxido de sulfuro y ácido nítrico.

La deposición de partículas, algunos restos materiales y vegetales acumulados sobre los monumentos, es uno de los peores culpables. Cuando la lluvia toca estos restos acumulados, destruye la roca de igual manera que lo hace la lluvia ácida. Si la lluvia cae con fuerza sobre el monumento, arrastra el acumulamiento de restos, pero si la lluvia cae en dirección contraria al monumento, en lugar de limpiarlo del acumulamiento de restos, se une a ellos. Un buen ejemplo de esto es el Gran Juego de Pelota en Chichén Itzá, en donde se encuentra mucho más de esa costra negra de material acumulado en el lado oeste que en el este.

Otros agentes destructivos para los monumentos incluyen el crecimiento natural de la selva, con líquenes, algas y hongos que se fijan solos a la piedra, comiéndose la superficie en lugar de los nutrientes naturales que encontrarían en el suelo. La porosa superficie de la piedra caliza es una vivienda ideal para algunos animales microscópicos que producen pequeños huequitos en la piedra. Volcanes como El Chichón, cerca de Pichucalco, que es rico en sulfuro, también son enormemente destructivos; este volcán depositó una fina niebla de ácido sulfúrico, más densa que cualquiera otra nube volcánica que se haya producido desde la gran erupción del Krakatoa en 1883.

El vandalismo, lo cual creí que encabezaría la lista de destructores de monumentos, sorprendentemente está al final. Esto no quiere decir que el vandalismo no juegue un papel importante, claro que sí. El pié del niño en la Pilastra C del Templo de las Inscripciones fue arrancado a plena luz de día en una ocasión que estaba viviendo en Palenque. Han saqueado monumentos completos en el área de Campeche. El poder hablar con los lugareños de las diversas áreas que cubrí en mis estudios ha sido uno de los aspectos más gratificantes.

# YUCATÁN



Antes de entrar en Yucatán, voy a hablar acerca de mi amiga por más de cuarenta años —Joann Andrews de la Quinta MARI, de Mérida. Trabajé para su esposo, Bill (E. Wyllys Andrews IV) ilustrando las cerámicas de Dzibilchaltún. Joann ha hecho de la Quinta MARI mi “casa fuera de casa” durante todos estos años. Tengo una habitación especial “Merle’s Room.” Toda su amplia familia son mi familia también —primero Modesta, ahora Tránsito, y todos sus hijos. Joann es una persona extraordinaria, pequeña, encantadora, que sabe mucho de cualquier tema, pero especialmente en cuanto a orquídeas y a caballos. Los libros que ella ha escrito acerca de las orquídeas del Yucatán se suplementan con los cientos de orquídeas en Quinta MARI.

Diariamente juega tenis en la cancha de su casa, y también monta todos los días. El montar se ha visto coartado en varias ocasiones en las que Joann o se cayó del caballo, o este le pasó encima, en cualquier caso casi matándose.

La fama de Joann es primeramente por su incansable labor de recaudar fondos para la conservación. La gigantesca reserva natural en el área Chenes-Río Bec, la más grande de Mesomérica, se le debe a Joann y su trabajo como presidenta de Pronatura.

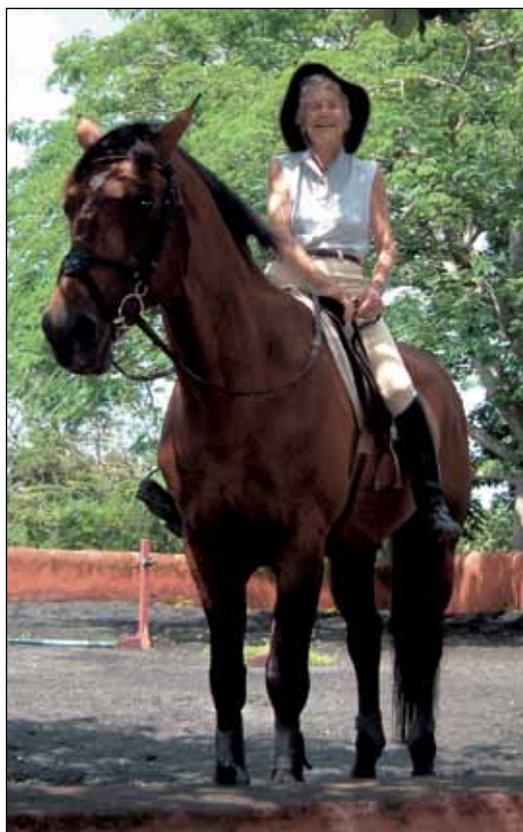
Su hija Wiggie ha sido mi protegida, trabajando con Ed Kurjack y conmigo,



Joann como anfitriona de la cena de Navidad



Joann Andrews



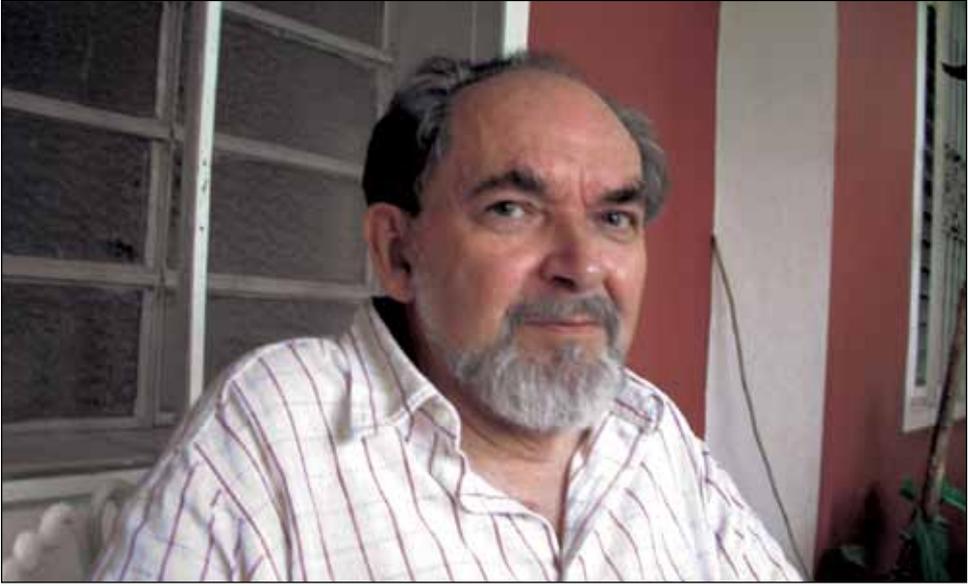
Joann en su caballo

casi todo el tiempo que hemos estado en Chichén Itzá. Wiggie también ha ido conmigo a Europa, rastreando esculturas que alguna vez estuvieron en Palenque, o en mis expediciones para pintar, y ha sido también de gran ayuda organizando las Mesas Redondas de Palenque.

El hacer mis calcas en la Península de Yucatán fue muy diferente de cuando las hice en la selva de El Petén. Ed Kurjack y yo trabajamos juntos en Campeche, Yucatán, Quintana Roo y Belice. Conocía el terreno como la palma de su mano. Ed era la mejor persona con quien uno podía trabajar. Sabía cómo tratar a toda la gente, desde oficiales del gobierno, hasta los trabajadores de los pueblitos. No había algo que dejara de hacer por sus estudiantes, desde pagar su propio boleto a la ciudad de México para apoyarlos en algún asunto, como el guiarlos con sus tesis. Siempre sabía en donde conseguir a los



Wiggie, Ed Kurjack y Merle en Chichén



Peter Schmidt

mejores trabajadores para nuestros proyectos. A todo mundo le caía bien Ed, y consideraban un gran privilegio el trabajar con él. Ed se convirtió en un muy querido amigo mío a raíz de tantos años que trabajamos juntos en Yucatán.

## CHICHÉN ITZÁ

Después de trabajar en monumentos del Petén y especialmente en los delicados paneles de Palenque, me costó mucho trabajo apreciar la burda escultura de Chichén Itzá, muchas muy parecidas, sin embargo diferentes, pero ninguna con el detallado grabado de Palenque. Era fácil percibir que había una escuela de talla en piedra en Chichén, en donde se aleccionaba a los neófitos dejándolos trabajar porciones de las columnas que no tenían importancia mayor, y en las cuales los artesanos expertos trabajaban las partes más importantes, especialmente las caras.

En Chichén Itzá, el doctor Peter Schmidt, otro querido amigo mío, estaba de hecho a cargo de nuestro Proyecto Chichén, al ser el arqueólogo del INAH encargado de Chichén. Todos quienes han trabajado con Peter lo quieren —un hombre calmo, inteligente, una persona que da importancia y se ocupa de las cosas, les da crédito a sus trabajadores y los ayuda a salir adelante.

En Chichén Itzá, Wiggie Andrews, Carlos Carmona, Ed y yo nos convertimos en un buen equipo, trabajando siempre juntos en el Proyecto de las Calcas.

El Gran Juego de Pelota fue nuestro primer quehacer en Chichén. No sé porqué escogí lo más difícil para iniciar. Pero sí sé que cuando estábamos comenzando a hacer los paneles de los juegos que están en los taludes, pensé que iba a ser imposible acabar. Comenzábamos temprano por la mañana, pero a eso de las ocho, el viento tiraba el papel cuando estábamos empezando a humedecerlo. Don Benke, mi amigo que era dueño de una fábrica de tiendas y toldos en San Francisco, llegó a nuestro rescate haciendo tiendas a rayas blancas con azul, cada una de unos tres metros y medio, que se conformaban con el talud del Juego de Pelota y tenían



Calca de una parte del Gran Juego de Pelota

zippers que se podían abrir para dejar pasar el aire. Las usamos para trabajar en todos los paneles del Juego de Pelota, lo mismo que en las Columnas de Noroeste. El hijo de Lois Benke, Tim McGill, trabajó por dos temporadas con nosotros en el Gran Juego de Pelota. Tim se hizo indispensable. Nos llevó tres temporadas terminarlo.

Nuestro equipo en el Templo Bajo del Jaguar, consistió de Ed, Carlos, Tim, Bill Ringle, y yo. Logramos hacer calcas de todo el edificio, incluso las partes que Maudslay no pudo incluir. En las partes altas, estábamos en andamios hechos con tabloncillos de madera de 30 cm. de ancho. Ahí descubrimos que hubieron mujeres guerreras.



Elayne Marquis ayudando con las calcas

La empresa más grande que llevamos a cabo en Chichén, fueron los recintos de las columnas, el Este y el Noroeste. Parecía imposible de lograr. En aquel entonces, todavía podía yo conseguir papel arroz grueso de Japón, de 1 x 2 metros; sino no hubiera podido realizarlos. Como se llevó tres temporadas el lograr todo aquello, siempre tuvimos una buena cantidad de equipo —Ed, Wiggie,

Carlos y yo, además de otros cuatro trabajadores de Peter, del INAH, y varios más. En uno de esos años, mi nieta Blair nos estuvo ayudando, lo mismo que Elayne Marquis, Willy Kohn con doctorados en media docena de profesiones, y Félix Villalba de Madrid, España.

Ed, Carlos y yo estábamos haciendo las calcas de los dinteles en el cuerpo superior del Cuadrángulo de Las Monjas. Habíamos terminado todas esas piezas difíciles, excepto por el dintel 7A, al exterior del edificio. Tenía que irme por unos momentos y les dije a Ed y a Carlos que no haríamos ese dintel pues era demasiado peligroso. Significaba el tener que colgarse hacia el exterior en donde una caída los podría matar. ¿Adivinen qué? Por supuesto que amarraron la cuerda haciendo con ella un columpio que se anclaba en algunas rocas del edificio, y Carlos se colgó en el columpio por afuera para hacer el dintel. La respuesta de ambos fue: "No podíamos dejar de registrar este dintel tan importante, Merle."

Wiggie con un par de ayudantes estaban registrando el color en el Templo del Chac Mool, en la parte de abajo. Como no está permitido entrar allí, teníamos a un guardia del INAH al lado de nuestro generador en la parte de arriba, al lado de las escalinatas que descienden hasta el Chac Mool. Cuando el guardia se fue, un señor con su hijito de seis años bajaron. Les expliqué que no podían estar allí. El señor se fue, pero el niño se quedó platicando conmigo. Cuando le pregunte de dónde era, me contestó "de aquí." "¿De Piste?" le pregunté, y me dijo que no, que vivía allí, en el templo. Me dio curiosidad al respecto, y subí con el niño. Su papá estaba



Carlos Carmona arriesga su vida haciendo la calca exterior de Las Monjas



Blair ayuda a hacer calcas en Chichén

ahí esperándolo para bajar a la plaza. Entonces la conversación en español se torna así. Yo: “Su hijo dice que vive aquí. Quiere decir en Pisté?” El padre: “Tiene que creer.” Yo: “¿A qué se refiere?” El padre: “Si usted creyera, usted podría volar de aquí hasta El Castillo.” Yo: “Bueno, yo no creo, pero parece que usted sí, entonces vamos a verlo volar de aquí al Castillo.” Fin de la discusión. Se fueron.

Aunque teníamos una gran cantidad de trabajo en el Recinto de las Columnas del Noroeste, nos lo pasamos a todo dar. El poder ver bien esas figuras, distinguiendo cada detalle —nos familiarizamos mucho con las técnicas antiguas. Sabíamos si el escultor era diestro o zurdo, si era principiante o un artista experto. También nos percatamos de que la hechura de los rostros era asignada a los mejores artistas y los que estaban apenas aprendiendo hacían las partes más bajas de las

figuras tripartitas: (parte humanas, parte aves y parte serpientes de lenguas bífidas). El hacer 30 columnas de cuatro lados cada una es una tarea que no me gustaría volver a hacer. Siento como si conociera hasta el más mínimo detalle de cada una de las columnas.

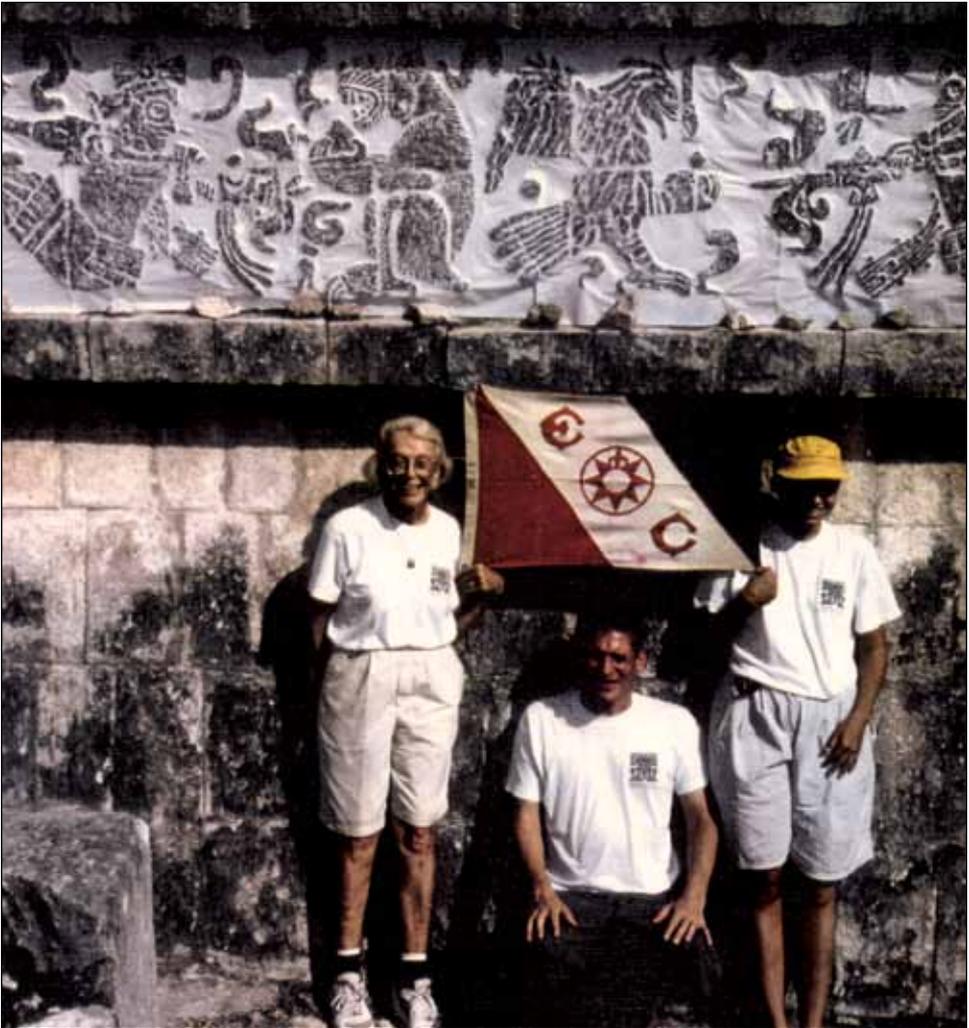
En 1995, cuando Ed, Carlos, Wiggie y yo estábamos haciendo las calcas de todas las columnas del Palacio de las Columnas Grabadas, llevaba la Bandera de los Exploradores No. 152. Esas columnas son únicas, y también son las mejores preservadas, en especial las áreas de las cabezas, en las que se pueden distinguir muchos tipos distintos de narigueras. Peter Schmidt, como siempre tan maravilloso, fue tan



De donde salió nuestro logo del Proyecto Chichén

generoso que nos dio un teléfono portátil para poder comunicarnos con él cuando quisiéramos irnos. Un camión pasaba por nosotros en un ratito, y con todo y el equipo nos íbamos. ¡Qué lujo! En las mañanas, antes de irnos para las ruinas, aunque ya habíamos desayunado, nos sentábamos a tomarnos un café con Meter, Pepe, Pancho, Eduardo y algunas veces Rocío González. Amigos maravillosos. No es de extrañarse que yo ame tanto Chichén.

Por varios años Chichén fue nuestra casa. Nos dieron cabañas en el Mayaland durante dos años. Eso era genial, más del vivir bonito. Varias temporadas nos quedamos con Carol Gadoy en el Pirámide Inn. Especialmente me acuerdo de un



Llevando la Bandera #152 del Club de Exploradores en Chichén: Merle, Carlos y Wiggie

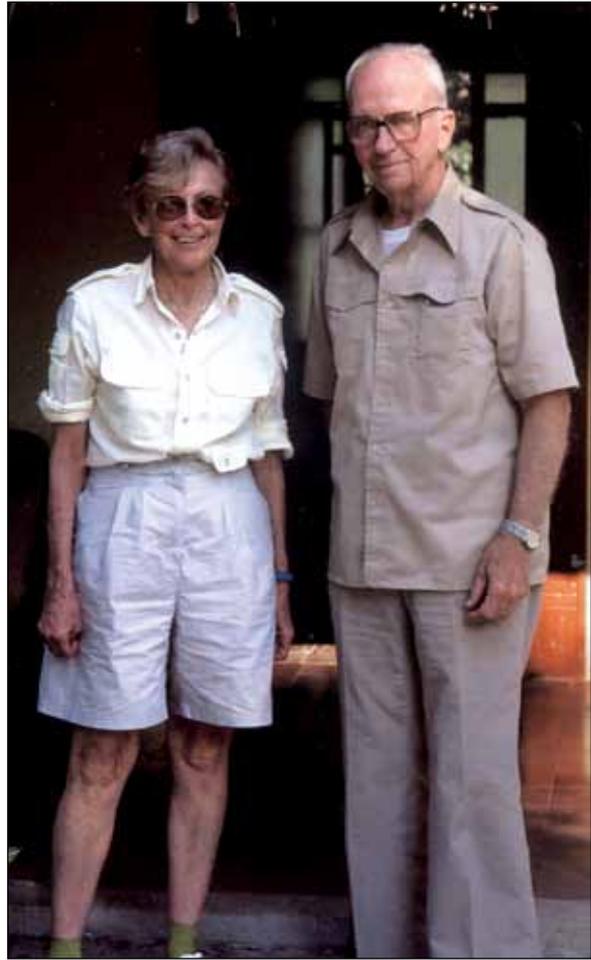
año en el que todo el equipo de Peter se estaba quedando allí también, igual que David Friedel y su grupo, de la Universidad Metodista del Sur, quienes trabajaban en Yaxuná, un sitio cercano. Por las tardes, todos nos sentábamos en las mesas del patio alrededor de la alberca, contando mil historias.

Otras dos temporadas nos dieron cabañas en la Hacienda Chichén durante todo el verano fue Carmen Barbachano quien organizó aquello, y tan a gusto, porque entonces no rentaban las cabañas en los meses del verano, por lo que teníamos la alberca para nosotros solitos. También nos otorgaron la “Casa Victoria,” un edificio bastante deteriorado que pertenecía a la Hacienda. Charles Lincoln lo había rentado, pero cuando no estaba allí en verano, nos dejaba hacer uso de ella.

James Michener, su esposa y su equipo de filmación junto con Charles Lincoln, quien era el guía de Michener en el Yucatán, fueron nuestros invitados a cenar una noche. Él me dijo que le gustaría ir en la mañana a las ruinas para verme hacer una calca. Hicimos los arreglos pertinentes, pero a la mañana siguiente, nos mandaron

avisar que Michener se había enfermado y no podría venir a las ruinas, pero que quería que fuera yo a su habitación en el Mayaland con una de mis calcas. Tuvimos una conversación deliciosa. Me cayó sumamente bien. Los de la filmación nos tomaron fotografías juntos y también con una de mis calcas que había llevado para mostrarle.

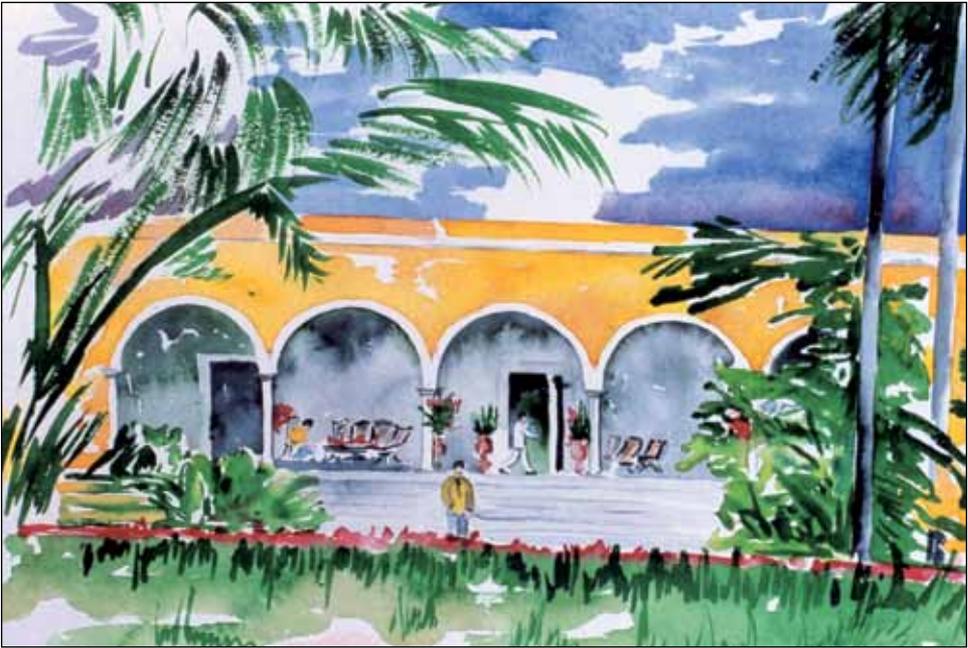
Hacer las calcas en Chichén Viejo en 2001 (El Grupo de la Serie Inicial, el Templo de los Falos, la Casa de los Caracoles, y los Buhos) fue muy divertido —¿cuál trabajo? Bajo la dirección de Peter Schmidt registramos casi todo allí, y vivíamos como reyes y reinas en la Hacienda Chichén. Allí, cada habitación es llamada en honor de cada una de las personas de la Carnegie que trabajaron ahí a principios del siglo pasado: Silvanus Morely, Tatiana Proskouriakoff, Karl



James Michener nos visita en Chichén



Izzy González, Bruce Gordon y Belisa Barbachano Gordon



Mi pintura de la Hacienda Chichén, la bebé de Belisa

Ruppert, Earl Morris, Ann Axtell Morris, Jean Charlot, etc. Mi amiga Belisa Barbachano Gordon hizo construir una nueva habitación que nombre en mi honor, "The Merle Greene Robertson Suite." De lujo, un cuarto enorme, con sofá, mesita de centro, silloncitos tapizados, escritorio, refrigerador, cafetera, un patio privado con muebles de hierro forjado y una hamaca. Esta se convirtió en el cuartel general del equipo del proyecto.

Nuestro equipo trabajando en el Grupo de la Serie Inicial, consistió de Eric



El Grupo de la Serie Inicial en Chichén



Nuestro equipo de la Serie Inicial: José, Francisco, Izzy, yo, Khris Villela, Eric Spross



Aplicando el papel en la Casa de los Monos



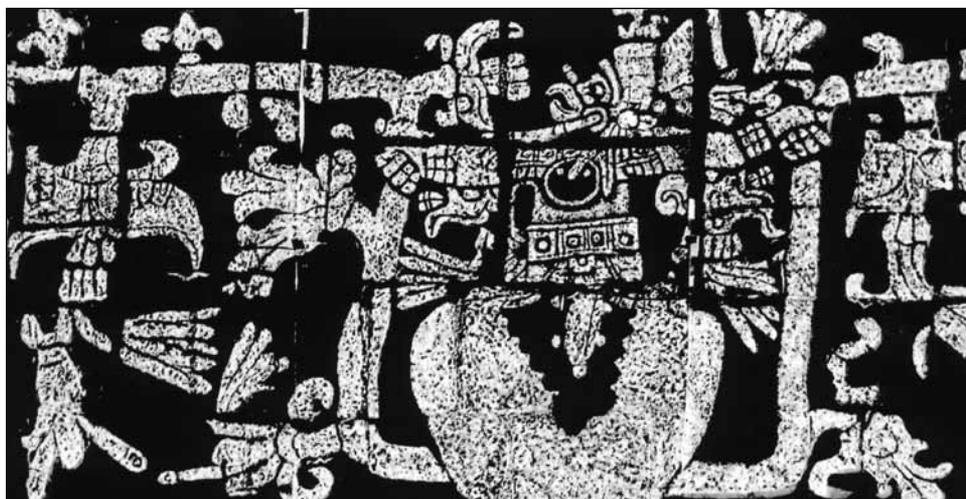
Un producto terminado, con Eric, José, Merle, Francisco e Izzy

Spross, Khristaan Villela, Izzy Barbachano González, Francisco y José (trabajadores de Peter por parte del INAH), y por un corto tiempo Peter Mathews y Joel Skidmore, quienes encontraron un área donde habían más esculturas de *bacabs*.

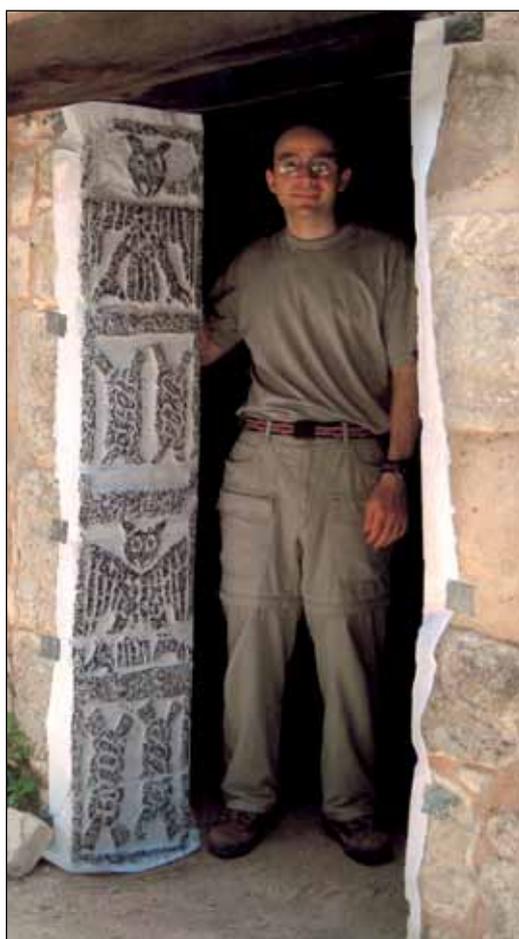
Además de las calcas, estuvimos trabajando en un artículo conjunto acerca de los *bacabs* de Chichén. Están por todas partes. Al término de la temporada habíamos encontrado 273, pero hay más.

La Casa de los Búhos había sido totalmente restaurada por Peter y su equipo. Cuando lo vi por primera vez, lo único que pude ver era un panel con un pequeño búho. Hicimos diez calcas de los paneles de los búhos. Están en todas las jambas. Hubo un pequeño búho del cual nos encariñamos; lo llamábamos "Pouty."

Hay muchísimos pájaros barranqueros (momotos) en Chichén Viejo. Mientras que estábamos muy ocupados trabajando en el Templo de los Búhos, vimos un



Calca de una porción del largo Caracoles



Khris Villela al lado de una calca en el Templo de los Búhos

pequeño momoto en el suelo justo frente a nosotros. Era demasiado pequeño para caminar o volar, o tenía alguna patita o alita rota —parecía que se había caído de su nido. Recogimos al pequeño pajarito y tomamos muchas fotos buenísimas, pero no había nada que pudiéramos hacer para salvarlo. Una vez fuera del nido, la mamá perdía cualquier nexo con el bebé. Tristemente, un roedor pronto se comió al pajarito. Esa es la ley de la selva.



Crío de momoto

# VIAJANDO POR EL MUNDO



Muchas otras cosas sucedían entre las veces que trabajé en los sitios arqueológicos. He sido muy afortunada al poder viajar por todas partes, hasta lugares muy remotos, y en muchos de esos viajes he pintado.

## PARIS Y AIX-EN-PROVENCE

No debo olvidar las muchas veces en que mis nietos fueron conmigo a Europa. Anne fue la primera en ir conmigo en un viaje para pintar mis acuarelas. Llegamos a París en un hermoso día. Cuánto gocé al mostrarle a Anne esta ciudad que tanto amo. En los Estados Unidos cualquier cosa de más de doscientos años es antigua, pero aquí la historia va tan lejos que doscientos años es ayer. El caminar a la orilla del Sena, descubrir callecitas escondidas con iglesias del siglo quince en todavía buen estado de conservación, comer en Les Deux Magots y en el Café de Flore, en donde los meseros me llevaban la mesa y la silla al otro lado de la calle para que pudiera pintar, o Le Petit Pont en el Sena, en donde los meseros insistían en llevarme vino todo el tiempo cuando estaba pintando. Regaba las flores con el vino cuando los meseros no me miraban. Otras veces era el Procope, el primer café notable de París, en donde el sombrero de Napoleón todavía se exhibe sobre una de las mesas a la entrada. Como el Procope pertenecía al tío de mi amiga Claudine, podíamos investigar hasta el último rincón cada una de las pinturas, y comíamos delicias tales como mousse de fresas.

Fuimos a Aix-en-Provence y nos lo pasamos grandiosamente. Nos quedamos en el Hotel Negre-Coste en Cours Mirabeau, en donde nos tocó un maravilloso cuarto con vista, pero en el que la ducha era una cosa misteriosa, pues acabamos con una pequeña catarata en el cuarto. Anne fue quien descubrió la magnífica Rue Cardinale en donde está la bellísima iglesia de St. Jean de Malte que después pinté en tantas ocasiones, en donde también está el Hotel Cardinal, muy bien conservado desde el siglo dieciocho, y sólo a media cuadra de la entrada de la iglesia. Me he alojado allí, en mi habitación favorita, al menos nueve veces.

El pequeño museo de Cezanne está



Anne en un viaje para pintar conmigo en Francia

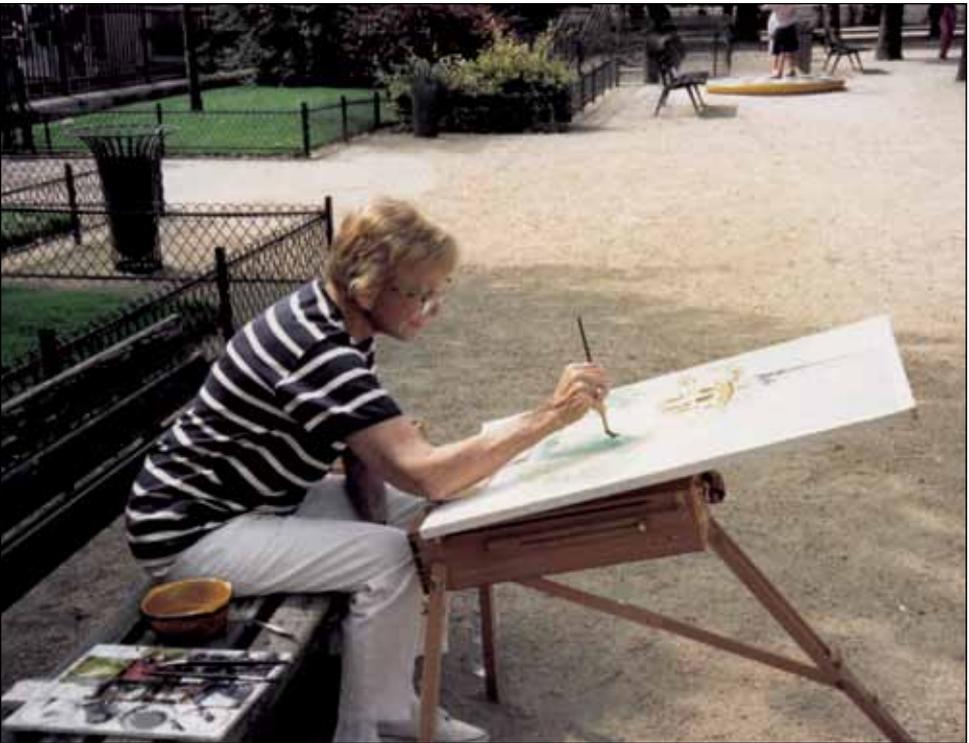


Mi pintura del Café de Flore en París, donde pinté a menudo

prácticamente al cruzar la callecita. Tiene tan sólo unas cuantas pinturas pequeñas de Cézanne. La Ciudad debió invertir miles de dólares grabando plaquitas de bronce en las aceras de Aix por todas partes por donde debió caminar Cézanne. Como nació y creció allí, estas plaquitas están por todas las aceras en todo el pueblo. Me parece una pena que la ciudad haya invertido todo ese dinero en las plaquitas que actualmente los turistas quitan del cemento para llevárselas como souvenirs, en lugar de haberlo hecho para adquirir algunas de las pinturas de Cézanne. Podría seguir y seguir hablando de Aix-en-Provence, uno de mis sitios



Pintura de las orillas del Sena, Paris



Pinté Notre Dame tantas veces que podría hacerlo con los ojos cerrados



St. Jean de Malte, en Aix, el descubrimiento de Anne

favoritos en Francia. Siento que llego a casa cada vez que voy para allá. Blair ha ido dos veces conmigo a Aix. Hemos pintado nuestra fuente favorita tantas veces, la Quatre Dauphins en Rue Cardinale; siempre tratando de sacar esos delfines exactamente bien, que a menudo hemos dicho que jamás pintaremos esos delfines nuevamente.

Una de las experiencias más divertidas en Aix-En-Provence, fue cuando pintamos La Grande Fontaine al final de Mirabeau. Es una fuente redonda, inmensa,



Tántos lugares buenísimos para comer y para pintar en la Rue Italia, en Aix



La fuente de los delfines que pinté tantas veces

que ocupa toda la intersección de calles que desembocan en Mirabeau. Como empezamos tempranito por la mañana (yo estaba haciendo una pintura grande, de 24 x 30 pulgadas, la cual me llevaría todo el día), encontramos un buen lugar en la acera, en donde generalmente se estacionan los autos. Blair, Karen Holly y yo, teníamos ya todo nuestro material de pintura puesto; nadie estorbaba —era perfecto. Claro que, al empezar la mañana, los autos comenzaron a estacionarse en toda la calle, en todas partes excepto en donde estábamos nosotras. Quienes llegaban, eran tan amables de dejarnos el lugar. La policía tampoco nos quitó de donde estábamos —realmente todos muy amables. Cuando necesitábamos agua limpia, simplemente cruzábamos la calle y la tomábamos de la fuente.

El Hotel de Ville era donde



La fuente en Mirabeau, en Aix, en donde Blair, Karen y yo pintamos todo el día

muchas veces pintamos. Habían restaurantes estupendos, en los que los dueños nos dejaban sentarnos en una mesa a pintar, todo el día, si queríamos; particularmente en uno de ellos era rico, porque nos traían a menudo bocaditos. Claro que continuamente les comprábamos un café, algunas veces aunque no lo quisiéramos, y cuando acabábamos de pintar, en ocasiones nos quedábamos a cenar allí.

Tanto Blair como yo vendimos mucha pintura esa vez. Una noche estábamos cenando en el restaurante Thai, cuando el dueño nos compró pinturas a Blair y a mí. En un bar para señores en la Place Richelme compraron una de mis pinturas la primera vez que estuve allí. El año siguiente, cuando Blair fue conmigo, quise mostrársela en la pared del bar, pero no quería pasar entre todos los señores que estaban allí; por supuesto que a Blair no le importó y simplemente pasó entre los señores.

El verano que tanto Blair como Karen estuvieron conmigo, habíamos planeado quedarnos en el apartamento del Dr. Roux, quien vivía cerca de la Catedral Saint Sauveur, una locación magnífica para pintar. Cuando llegué, me di cuenta que el doctor viviría allí con nosotros, pero nos daría absoluta libertad y reino sobre la casa. Habían dos recámaras, lo cual hubiera estado bien para Karen, Blair y yo, pero la recámara que me dio, era sumamente pequeña, con una sola cama, un clóset lleno de la ropa del doctor, lo mismo que dos baúles. A la mañana siguiente llegaría Blair, ¿y dónde iba a dormir? El cuarto asignado a Blair era minúsculo; estaba al lado del mío subiendo unos escaloncitos, pero no tenía cama. El doctor arrimó un sillón grande al lado de un banco y dijo que eso estaría bien para que durmiera Blair. Su primera noche no resultó como esperábamos, ya que el sillón y el banco se separaban continuamente y dejaban a Blair en el suelo. La noche

siguiente se durmió conmigo, estábamos algo apretadas en mi camita individual

Lo peor era que Karen estaba por llegar, así que debimos mudarnos a otro sitio. Finalmente encontramos un departamento enorme que, durante el ciclo escolar le rentaban a unos estudiantes. Reticentemente nos lo rentaron. Ocupaba todo el segundo piso de un edificio, tenía cuatro recámaras, una cocina con un sartén, dos platos y ningún cubierto, y una ventana sellada —y estábamos allí justo en pleno verano— por lo que hacía un gran calor. La señora que era la dueña del edificio, nos dio instrucciones de cerrar y cerrar con seguro los oscuros antes de las 7 p.m. por seguridad. Hacía calor. No íbamos a cerrar los oscuros. Regresó y nos regañó, insistiendo en que los cerráramos con seguro. Después de eso, cuando venía le decíamos buenas noches, a lo que nunca contestaba, cerrábamos los oscuros, esperábamos a que se fuera, y luego los abríamos para que entrara la brisa fresca de la noche.

## LA CÔTE D'AZUR

Cuando Blair, Karen y yo estuvimos en Beaulieu fuimos a todos lados para pintar, ya que el tren estaba solamente a unos minutos. Mis amigos, los dueños del Hotel Comte de Nice, nos invitaron a las tres a navegar hasta Mónaco y ver allá la Competencia Internacional de Fuegos Artificiales del Cuatro de Julio, y disfrutar una cena tipo “picnic” en el yate. Estábamos en medio de la bahía de Mónaco. Los fuegos artificiales eran increíbles: rojos, amarillos, verdes, azules, dorados —enormes rocíos de color en lo alto del cielo. Luego otro y otro, de varias formas. Nunca había visto algo así. Ganó Italia.



Claudine se encargó de todas mis exhibiciones de arte en San Francisco

Pasé tres veranos enteros en Mougins, rentando la cabaña de mi amiga (ya también amiga de mi hija Bárbara) Anna Murdock, quien vivía en el gran chateau al lado de mi cabañita. Ahí fue donde Bárbara estudió por primera vez con el famoso chef francés Roger Vergé. Después de estar dos temporadas con Vergé, estudió en París, en donde recibió su diploma de la Escuela Ritz, y de ahí se fue a escuelas en Bélgica y Luxemburgo con chefs pasteleros, lo que la llevó a ser la propietaria y chef del Barbara's Cuisine; haciendo banquetes para fiestas y bodas en las afueras de Palo Alto, California. Esto ocasionó que entonces ella y Bob se mudaran por seis meses de cada año a Hasselt, Bélgica, en donde estaba escribiendo su libro de cocina belga. Más adelante retomaré el tema de Bélgica.

Mougins era un sitio perfecto para pintar. Los primeros dos años pinté en óleo, además de acuarela, ya que tenía mi lindo patio cubierto. Después de dos años, me di cuenta que los óleos son muy problemáticos. Así que desde ese momento solamente pinté acuarelas. Me convertí en miembro de la Asociación de Artistas



Blair, Karen y yo en la buena vida

de Mougins, una sociedad de pintores franceses. Lo que me cautiva por completo en el sur de Francia es la luz, las montañas de un rosa dorado un momento, y al momento siguiente de un lavanda tan vívido que casi, casi puede uno olerlo.

Hice docenas de pinturas en acuarela, en y cerca de Mougins. A pocos kilómetros en tren estaba Cannes, en donde podía yo comprar cualquier tipo de material para pintar que pudiera necesitar. Hasta descubrí un café que viene en un envase en cartón en una máquina dispensadora. Cuando uno quiere ya beberlo, solamente jalas una palanquita y voilà —ahí tiene uno su café. Los mejores croissants en todo Francia los hacen en una pequeña patisserie en Beaulieu.

Beaulieu-Sur-Mer era un excelente comienzo para la Côte D'Azur: Villefranche a sólo cinco minutos en el tren, St. Paul de Vence, Eze y Biot, en donde las pinturas de Léger, en el Museo Fernand Léger bien merecían la pena de la caminata desde



Aquí en Beaulieu hacen los mejores croissants de Francia



Con mi amigo, el artista Michel Bulet, en St. Paul de Vence

la parada del tren.

He estado en St. Paul de Vence cada vez que voy al Sur de Francia. Además de todas las galerías y cada uno de los maravillosos lugares en donde podía pintar en ese lugar amurallado sobre la meseta, está la Fundación Maeght ahí en frente, un museo al que adoro ir una y otra vez —el jardín escultórico de Miró, las exhibiciones siempre cambiantes, maravillosas, de las artes más finas. En St. Paul de Vence, mi buen amigo Michael Boulet, el artista que hace caprichosas caricaturas de bailarines y niños en bicicleta, tiene su estudio —la Galería Michel Boulet. Lo conocí por primera vez cuando estaba tratando de encontrar la parada del camión a St. Paul de Vence al bajarme del tren en Eze. Un señor fancés me había dado las direcciones equivocadas, así que me metí a la única tienda que estaba por allí y pregunté. Un hombre que estaba allí parado me dijo que él iba para allá y que

me podía ir con él si gustaba.

Era Michel Boulet, quien había vivido en Holanda por un buen tiempo y su inglés era perfecto. También resultó que teníamos amigos mutuos en Lieden. Ted Leyenaar y su esposa Paula. Conversamos de lo más de a gusto todo el camino. Me dijo que si no tenía prisa, le gustaría que nos detuviéramos un momento en La Colle sur Loup para que conociera a su pareja Marita Szelinski. Fue de inmediato que nos hicimos muy buenas amigas. Después de aquella vez, cada ocasión en la que estuve en St. Paul de Vence, teníamos una celebración. Cuando volví en 1996, fui a la galería de Marita, pero ella no estaba allí sino otra persona. Cuando pregunté por ella, me dijeron que había muerto dos días antes. Bajé al estudio de Michel y simplemente nos sentamos a llorar. De él tengo una pintura original del Mago Sacando un Conejo del Sombrero, además de varias litografías más de niños riendo en bicicleta, y en un circo. Todas me traen recuerdos felices, y algunos tristes también.

La Villa de Eze era otro lugar genial para pintar —al subir los mil escalones que iban en todas direcciones, y hasta arriba. Tus piernas tienen que estar en bastante buena condición física para poder lidiar con ese asunto. El restaurante y Hostellerie du Chateau de la Chevre d'Or es uno de los mejores sitios para comer en la Côte d'Azur. Me había pasado la mañana pintando pero tenía reservación para comer allí. Estaba en pantalón blanco, nada elegante, pero al menos no tenía todo el pantalón manchado de pintura. No estaba segura de cual sería el código de etiqueta en el lugar, pero el capitán de meseros me llevó a la mejor mesa del restaurante. El servicio fue excelente, y cuando llegó el momento de escoger entre una selección de quesos de más de 50 variedades, el mesero que me atendió hizo una excelente selección para mí.

## LE TOCÓ A MATT

Como Blair estaba yendo conmigo cada año a Francia, llegó el turno de Matt, mi nieto de 12 años, quien insistía en que ya le tocaba. Nos encontramos en el aeropuerto de París —un chico con una playera demasiado grande y pantalones guangos apareció con una mujer de la aerolínea. Entonces tenía yo que comprobar que sí era su abuela. Eso significó hacer una llamada a los E.U. —y Matt tampoco estaba ayudándome mucho. Fuimos al Louvre, ya que dijo que quería ver la Mona Lisa, pero en realidad no le causó ninguna impresión. Fuimos a Notre Dame —dijo que había visto más grandes. ¿En dónde? No contestó. Fuimos al enorme carrusel, supuestamente el más grande del mundo. “He visto más grandes.” ¿Qué diantres debo hacer con este niño?

Estaba comenzando a pensar que no se estaba divirtiendo para nada, y eso que yo estaba de veras tratando fuertemente de complacerlo, o al menos eso creía yo. Entonces fuimos a Sens, y visitamos la granja del hermano de mi amiga Claudine Marken. Matt se fascinó. Salía al granero a aventar paja con los hombres, manejaba el tractor, y lo mejor de todo, manejaba una motocicleta alrededor del perímetro de la granja. Era la gloria absoluta para él. Entonces nos fuimos a Beaulieu-sur-Mer en donde estaba mi apartamento de verano. El propietario, el Comandante Michael Healy, un comandante naval británico retirado, estaba al cargo de todas las naves que pasaban por allí hacia el Mediterráneo. Él tenía su propio barco en el muelle



Matt va a Francia conmigo

de Beaulieu, e invitó a Matt a ir con él. Día tras día Matt limpiaba la cubierta del bote, quitaba las incrustaciones del casco, y montó la moto de Michael por toda la marina.

Matt estaba tomando clases de francés en la escuela, por lo que ese viaje se suponía que sería su gran oportunidad de practicarlo, hablando con gente francesa. Lo enviaba a la pastelería por una baguette y el postre, pero jamás iba con él sino no hablaba ni media palabra en mi presencia. Cada noche mirábamos la Tour de France en la televisión. Hoy día Matt presume el haber ido con su abuela a Francia.

## LOS FIORDOS NORUEGOS

El 47 Congreso Internacional de Americanistas fue en Estocolmo, en 1994; ya que ese año era yo Vicepresidenta Honoraria, fui y me llevé a Blair conmigo. Nos quedamos con su primo Fred Davidson quien tenía un departamento propio en la ciudad. Dos chicas (amigas de Fred) vivían al lado. Ambas se suponía que estaban “entrenando” la mano para cuando comenzaran la carrera el siguiente otoño. Esas chicas tenían un horario totalmente distinto al mío —se levantaban por ahí de las 11 del día, y cada noche, cerca de la media noche, se iban “al centro” y allí se lo pasaban hasta las siete de la mañana o algo así.

Blair se hizo muy buena amiga de esas chicas, especialmente de Elizabeth, cuyos padres eran propietarios de un buen terreno al norte de Estocolmo, con un castillo



El castillo de los padres de Elizabeth, a las afueras de Estocolmo

en él, en donde vivían sus abuelos. Sus papás nos invitaron a pasar un fin de semana con ellos. Qué lugar tan hermoso, cada habitación en el castillo estaba amueblado en diferente estilo, hermosos. Flores en los floreros, las mesas llenas de libros, no había una partícula de polvo en ningún lado. Tomamos el té con los encantadores abuelos en el castillo. El papá de Elizabeth nos llevó al calabozo, en donde él y su hermano pasaron horas muy felices jugando a las escondidas en todos los lugares secretos, hasta en el calabozo más abajo, en donde, en el pasado, dejaban a los prisioneros encadenados hasta que morían. Daba miedo.

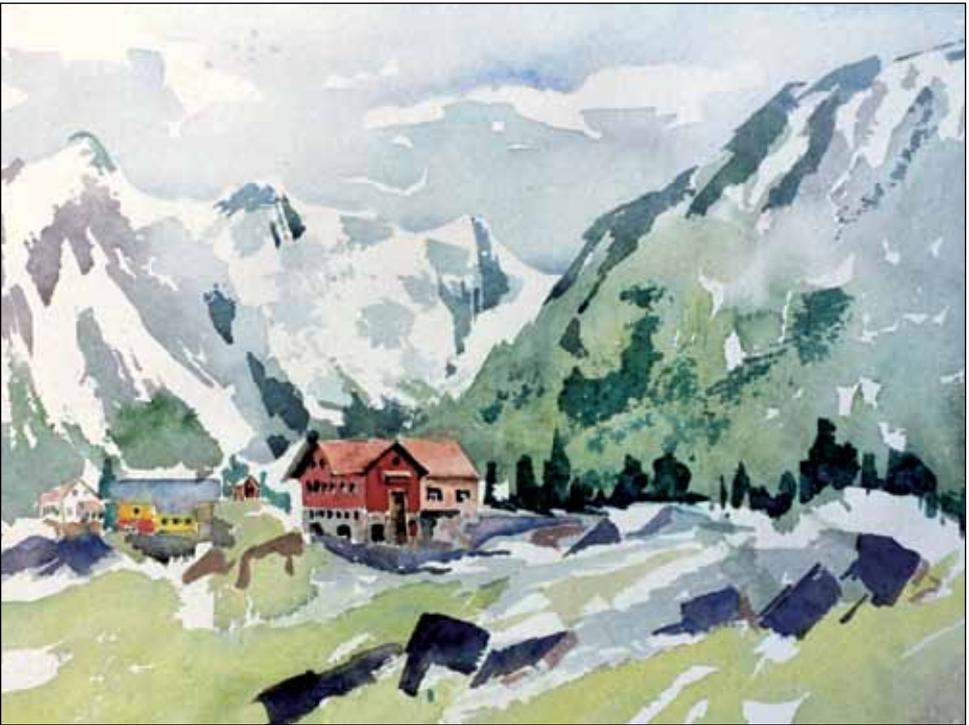
Fui a unas cuantas sesiones del Congreso, pero la mayor parte del tiempo me lo pasé explorando



En el crucero por los fiordos de Noruega



Adentrados en los fiordos, Mundel



La vista de las nubes cambiaba a cada hora en los fiordos de Mundel



Salmón ahumado y caviar en Bergen

Estocolmo y pinté. Después de la primera semana en Estocolmo, Blair y yo tomamos el tren a Bergen, y llegamos justo en plena lluvia helada, y sin paraguas ni nada. Ambas encontramos suéteres noruegos tejidos a mano para mantenernos calentitas. A la mañana siguiente, estaba el barco listo para llevarnos a un viaje fantástico por los fiordos de Noruega. El fiordo final, más allá del glaciar Jostedal, era realmente impresionante. Durante todo el viaje, nos lo pasamos estirando el cuello para poder admirar la cambiante belleza de los fiordos, que se antojo como un espectáculo fuera de este mundo. Justo al lado del fiordo, estaba nuestro Hotel Mundal; no pudo haber estado mejor. Los dueños sabían que yo pintaba, así que nos dieron una maravillosa habitación con uno de los ventanales casi todo de vidrio, así que la vista era espectacular hacia los fiordos con formaciones de nubes que cambiaban cada media hora. Un paraíso para cualquier pintor. Durante la mayor parte de esos cinco días, pintamos esa vista con casi todos los cambios en las nubes. A veces me iba a otro cuarto para pintar un enorme granero rojo que resaltaba divino sobre los fiordos, y de pronto hasta caminaba hasta el final del glaciar para pintar otra de esas maravillas noruegas parada ahí en la nieve.

Mientras pintábamos allí, nos sentábamos en ricos silloncitos de piel, entre nuevos amigos, frente a la inmensa chimenea que ardía con troncos de seis pies de alto. De todo el mundo, de todos los lugares que he conocido, los fiordos de Noruega y, especialmente Mundal, es a donde me fascinaría regresar.

Cuando volvimos a Bergen, en donde se supone que llueve el 90% del tiempo, tuvimos tres días de brillante sol, y volvimos a sacar los shorts y las playeras. Un clima maravilloso para pintar. En la orilla de la bahía, habían mesas con toda clase de frutos del mar y otras ricuras. En esos pocos días, comimos bagels con lajitas de salmón ahumado y montones tras montones de caviar. Ambas amamos el caviar, y los enormes platonos estaban allí, listos para que nos sirviéramos. Lo hicimos, varias veces de hecho.

## TURQUÍA

Turquía es otro sitio de mis favoritos para pintar, y solamente para conocer gente también. Los turcos son amables, honestos y muy limpios. Su religión les exige que se laven antes de tocar cualquier alimento, por lo que en ninguno de los viajes a los que he ido con Mary Dell Lucas, ha habido alguien enfermo. He ido con Mary Dell a cinco viajes por Turquía, la primera vez en 1988. De inmediato me enamoré del lugar. Lo que yo tenía que hacer era explicar al grupo la parte del arte bizantino.

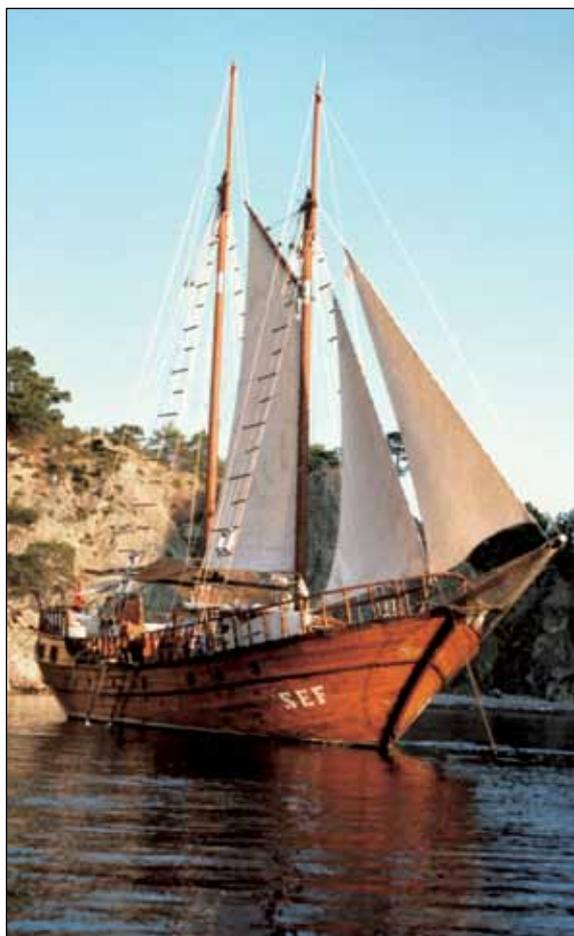
Las pinturas bizantinas están por todas partes, especialmente en Estambul, en la rosada Aya Sofya, usualmente conocida como Sancta Sofia, con su domo apabullante construido de livianos ladrillos huecos y porosos hechos en Rodas. Los frescos bizantinos eran impresionantes, especialmente cuando se miran de cerca, como era posible hacer a lo alto de las paredes semicirculares. En la galería sur, del lado derecho, estaban los impresionantes frescos de la Emperatriz Zoe (1028-1250) a quien se muestra con sus tres esposos Romano III Argyris, luego Miguel IV, cuya cabeza fue pintada en el lugar donde estaba la de Romano. Luego quitaron el retrato de Miguel y pusieron entonces el de su último esposo, Costantino IV, quien vivió más que Zoe. El retrato que vimos fue el de Constantino. La Mezquita Azul es otro de los lugares favoritos en Estambul. Aquí, como al entrar a cualquier mezquita, debíamos dejar afuera nuestros zapatos. Cientos de zapatos —fila tras fila de zapatos, y ninguno jamás era robado.

He pintado docenas de vistas de Turquía —en Estambul, Bodrum, Cappadocia, Antalya, Kas, Kekova, Fethiye, Pamukkale, Éfeso, por nombrar unas cuantas. Me encanta Capadocia, en donde podía trepar hasta arriba, en donde estaban las iglesias Cristianas primitivas (tempranas) llamadas “Chimeneas de las Hadas,” con murales en las paredes de muchas de ellas, santuarios de los primitivos Cristianos, quienes en la época del Emperador Justiniano estaban en secreto practicando su nueva religión. Una de las iglesias, con pinturas mejores, más allá de lo común y corriente, estaba llena de graffiti y frases obsenas tan alto como alcanzaba un brazo. Nadie parecía estar haciendo nada para proteger esas joyas. Qué lástima.

Fuimos a una ciudad subterránea, a unos 13 pisos bajo el nivel del terreno, en donde dicen que hasta 10,000 personas habitaron durante el s. V d.C. Los pasadizos eran estrechos y empinados, muy oscuros y difíciles de acceder. Con dificultad bajé hasta el tercer nivel.

En cada viaje a Turquía, pasábamos al menos una semana veleando por el azul Egeo, a bordo del yate “Sef.” Nuestra nave era más bien una goleta que parecía más una nave pirata que una embarcación moderna. Todavía pienso en aquel “mar oscuro como el vino” de la Ilíada al recordar nuestros viajes por Kas, Bodrum, Fethiye, Antalya y esos puertos maravillosos, más todas aquellas ruinas griegas del tiempo de Homero, justo después de la Guerra de Troya alrededor del 1200 d.C. cuando muchos de los griegos colonizaron a lo largo de la costa de este transparente mar en donde construyeron Perge, Telmessos, Aspendos, Side, Simena, Phaselis, Demre, Myra, Kekova, Patara, Pinara, Letoon y Xandos, todos cuales exploramos.

El viaje “más divertido” a Turquía fue cuando Mary Dell llevó a un grupo de amigos míos quienes se conocían entre sí —Alec y Gail Merriam del Museo De Young de San Francisco, Nancy y el Dr. Bill Newmeyer (mi médico de cabecera de



La *Sef*, en donde navegamos el Egeo azul

tiempo ha), quienes también habían estado conmigo en México y Guatemala, Don y Claudine Marken, mis amigos franceses, Dick y Ann Otter de San Francisco también, El Dr. Erick y Joey Rosenthal, y yo. Al ser todos amigos, ese viaje fue especial. Todo mundo adoraba las variedades de baklavas que conseguíamos en algún puerto para almorzar durante tres días. Desde ahí nadie quiso otra cosa de postre más que sandía. Cenábamos todo tipo de mariscos y pescados, sacados del mar minutos antes de ponerlos en la sartén —ostiones, pez espada, langosta, y calamar. Una vez cenamos pulpo que el capitán pescó en unas rocas. Lo miramos golpearlo contra las rocas durante, al menos, treinta minutos, prepararlo para nuestro banquete de esa noche. Todos éramos felices de bucear en el agua cristalina mientras Mary Dell navegaba en el velerito que traíamos a



A bordo de la *Sef*: Dick Otter, Joey Rosenthal, Eric Rosenthal, Alec Merriam, Bill Newmeyer, Merle, Don Marken, Nancy Newmeyer, Claudine Marken, Ann Otter, Gail Merriam

bordo.

Kas, uno de mis sitios favoritos, es un pueblecito que está entre Fethiye y Demre/Myra. He estado ahí muchas veces; una vez me quedé toda una semana con Joan Walton, mi amiga de Seattle desde que estábamos en preparatoria. Kas era un lugar ideal para pintar, para conocer a la gente de Turquía y para platicar con ellos acerca de mis pinturas. Estaba sentada en la acera, pintando un sarcófago que estaba en medio de la calle, cuando la pareja que estaba sentada enfrente en sus escaleritas, me vinieron a invitar a pasar a su tienda de tapetes para tomar el té. Siendo claros en que solamente querían hacer visita conmigo, no venderme alfombras. Nos hicimos amigos instantáneamente. Estaban en plena construcción de su casita a la orilla del mar, y al saber que regresaría al año siguiente, me invitaron a quedarme con ellos. Esto me ha pasada tantas veces, tanta gente tan maravillosa y tan amigable por todo el mundo.

Estaba observando a un joven quien pintaba en la pared de una tienda. Era muy bueno. Comenzamos a charlar. Le encantaba pintar en acuarela, pero era casi imposible conseguir tanto papel como pinturas allí en donde vivía. Le dije que cuando regresara a casa podía enviarle algo. El día anterior a dejar Kas, fui a recoger mi ropa de la lavandería, que habían prometido entregarme ese día. Nadie contestó el timbre. Le pregunté a la señora de al lado cuándo abrirían, pero me dijo que pensaba que habían salido del pueblo. En ese momento el joven pintor llegó y me dijo que él sabía en dónde vivían. Fuimos para allá pero ahí nos enteramos de que se habían ido a Bodrum. Mi joven entonces fue a casa de los papás, pero también se habían ido con ellos. Me dijo que enviarían mis cosas por correo; yo le escribí mi nombre y dirección y estaba a punto de darle el dinero. Esto no lo iba a aceptar porque no sabía cuánto dinero sería. Yo quería pagar lo que fuese suficiente para cubrir el costo, fuera lo que fuera, pero él insistió en que no.

A las 8:00 a.m., a la mañana siguiente, justo cuando llegaba el taxi para llevarnos a John y a mí al aeropuerto, llegó mi amigo, marcando la calle con mi bultote de ropa. Él pensaba que los de la lavandería regresarían a la media noche, y seguro que así fue.

Le mandé una buena cantidad de papel del bueno para pintar, por lo que él me envió una linda tarjeta de "Gracias" y una bufanda turca.

La experiencia más grandiosa que tuve en Turquía, fue la ocasión en que me



Mary Dell Lucas, guía en los viajes a Turquía



El nombre de Rami Koç en su puerta en Simena, una tablilla verdaderamente antigua

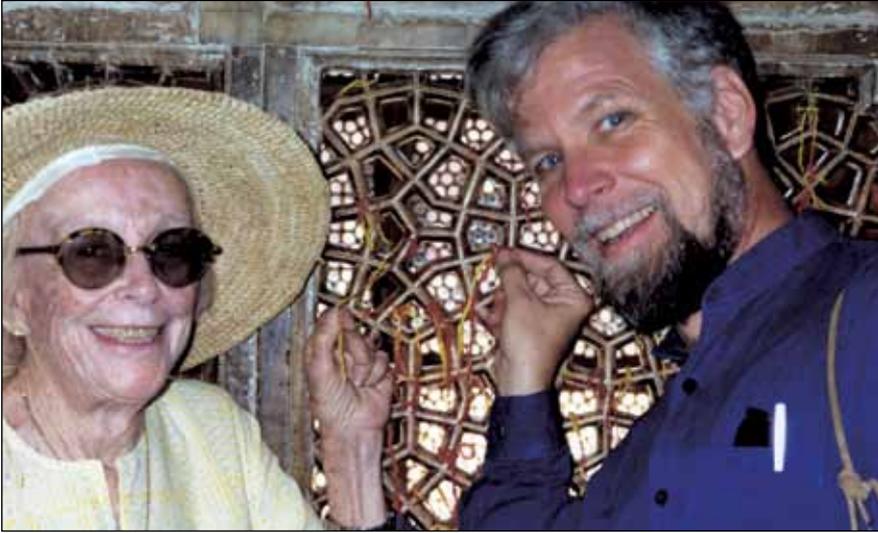
dieron la casa de Rami Koç, en lo alto del risco que mira al Egeo desde Simena. Su casa estaba construida justo sobre dos “casa-tumba,” lo cual era totalmente ilegal, pero al ser el hombre más rico de Turquía, podía perfectamente hacerlo. La casa estaba al lado de, y justamente miraba hacia las antiguas ruinas sobre la montaña en donde el castillo amurallado de Lykia se vislumbra defensivo, y hay evidencias visibles de los Cruzados, los Bizantinos y del tiempo de Antalya. Esa vista fue una de las que pinté en numerosas ocasiones. Desde el balcón de mi recámara podía ver directamente abajo un sarcófago antiguo medio sumergido en el transparente mar azul turquesa. La placa en la entrada de la puerta de la casa era un antiguo carnero griego, tomado de algún edificio del área. El apellido Koç en turco, significa “carnero.” A

unos cuantos pasos de la puerta, estaba una enorme urna de cerámica griega, casi de mi misma altura, otro artefacto griego.

El cuidador de la propiedad y su esposa, quienes vivían en habitaciones separadas, se encargaban de aprovisionarme de agua fresca diariamente, y cuando se me antojaba cambiar de la comida que yo misma me preparaba, me llevaban desde la montaña casi vertical, hasta un restaurantito emperchado en el borde de la nada.

En Estambul hice algo que nunca, jamás, hubiera hecho en los Estados Unidos, o en ningún otro lado, de hecho. Un día iba a la casa de cambio para cambiar unos dólares, pero para llegar allí debía uno cruzar una avenida muy transitada en donde no habían semáforos. Había estado esperando un rato, pero los autos seguían pasando soplados por la avenida. Un joven se acercó y me dijo que veía que llevaba un buen rato esperando para cruzar la calle. Se bajó en plena avenida, y puso en alto sus brazos parando a todos los coches. Atravesamos la calle caminando. Me preguntó a dónde iba, y le dije que a cambiar dinero a unas tres cuadras de ahí. Él me dijo que si seguía una cuadra más, me darían mucho mejor cambio. Me llevaría a donde estaba. Y claro, tenía razón. Ya que me dieron mi dinero, regresamos por donde habíamos cruzado, y de la misma manera subió los brazos, paró el tráfico y cruzamos. Algunas veces uno sabe en quién confiar.

Muchas veces me he quedado en hoteles de Estambul, pero mi favorito es el Yesil Ev, que significa “Casa Verde.” Es una mansión antigua, restaurada, cercana a la Mezquita Azul. Tiene un jardín encantador en donde sirven la cena, y tienen muebles antiguos en cada habitación.



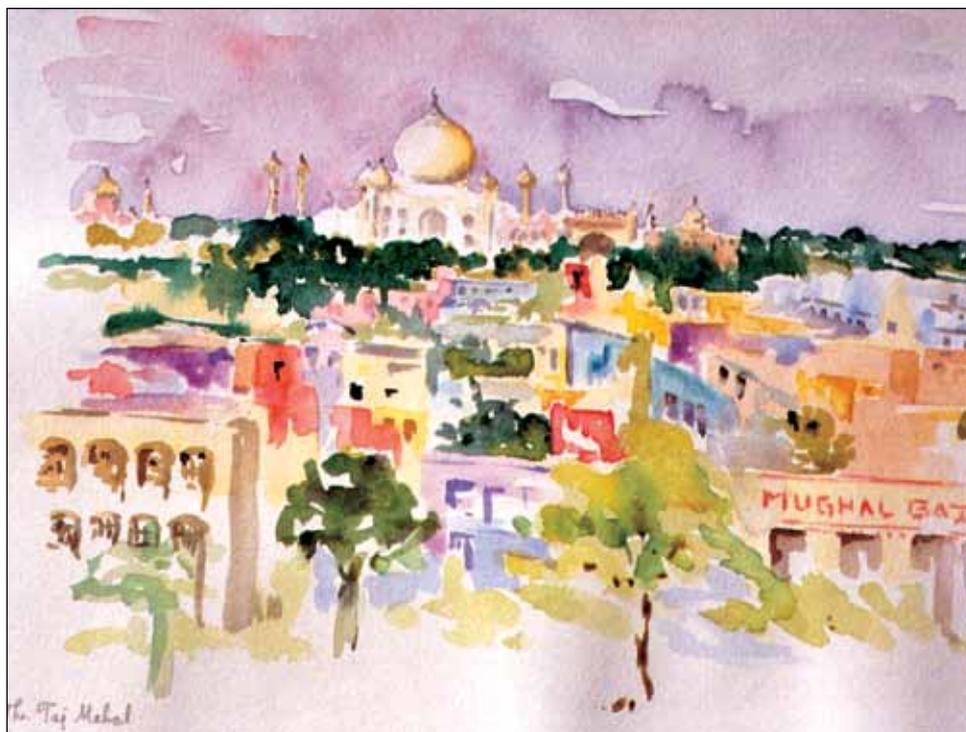
John Bowles, mi “profesor” en la India

## INDIA

Y mientras hablo de mis viajes favoritos, debo decir que el más divertido de todos, fue en marzo del 2000, cuando fui a la India con John Bowles, mi querido amigo y ex-alumno de la Stevenson. Y parece que siempre digo eso. John se graduó de Harvard, se fue a Londres y a Florencia para estudiar arte, y luego recibió su título de maestría también en Harvard. Conoce perfectamente el arte indio. También conoce a todo el mundo, o aparentemente, a casi todo el mundo en la india —el cómo, nunca lo sabré. John tuvo cada detalle del viaje planeado y reservado antes de siquiera comenzar. Mi avión arribó en Delhi un día después de cuando él me esperaba. Nos quedamos en el India International Center, en la suite VIP en donde recibimos y entretuvimos a sus amigos una noche. En esa cena que fue en mi honor, conocí a mucha gente interesante de la India, estudiosos de varios temas, como el Dr. Jyotindra Jain (Director del Museo de Arte Folklórico y Popular de Delhi, el museo más importante de su tipo), el Dr. Profesor Alok Rai, del Instituto Indio de Tecnología, Yashodhara Dalmia (un historiador del arte) y el Dr. Sayed Mohammed Imran y su esposa Latka Dixit, hija del gobernador de Delhi. Estaba yo impresionadísima.

Nuestra siguiente parada era por tres días en Agra, en donde nuestro cuarto del Hotel Taj View tenía todo un lado de vidrios, como si fueran pared. Ese ventanal miraba directamente al Taj Mahal. Mi primera pintura del Taj la hice desde ese ventanal. No hay palabras que describan la etérea maravilla de este monumento marmóreo construido por el emperador mogúl Shah Jahan para conmemorar a su esposa Mumtaz Mahal, quien murió en 1631 al dar a luz a su catorceavo hijo. Siete meses después, el emperador comenzó a construir este famoso mausoleo, cuya construcción tardó al menos doce años en concluirse. Los jardines *chaharbagh* —de un estilo que se asocia con arquitectura funeraria— estaban en perfectas condiciones, probablemente acicalados a la perfección debido a que el Presidente Clinton estaba por arribar la siguiente semana.

Había comprado ropas indias el día de mi llegada; un amigo de John me supervisó —tres pares de *salwar* (pantalones), *kameez* (vestido encima) y *dupatta*



Vista del Taj Mahal desde nuestra habitación

(mascada). Una noche fuimos a cenar en cochecito de bicicleta al hotel en el que estaría Clinton. Divertidísimo. Especialmente el regreso a casa en la oscuridad, cuando el chofer del cochecito manejaba frente a los autos, sobre las aceras y en zanjas lodosas —y yo en mis mejores “galas.” La verdad, nuestro hotel nos gustaba más, mejor restaurante, mejor comida, y todo lo contrario al frío interior blanco y desnudo. Pensamos que tal vez habrían seleccionado ese hotel para el presidente de los Estados Unidos, precisamente por sus desnudos interiores, en donde no había lugar para que algún secuestrador o persona malintencionada se escondiera.

Aparte del Taj Mahal, visitamos y pintamos otros lugares grandiosos, incluyendo la tumba de Itimad-ud-daulah (conocido también como el “Baby Taj”), el Fuerte de Agra, Fatehpur Sikri y Sikranda (donde los muchísimos atrevidos monos de color crema eran una verdadera monserga, ya que me dificultaban el pintar tratando de robarme el sombrero constantemente).

Las ruinas de Sanchi, que datan del s. III, incluyen una gran *stupa* (el más antiguo de esos monumentos Budistas en el mundo) rodeado por elaboradas puertas de piedra tallada. Es el lugar favorito de John en ese país. Nuestra habitación tenía dos baños, uno para mujeres y otro para hombres, un arreglo bastante extraño. Día con día, un jardinero viejito me saludaba con una reverencia cada vez que salía al porche, y me regalaba un pequeño bouquet de flores amarrados con una pajilla verde. Los jardines estaban radiantes de color. Un día, un grupo de unos doce monjes llegaron de Sri Lanka, justo cuando recién comenzaba una pintura de la *stupa*. Estos monjes en sus túnicas de color azafrán son quienes “hicieron” esa pintura.

Cuando estuvimos en Sanchi, nos encontramos con amigos de John que

estaban trabajando en varios proyectos en sitios cercanos. Una era Julia Shaw, una arqueóloga que estaba terminando su doctorado en Cambridge. Ella estaba haciendo un recorrido de superficie de los innumerables elementos arqueológicos del área de 750 kilómetros cuadrados alrededor de Sanchi. Otra era Meera Dass, una arquitecta asentada en Bophal quien enfocaba su estudio en las antiguas Cavernas Hindúes en Udayagiri (datando desde el cuarto o quinto siglo d.C.). Nos hicimos buenas amigas, y todavía nos enviamos correspondencia por e-mail.

Meera y su esposo Ishwar querían que diera yo una plática con diapositivas acerca del arte Mesoamericano en Vidisha, un pueblo cercano a Sanchi. Contra mi voluntad, pero a insistencia de John, había traído diapositivas. Todo estaba listo. Un buen número de espectadores estaba reunido (nos sentamos en cojines sobre el suelo), pero algo le pasó al proyector; no funcionó. Di mi ponencia, o más bien una charla informal —sin diapositivas— ante un grupo que sabía nada acerca de Mesoamérica. Fue una sesión bastante comparativa de preguntas y respuestas, y todos parecían disfrutarlo. Pensé —¿para qué molestarse en montar las diapositivas?

En Bophal, la capital de Madhya Pradesh (el estado más grande de la India), estuvimos un día entero en los 200 acres del Museo de la Humanidad, disfrutando, sobre todo, fascinantes representaciones de arte tribal a lo largo de su “Mythology Trail” el “Camino de la Mitología.” El director del museo, el Dr. Kalyan Kumar Chakravarty (a quien conoció John en Harvard cuando ambos estudiaban), ya estaba esperándonos para dar una ponencia con diapositivas en el museo. ¡Ajá! Por eso John insistió tanto en que trajera las diapositivas. Fue muy agradable, y el proyecto sí funcionó, y hubo una larga sesión de preguntas de la audiencia, en su mayoría acerca de similitudes entre los diseños del arte indio y del maya. Después de lo de Sanchi, sabía más o menos cómo serían las preguntas, por lo que iba bien preparada.

Dentro del museo, habían murales del artista tribal Gond, Ram Singh Urveti, otro amigo de John. Él vino a nuestro hotel antes de cenar para mostrarnos una buena cantidad de sus nuevos trabajos. Compré seis de sus pinturas, y John, quien es un importante coleccionista del Arte Gond, también le compró algunas. Ram Singh estaba preparando su exposición sólo en Bombay. Tiempo después nos enteramos que vendió todas y cada una de sus pinturas. Las que tengo son para mí un gran tesoro.

Después nos fuimos para Orchha, que es mi sitio favorito en la India. El sitio arqueológico está dividido en dos por el Río Betwa. El templo más fascinante para mí fue el Laxmi Narayan (sobre una loma que mira hacia el palacio) —cuyas paredes, una tras otra, están cubiertas por murales que muestran carruajes tirados por elefantes, escenas de Laxman y Rama matando al demonio Ravana, los cinco Pandavas en la lucha más cruenta, como lo describe el *Mahabharata*, Krishna tocando la flauta, Rama sosteniendo el corte ceremonial, escenas de Vishnú y mucho más. Pasamos horas mirándolo. Lo mejor de todo, era mi maestro, quien lo sabía absolutamente todo acerca de las historias que ahí nos relataban.

Cuando estaba pintando en una de las Puertas de Orchha, un grupo de niños se sentó silenciosamente a mi lado, quedándose ahí todo el tiempo.

Nuestros cuartos eran maravillosos, una casita privada cubierta en buganvilla, con un gran ventanal que miraba hacia las vistas más extraordinarias. Nos traían el desayuno al comedorcito. Era perfecto. Un día que estábamos caminando por el pueblo, noté un anuncio de una feria tribal en una gran área hundida. John dijo que sí podíamos ir, aunque los indios de castas más altas no estarían allí. Me sorprendió la bienvenida que nos dieron allí. Los niños pequeñitos se nos colgaban



Ram Singh, el artista tribal indio

de la ropa. Probamos algunos de sus platillos, y vimos cómo hacían muchas cosas —joyería de plomo fundido, vidrio fundido y soplado para fabricar diminutas botellitas, juguetes para niños, aunque no para esos niños, quienes probablemente jamás jugarían con uno. Era triste.

El único sitio en donde vimos turistas fue en Khajuraho. Ahí fue donde vimos hombres en shorts, playeras y cachuchas de béisbol, con sus gafetes de nombre ampliamente exhibidos. En la India, simplemente no es correcto que un hombre use shorts. Los indios simplemente miraban displicentemente a los tontos gringos y alemanes. La razón de

los agentes de viajes para traer a sus turistas a Khajuraho es mirar los miles de representaciones de lo que los occidentales llaman “arte erótico,” pero que en realidad tiene un sentido religioso en la India.

Nuestro guía nos llevó en coche desde Orchha hasta Khajuraho. Qué viaje. No me lo hubiera perdido por nada del mundo. Vacas, vacas y más vacas sagradas bloqueando nuestro camino durante kilómetros y kilómetros. Pregunté qué pasaría si una de las vacas era atropellada por un auto. John le preguntó al chofer. Pasaron cinco minutos de explicaciones en hindi antes de que pudiera yo recibir una respuesta. Son varios los problemas, dependiendo de quién haya golpeado a la vaca, si está muy lastimada o si murió. Si un político o un oficial del gobierno es quien le pega a la vaca, no pasa nada. Si es una persona común y corriente, son dos años de cárcel, más una multa bastante fuerte. Si la vaca quedaba herida y no muerta, dependía de cuánto tiempo quedaría a ser tratada en uno de los muchos hospitales del gobierno para animales, como los varios que habíamos visto en el camino —y el asunto continuaba así, siempre dependiendo de algo. Le pregunté qué pasaría si nosotros golpeáramos una vaca. El chofer contestó: “Largarnos de aquí lo más rápido posible.”

Además de arar entre vacas, las escenas de la vida diaria que vimos al pasar eran sumamente interesantes, familias enteras trillando el trigo a la usanza antigua con herramientas de mano, villas enteras en donde la caca de las vacas se había formado en cojines planos de unas doce pulgadas de diámetro y apilada muy cuidadosa y ordenadamente en montones, ya sea a lo largo del camino o al lado

de cada casita de los campesinos. Esto se deja secar y se usa como combustible , el único tipo que tienen.

Cerca de Orchha, mi favorito en India están Benares y el Ganges. Nos quedamos en una vieja casona que habían convertido en un pequeño hotel llamado el Ganges View; el dueño era un amigo de John. Teníamos los cuartos en el piso superior; todo era para nosotros, con su balcón, desde el cual podíamos ver a hombres y niños aventándose el agua morada encima en el Holi Day, que siempre es el 20 de marzo, un día como el Carnaval, en donde las clases diferentes se intercambian roles por ese día. Los cuates que estaban abajo en el río trataban de inducirnos a John y a mi para bajar y unírnosles en la diversión. No gracias. No quería que mi poca ropa y mi cabello quedaran empapados con tinta morada.

El buen amigo de John, Ramchandra Pandit, mejor conocido como "Ramu-ji," quien toca la tabla profesionalmente y además fue por mucho tiempo administrador del programa de intercambio "India Year Abroad" de la Universidad de Wisconsin, junto con su esposa la Dra. Alison Bush (una canadiense que estudia poesía



Pinturas en el Ganges

antigua de la India) nos invitaron a su casa. También invitaron a Rabindra Narayan Goswami-ji, el famoso sitarista que, junto a Ramu-ji, ha tocado en importantes lugares a nivel internacional, como en la Casa Blanca de Washington. Tocaron durante una hora, un hermoso concierto. Fue maravilloso —y más al pensar que vino a tocar sólo para nosotros.

John rentó un bote en el que de hecho podían ir sentadas 20 personas en cubierta bajo un techo que evitaba el sol directo. Ambos nos llevamos nuestro material de pintura, yo con mis acuarelas y John con sus lápices de colores, yendo poquito a poco hacia arriba y hacia abajo en el Ganges, siguiendo las *ghats* de Benares (una serie continua de escalinatas que bajan hasta el río desde la ciudad), pintando una escena tras otra al irse presentando ante nuestros ojos —niños desnudos nadando en el agua sucia junto con los búfalos de agua, jugando en los escalones de los edificios a la orilla del río— parados de cabeza, echando machincuepas, totalmente desnudos —mujeres bañándose y lavando su cabello, lavando sus ropas, una cremación en pleno en la cual se reunían multitudes para dar sus condolencias a los parientes del difunto. La cremación más barata sería con electricidad, pero si la familia lograba reunir suficiente dinero, una pira de madera sería, por mucho, la manera más propicia de irse. Los restos, aunque no estuvieran totalmente quemados, serían puestos en el Ganges. Por dos días enteros estuvimos en el Ganges pintando, pero encantada hubiera continuado por dos semanas enteras.

De Benares volamos de regreso a Delhi, pero en lugar de seguir directamente a la ciudad, nuestro chofer nos recogió para ir a lo que debe ser el lugar más elegante y exótico de todo India, el Palacio Fortaleza de Neemrana, a dos horas de Delhi. Alguna vez fue un caravasar que combinaba un palacio y una fortaleza. Elefantes y camellos llevarían a sus jinetes hasta el palacio, ahora convertido en un hotel. Hubiera sido poco menos que imposible el caminar subiendo esa rampa en otros zapatos que no fueran tenis. Nuestras habitaciones eran magníficas e increíblemente grandes, amobladas con finas antigüedades y hermosas pinturas en las paredes. Las dos recámaras en conjunto con el área de escritura eran una habitación enorme. El baño era igualmente adecuado para un rey. La tina, de 3.60 m. de largo y 1.80 de ancho, se llenaba con el agua que dos áureas cabezas de león escupían por su boca abierta. En el patio justo fuera de nuestras recámaras había una gran alberca que cada mañana era llenada con pétalos de rosas. Una maravillosa manera de terminar un viaje extraordinario.

## CHILE

En 1992, cuando iba en camino a la Isla de Pascua, fui primero al sur de Santiago, a Puerto Montt, en el sur de Chile, durante una semana para pintar las lindas aldeas de pescadores. Realmente parecía que todos eran pescadores ahí. Compran pinturas brillantes para sus embarcaciones, y con lo que les sobra, pintan sus casitas. De pronto la fachada es azul, el techo verde, la puerta amarilla, la cerca rosada. Es una lindísima secuencia de colores —como un arco iris a lo largo de la costa. Mi vista favorita era en la colina, mirando hacia los techos de las casas, con cientos de botes en la bahía.

El primer día encontré a un excelente taxista llamado Jorge Valderas. Conocía los mejores lugares para que yo pintara —tenía el ojo de un artista cuando se trataba de escoger las vistas que sabía que me agradarían. Uno de los lugares que pinté estaba en un acantilado muy precario —a la orilla de la nada. Él me



Puerto Montt, Chile



La hermosa Frutillar, en el Distrito de los Lagos, en Chile

estableció con todo para pintar, me trajo dos inmensas piedras para poder poner mis pinturas y se quedó conmigo todo el tiempo. Un día trajo a sus dos hijitos con él, un niño de seis y otro de ocho, cuando estaba yo por terminar una pintura de la bahía. Les di a cada uno papel, pintura y un pincel, y les enseñé a grandes rasgos cómo pintar. César, el de ocho años, halló el modo inmediatamente. Podía pintar líneas perfectamente rectas de una cerca que continuaba por cierta distancia, justo como la que yo había estado pintando.

Jorge me llevó a Frutillar, como a una hora de ahí, en donde pinté las lindas casas coloridas en las orillas del lago, mirando hacia el volcán Osorno. Qué pueblecito tan encantador. También fuimos al río que baja del glaciar del Osorno, en donde vi una escena de un campo de flores silvestres amarillas que se extendía tan lejos como la vista llegaba, y un solitario granero de color rojo con una vaca blanca y una negra a la distancia, lo cual me hizo sentarme y mirar bien, dándome cuenta que aquello era real, no estaba soñando una escena de un libro de cuentos.

## LA ISLA DE PASCUA

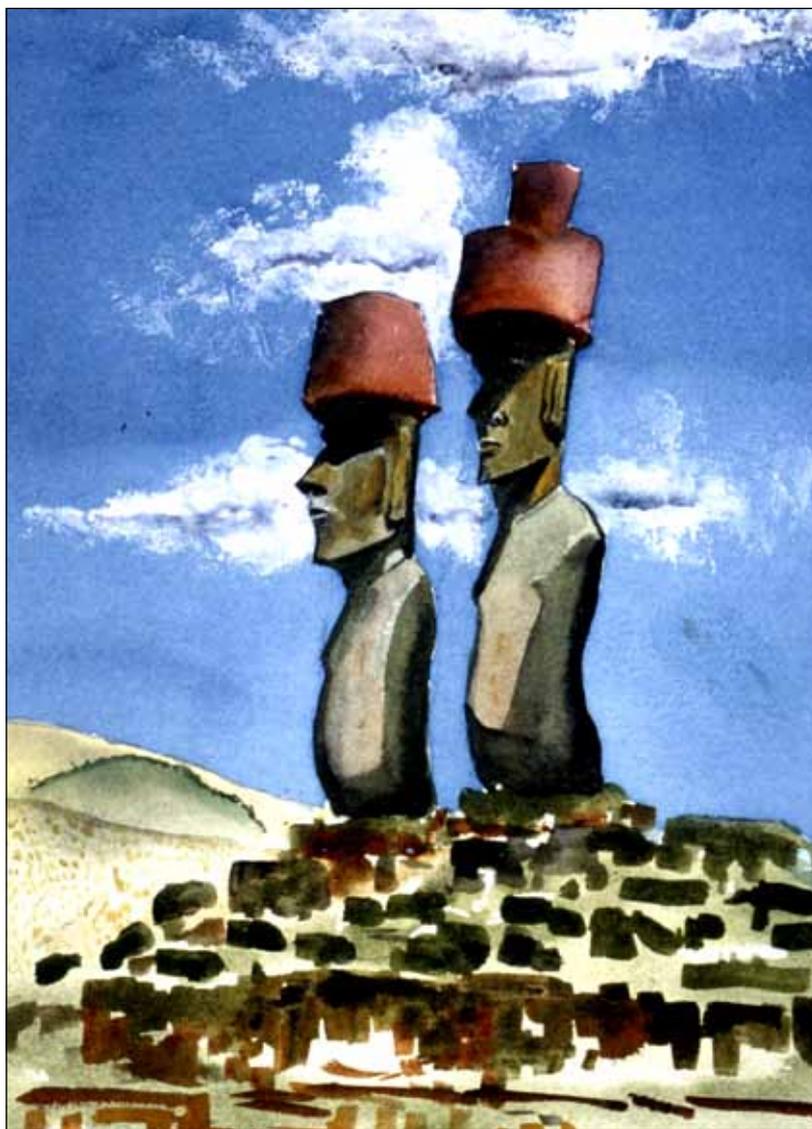
Pasé un día entero en Santiago, y luego me fui con el grupo de Mary Dell Lucas hacia la Isla de Pascua (Rapa Nui), un vuelo de seis horas hacia el centro del Océano Pacífico, en medio de la nada podríamos decir —a 2340 millas de Concepción, Chile, y a 1400 millas de las Islas Pitcairn, el poblado más cercano. La Isla de Pascua está tan aislada, y es tan difícil para los barcos acercarse a sus costas, que ya no van más para allá. Nos quedamos ocho días.

Me aguardaban varias sorpresas. Yo sabía que la Isla de Pascua era reconocida por las gigantescas y estandarizadas estatuas de piedra, *moai*, aunque todas con sus pequeñas diferencias, que nadie sabe cómo se hicieron, pero lo que yo no sabía, es que hay unas 1,000 en toda la isla. Más de 250 de ellas están erguidas sobre plataformas, *ahu*, algunas veces sólo una *moai* en una *ahu*, y hasta quince. Otras están en puntos aislados por toda la isla. Me significó escalar un poco para poder llegar a algunas que quería pintar, especialmente las que estaban cerca de la mina Rano Raraku. El rango de su altura iba desde los dos pies, hasta los treinta y dos y medio, pero esa, aparentemente, era demasiado grande y pesada para que los isleños pudieran moverla.

El grupo de seis *moai* en una plataforma a la orilla del mar, la Ahu Nau Nau en Anakena, fue el grupo que más disfruté para pintar. Cuatro de las figuras todavía tienen su sombrero (*pukao*) puesto, y solamente una no tiene cabeza. A mi modo de ver, ese grupo formaba un conjunto muy atractivo y estético, especialmente al estar a la orilla del mar.

Subimos hasta la villa de Orango, en donde los habitantes antiguos vivían en abrigos rocosos bajos y redondeados. Para entrar en uno, tuve que meterme gateando y usando una linterna para poder ver los petrograbados en el oscuro interior. Si nos asomábamos por el empinado borde del peñasco, mirando hacia abajo, hacia la diminuta isla Motu Iti, y agarrándonos fuertemente para mantener la vida, pudimos ver los fantásticos grabados de los aborígenes en las rocas. Los escultores de esas bellezas debieron ser una suerte de acróbatas para poder llevar a cabo su trabajo en tan precaria postura.

Subimos al borde del volcán en donde pudimos ver abajo el agua verdosa por las algas, una enigmática escena que me hubiera encantado pintar. Y para hacer esto aún más especial, nos tocó estar en la Isla de Pascua para la festividad anual de Rapa Nui, en la que los nativos usaban trajes para las danzas, o simplemente



Dos moai en la Isla de Pascua

danzaban desnudos con sus maravillosos tatuajes cubriendo todo su cuerpo. También se llavaban a cabo carreras de botes festivos, en las que como los antiguos, usaban sus canoas de caña. La pequeñita aldea de Hanga Roa, también tuvo su atractivo, especialmente para ver a los nativos que labran la madera. Los representantes del Museo Británico estaban también allí para adquirir piezas de madera para el museo, directamente de los artesanos, pero yo ya había comprado el único y hermoso *ua* (bastón de poder) de Rapa Nui, de 96 centímetros de largo, y un tablón Rongorongo con su escritura simbólica por ambos lados. Los Brits querían comprarme mi *ua*, pero por supuesto que yo no lo iba a vender.

La segunda ocasión que fui a Puerto Montt en Chile, fue en 1996 con mi nuera Valerie, y mi nieto Jonathan que era apenas un bebé. La mayoría del tiempo lo

pasamos solamente en Frutillar, a la orilla del lago. Estando el clima perfecto; pude pintar muchísimo, las mejores pinturas que hice en Chile. Cuando fue el momento de irnos, nuestro taxi se retrasó mucho debido a la construcción de la nueva carretera, así que apenas llegamos al aeropuerto. Ya habíamos documentado las maletas y estábamos en la pequeña sala de espera justo antes de abordar. Dejé en el suelo mi caja con todas mis pinturas y todos los rollos de fotografías mientras que cargaba a Jonathan en lo que Valerie se ponía la backpack. En ese momento preciso anunciaron el abordaje del vuelo. Salimos apresurándonos. No fue hasta que el avión había ya despegado, que me di cuenta que había dejado mi caja en la sala de abordar. Nuestro vuelo era el último del día, por lo que la salita ya estaba cerrada con llave. Al llegar a San Francisco, llamamos a una amiga que trabajaba en la oficina de la aerolínea, explicándole en dónde exactamente había yo dejado mi caja. Sugerimos poner un aviso en los periódicos locales ofreciendo una buena recompensa para quien la devolviera, pero nos dijeron que nadie haría caso de algo así en Puerto Montt. Tuvimos que aceptar el hecho de que no tenía mis pinturas. Eso tuvo que ser un trabajo “desde adentro” en el aeropuerto, ya que nadie tiene permitida la entrada a la sala de abordar después del despegue. Supongo que quien haya robado mis pinturas las puso a venta en las calles a las afueras de Puerto Montt, en donde venden los souvenirs, o prácticamente las vendió regaladas en algún hotel. Me gustaría regresar a ver.

## JAPÓN

Japón —siempre había querido ir allá, pero nunca se había dado la oportunidad hasta que Karen (la Karen Holly que fue conmigo a Francia a pintar) y Conrad Asper llamaron y dijeron que 1988 sería el último año que estarían en Japón, después de haber trabajado allá por siete. Querían que fuera yo mientras que ellos estaban todavía allá. Ambos hablaban con fluencia el japonés. Conrad era el director de la YMCA en Japón, lo que significaba que tuviera que tratar con grandes compañías y diplomáticos extranjeros interesados en la juventud japonesa. Karen trabajó con una institución bancaria internacional en donde trataba con instituciones financieras de todo el mundo, dignatarios extranjeros y el Ministerio de Finanzas. Los trabajos de ambos eran muy demandantes, y estaban al pendiente en todo momento, tanto de día como de noche.

Un día fui a la ciudad con Conrad. Me llevó a un templo de ahí que estaba cerca de su oficina. Estaba yo sentada en los escalones del templo, y podía verlo reflejado en el alto edificio de vidrios de espejo enfrente. Era una de esas típicas yuxtaposiciones de Tokio, en donde se encuentran lo antiguo y lo moderno. Llevaba yo un rato ahí pintando, cuando se acercó un señor japonés y durante un momento se quedó mirando lo que hacía sin decir nada. Al irse, dejó un sobre amarillo a un ladito mío. Al recogerlo pensé que era un panfletillo de anuncio de algo que había dejado y casi lo tiro, pero antes lo abrí. Dentro, estaba el equivalente a dos dólares. Vaya que estaba intrigada al respecto. Me encontré con Karen para ir a comer. Ella le preguntó a la mesera si sabía de qué se trataba el hecho de que el hombre me dejara el sobrecito amarillo con ese dinero. Claro que sabía. Evidentemente al señor le había agradado mi pintura, y estaba feliz de que su ciudad me gustara tanto que la estaba pintando. Ese sobre era un detalle que significaba “muchas gracias.” Todavía lo atesoro como uno de mis más gratos recuerdos de mi viaje a Japón.

Los niños iban a la escuela seis días de la semana, y siempre se vestían como

si acabaran de comprar el traje nuevo para ese día. En el tren, todos iban siempre leyendo un libro —no perdían ni un momento. Vi algunas mamás dejar a sus hijitos de cinco años en plena estación enorme de trenes, e irse ellas en una dirección hacia su trabajo, y los pequeñitos en otra, sabiendo perfectamente cómo sortear esas complicadas intersecciones y transbordos que hay por toda la ciudad. Nunca pude entender cómo le hacían. Habían caminos de hule con distintos diseños de todos tipos en el suelo de todas las estaciones. Los ciegos conocían los señalamientos que significaban cada uno de estos diseños y podían transbordar donde lo necesitaban sin ayuda de nadie. Era increíble.

En una ocasión Karen y yo fuimos a visitar uno de los grandes templos cuando un grupo de seis niñas estudiantes, perfectamente bien vestidas, preguntaron si podían entrevistarme para su proyecto escolar. No querían entrevistar a Karen, ya que por su manejo del japonés, era evidente que conocía la cultura y había vivido allí por un buen tiempo. Cada una traía su cuaderno y escribía absolutamente todo. Fue divertido. Cuando nos dimos cuenta, habían docenas de niñas con la misma tarea escolar. Esas seis niñas más tarde me escribieron a San Francisco, y cada una me envió un origami que habían hecho para mí. Muy lindas chicas.

Karen se tomó unos días libres para que pudiéramos ir a Kyoto, la capital más vieja y todavía la más histórica de Japón. Nos fuimos en el Nazomi Shinkansen (tren bala). Allí visitamos el santuario Heian, el Templo Kiyomizu y el Pabellón de Plata. Cuando visitamos el Heian, la suerte estuvo con nosotros. Había una boda tradicional shintoísta, y pudimos ver a los hermosos novios vestidos con sus trajes tan tradicionales japoneses. La novia me indicó con mímica que quería que les tomar una foto, aparentemente esto les traería buena suerte. Tanto Karen como yo hicimos varias pinturas de Kyoto.



El Templo Heian de Kyoto, en donde Karen y yo vimos una boda

Por cuestiones del trabajo de Conrad, fuimos invitados a una gran cena con un concierto de la sinfónica, patrocinado por Rover, la compañía de autos británica que a menudo patrocinaba los eventos de Conrad. Este formal evento, comenzó con un cóctel que, por mucho, supera a cualquier cóctel en el que haya yo estado; es más, fue más elegante y fastuoso que todos puestos juntos, aún más que el 100 Aniversario del Explorers Club en el Waldorf Astoria de Nueva York, que se llevó a cabo en 2003, en donde sirvieron todas las comidas más exóticas que a uno se le pudieran ocurrir. Allí en Japón, estuvimos convidados al Suntory Hall, el famoso edificio de la casa de la ópera, en donde tuvimos los mejores asientos y vimos tocar a la orquesta sinfónica. Fue maravilloso. Luego regresamos al hotel, en donde sirvieron el banquete. Estuve con el embajador británico, Sir David Wright, una persona muy sencilla y con los pies en la tierra. Me cayó muy bien. A todas las damas nos dieron un arreglo de orquídeas bellísimo en una macetita para poder llevárnoslo a casa. En suma, fue un grandioso evento. Llegamos a casa de madrugada.

## ESCOSIA

Aunque nunca me enfermé en lo absoluto cuando trabajaba en la selva, ni en ninguna de mis expediciones a pintar por todas partes del mundo, parece que me he ganado una reputación por romperme huesos. En mi primer viaje a Escocia en 1982, sufrí una de las peores fracturas. Había pasado un año desde la muerte de Bob. Se suponía que iba a dar una conferencia en el Congreso Internacional de Americanistas (ICA, por sus siglas en inglés) en Manchester, Inglaterra. Mis amigos Don y Lois Benke fueron conmigo.

Después de gozar la buena vida en el Castillo Inverlochy, nos fuimos manejando por caminitos estrechos hasta St. Andrews, la capital mundial del golf. Estaba caminando en una calle mirando libros en un escaparate cuando me tropecé con un pedazo de la misma acera que salía unos 7.5 centímetros sobre el nivel. Me caí y no pude levantarme. Tenía una rodilla rota y tuve que ir en ambulancia a Dundee, en donde estaban los Cirujanos Reales. Así que allá fui con la sirena de la ambulancia sonando todo el tiempo hasta llegar a Dundee. Rápidamente me admitieron en el hospital y me pusieron en un cubículo encortinado en donde nadie vino a verme durante más de una hora. Eso después de la sirena de la ambulancia ululando todo el tiempo.

Cuando me regresaron después de la cirugía, estaba enyesada desde el pie hasta la cadera. También me enteré de que todo el personal de cocina y enfermería de los hospitales de Escocia estaban en huelga, y que solamente estaban trabajando con los eventuales de soporte. El Banco de Escocia había venido y se habían llevado mi bolsa, y no me la podían dar de vuelta hasta que me dieran de alta y me pudiera ir. La única enfermera en el pabellón que me tocaba hacía café para nosotros cada mañana. Tanto para comer como para cenar, lo único que nos daban era un calducho con una albóndiga. Diariamente venía un vendedor con dulces, sandwiches, galletas, cacahuets y periódicos, pero como no tenía mi bolsa, no podía comprar nada. Todos los otros pacientes me veían con cara de “te va a llevar patas de cabra.” De no haber sido por dos jovencitas adolescentes que todo el tiempo ponían sus casetes, me hubiera vuelto loca.

Cuando fue momento de que dejara el hospital, me llevaron en silla de ruedas hasta un santuario interior en el que estaba el administrador con todo el dinero, y era en donde debían pagarse las cuentas. Ellos ya habían sacado todo el dinero

de mi bolsa para pagar mi cuenta del hospital, como si no fuera yo a pagar. Me dijeron que dejara mis muletas en la estación y que ellos se las enviarían de regreso al hospital de Dundee. ¿Cómo le iba a hacer sin muletas?

Una trabajadora social, muy buena gente, vino a ver que me pusieran adecuadamente en el tren, en dos asientos (uno para mi pierna derecha) para viajar a Manchester, en donde sería el congreso. Claro que di mi ponencia en la Universidad, aunque en muletas que me fueron muy difíciles de manejar debido al yeso tan largo.

## ANGKOR WAT

Angkor Wat no se parece en nada a Palenque, excepto en lo increíble que es el que se desarrolle una ciudad en plena selva. Pero debería comenzar con la primera vez que fui a Camboya con mi hijo David en 1991. Una de las compañías clientes del nos invitó a una celebración de gala en Hong Kong. Como entonces David no estaba casado, me invitó a ir con él, lo cual fue maravilloso. Cada noche habían fiestas con algo especial, regalos en nuestra habitación que incluyeron un kimono bordado de seda para cada quien, un precioso juego de té, y más.

Un día libre, tomamos el barco a China. Contratamos un coche del gobierno con chofer y pasamos el día visitando los sitios que las personas del gobierno de China querían que conociéramos. Fuimos a un mercado en el que vendían de todo; gatos por docenas estaban enjaulados esperando que alguien los comprara para cenar. David quería comprarlos y soltarlos, pero le recordé que tan pronto los soltar, alguien más los volvería a atrapar y acabarían en la olla del guisado de alguna persona.



En Hong Kong, David y yo en la recepción

En Bangkok nos quedamos en el Hotel Royal Orchid, un hotel muy grande y elegante a la orilla del río, con unas vistas maravillosas de los barcos que por ahí pasaban. Nuestra suite tenía dos baños y estaba adornada con flores y frutas frescas que cambiaban diariamente. Compré unos lindísimos aretes de zafiros y diamantes, pero era en la calle donde las verdaderas gangas se encuentran. Camisas de seda para hombre a cinco dólares. cuando en los Estados Unidos las hubieran vendido en 200 dólares. Y corbatas de seda tailandesas en un precio verdaderamente regalado.

David dijo que tenía que volver a trabajar, pero yo me quedé y fui a Chiang Mai. Al aterrizar el avión, tomé un taxi al hotel, y le pregunté al chofer si sabía de alguien que pudiera yo contratar por día para que me llevara a conocer el norte de Tailandia. Él me dijo que si en el hotel no tenían a alguien, él lo haría. Inmediatamente tenía ya un chofer, Thana Rawmalee, quien hablaba buen inglés y conocía a todo mundo en los pueblecitos, además de ser un muy agradable compañero. Diariamente me recogía a las 6:30 a.m. y nos íbamos durante el día entero, algunas veces regresábamos ya a las 9:30 ó 10:00 de la noche.

En Chiang Mai fuimos a los Wats Chedi Luang, el Wat Chiang Man y el Wat Phra Singh, en donde vimos a muchos jóvenes monjes alistándose para hacer su peregrinaje y pedir comida en el pueblo desde muy temprano por la mañana. A siete millas afuera del pueblo, subimos los 290 escalones hasta la cima de Wat Phrathat. Lo que más recuerdo del templo es el oro; había oro por todas partes. Como toda la gente, compramos pedacitos de hoja de oro para ponerle encima al Buda.

Uno de los lugares más emocionantes es el campo de entrenamiento de elefantes. Todavía habían unos 40,000 elefantes en Tailandia cuando estuve allí. Nos sentamos en bancas hechas de troncos, y los vimos bañarse, mover troncos gigantescos, y hasta jugar con sus bebés. Aunque usted no lo crea, sentada a mi lado, en esta remota jungla, estaba una de las mamás de la Escuela Robert Louis Stevenson. Ninguna podíamos creerlo. Monté en un elefante cuesta arriba hacia las montañas, un viaje de treinta minutos en un camino bastante rudo, pero muy divertido.

Más ir con Thana, subiendo hacia el Triángulo Dorado, a 208 millas de Chiang Mai, eso fue lo mejor. Él conocía a todas estas gentes de las tribus de las montañas —mujeres viejas cuyos dientes frontales eran todos de oro, docenas de niños corriendo alegremente al verlo, pues sabían que sus bolsillos estaban siempre llenos de dulces. Los habitantes de las altas villas tenían aros de oro alrededor de su cuello, tan apretados que me daba idea de que se asfixiaban. Usaban unos hermosos sombreros multicolores. Habían ancianitos afuera sentados, jugando a los dados y fumando tabaco. No, no era realmente tabaco; este era el país de las amapolas de opio, ilegales, pero a saber. De ahí a Mae Sai, en la frontera con Burma, donde las tropas de soldados están encargadas de vigilar las carreteras, listos para dispararle a cualquiera que intentara cruzar. Fue allí en donde fuimos a una fábrica de jade, que hacía preciosos anillos de jade de Burma. Siempre había querido uno, y sabía exactamente cual quería. Después de mucho regatear, obtuve exactamente el anillo que deseaba.

De regreso nos desviamos algunas millas hasta un Wat en donde vivía un alemán que se había hecho monje. Era amigo de mi amigo de San Miguel de Allende Waldemar Sailer, quien me dijo que el monje estaría feliz de verme y que además hablaba inglés. Nos invitó a su casa al aire libre, en donde su monje-en-entrenamiento, un muchachito de doce años vestido en short y playera, nos sirvió té y galletitas. Pasamos una hora de lo más de agradable con él, escuchándolo platicar cómo



Nuestro amigo, el monje alemán en Tailandia

se había desilusionado tanto del mundo quince años atrás, que había viajado a Tailandia y se había hecho monje budista. Hoy pasa todo el día en oración.

Luego, en noviembre de 1998, Claudine Marken y yo fuimos a Bangkok y Angkor Wat.

Pasamos los primeros dos días en Bangkok en el Hotel Royal Princess Pathumwan, justo al lado del Centro Comercial Mah Boon Krong, y enfrente de la Plaza de Siam. Al día siguiente tomamos un avión de Bangkok Air para Siem Reap, quedándonos en el encantador Angkor Village, a las afueras de Angkor. Nuestro guía Koy (So) de Turismo de Phnom Pehn (la sucursal de Siem Reap) era formidable. Nos recogía cada mañana después de desayunar en nuestro hotel

“flotante,” y pasamos todos los días con él, desde la mañana hasta la noche. No vimos turistas, sin embargo entendimos que al año siguiente llegarían en hordas. Supongo que realmente tuvimos mucha suerte.

Angkor Thom (dentro de Angkor), que otrora fuera una ciudad fortificada, se dice que en algún momento llegó a tener una población de un millón de habitantes. Está dentro de una pared cuadrada de ocho metros de altura y doce kilómetros de extensión, rodeada por un foso de agua de 100 metros de anchura, que en su momento fue habitado por feroces cocodrilos. Hoy día está tan enredado y sujetado por las raíces de inmensos árboles que prácticamente las edificaciones se sostienen por ellas. Estas raíces parecen lava derretida emergiendo de un volcán en erupción. Tuvimos que tener mucho cuidado al andar por ahí, ya que temíamos pisar alguna mina. Un niño de unos ocho años se me pegó durante todo el tiempo que pasamos ahí, aún cuando estaba yo pintando las raíces estéticamente bellas que sostenían la entrada del templo como en muletas. Las únicas personas que vimos fueron hombres con uno, dos o tres miembros faltantes debido a las minas que les explotaron. Esas minas habían sido puestas allí por el partido comunista Khmer Rouge, que causó las muertes del quince por ciento de la gente de Camboya.

Conducimos por unos veintitrés kilómetros desde Siem Reap hasta Banteay Srei, s través de un camino muy precario, lodoso y rocoso, pero que al menos



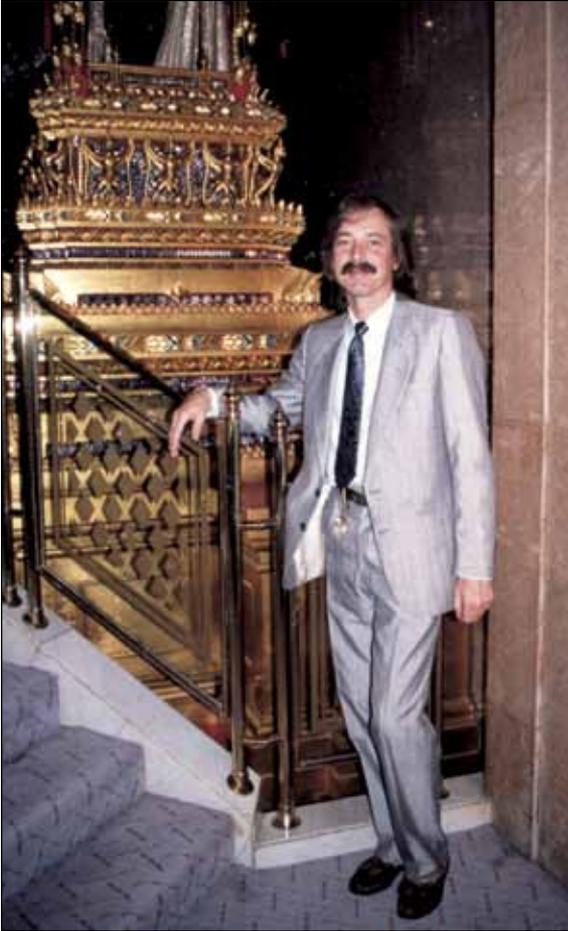
Las raíces de los árboles sostienen los templos en Angkor Wat

había sido clareado de minas en unos 250 metros a cada lado, de modo que los campesinos locales podían cultivar algo de arroz. Más allá el área estaba todavía llena de minas, es más, algunas de pronto aparecían en el área supuestamente “clareada.” Pensar que media nación podía simplemente matar a sus parientes y vecinos sin otra razón que una diferencia de credos, es impensable. Y ni siquiera preguntaban, simplemente iban matando y matando, y matando a más hasta que todo mundo había muerto. A lo largo del camino vimos varias señalizaciones que se leían: “Si usted ve una mina explosiva —uno quédese exactamente en donde está y no se mueva, mientras que el otro deberá ir inmediatamente a buscar a las autoridades para que les indiquen en dónde se encuentra dicha mina.”

Una escuela a medio camino entre Siem Reap y Banteay Srei tenía una hermosa cerca con columnas blancas como las que uno pudiera ver en un chateau en el sur de Francia; la reja seguía a la distancia como por toda una cuadra de la ciudad. No habían estudiantes. Ellos solamente van a la escuela cuando quieren, y eso es nunca. Sólo el costo de esa reja hubiera podido pagar el alimento de muchos niños durante todo un año.

Banteay Srei, con sus lindos templos de arenisca rosada y laterita, y bellas y voluptuosas doncellas celestiales grabadas en la piedra, tiene que ser uno de mis lugares favoritos en el mundo de Angkor. También era un lugar perfecto para pintar. El sol brillaba sobre la arenisca resaltando múltiples tonos de rosados, palo de rosa y sienna tostado. Pude haberme quedado allí pintando durante toda una semana, y no solamente un día.

Angkor es inmenso; se extiende por 23 kilómetros, todos maravillosos, como un cuento de hadas. A las 5:30, cuando la luz proyecta perfectas sombras sobre la fachada este del templo de Angkor Wat, me senté en la banca cruzando el ancho foso de brillantes aguas, y pinté allí hasta el oscurecer. Al pasar por el largo camino hacia la entrada, encontramos grupos de niñitos saltando, y mujeres en trajes de colorida seda, todas ya fuera cargando un bebé, o con uno a punto de nacer, o



Greg Giustina, mi exalumno de la RLS, en el restaurante donde nos invitó a almorzar

muy a menudo, con un bebé en brazos, otro en su vientre y dos o tres que apenas caminaban tomados de la mano.

En Ta Prohm, estaba la enorme cara sonriente sobre una entrada a punto de colapsarse, no podía quitar mi vista de ahí. Con seguridad, esa preciosa cabeza, tan alta como yo, pronto caería rompiéndose en pedacitos irreconocibles. En la Terraza del Elefante, con un fondo de hileras de esculturas monstruosas, así como docenas de elefantes que marchaban a la guerra, habían hombres también montados sobre elefantes podando árboles, mientras que otros elefantes quitaban o arrimaban las ramas podadas. La World Monument Foundation estaba trabajando en esa área, la única de Angkor en la que se estaba llevando a cabo algún tipo de restauración y conservación. Su trabajo me parecía casi imposible, ya que habían lados completos de los edificios totalmente desprendidos e inclinados a unos 30 grados y sostenidos por unos cuantos

tablones. No, no caminamos cerca de ellos.

Cuando pinté en Phimeanakas, un grupito de niños me estuvo mirando todo el tiempo. Cuando soplé sobre el papel para ayudar a la pintura a que se secase, los niñitos hicieron abanicos de palma y los agitaron frente al papel sabiendo que con eso me estaban ayudando. Me pareció un detalle muy lindo, así que no los detuve. Bayon es un sitio verdaderamente exquisito, con sus 500 metros de elefantes guerreros, caballos y soldados a pie, describiendo una batalla que se llevó a cabo en el río del Gran Lago. Escenas de la vida diaria estaban bellamente grabadas en las paredes del templo —hombres que llevaban ollas con arroz amarradas en palos (como se llevan los baldes con agua), fumando opio, dando a luz, jugando ajedrez, llevando un cerdo a una tinaja con agua hirviendo, trillando arroz, peleas de perros, artesanos trabajando, preparando pescado, prostitución y apuestas en las peleas de gallos.

Estando en Angkor, tomé notas de cosas similares a lo maya. Habían algunas, pero probablemente muchas más si me hubiera tomado más tiempo en buscarlas con cuidado. Mike Coe, quien además de ser Mesoamericanista ha escrito ya un libro acerca de Angkor Wat, probablemente notó muchas más de las que yo noté.

Ví similitudes en Baphuon, Angkor Thom, en donde los cazadores disparaban a las aves soplando cerbatanas grandes como las de los Gemelos Heroicos mayas, huecos en las paredes de los edificios como en la Casa A de Palenque, bóvedas o arcos tipo maya, zanjas para irrigación, campos elevados como en Campeche y Belice, y literas (algunas techadas) para transportar a los personajes importantes como las que aparecen en las vasijas mayas.

De Siem Reap regresamos para Bangkok en donde estuvimos un par de días, y cenamos grandiosamente en el Hotel Oriental, donde fuimos invitados de mi ex-alumno de la Escuela Stevenson, Greg Giustina.

## AUSTRALIA & NUEVA ZELANDA

Mi buen amigo, Peter Mathews, a quien tengo 30 años de conocer, da clases en la Universidad Latrobe de Melbourne. En 1998, me invitó a visitarlos a él y a Janet, y también a hacer una exhibición de mis calcas y de mis pinturas arqueológicas en la Galería de Arte Latrobe. La exhibición de las calcas intrigó a todos los “glíferos” con el texto jeroglífico de la Banca del Templo XIX de Palenque. Quienes fueron a la exhibición parecían apreciar el ver jeroglíficos mayas así como pinturas de Mesoamérica en acuarela, ya que nada de eso se había exhibido en Australia antes.

Viajé yo sola en el tren Ghan hacia Adelaide y Alice Springs, dos días de viaje en primera, en el cual conocí gente lindísima, en su mayoría de Londres. Me hice muy amiga de Pat Gladwell, de Billericay, Essex, Reino Unido. De hecho nos encontramos nuevamente en Alice Springs. No me causó una gran impresión Alice Springs. Me pareció muy comercial, con tienditas de recuerdos por todas partes, y tiendas que vendían pinturas aborígenes a precios verdaderamente ridículos.

Pinté en la primera estación de telégrafos que hubo en Alice Springs, tal cual había quedado restaurada entre 1895 y 1905. La estación estaba a medio camino entre Darwin y Adelaide, a lo largo de la línea de telégrafos Overland Telegraphic Line, y esto había sido clave en el desarrollo de Australia. Desde que se inauguró en 1972, la línea redujo considerablemente el aislamiento de Australia del resto del mundo. Ahora, los mensajes de Australia y más allá podían llegar a Europa en cuestión de horas, en lugar de muchos días por mar.

Mi lugar favorito en el “Outback” era Ayers Rock, en donde me quedé en el Sails in the Desert Hotel, un lugar elegante “en medio de la nada.” Un guía me llevaba en coche durante 15 minutos hasta “La Roca” en donde me quedaba pintando. Después regresaba por mí cuando quería ir a alguna



Peter Mathews, mi cuate de muchos años, en 2005

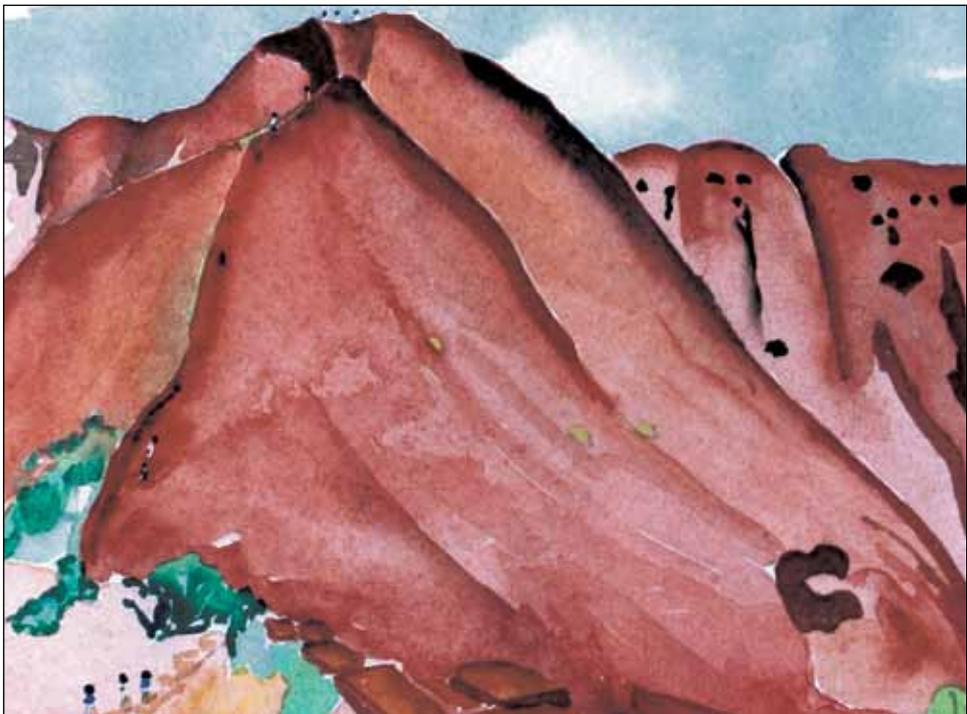
otra parte, todo gratis. Ayers Rock es enorme; tiene seis millas en su perímetro para quienes gustan de ir de caminata. Yo no. Abarca toda la visión de quien la observa; no cabe nada más. Espectacular. Quería yo pintar los maravillosos morados rojizos profundos que cambiaban de color cada media hora. También pinté en "The Olgas," a una media hora de Ayers Rock. Igualmente allí los tonos de rojo cambiaban antes de que siquiera pudiera aplicar la pintura en el papel. Me pude haber quedado pintando ahí durante días.

Me tomó dos días llegar a Alice Springs desde Melbourne en el tren y el avión hasta Ayers Rock, pero me tomó cinco horas el volar desde Alice Springs a Melbourne, costándome \$313.50 AU el viaje sencillo. Eso me mostró lo inmensa que es Australia.

Me quedé unos cuantos días más con Peter y Janet, y luego de ahí a Nueva Zelanda, llegando en plena lluvia y a media noche a Auckland. Ya por la mañana era una simple lluviecita. Pude pintar con gran satisfacción una vista de todos los barcos en la bahía de Auckland. En cuanto David vio la pintura, inmediatamente la quiso. Hoy día está en su yate, en Victoria, B.C. Los escaparates de cada tienda en Auckland estaban llenos de trajes de rugby negros: camisetas, suéteres, abrigos, gorros, todo. Nueva Zelanda es de lleno un país de "todo Rugby." No hay otro lugar así.

Me dirigí a la Bahía de Islas en la porción más septentrional de la Isla del Norte en Russell, en donde acababa de terminar la "Copa de las Américas" poquito antes de que yo llegara. Me quedé en el Okiato Lodge, a una corta distancia manejando desde Russell, un hermoso resort y un maravilloso sitio para pintar.

Pensé que me iba a llevar el viento el día que fui mar adentro en el barco Kings Dolphin Cruise. Estaba tan picado, que constantemente el capitán nos gritaba que



Ayers Rock, en Australia, una belleza

nos sostuviéramos muy bien. Yo y otros más estábamos haciendo malabares para sostenernos y tomar las fotos a las docenas de delfines que junto a nosotros saltaban en el agua. Me sostenía del barandal pasando un brazo alrededor de este mientras que sostenía la cámara y tomaba las fotos, esperando que alguna me saliera bien. Y así fue. Vimos dos delfines llevando a su lado a sus bebés recién nacidos. Esto lo hacen hasta que sus crías tienen uno o dos años de edad. El capitán nos dijo que en todos los años que tiene navegando, ha visto eso solamente en dos ocasiones. Verlo dos veces en un solo viaje —para él era increíble.

## ESPAÑA

He ido a muchos Congresos Internacionales de Americanistas en el mundo. El de Granada, España, en 1987 fue uno de los más emocionantes, posiblemente debido a su exótica cede. Wiggie Andrews y yo habíamos volado a Madrid en donde nos encontramos con Félix Villalba, quien había trabajado con nosotros en el Chichen Rubbing Project. Después de que nos paseó por Madrid, los tres nos fuimos a Granada manejando, pasando milla tras milla de huertos de olivos — nada más que olivos. A medio camino, se nos descompuso el coche, por lo que Félix nos dejó en un restaurantito “en medio de la nada,” en lo que él fue a buscar un mecánico. No era el mejor de los lugares para que estuviéramos Wiggie y yo. Wiggie, especialmente, tuvo algunas dificultades en mantener alejados a los granjeros borrachos de la región. Félix no sabía porqué nos arrojamos a sus brazos cuando llegó de regreso un par de horas después. Nosotros les habíamos dicho que estábamos esperando al esposo de Wiggie quien estaba por llegar en cualquier momento. Sino era así, ¿cómo explicaríamos que estuvieran dos mujeres solas en ese lejano bar?

Wiggie y yo dimos nuestra ponencia, y también nuestros amigos Will Andrews, Ed Kurjack, y Diane y Arlen Chase. Pasé todo el tiempo posible en la Alhambra, dejando llevar mi imaginación a los opulentos tiempos árabes. El trabajo en mosaico y filigrana es uno de los mejores que he visto en mi vida. El Patio de los Leones es uno de los lugares más grandiosos, como también lo son los aposentos de los gobernantes. Hasta pude hacer algunas pinturas en los momentos que iba y venía entre la Alhambra y las ponencias.

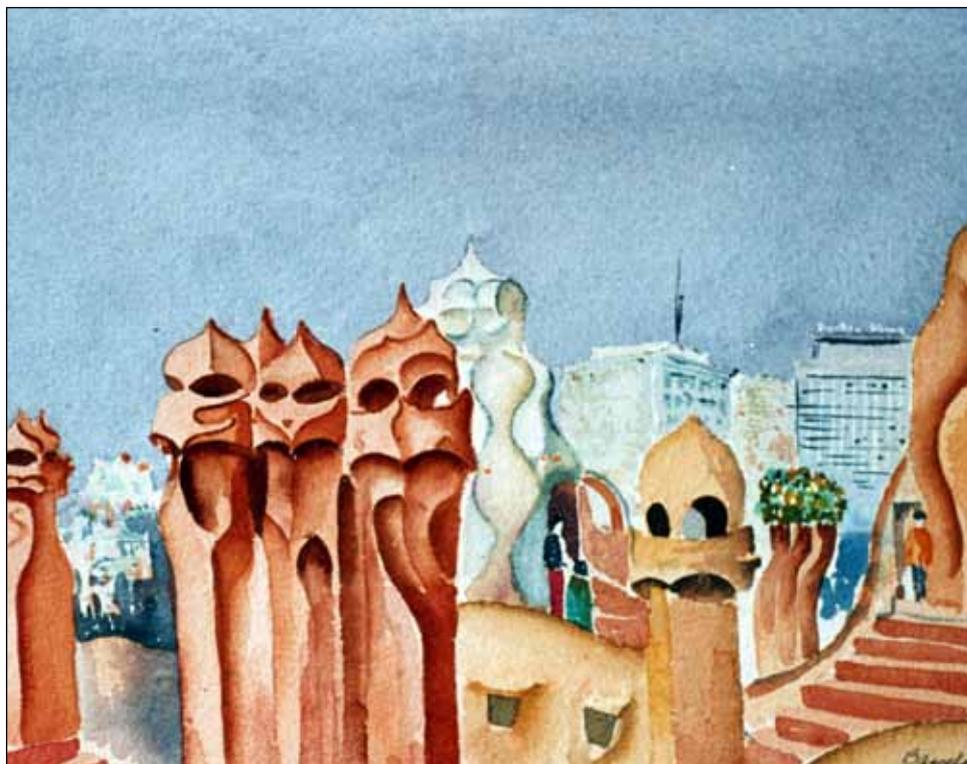
Después del Congreso, me fui con Patty y Bill Andrews manejando por todo España. Con su excelente español, tenían la habilidad de encontrar buenísimos lugares para quedarnos y a un magnífico precio, lo cual no hubiera podido hacer yo sola.

En Carmona, el hogar ancestral de mi colega en Chichén, Carlos Carmona, hay un parador dentro de los callejoncitos de la ciudad amurallada. Comimos ahí, y también había una convención. No era una convención de arqueólogos en donde el código de etiqueta es de “ponte lo que sea.” Los que atendían aquella convención estaban bien vestidos, las mujeres en largos abrigos de pieles y lindos vestidos, con bastantes joyas; los hombres en traje de etiqueta negro y corbata. Toledo, una ciudad grande con hermosas catedrales y edificios de estilo árabe fue nuestra última parada antes de llegar a Madrid. El clima se había tornado muy frío, y con las lluvias era difícil encontrar lugares adecuados para poder pintar. Bill tenía que regresar a Tulane para dar sus clases, pero yo había planeado quedarme un poco, esperanzada en que levantara algo el clima y me permitiera pintar. Cuando se fueron me estaba congelando, así que regresé al hotel con la idea de darme un baño caliente y meterme a la cama. No fue así. No había agua caliente

ni calefacción en el cuarto. A la mañana siguiente el clima seguía igual, por lo que decidí regresar a Madrid. Era sábado, y los bancos estaban cerrados, por lo que no pude cambiar mis travelers checks. Tenía apenas suficiente efectivo para tomar un taxi a la estación de trenes, pagar mi boleto y, me imaginé que también para llegar a mi hotel.

Le dije al taxista que mi hotel estaba en la Plaza de Cortéz. Me miró con cara de: ¿de qué está hablando? Y yo, por otro lado pensé que seguramente ese chofer acababa de comenzar a trabajar, ya que no tenía idea en dónde estaba la Plaza más importante de la ciudad. Le enseñé mi mapa. “¡Ah!—dijo—Plaza de las Cortes.” Otra cosa totalmente de la Plaza de Cortéz, que por supuesto no existía. Mientras me llevaba por la ciudad iba yo mirando el taxímetro, no el camino. Cuando llegamos a la esquina de donde tenía que encontrar mi hotel, ya no tenía nada más que lo que iba a pagar. Justamente allí estaba el Hotel Palace. Le pagué al chofer y me metí al hotel. Le pedí al recepcionista dejar allí mis maletas en lo que iba a buscar un banco.

Caminé por todas partes pero no pude hallar un banco. Sin embargo, cuando iba ya de regreso, encontré una oficina de American Express justo frente al Hotel Palace, y aún con mayor suerte, me di cuenta que en la mera esquina de donde estaba American Express, había una placa de bronce en un edificio en la que anunciaban el hotel que estaba yo buscando: “Hostal Residencia Mori, Piso 3.” Entré, tomé el pequeño elevadorcito y subí al tercer piso en donde había un plaquita en la puerta que decía: “Hostal Residencia.” Sí tenían una pequeña habitación, que parecía más bien una cabaña de ski, pero impecablemente limpia, con agua caliente y una gran



Fue el arte de Gaudí lo que nos llevó a Blair y a mí a Barcelona

tina. La tarifa era de \$15.00 dólares por noche. Dije que lo tomaría por tres noches.

Volví al Hotel Palace por mi equipaje, pero ya me habían chequeado en una habitación, y para salir debería pagar el costo de una noche. Así que me quedé, ya que de todas maneras debía pagarla —dos cientos dólares. Era la semana de Navidad y el lobby estaba ocupado por un gran árbol navideño junto al cual se ponía un grupo de cantores de villancicos. A la mañana siguiente, después de desayunar, simplemente pagué mi cuenta y salí con mi equipaje. El portero quería pedirme un taxi, pero para su asombro, solamente jalé mis maletas al otro lado de la calle hasta mi lindo hotelito de \$15.00 dólares por día.

La siguiente ocasión que estuve en Madrid, fue cuando estaba rastreando artefactos que eran de Palenque, así que en todos lados fui bienvenida. Unos colegas amigos míos me invitaron a la Biblioteca Nacional a ver el Códice Tro-Cortesianus (Códice Madrid). Eso fue realmente un deleite. Los que trabajan en ese departamento jamás habían visto el códice, así que cuando me condujeron a la “cámara interior” de consulta, ellos también entraron conmigo. El códice se encontraba en tres envoltorios, cada uno de los cuales debía ser firmado cada vez que se abría. Cuando el mero códice apareció, me lo dieron. Casi tenía miedo de tocarlo. Una cosa que me llamó la atención fue que las primeras páginas eran mucho mejores que las últimas, más cuidadosamente trazadas, más cuidadosamente pintadas. Esto me sorprendió porque en realidad jamás lo había notado al revisar las copias.

Blair y yo fuimos a Barcelona en 1997, ante todo para ver el arte de Gaudí. Había un grandioso restaurante de tapas en la plaza que frecuentábamos casi diario; de hecho, solamente fuimos a un restaurante formal una sola vez. Nos divertimos muchísimo pasando todos los días pintando en Barcelona, pintamos casi todos los edificios de Gaudí.

## ROMA

El director de Club Med, Enzo Iale, tiene oficinas en Paris, pero su casa está a las afueras de Roma. Él tenía años coleccionando figurillas de Palenque. Me dijo que sus papás me invitaban a quedarme con ellos unos días en Roma, y a fotografiar su colección completa, ya que nunca había sido fotografiada. Él pensaba que esos artefactos debían ser catalogados, lo cual me dejaba con la duda, de porqué entonces los coleccionaba.

Bob y yo volamos a Roma en julio de 1979. Los papás de Enzo estaban fascinados de tenernos, y aunque ninguno de los dos hablaba nada de inglés ni nada de español, en realidad nos llevamos y nos entendimos muy bien. La primera noche que estuvimos allá, invitaron a todos sus familiares a cenar con nosotros para conocernos.

Al siguiente día comencé a desempacar la colección que jamás habían siquiera desempacado. Los Iale no podían entender porqué no podían llevarnos a pasear por todo Roma, en lugar de quedarme diario a fotografiar sus piezas. Aunque sí fuimos a varios lugares maravillosos, como Roma Antigua, que me resultaba tan enigmática que quise ir allá tres veces. Fuimos al Vaticano, y a todo Roma. Tengo unas 1100 diapositivas de 35 mm de las figurillas de Enzo. En total, contando todas las diapositivas y fotografías que tengo de Palenque, de colecciones privadas, de museos y galerías de Europa que Wiggie Andrews y yo descubrimos en nuestra búsqueda de objetos de Palenque que muchos ya no existían, debo tener más de 3000 fotografías de figurillas o partes de figurillas de Palenque.

Casi todas han sido documentadas en cuanto a proveniencia, tamaño, color (si lo tienen), tipo —referente a si es humano, dios, imitador de dios, animal, ave, niño, mujer, guerrero— y los detalles del atavío que presentan, además de si son modeladas o moldeadas.

## SUIZA

Adoro Suiza, pero en realidad puedo decir que adoro muchísimos de los lugares en los que he estado y pintado. La primera vez que estuve allá, fue poco después de haber trabajado en Tikal, visitando a mis colegas de allá —Hans-Ruedi Hug y Hattula Moholy-Nagy. Volé hasta Zurich, quedándome en el pequeño Hotel Adler, en Rosengasse 10, en el centro de la “Zona Vieja” y a una cuadrita del canal, preciso en Hirschenplatz y Niederdorf Str. en donde todo mundo parecía



Schaffhausen, Suiza

congregarse. Me he quedado en el Adler muchas veces.

En la ocasión en que visité a mi amiga Sylviane Sandoz, fuimos no solamente a Zurich, sino a todas partes de Suiza. Sylviane era recepcionista de un médico en Nyon, y tomó una semana de vacaciones para mostrarme su país. Cuando estuve en Nyon me quedé en su casa, con ella y sus dos hijas. Esto era justo al lado del castillo en donde estaba la escuela a la que Sylviane fue cuando niña. Fuimos al hermoso Interlaken, y seguimos subiendo el curvado camino hasta el sitio donde tomamos el camión que nos llevaba hasta Mittelallalin y el Drehrestaurant Metro Alpin, a una altitud de 3500 metros. Antes de comenzar la subida, compré un magnífico bastón alpino para escalar, ya que al bajarnos del tranvía de ski, todavía teníamos que subir escalando un buen trecho sobre hielo, hasta el restaurant que da vueltas continuamente, pero muy despacio, da vueltas y vueltas. Nos divertimos mucho viendo a las diablitas saltando al vacío desde este precipicio con solo sus piecitos asegurados en un pequeño zapato para aterrizar. Y mientras nosotras nos sentamos en una mesa al lado de la ventana comiendo hot dogs y sauerkraut, y bebiendo cerveza.

En 1991 fui a Schaffhausen, y me quedé en el famoso hotel gourmet "Rhein Hotel Fischerzunft," en donde mi hija Bárbara me dijo que definitivamente debería quedarme. Y no solo eso, sino que se suponía que debería probar una especialidad en la cena cada noche, y no solo eso, sino que también debería tomar notas y hacer bocetos de todo lo que me sirvieran. Y todo esto porque tuve la buena fortuna de tener una hija chef en vías de escribir un libro de cocina. Ahí pinte mucho, pero también en Stein am Rhein, en donde estuve en trance admirando las fachadas de



Mi hotel, Las Tres Avestruces, estaba al final del Puente Charles

los edificios totalmente cubiertas con caprichosas pinturas como las que estaban en el Hotel Restaurante Adler. Ahí en Schaffhausen hice un buen número de pinturas, muy distintas de las escenas de Francia.

## PRAGA

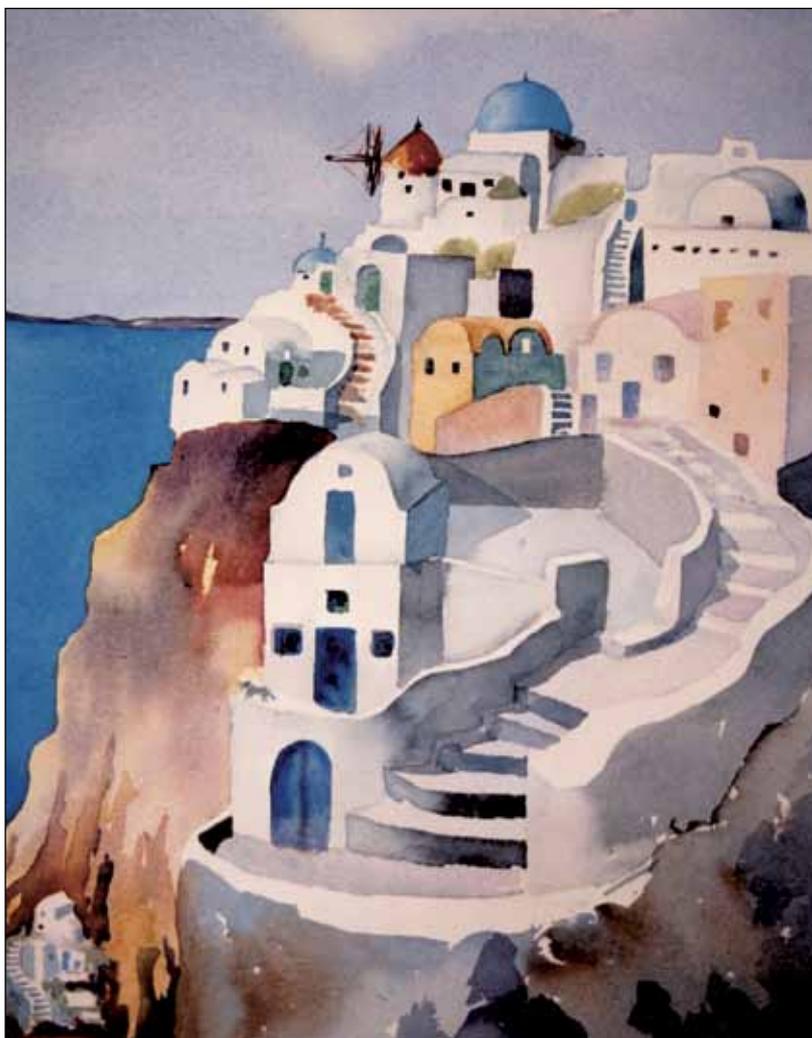
Praga es el paraíso de cualquier pintor. Muy distante, arquitectónicamente hablando, del resto de Europa. Es una de las ciudades más hermosas y mejor conservadas del viejo continente. Estuve encantada mis diez días en el encantador hotelito U Tri Pstrosu (Las Tres Avestruces), en el lado Mala Strana del puente Charles Bridge que cruza el Vltava. Mi cuarto era pequeño, pero absolutamente perfecto —podía estar recostada en mi cama y mirar hacia el techo pintado con escenas renacentistas, o mirar por la ventana hacia el puente que estaba a un paso, tan cerca que podía escuchar a los músicos tocar bajo mi ventana. Músicos y cantantes aparecían en montones en todo el andador. Sea cual fuere tu gusto musical, ahí estaba; solamente tocaba sentarse un momento en la acera y disfrutarlo. Los centavos que uno lanza en la cubetita; parecen valer más la pena que los caros espectáculos de la ópera en el centro de la ciudad.

Pasé días pintando, maravillándome ante todo lo que miraban mis ojos. Las marionetas en Czechoslovakia han sido famosas desde el s. XVII. Así que una tarde fui al teatro de las marionetas Puppet Theater. Fue muy divertido.

Un concierto de violín que se llevó a cabo en el último piso del edificio frente a la Torre del Reloj me dio la oportunidad de escuchar algunos excelentes violinistas, en una pequeña habitación con gente sentada que de hecho estaba ahí reunida para ese concierto. Fue como ir a una reunión del barrio de uno en donde los amigos se juntan para escuchar buena música.

Había llegado a Praga desde Estambul. Y el joven sentado junto a mi y su hermana venían llegando de pasar unos días justamente en Estambul. Cinco años antes, habían llegado a Praga sin dinero. Venían solamente con la intención de gozar el arte Checo. Sin embargo se habían quedado y ahora tenían un negocio en varios lugares de Praga; se dedicaban a traducir, redactar, enviar faxes y ese tipo de servicios. Vivían en un pequeñísimo departamento, sin muebles formales, solamente con cajas y bolsas de dormir, pero vaya que tenían una especial habilidad de conocer el buen arte y de encontrarlo también. No gastaban nada en ellos, sino que ponían cada centavo que les caía para comprar arte Checo. Para cuando el muchacho me estaba contando todo esto, ya habían comprado más de 100 pinturas Checas. Me invitaron a su casa, a comer cualquier cosita, como ellos comían, y ver su colección de arte. No lo vendían, sino que planeaban eventualmente regresar a los E.U. y llevarse todo con ellos. Para los precios del arte Checo de hoy día, deben de estar en una excelente posición económica. Eran una linda pareja; disfruté el conocerlos.

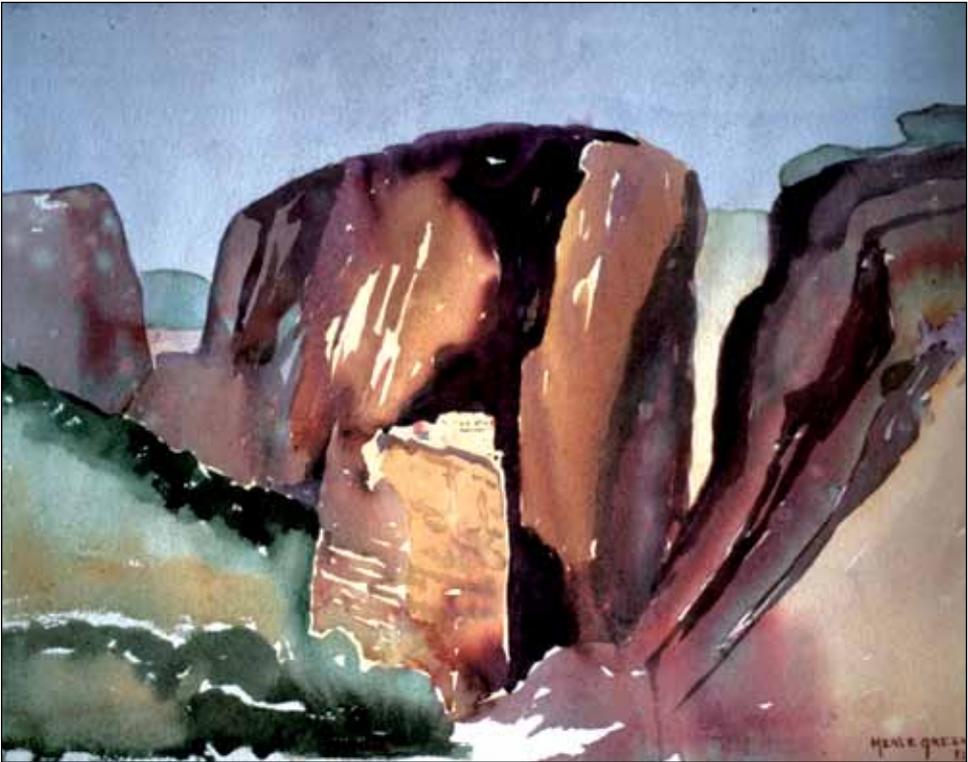
Aproveché mi estancia en Praga para viajar diecisiete millas hasta el castillo Karlstejn. Un lugar espectacular. Tuve que subir mucho para ver todo el lugar, pero los frescos en los muros bien valieron el esfuerzo, así como los aposentos de los caballeros. Hice migas con una señora que viajaba con sus dos hijas, así que comimos juntas en un lindo restaurante que estaba al pie del castillo. Muchas veces el viajar solo le da a uno la oportunidad de conocer gente de otros países, de poder compartir impresiones acerca de aquello que uno ve, compartir experiencias, como fue en aquella ocasión.



Estuvimos en Santorini dos semanas

## GRECIA

Recordando algunas grandiosas experiencias que he tenido, pienso en aquel mes que pasé en Grecia, en 1993, en mis clases de pintura con la artista Jeanne Dobie, de la AWCS. Éramos diecisiete alumnos. Nos conocimos en Atenas, y de allí nos fuimos a Meteora, a varias horas viajando al norte de Atenas, en donde miles de brillantes rocas, rocas en forma de torres de formación terciaria, lo dejan a uno boquiabierto. No hay nada igual. De los veintidós monasterios que alguna vez existieron en la cima de estas rocas, seis todavía están en funcionamiento hasta el día de hoy. Uno de los que visitamos fue el Monasterio de la Transfiguración, que está construido sobre la roca más grande de Meteora, a 475 metros sobre el Río Pinios. Lo construyeron en 1380, y en 1387 lo restauraron. Los maravillosos frescos que datan del s. XVI hacen que merezca la pena la gran dificultad para llegar allí. Hasta muy recientemente, el único modo de acceso al monasterio era por medio de



Pinté en lo precario de las rocas de Meteora, a 475 metros sobre el nivel del río

escaleras de cuerda o de un montacargas en cuerdas también. Nosotros subimos por medio de estrechos pasajes con escalones tallados en la roca. Cuando fueron construidos estos monasterios, las provisiones tenían que subirse los 475 metros, jalados en redes por medio de enormes cuerdas.

Pintamos, sentados precariamente en salientes en las rocas tan altas que no se veía la gente abajo. Un asunto medio truculento, pero fascinante. Estaba pintando en un enorme peñasco cerca de las nubes. Acababa de terminar mi tercera pintura cuando comenzó a llover. No tenía protección. Bastante padecimos para subir nuestro equipo de pintura, que simplemente dejamos el poncho y los paraguas. Sí, la lluvia cayó sobre mis pinturas, pero algo les hizo que le llamo “el Toque de Meteora.” Terminaron viéndose muy distintas, pero hermosas. Vendí dos de ellas tan pronto regresé a casa.

De Meteora nos fuimos a las Islas Griegas, Santorini y Mykonos. Me enamoré de cada pedacito de ellas —Mykonos con sus callecitas serpenteantes y su diminuto muelle, sin turistas, sólo nosotros— otro paraíso para los pintores. El azul intenso del mar, los edificios blancos que parecen estar apilados unos sobre otros, en una vista contra el sol, se tornaron en una danzante multitud de colores. Pintamos desde muy temprano hasta cerca de las 4 p.m., cuando el viento se hizo tan fuerte que estaba yo segura que me iba a volar hacia el mar. Santorini fue grandiosa, con sus callecitas empinadas, sus callejoncitos escondidos, y los edificios con formas tan increíbles que cualquiera hubiera pensado que estábamos en la tierra de nunca jamás.

Todos los días, antes de cenar, nos reuníamos para hacer una crítica de nuestras



¡Amo Venecia!

pinturas. Para cuando terminó el curso y todos debíamos regresar a casa, ya amaba yo Santorini al grado que me quedé una semana más y también lo hizo Jeanne Dobbie. Durante esa experiencia, aprendía a usar las transparencias de color puro. He estudiado con muchos maestros —en la Universidad de Washington, en el Instituto Allende con James Pinto, Fred Samuelson y otros— y siempre he aprendido algo nuevo que me ha ayudado a desarrollar mi propio estilo como artista.

## VENICIA

Con gusto regresaría a Venecia en la primera oportunidad. Es uno de mis lugares preferidos para pintar. La primera vez que estuve fue cuando viví en Beaulieu-

sur-Mer y vi en un escaparate de una agencia de viajes una promoción increíble de un viaje de un día por autobús a Venecia. Inmediatamente me apunté para el viaje que sería la siguiente semana. Mi amiga Anna Murdock también se decidió a venir.

Como Anna compró un sombrero de gondolero, yo también quería tener uno. Es con el que aparezco en el documental que filmaron en Chichén Itzá para el Museo de las Civilizaciones de Quebec. El Museo me invitó a la proyección inaugural en Quebec, así que la vi tanto en inglés como en francés. Cuando estuve allá, me quedé en casa de mi amigo de muchos años Stanley Loten y su esposa Bobby. A Stan lo conozco desde aquellos días que trabajamos juntos en Lamanai, en Belice, el sitio de David Pendergast.

Al volver a Venecia tratamos de disfrutar el "Harry's Bar," pero no lo logramos. El pintar y explorar las callecitas y los callejoncitos de todo Venecia nos ocupaba todos los días.

En 1998, Blair y yo decidimos de pronto irnos a Venecia después de haber pasado una semana maravillosa y de gran producción pictórica en Arezzo y Florencia. Yo tenía ya una reservación en un hotel a media cuadra de la Plaza de San Marcos, porque iba a regresar en tres semanas a Venecia para la exposición de "Mayas," en donde iba a compartir la habitación con mi amiga y compañera de viajes por años, Betty Benson. Lo que hice fue llamar y adicionar a esa reservación los días que usaríamos Blair y yo de inmediato.

La inauguración estuvo de locos. Nos dieron una copa de champagne que tuvimos que bebernos en un trago, antes que alguien nos empujara y nos lo echáramos todo encima. Logré hablar un momento con Peter Schmidt, uno de los curadores de la exposición. Habíamos estado paseando en góndola el día anterior cuando vimos al Chac Mool de Chichén Itzá siendo transportado, también en góndola, al Palazzo Grassi. De hecho, iba precariamente colgando a los lados de la góndola, una pieza demasiado grande para el tamaño de las góndolas. Contuve la respiración. Una ola grandecita de cualquier bote de motor que pasara, y todo aquello quedaría en el fondo del canal. Por suerte todo llegó bien.

Esa vez en Venecia fue grandiosa para mí. Betty había trabajado en su tesis de maestría haciendo una investigación sobre Tintoretto, un artista del cual yo no sabía mucho. Vimos todo lo que él pintó en Venecia, y todo explicado para mí por la "Profesora." Buenísimo. Martha Macri y Judy Alexander estaban también allá, así que todas lo pasamos de lujo y nos divertimos muchísimo. En realidad uno no necesita un mapa de las calles de Venecia, porque en su mayoría ni siquiera tienen nombre. Solamente hay que seguir el instinto de cada quien. Cuando de pronto aparece una iglesia interesante frente a uno, hay que entrar. Van a encontrar una pintura poco conocida de algún famoso pintor veneciano.

## EL VIAJE DE ODISEO

Susan Dutcher y yo fuimos con el Club de Exploradores a la más maravillosa expedición en septiembre de 2002: el "Viaje de Odiseo." Siempre me ha gustado ese período de la historia, desde que tuve un extraordinario profesor en el colegio, quien nos enseñó que nada se había escrito más allá de La Ilíada. En aquel entonces leímos la traducción de Lattimore. Mi profesor se emocionaba tanto que saltaba sobre el escritorio. Su entusiasmo era verdaderamente contagioso. Todos



Con Susan en Ítaca, la tierra de Odiseo



La Sun Bay, en nuestro "Viaje de Odiseo" del Club de Exploradores"



Un boceto de Troya

lo sentíamos. Llegábamos antes a clase y nos quedábamos hasta tarde, así como lo hacía él. Tan pronto supe que iba a ir a ese viaje, leí otra vez todas las traducciones que encontré de La Ilíada y La Odisea. Susan y yo compartimos una habitación en el nuevo y hermoso “Sun Bay” que llevaba una tripulación de 50 para atender a 85 pasajeros de nuestro Club. En nuestro día libre en Atenas, fuimos al Partenón, al Museo Arqueológico Nacional y a una estupenda librería que estaba justo a la vuelta de nuestro hotel, el precioso Athens Plaza que recién había sido inaugurado, el único hotel decente que estaba abierto. Todos los demás, así como todo Atenas, estaban siendo reconstruidos para las Olimpiadas del 2004. La ciudad era un desastre, construcciones por doquier.

La primera noche a bordo, navegamos hacia Turquía, el primer punto en que Odiseo comenzó su viaje de diez años tratando de encontrar el camino de regreso a su hogar en Ítaca. Como ya había yo estado con Don Marken en Troya, aquella vez que viajamos con Mary Dell Lucas por Turquía, decidí que no quería andar en las tan poco interesantes ruinas de Troya, y me asenté en la cima de un montículo con mis cosas para pintar, y procedí a hacer una pintura de Troya.

A las 5:00 p.m. navegamos las 248 millas náuticas hacia Nauplión, Grecia, llegando ahí como a la 1:00 p.m. del día siguiente. De allí nos fuimos al pueblo amurallado de Micenas y a la cercana Tumba Panal. No daba yo crédito de su tamaño —sumamente alta y de unos 30 pies de diámetro.

Nos encantó Nauplión, un pueblo del Peloponeso situado en una bahía del Egeo a la que nos encantaría regresar al menos por dos semanas, para yo poder pintar y para Susan poder nadar. Fuimos después a Pylos, en donde vimos el Palacio del Rey Néstor con sus hermosos pisos de mosaicos. Fuimos a Valletta,



La tripulación de la Sun Bay nos dio una fiesta de media noche al Club de Exploradores

Malta, en donde algunos fueron a las Cuevas de Calypso, en donde Odiseo estuvo preso durante tres años, y donde sacó el ojo del Cíclope, y escapó solo agarrado de la panza de la oveja más grande del ogro gigante.

Cuando fuimos a los sitios prehistóricos, megalíticos de Hagar Qim y los Templos de Tarxien, me recordé de cuando Bob y yo estuvimos en Cuzco, Perú. Las gigantescas rocas rosadas, algunas más altas que las personas, estaban perfectamente ensambladas unas con otras. Era increíble. Al seguir la ruta de Odiseo, fuimos también a Trapani, en Sicilia, Nápoles, y la gruta de la Sibila de Cumas, Pompeya y Herculano —que me gustó aún más que Pompeya, frescos más lindos, los edificios policromados, y simplemente más de todo en comparación con Pompeya. En Lipari, el magnífico templo parecido al Partenón, resaltaba solito, grandioso y bello contra el bosque virgen. En Taormina, podíamos ver el magnífico Monte Etna desde el escenario del gran teatro griego. Sólo tres días después de haber estado allí, el Monte Etna hizo erupción. Habían altísimas humaredas saliendo de él cuando estuvimos allá. Luego a Corfú, en donde Odiseo fue llevado hasta la orilla, y finalmente a Ítaca, el hogar de Odiseo. Un barco más grande que el nuestro no hubiera podido llegar hasta Ítaca. Tuvimos suerte. Amé la villa de Ítaca inmediatamente, y comencé a hacer planes para poder regresar y quedarme unas cuantas semanas para poder pintar a mis anchas.

Pasamos a través del Canal de Corinto de noche, así que todos nos quedamos despiertos, mirando cómo nos sentíamos casi aplastados por los altos bancos laterales durante todo nuestro cruce. Y de allí regresamos a Atenas.

Una de las noches más divertidas a bordo del barco, fue cuando la tripulación nos hizo una fiesta para el Club de Exploradores abajo en la cocina. Se lo pasaron haciendo pretzels que parecían donas, que metíamos en una salsa de chocolate oscuro. Estaban tan buenos que nos lo pasamos comiéndolos. Qué fiesta tan divertida. Qué crucero tan padre.

## BÉLGICA

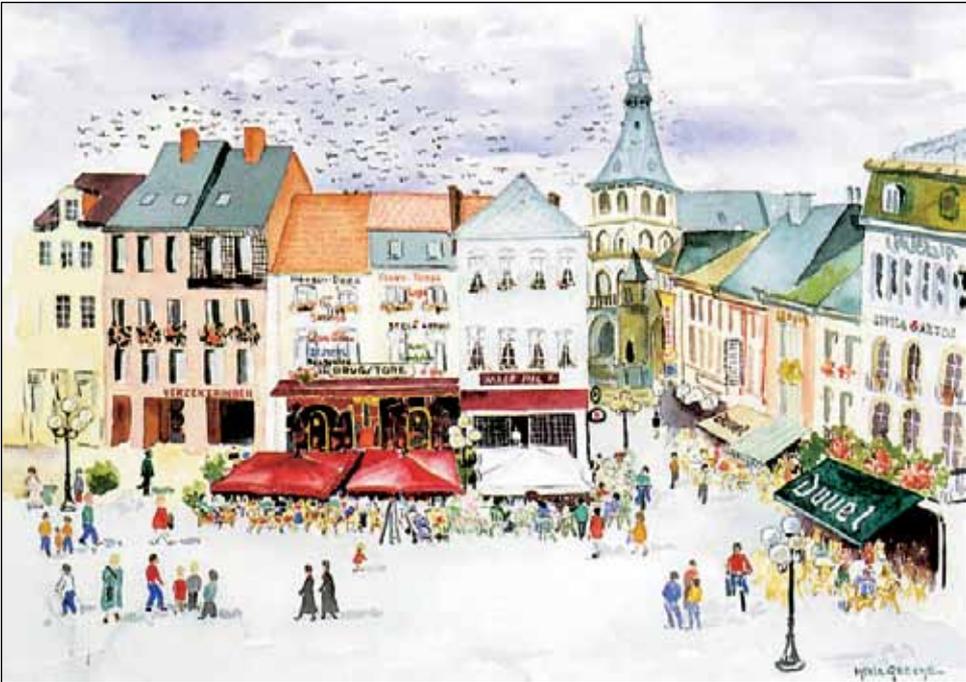


Durante ocho años, comenzando en 1991, fui a Bélgica y pinté docenas de restaurantes con la Estrella Michelin de Bélgica, más muchos otros que no tenían la estrella. Bárbara, mi hija, la chef y propietaria de Barbara's Cuisine en Palo Alto, California, un servicio muy exclusivo de banquetes, junto con su esposo Bob Southwick, quien era consultor financiero para compañías que negociaban entre Estados Unidos y Bélgica, tenían una casa en el lindísimo pueblo de Hasselt, en Limburg. Me quedaba siempre con ellos durante un mes en el verano, e iba con Bárbara a todos los restaurantes en donde hacía consultas de negocios con los chefs y dueños. Creo honestamente que conocía a cada uno de los chefs en Bélgica. Los pinté a todos, casi siempre cuando estábamos sentadas comiendo.

Una de mis grandes sorpresas en Bélgica sucedió el primer verano que estuve allá. Bárbara y yo habíamos estado a comer en el Brujas, un restaurante muy lujoso, pero también fuimos invitadas a cenar al famoso restaurante "Le Scholtelshof" por el chef y propietario Roger Souvereyns. Simplemente no podía yo comer nada más, por lo que supliqué no ir. Cuando Bárbara y Bob llegaron a la casa más tarde, me despertaron para darme las noticias. Roger Souvereyns me invitaba a



Mi hija Bárbara y Bob



Hasselt, Bélgica, en donde Bárbara y Bob vivían seis meses de cada año

quedarme en “Le Schotelshof” durante cinco días, para que pudiera pintar allí. Mi primera reacción, además de estar absolutamente eufórica con su generosa invitación, fue: “¿Cómo voy a hacer para comer tanto tres veces al día?.” Bárbara me dijo que podía pedir cualquier cosa, lo que yo quisiera, solamente tenía que decirles. Como llegué de mañana, no tenía apetito de un gran almuerzo, porque además sabía que mi cena iba a ser fantástica. Le dije al chef que en realidad se me antojaba una sopita. Bueno, pues la sopa que me dieron ha sido la más deliciosa que haya probado en mi vida: un buen trozo de pez cabezón gris del Atlántico, en un delicioso caldo, toda una comida per sé.

Habían algunas habitaciones para huéspedes que se querían quedar a pasar la noche, ya que hay gente de toda Francia y Bélgica que no gustan de manejar hasta su casa después de una cena de tres horas. Mi habitación era simplemente encantadora, con muebles antiguos y pinturas originales de la escuela de Flandes en las paredes. El clima estaba divino, así que pinté tanto adentro como afuera del restaurante. Adentro hice “La Famosa Estufa de Roger,” “El Comedor del Scholteshof” y “El Cuarto Azul.” También pinté una mesa llena de flores de Navidad para la portada de un folleto navideño para Roger. Afuera habían muchas vistas hermosas que podía pintar: el estanque con sus gansos, los manzanos con sus rojas frutas, la entrada, el famoso jardín o el huerto en donde cultivaban las muchas frutas, verduras y hierbas que usaban en el restaurante. Esos fueron cinco días verdaderamente maravillosos. Desde entonces, cada vez que iba al restaurante, Roger me regalaba una caja de sus chocolates especiales.

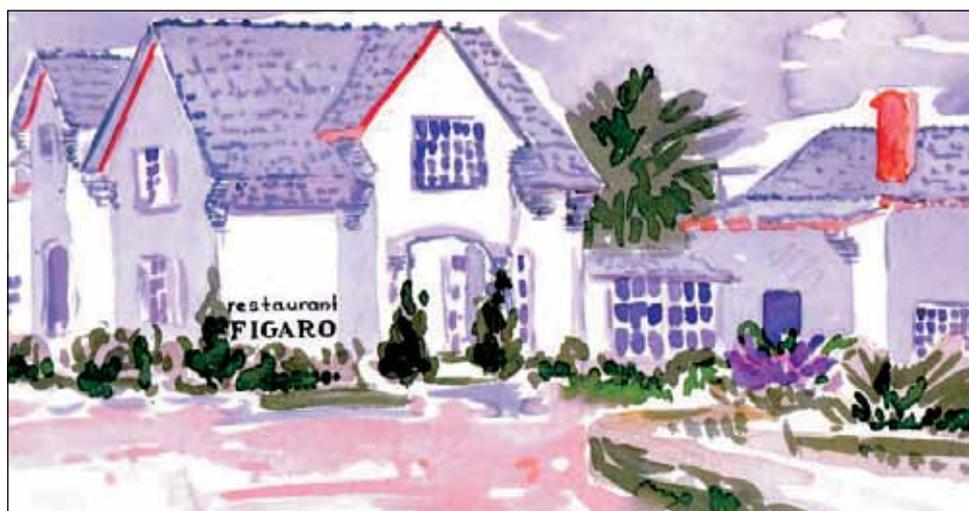
Una de las entradas que Bárbara trabajó con Roger Souvereyns eran cucharitas individuales en las que servían puntitas de espárragos al vapor, envueltos en salmón ahumado y rociados con cebollino picado, todo sobre un tris de vinagreta que ya iba en la cuchara. Esto no era solamente un deleite a la vista, sino también



Le Scholteshof, en donde Roger me invitó a quedarme por cinco días para pintar

al paladar. Bárbara había buscado ávidamente en todos los mercados de pulgas y tiendas de antigüedades, todas y cada una de las más hermosas cucharas antiguas imaginables, todas distintas y todas muy lindas.

Otro restaurante belga de nuestros favoritos era el “Figaro,” en las afueras de Hasselt. Los chefs y propietarios Jacques y Luk Colemont eran buenos amigos de Bárbara y Bob, y pronto se hicieron también amigos míos. Era un encantador restaurante en el que servían la mejor comida que uno pudiera imaginar. Ya fueran Jacques o Luk, pero alguno siempre se sentaba con nosotros a tomar café y postre,



El Figaro, uno de mis lugares favoritos en Bélgica

que servían en otro salón muy acogedor, con unas sillas muy suavécitas y cómodas. Los entremeses también los servían en otro salón similar antes de que uno pasara al comedor principal para cenar. Ese procedimiento era muy usual en los mejores restaurantes de Bélgica.

El "Kasteel St. Paul," cerca de Lummen, era a donde íbamos siempre que teníamos algo que celebrar, como nuestros cumpleaños, o la llegada de Carolyn. Siempre éramos recibidos en la puerta por los dueños Vera y Tony Robyns, y su perrito blanco. Un lugar más encantador y sofisticadamente silencioso hubiera sido muy difícil de encontrar. Los aperitivos y entremeses nos servían en un agradabilísimo y acogedor salón que no era el "Gran Comedor." Después de cenar, regresábamos a ese mismo salón para los muchos postres y café, acompañados de un buen rato más de la excelente conversación de nuestros anfitriones.

El "Auberge du Molin Hideux" en Noirefontaine, estaba bastante lejos de Hasselt, así que siempre nos quedábamos a pasar la noche. Eso era muy rico. Aquel adorable y extenso hotel-restaurant que servía "tan rica" comida belga fue hecho especialmente para no tener que irse. Era buenísimo: se podía uno quedar, después de cenar, relajándose frente a la chimenea. También tuve bastante tiempo para pintar.

La "Hostellerie Tros Marets, Relais & Chateaux," en las afueras de Malmedy, situada en lo alto de una colina, fue a donde fuimos a comer un bello día de septiembre, cuando los árboles estaban todos alegremente coloridos en sus atavíos anaranjados, cafés, sienna tostado, y dorados. La dueña, una buena amiga de Bárbara y Bob se sentó con nosotros durante un rato de nuestra comida. Estaba pintando ese salón mientras comíamos; me estaba haciendo sumamente hábil para hacerlo así. Le pedí al mesero un poco de agua para mi pintura; él me trajo un tazón de plata antiguo lleno de agua. Esa fue el agua más elegante que jamás se haya usado en alguna de mis pinturas.

Hay maravillosos restaurantes dentro de la ciudad de Hasselt. El "Restaurant Luk Bellings," al que se le conoce como el "Savarin," es una aristocrática mansión que tiene decoración toscana de radiantes colores pasteles adornando las paredes. El íntimo espacio creado por Bridgitte y Luk Bellings era siempre la opción que uno albergaba cuando se trataba de una noche tranquila.

Frecuentamos muchísimo el "Restaurant Cloverblat," no muy lejos de la

casa de Bárbara y Bob. La maestría culinaria no podría haber sido mejor. Un pequeño y amistoso lugar que también era propiedad de unos amigos.

Los *moules* (mejillones) en Bélgica, se sirven en cantidad de variedades. Jumbo, imperial, extra y súper. Los mejillones belgas tienen que ser los mejores. Cada año, tan pronto llegaba a



Lillian Bonner en su restaurante Jean, en donde servían los mejores mejillones

Bélgica, el primer sitio al que salíamos a cenar era el “Restaurant Jean” en Hasselt. La propietaria era nuestra amiga Lillian Bonner, quien sirve los mejores mejillones del mundo, lo juro. La orden de mejillones por persona es en promedio de dos libras, servida en su gran olla de fierro fundido, y siempre acompañados de una enorme orden de papas a la francesa a un lado.

Otro que no se debe uno perder en Bélgica es la “Belgian Waffle” que se compra en la calle, o la mejor de todas, la que venden en la estación de trenes. No es el típico waffle que pensamos. Sí tiene la apariencia de un waffle, pero la miel está cocinada junto con la masa, así que no se escurre ni se pegotea toda. Se come con los dedos sin problema al ir uno caminando por la calle. Lo mismo es con las *frits* (papas a la francesa): se compran en la calle en un cucurucho de papel. Tradicionalmente, les ponían mayonesa encima, pero últimamente he notado que se puede encontrar también catsup (la versión estadounidense). En realidad las papas a la francesa no son de Francia. Durante la guerra, eran tan favoritas de los soldados franceses, que las comenzaron a llamar papas a la francesa. Y el nombre se les quedó.

La costa de Bélgica, con sus aprox. 40 millas de longitud, es la fuente de los peces de cuanta especie hay que se llevan y distribuyen diariamente en los pueblos de todo Bélgica. Se dice que los belgas consumen más de 37 libras de pescado al año, por persona. Una mañana muy temprano, Bárbara y yo fuimos de Brujas a Ostende, a tiempo para ver a los pescadores llegar con su pesca. A la orilla del mar, los vendedores de pescado habían tendido puestos techados con peces de todos tipos en trastes de plástico para que los degustadores los compraran. Nosotras compramos trastes de *crevette gris* (pequeñitos camarones grises), *moules*, calamares fritos, arenque fresco con cebolla, y sardinas frescas, para nombrar algunos de los muchos que recuerdo haber comido. Luego, almorzamos en un restaurante al otro lado de la calle, y cada una pedimos un pescado distinto. Nos quedamos a pasar la noche en un hotel a la orilla del mar, el “Auberge des Rois Beach Hotel,” cerca de Ostende. Para cenar pedimos más platillos de pescado. Bárbara quería probar todos los modos en que los mejores chefs preparaban los pescados y mariscos. Enlistando las delicias de ese día, contamos veinticinco distintos tipos de pescados y mariscos probados por cada una.

Brujas también tiene algunos restaurantes excelentes también. Nuestra visita al restaurante con tres estrellas Michelin “De Snippe,” no solamente fue todo un éxito por la comida, sino porque también allí pude pintar. Nos sentamos en una mesa en la que yo pintaba mientras Bárbara y el chef-propietario Huysentruyt podían discutir de la comida. Los tres estábamos sentados de modo que veíamos el mural al otro lado del salón. Los tres comiendo delicias gourmet, servidas impecablemente, como solamente lo haría un restaurante de tres estrellas. En estos lugares estaban acostumbrados a verme pintar mientras comía. Claro que algunas veces la comida se enfriaba si tenía yo que poner toda mi atención al hacer un “wash,” por ejemplo. Ese día, había un par de caballeros comiendo al lado del mural, evidentemente notaron que estaba yo pintando, así que cuando terminaron pasaron por nuestra mesa para mirar mi trabajo, les gustó, pero preguntaron porqué no los había incluido en mi pintura. Les expliqué que no incluía a los comensales en mis pinturas de los restaurantes jamás, pues no quería entrometerme en su privacidad, ni quería que el chef se disgustara al estar yo pintando a sus comensales y molestándolos en su privacidad.

El chef Pierre Wynants de “Comme Chez Soi,” en Bruselas, el restaurante más importante de tres estrellas Michelin en Bélgica, nos platicó que hay diez

temporadas de comida, comenzando con trufas negras en enero y febrero. Solamente sirve comida de temporada en cada momento. Al entrevistarlo una mañana, Bárbara y yo tuvimos la suerte de que nos sirvieran los bocadillos que iban a dar en una comida privada ese día. Qué deliciosa manera de hacer una entrevista.

El "Restaurante De Egge," que estaba a la vuelta de la casa de Bárbara y Bob fue siempre muy, muy especial para nosotros. Marianne y Bernard Schenkel eran unos amigos especiales para nosotros. Siempre nos encantaba ver a sus dos hijitos. Bárbara siempre les tenía algún juguetito para dárselos cuando llegábamos, y los chiquilines siempre saltaban de alegría cuando la veían. Bob les dio sus cazuelas de cobre a Marianne y Bernard. Eso le hubiera gustado a Bárbara.

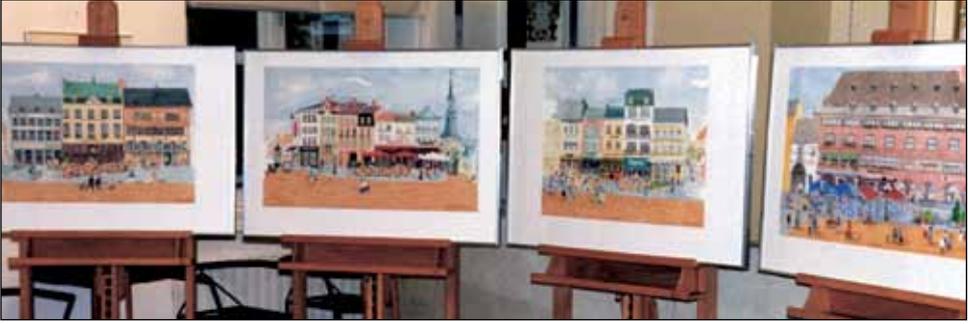
Este es solamente una muestra de los maravillosos restaurantes a los que fuimos en Bélgica, y de los cuales pinté algunas escenas para el libro de "Cocina Belga" en el que Bárbara estaba trabajando. He probado un buen tanto de las creaciones de Bárbara, ya que todas las ensayaba en su cocina "tipo-restaurant" de su casa en Hasselt, a donde amigos y chefs llegaban para participar. Todavía considero que sus "rabbit with prunes and golden raisins" es el mejor platillo que existe.

Cuando le diagnosticaron que tenía cáncer de mama, paró todo el trabajo en su libro y se enfocó al cien por ciento en tratar de curarse. Tristemente, el 18 de abril de 1998, murió en Hasselt, Bélgica. My queridísima amiga Linda Schele murió el mismo día, a la misma hora, de la misma enfermedad. Simplemente no me pareció justo.

Me fui a Hasselt a principios del otoño para ayudar a Bob a arreglar las cosas en su casa, y a preparar mi exhibición de pinturas, tanto de Hasselt como de otros sitios de Bélgica, en el Museo de Hasselt. Carolyn vino para la inauguración, y para encontrarse y conocer a los amigos de Bárbara. El lugar estaba a reventar, todos los amigos de Bárbara, los de Bob y mis amigos, la gente del gobierno de la ciudad, y mucha gente de Hasselt y de otras partes de Bélgica. Un salón especial



Con Carolyn en mi exhibición en Hasselt



Pinté cuatro grandes cuadros del Hasselt Grote Mrkt en memoria de Bárbara

tenía las cuatro pinturas que hice de los cuatro lados del Grote Mrkt. Esas las doné a la ciudad de Hasselt en recuerdo de Bárbara.

Logré darme tiempo para estar con mi amiga Simone Verbeemen, quien era y ha sido por años la “mamá” del equipo de básquetbol de Hasselt. Su vida era el béisbol, pero cada vez que había yo estado en Hasselt, nos hacíamos el tiempo para vernos, al menos para tomar un café en el Grote Mrkt o en la “Theo Massin Patisserie” casi diario. Generalmente Bárbara iba con nosotras. Bárbara había trabajado con Theo durante cuatro años y medio en la pastelería, aprendiendo el arte de hacer delicados pasteles y tartas. Esto es lo que probablemente extraño más de Bélgica, el tomarme un momento del día para tomar café con una amiga, sin planearlo en anticipado, solamente haciéndolo. Siempre hay tiempo para un amigo, nunca escucharás “lo siento pero tengo una cita que no puedo cancelar, pero hagámoslo la semana próxima.”

Compartí muchos momentos felices con la familia Peeters —Jos, Christine y Liesbet, quien pasó dos veranos viviendo conmigo en San Francisco, mientras estuvo en una beca de la Universidad durante el tiempo que trabajó para una empresa bancaria internacional. Jos estaba restaurando el bello edificio antiguo de su negocio, del cual me pidió que hiciera una pintura. Lo hice, en dos ángulos distintos, en sesiones de dos días para cada uno.

Mis otros amigos especiales de Bruselas, con quienes a menudo nos quedábamos, son Guy y Gerhild Onderbeek. Siempre tenían cuartos listos para nosotras, una rica bebida frente a la chimenea, y de ahí nos íbamos todos a cenar a alguno de los restaurantes de Guy. Gerhild hablaba, escribía y leía tantos idiomas diferentes que todavía estoy impresionada. Yo aquí teniendo dificultades con mi Español, mi Francés y mi Flamenco.



Almuerzo en la casa de Jos Peeters

## LA UNIVERSIDAD DE TULANE



Una de las primeras grandes exhibiciones de mis calcas, fue en el Museo de Arte de Nueva Orleans, en 1972. Al mismo tiempo, se llevaba a cabo un simposio en Tulane. Yo era una de las oradoras. Esa fue la primera vez que conocí a Augusto Molina y a Martha Foncerrada de Molina, de la Ciudad de México quienes se convirtieron en verdaderos amigos para mí.

Mayo de 1987 fue un momento muy significativo para mí. Recibí mi Doctorado en Humanidades en la ceremonia de graduación. Mis hijos Bárbara y David, y Alice y Rick Cieciera, así como Joann Francis, la hija de Bob, vinieron para el gran evento, que también fue algo muy importante par mí. Wiggie Andrews, quien había estado trabajando conmigo en Chichén Itzá durante un tiempo, recibió su licenciatura en esa misma ceremonia. Yo estaba sentada en el foro, y Wiggie estaba en primera fila del auditorio. No me atreví a mirarla porque sabía que se estaba aguantando las ganas de reírse. Joann nos celebró a ambas con una elegante cena.

Tulane ha tenido un lugar especial en mi corazón desde que Robert Wauchope fue director del Middle American Research Institute (MARI), hasta hoy día que ese puesto lo tiene E. Wyllys Andrews V (Will). Fue gracias a Tulane que recibí mi primera subvención (de la American Philosophical Society). Fueron Don y Martha Robertson quienes me



David y Bárbara vinieron a la ceremonia de graduación



Mi exhibición en el Museo de Arte de Nueva Orleans en 1972

pusieron bajo su ala (sí, en su hogar). Will y Patty Andrews ahora tienen siempre un “Cuarto de Merle.” Fue a través de Edith Stern y Doris Stone que Tulane apoyó mi trabajo en las selvas de México y Guatemala. Will siempre ha sido un apoyo sumamente importante en todos mis quehaceres, lo mismo que Tom Reese, director ejecutivo del Centro Roger Thayer Stone para Estudios Latinoamericanos en Tulane, y Hortensia Calvo, Doris Stone Directora de la Biblioteca Latinoamericana. David Dressing, curador de manuscritos y fotografías de la misma biblioteca, cuida muy bien de mis archivos y mantiene todo en cajones libres de ácido y en hilera tras hilera de repisas especiales. Las calcas también se pueden ver y consultar



Wiggie, Joann y yo en mi graduación de Tulane en 1987



Las calcas están almacenadas en repisas especiales



Joann (enfrente a la derecha) dio una cena de gala para Wiggie y para mí



Hortensia Calvo y yo en la Biblioteca Latinoamericana



Patty y Will Andrews

en carpetas que muestran las fotografías de 8 x 10 pulgadas.

Ya les ha dado a Tulane todos mis años de archivos, unas cuatro mil calcas, incluyendo más de cuatro mil fotos de 8 x 10 pulgadas, todas mis libretas de campo ilustradas, miles de negativos y diapositivas, y miles de fotografías de escultura maya. Incluidos están cientos de dibujos, mapas, todos mis dibujos arquitectónicos, y todas mis cartas de "permisos" y demás correspondencia importante, además de muchas otras cosas. Tulane ya tiene también mis más de 1000 negativos, junto con mis impresiones de 8 x 10 pulgadas de mi Colección de Irmgard Groth. Tengo la esperanza que al tener tal colección en Tulane, induciremos a los investigadores para ir allí a documentarse.



Ingward Groth, mi amiga la fotógrafa profesional

## MÁS PUNTOS DESTACABLES

P. A. R. I.



He registrado la escultura de Palenque desde 1964, usando mi propio dinero para pagar los gastos que me implica. Mi intención jamás ha sido sacar dinero con mi trabajo. Vi la necesidad de registrar y preservar lo más posible de la escultura maya antigua, y de todo el arte maya que haya aún, antes de que se siguiera deteriorando o que fuera robado. Esto se estaba volviendo bastante caro.

En 1982, el Pre-Columbian Art Research Institute (Instituto de Investigación del Arte Precolombino) se conformó como una institución no lucrativa, exenta de impuestos, bajo las leyes del Estado de California. De ésta, yo soy Presidenta del Consejo, y David Greene es el Director Administrativo. El Consejo lo forman: Will Andrews, Paul Saffo, Joel Skidmore, Jeffrey Smith y David Stuart.

El PARI lleva a cabo y financia investigaciones en arte mesoamericano, historia, y epigrafía, y ha publicado trabajos en esas áreas, así como diez volúmenes de ponencias presentadas durante veinte años de Mesas Redondas de Palenque, siete monografías, el *PARI Journal*, y *The Inscriptions from Temple XIX at Palenque* de David Stuart. El PARI también ha otorgado fondos laborales y becas cuando ha sido posible. Al tiempo que estamos haciendo este escrito, se están llevando a cabo trabajos en Palenque y en Chichén Itzá.

Valerie Greene fue una editora sumamente eficaz y exitosa del *PARI Journal* por mucho tiempo. Ahora es Joel Skidmore quien ha dedicado todo su tiempo, conocimiento y experiencia en continuar sacando el diario.

Hoy día, el PARI tiene cientos de miembros de trece diferentes países. Nuestro sitio web, [www.mesoweb.com/pari](http://www.mesoweb.com/pari), producido por Joel Skidmore, está considerado como uno de los mejores sitios referentes a Mesoamérica. Joel también dirigió una película (documental), "Merle Greene Robertson: Mayista." Joel puede ser considerado, y muy acertadamente, como uno de los más importantes estudiosos de lo maya hoy día.



Mi familia en la premiación del Águila Azteca: Bárbara, yo, Matt, David, Preston, Blair

## PREMIOS Y GALAS

No debo olvidar los eventos de gala que tuvimos cuando el gobierno de México me otorgó "La Condecoración del Águila Azteca" en 1994. Después de la ceremonia en el Palacio Nacional, Silvia Trejo organizó para mí una maravillosa recepción en su casa. Todos mis amigos estuvieron allí, mi familia, Joan Andrews, Bárbara MacKinnon viuda de Montes, Peter Schmidt, y Rubén Maldonado de Mérida, más todos mis amigos de la Ciudad de México, como los Molina. Y hasta algunos que viajaron desde los E.U. Fue una súper fiesta.

Luego también nos divertimos mucho con los viejos amigos de Guatemala, cuando en el 2003, me dieron la "Orden del Pop." Billy Mata, mi amigo de tanto tiempo, fue elemento instrumental en el asunto, estoy segura. Y luego, al año siguiente, me dieron en Mérida el "Reconocimiento Especial Toh." Esto fue al



Peter Schmidt, Bárbara Montes y Rubén Maldonado quien vino desde Mérida



Bárbara Montes y Joann, quienes vinieron al grandioso evento en la ciudad de México



Silvia Trejo, quien dio una fiesta en su casa en mi honor



Federico Fahsen y Billy Mata me dieron la "Orden del Pop" en Guatemala



El Sr. Samayo, quien me ayudó cuando estuve en el Petén



En el Palacio de la Legión de Honor en 2004

celebrar el “Festival de Aves de Yucatán,” del cual estuvieron a cargo Bárbara Montes y Joann Andrews. En la exhibición, en la que muchas de mis calcas de “pájaros” estuvieron expuestas, llegaron todos mis amigos de Mérida y todo el equipo de Chichén Itzá.

La fiesta que De Young dió en mi honor en el Museo fue una absoluta sorpresa. Especialmente al encontrar que tantos de mis amigos llegaron desde lugares lejanos como México e India. Estoy segura que tanto Gail y Alec Merriam como Kathy Berrin estuvieron detrás de todo esto. Mike Coe, Kathy Berrin y Mary Miller, fueron los oradores



Mike Coe y yo en la gala del Museo de Bellas Artes

principales en el evento. Todavía no puedo creerlo. Esa noche, en mi casa, hice una pequeña reunión, algo muy íntimo, solamente para los amigos que habían venido de tan lejos.



Kathy Berrin y David Stuart en mi fiesta en San Francisco



David, yo y Valerie



La casa de David y Valerie a las afueras de Victoria, en la Isla Vancouver

## MI FAMILIA Y AMIGOS



Mi familia y amigos han significado muchísimo en mi vida, además de que varios han trabajado conmigo en sitios arqueológicos, o han ido conmigo en viajes para pintar en Europa. A mi hijo David y Valerie su esposa, no los veo tan a menudo como me gustaría; así como a mis nietos, Jonathan de nueve años y Madeleine (Maddi) de siete, ya que viven a las afueras de Victoria, en la isla de Vancouver, en Canadá. Su propiedad de veintiocho acres (unos 11 hectáreas), es un lugar maravilloso para estar, eso es cuando hace calorcito. Me hicieron una fiesta allá para celebrar mis 90 años, que en realidad fue un evento de gala —tantos amigos estuvieron allí.

La última vez que estuve en casa de David, iban a ir al norte, a un par de horas de distancia, para comprar un par de perros gigantes de los Pirineos, para que evitaran que los venados se comieran todas sus flores. Me uní al paseo, sin saber que esa gente también criaba gatos “ragdoll” (muñeca de trapo). Bueno, cuando vi ese cuarto lleno de gatitos ragdoll pequeñitos, simplemente tuve que comprar uno. Así que ahora tengo a mi pequeña y adorada Victoria, a quien llamo Vicky, y quien es la gata más inteligente que existe. Claro —mucha gente dice eso de su gato, pero Vicky es realmente inteligente.

Matt, en su último año de la carrera, está muy ocupado estudiando y trabajando, aparentemente día y noche, y Preston ya está iniciando su universidad. A estos nietos los veo prácticamente sólo cuando voy a casa de David.

Veo muy seguido a mi nieta Anne, Derek, y las pequeñas Alison y Lauren Pitcher, ya que viven tan cerca —en Los Altos. Ya sea que ellos vengan a la casa a ver a G.G. (las iniciales de “great grandma,” “bisabuela” en inglés), o vienen



Matt, Blair, yo, Carolyn, Anne y Preston, en casa de David en el 2003



La familia Pitcher: Alison, Anne, Derek y Lauren



Mi nieta Carolyn y Rick Petree



Carolyn y Jim Metzler, mi nieto



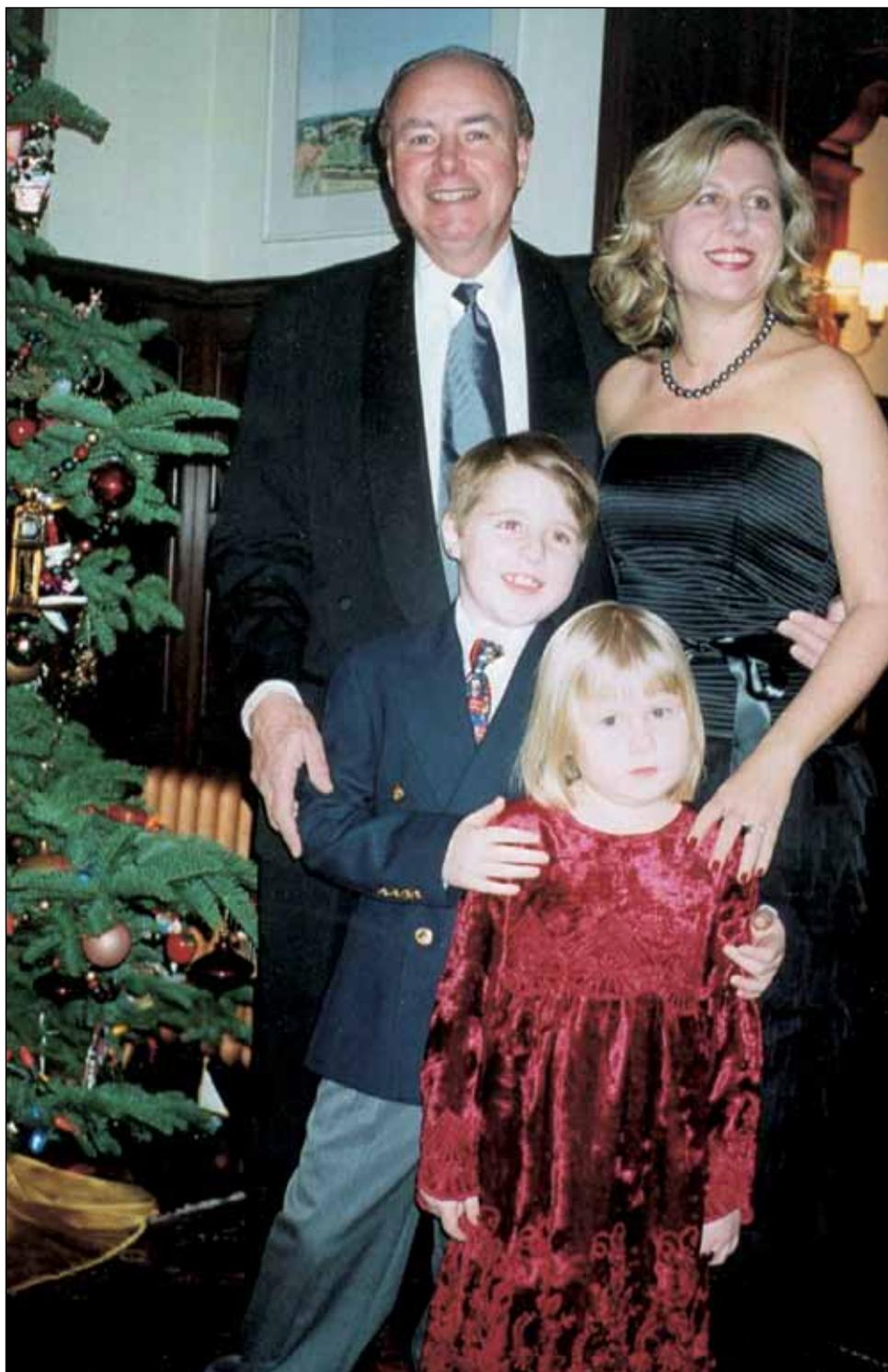
Tim, Blair y Tommy Morgan

por mí para traerme a su casa y divertirnos mucho, como siempre. Mi otra nieta, Carolyn Petree y su familia, su esposo Rick y sus tres hijos que parecen resortes Michael, Colin y Shane, todos jugadores de béisbol que viven en una gran propiedad en Loomis, me visitan menos a menudo —demasiados juegos de béisbol, básquetbol y fútbol.

Cada año, Anne, Carolyn y yo nos vamos de fin de semana juntas, dejando a sus esposos e hijos; solamente las tres para pasarlo rico, disfrutar la vida y disfrutar nosotras. Mi nieto Jim Metzler, quien vive a las afueras de Baltimore con su esposa Carolyn, la genio matemática, y sus tres hijos Zac, Kevin y Kristen, vinieron conmigo a pasar un fin de semana en la Hacienda Chichén. Fue muy divertido conocer a esos escuincles.

Extraño a Blair y a Tim, a Tommy y al recién llegado Jake Morgan, especialmente a Tommy quien realmente venía a ver a “gatita,” ya que se mudaron a Nevada. Ya no tengo una comadre para pintar, ya que Blair está sumamente ocupada con sus dos pequeños.

Siempre es un gusto reunirme con Bill y Nancy Newmeyer, mi doctor de cabecera y salva-vidas quien, junto con su esposa, se han convertido en muy buenos amigos míos. Hemos ida a Turquía, a México y Guatemala, y nos hemos divertido en grande. Joel, a quien veo cada miércoles en nuestros miércoles de “vino,” en donde tomamos agua mientras discutimos todos



La familia Greene en Navidad 2004



Alison y Lauren Pitcher, mis bisnietas



Zac, Kristen y Kevin Metzler, mis bisnietos

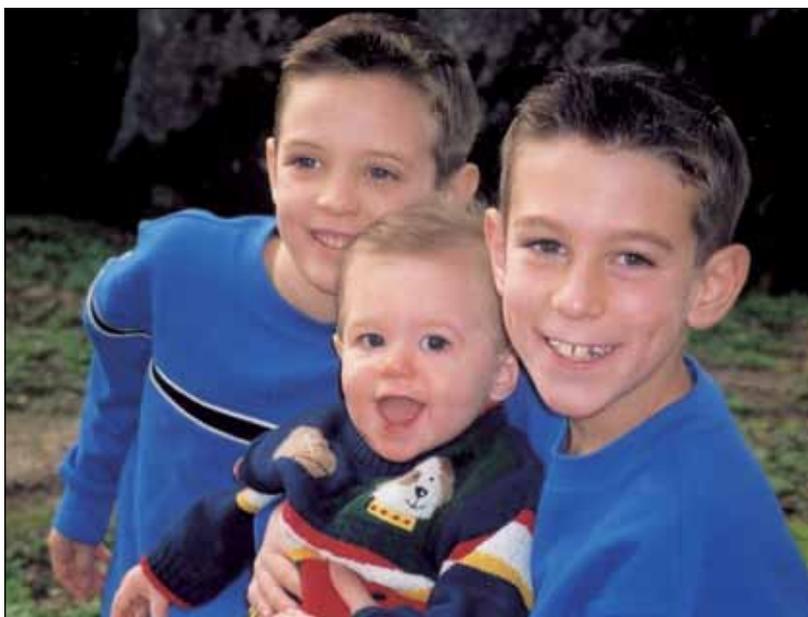


Jonathan y Madeline Greene, nietos

los asuntos relacionados con las novedades arqueológicas de Mesoamérica, y de verdad que Joel se mantiene al día en ello. Tan pronto llega le tengo un bonche de asuntos de “algo le pasó a mi computadora.” A Deborah Skidmore la extraño muchísimo, ya que es alérgica a los gatos, pero cuando voy a su casa, de todos modos me da su Jin Shin Jyutsu.

Lee Langan, quien hizo posible la escritura de este texto, siempre viene a arreglar mis “regadas” en la computadora. Supongo que para este momento ya captaron la idea de que no soy muy hábil con las computadoras. Siempre disfrutamos las reuniones del Club de Exploradores que se llevan a cabo una vez al mes y que significa escuchar a un buen orador, comer suntuosamente y estar en buena compañía.

Claudine Marken y yo



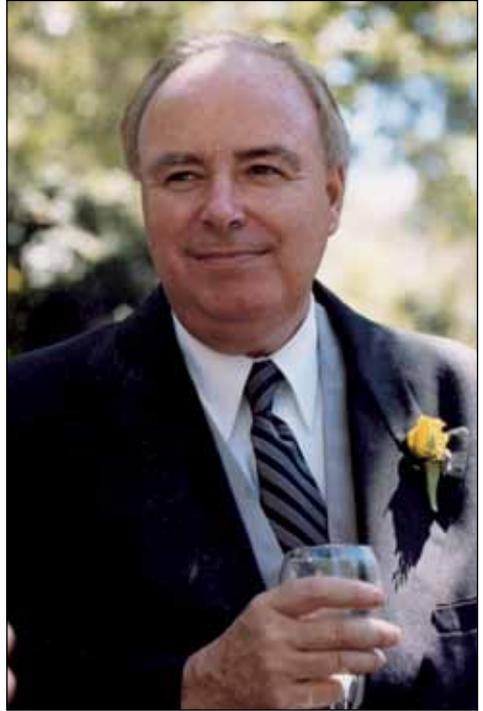
Colin, Shane y Michael Petree, bisnetos



Madeline, Alison y mis velitas de los 90



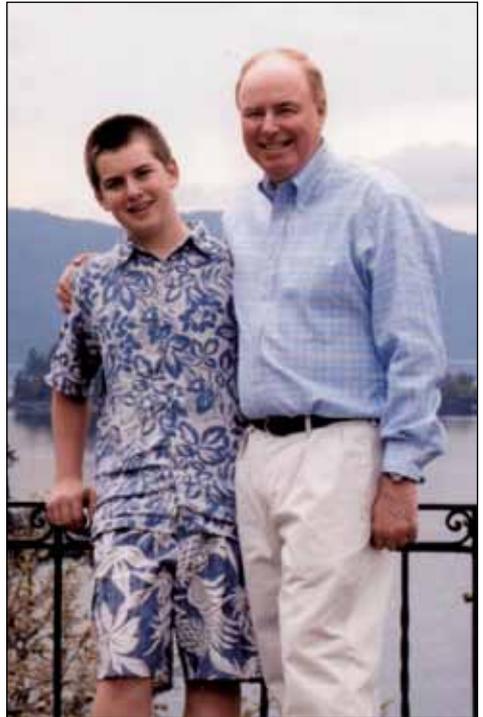
Matt Greene, mi nieto



Mi hijo David



Jonathan y Madeline



Nieto Preston, su papá David



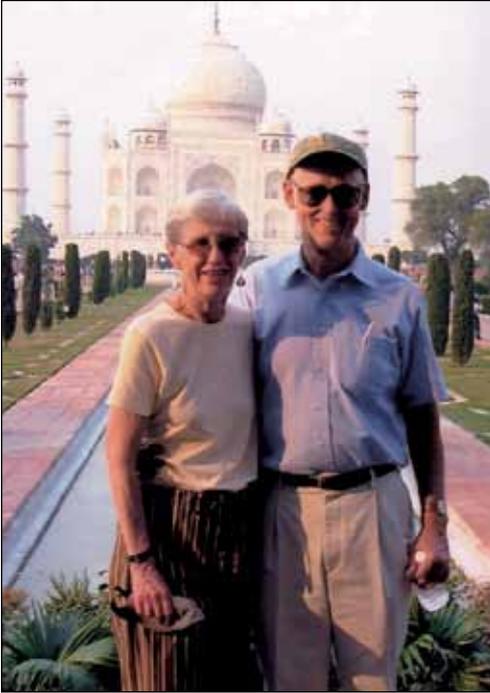
La familia Morgan: Blair, mi nieta, y Tim, con Tommy y Jake

nos juntamos una vez por semana, por cualquier motivo, o sin ninguno, pero siempre echamos unas buenas vueltas a la manzana y bebemos té muy a gusto. Hemos ido juntas por todo Francia, bueno, no todo, pero sí en una buena parte de ella. Ella fue la organizadora de todas mis exhibiciones de pintura en San Francisco. Su hijo Damien, mi nieto adoptivo (o tal vez él fue quien me adoptó), es el único en mi familia que se ha interesado en la arqueología hasta ahora. Damien trabajó con nosotros en Palenque, hizo su maestría en la Sorbonne en Francia, y está en el doctorado con David Friedel, trabajando en El Perú.

Elayne Marquis, quien ha trabajado conmigo en Chichén, ha ido conmigo a muchísimos lugares, incluida Ámsterdam, en donde compró el más padre cráneo



Vicky, mi gatita, la más inteligente que haya existido



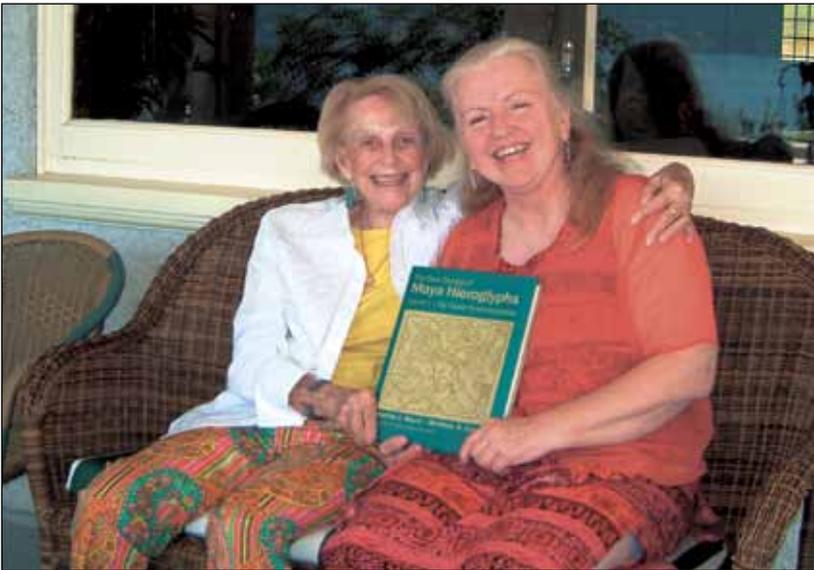
Bill y Nancy Newmeyer

montado en plata que pudo en alerta a roja a toda la gente de aduanas cuando regresábamos a casa.

Cada que nos es posible, los fines de semana, Susan Dutcher y yo nos reunimos —para las compras, tomarnos un capuchino, y simplemente andar por allí. Ella y Vicky se aman. Susan simplemente se viene a vivir con Vicky cada vez que yo tengo que salir por un tiempo, excepto cuando nos hemos ido juntas Susan y yo, como a Chichén o al Crucero de Odiseo del Club de Exploradores.

Ginny Fields, mi gran amiga quien es la Curadora de Arte Latinoamericano en el Museo de Arte del Condado de Los Angeles (LACMA, por sus siglas en inglés), quien pone las mejores exhibiciones, la veo tan a menudo como ambas podemos. Lo mismo pasa con Dorie Reents-Budet y Carolyn Tate, aunque

ninguna vive cerca; ahora usualmente nos vemos en congresos. A Justin y Barbara Kerr, los conocí la primera vez en Tikal, en 1963, cuando Justin estuvo para fotografiar los glifos que yo estaba registrando en las calcas. Siempre que voy a Nueva York nos reunimos, generalmente con Julie Jones.



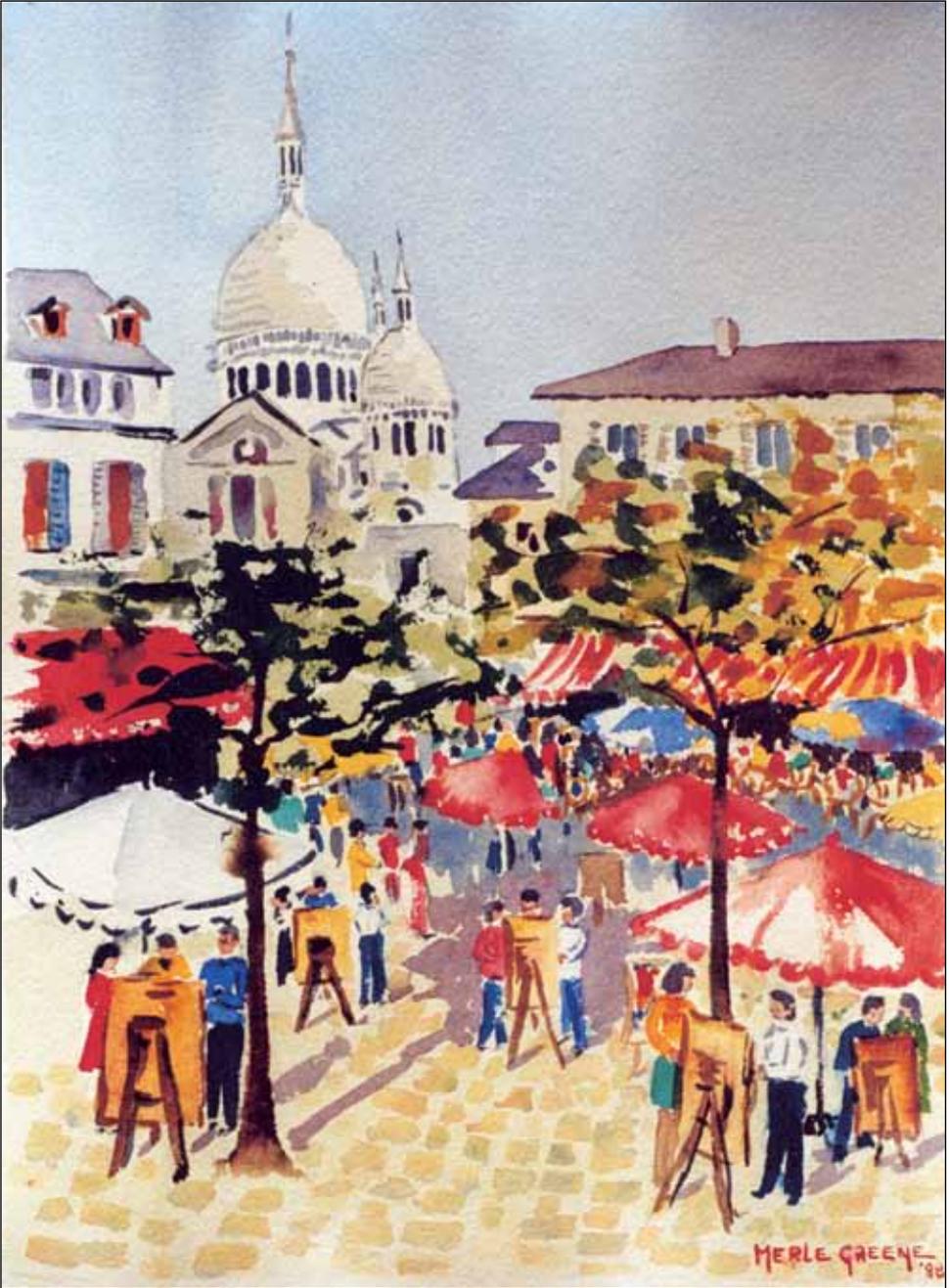
Martha Macri con su libro recién publicado en casa de David

## PINTURA EN ACUARELA



Pintando en Angkor Wat, Australia, La Isla de Pascua, Bélgica, Canadá, Chile, Checoslovaquia, Dinamarca, Inglaterra, Francia, Alemania, Grecia, Guatemala, Holanda, Honduras, India, Italia, México, Nueva Zelanda, Portugal, Escocia, España, Suecia, Suiza, Tailandia y los Estados Unidos.





Los pintores de París

## UNA NUEVA YO



Ahora soy una “nueva yo.” Muchos años me he pasado culpando a mis aparatos de audición por no escuchar como se debe. Gracias a mi doctor David Schindler, quien halló que era un tumor masivo en la parótida, el cual requirió de una cirugía para quitarlo. Me operaron en el UCSF Mt. Zion Cancer Center. Ya no podía usar un aparato exterior para oír, ya que me quitaron el canal externo. El tumor llagaba tan adentro, que solamente con la persistencia del Dr. David, se me construyó un aparato con el que ahora escucho al pasar directamente el sonido, saltándose el oído externo, a la cóclea (oído interno). Ahora uso esta banda en la cabeza con un instrumento hecho en Suecia, que está alrededor de mi cabeza y se conecta directamente a mi cerebro. ¡Es maravilloso lo que puede hacer la ciencia moderna hoy en día! Puedo oír bien con mi nuevo “tocado indio.” Solamente necesito unas plumas para parecerme a aquel jefe de los indios Blackfoot que siempre quise ser cuando era niña.

Me siento muy afortunada al tener tan hermosa familia y amigos tan maravillosos que estuvieron conmigo, apoyándome durante los momentos de mi operación del cáncer —Carolyn Petree, mi nieta, Susan Dutcher, quien me llevó un capuchino al hospital cada mañana a las 6 en punto; Joel Skidmore y Deborah quienes fueron diaramente al hospital y me calmaron con Jin Shin; Claudine Marken, Bill y Nancy Newmeyer, Lee y Karine Langan, Ben Bolles y mi querida amiga Betty Benson quien aún me llama muy frecuentemente desde Bethesda.

Después de escribir todo esto, si miro atrás, me doy cuenta que mis bienes más valiosos son mi familia, mi hijo, mis ocho nietos, mis diez bisnietos, y los muchos amigos que tengo en el Área de la Bahía y por todo el mundo.

Por todo esto, mis queridos amigos, soy la persona más afortunada del mundo.



La “nueva yo,” usando mi aparato sueco de la cabeza para oír con el cerebro



Donde vivo, Park Lane (el edificio clarito de la derecha, hasta arriba, en la esquina)

## PUBLICACIONES PRINCIPALES



Además de todas las conferencias del ICA y otros simposios internacionales en los que he participado con ponencias, cerca de cien artículos se han publicado en cuanto a distintos ámbitos del arte, arqueología, iconografía y el juego de pelota. Unos cuantos de los libros más importantes se enlistan a continuación:

- 1967, *Ancient Maya Relief Sculpture*, with Sir Eric Thompson, The Museum of Primitive Art, New York.
- 1972, *Maya Sculpture of the Southern Lowlands, the Highlands, and the Pacific Piedmont*, with Robert Rands, and John A. Graham, Lederer Street & Zeus, Berkeley.
- 1983, *The Sculpture of Palenque, Vol. I, The Temple of the Inscriptions*, Princeton University Press.
- 1985, *The Sculpture of Palenque, Vol. II, The Early Buildings of the Palace*, Princeton University Press.
- 1985, *The Sculpture of Palenque, Vol. III, The Late Buildings of the Palace*, Princeton University Press.
- 1991, *The Sculpture of Palenque, Vol IV, The Cross Group, the North Group, and the Olvidado*, Princeton University Press.

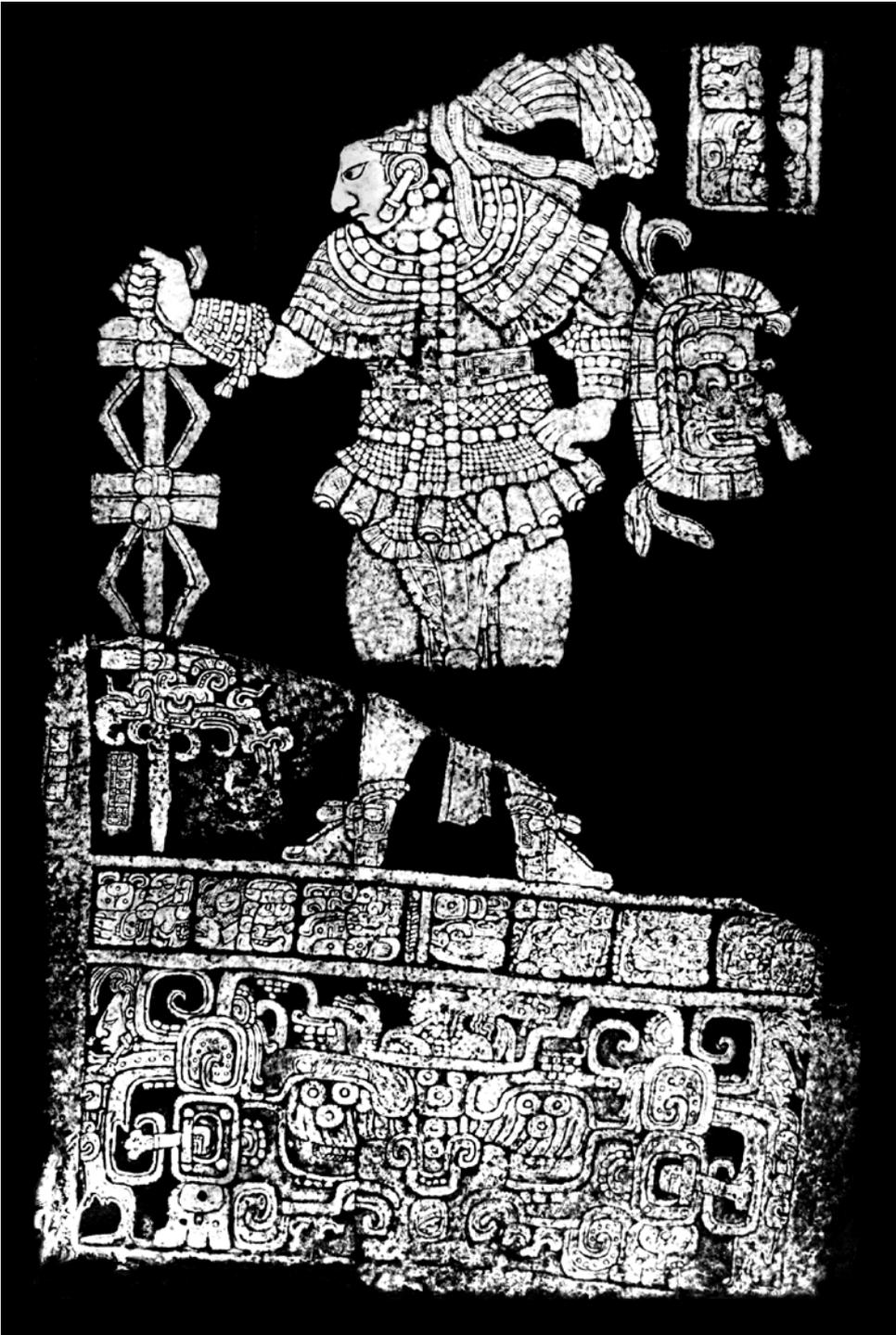


Calca de la Plataforma de las Aguilas y los Jaguares de Chichén Itzá

## EXHIBICIONES DE LAS CALCAS



Mis calcas se han exhibido en los museos más importantes de los Estados Unidos, habiendo sido la primera vez en 1965, en el Museo Lowie de Berkeley. Fueron John Graham y Albert Elsasser, director del Museo Lowie, quienes primero reconocieron el valor de registrar monumentos de esta manera. Luego, en 1966, el Museo Field de Chicago llevó a cabo una exhibición espectacular, con muchos posters, folletos, y artículos a color en los periódicos acerca de las calcas. En la entrada del museo había una fotografía gigantesca de la porción inferior de la Estela 1 de Bonampak conmigo al lado, evidenciando lo realmente enorme de la estela. En 1967, varios museos presentaron la exposición con las calcas. El Museo de Arte Primitivo de Nueva York, del cual era presidente y fundador el gobernador Nelson Rockefeller, tuvo la muestra, y a los dos nos entrevistaron para la TV en el Museo. El libro: *Escultura Antingua de los Mayas: Calcas de Merle Greene* con la introducción y notas de J. Eric S. Thompson, fue diseñado por Julie Jones, curadora del museo. El libro ganó el premio "Libro Mejor Diseñado del Año." En 1969 la Exhibición en el Palacio de la Legión de Honor de California fue diseñada



Calca de la Estela 1 de Bonampak

con todas las paredes pintadas en negro, lo cual resaltaba bellamente las calcas en blanco y negro. Todo mundo comentó que sentían como si estuvieran caminando directamente hacia el pasado de los mayas.

Todas las calcas están en los Archivos de Merle Greene Robertson en la Biblioteca Latinoamericana de la Universidad de Tulane.

La siguiente es una lista parcial de las exhibiciones de las calcas:

Lowie Museum, Berkeley  
Museum of Primitive Art, New York  
H.M. De Young Museum, San Francisco  
Field Museum, Chicago  
Stanford University Memorial Museum, Stanford  
University Museum, Philadelphia  
Cranbrook Institute of Art, Cranbrook, Michigan  
The Delgado Museum of Art, New Orleans  
Latin American Library, New Orleans  
Newcomb Art Gallery, New Orleans  
Allentown Museum of Art, Allentown, Pennsylvania  
Sheldon Memorial Gallery, Lincoln, Nebraska  
University Museum, Southern Illinois University, Carbondale  
Mobile Art Museum, Mobile, Alabama  
Childrens Museum, Nashville, Tennessee  
Santa Barbara Museum of Art, Santa Barbara  
Seattle Art Museum, Seattle  
Portland Art Museum, Portland  
INAH Archaeological Museum, Merida  
Rijksmuseum voor Volkenkunde, Leiden  
Gallery MGR, Hacienda Chichen, Chichen Itza  
Latrobe University Gallery, Melbourne, Australia



Calca del Dintel 24 de Yaxchilán